

MOISÉS

CONTADO POR LOS SABIOS



EDMOND FLEG

cruzgloriosa.org

MOISÉS CONTADO POR LOS SABIOS

Edmond Fleg

COLECCIÓN RAHAMÍN

La palabra hebrea Rahamín significa entrañas de misericordia. Confiar en la misericordia de Dios es entrar en el útero (Rehem) de Dios que tiene poder de regenerar, a través de su Iglesia, y gestar cristianos. Así como el hierro se transforma en acero a través de un convertidor en los altos hornos, también el hombre es introducido en el útero de Dios a través del don de la conversión para que nazca una criatura nueva, como dijo Jesús a Nicodemo (Jn 3,4).

Versión electrónica creada sin fines de lucro para ser puesta al servicio de la Nueva Evangelización queriendo hacer llegar este texto a quienes tengan dificultad para obtenerlo en su versión impresa

cruzgloriosa.org

Prólogo.....	2
1. La vida de Moisés	14
2. El sueño del faraón.....	15
3. El niño salvado de las aguas	17
4. El hijo de Bithia	21
5. La huida a Madián.....	24
6. El Pastor fiel	27
7. El cayado de Zafiro	31
8. Las diez plagas	35
9. El mar que se secó	42
10. El camino de los milagros.....	47
11. La voz en la montaña	53
12. La escuela del cielo	59
13. El becerro de oro	66
14. La gloria del Tabernáculo.....	72
15. El día de las diez coronas	78
16. Moisés, nuestro maestro.....	84
17. El camino de las pruebas.....	89
18. El racimo de uvas de Canaán	96
19. La rebelión de Coré.....	101
20. La lección del desierto.....	109
21. Los nuevos hijos	114
22. El camino de las victorias	121
23. El ídolo de Moab.....	127
24. El crepúsculo del profeta	132
25. El beso de Dios	137

PRÓLOGO

Durante cuatro años estoy intentando hacer este prólogo, he leído y releído los libros; «Moisés», de Martín Buber; «Moisés», de André Chouraqui; «Moisés y la vocación judía», de Andre Neher; «En busca de Moisés», de Henri Cazelles. Me han ayudado mucho después de años de haberlos leído, no tanto por lo que dicen si no por lo que resonaban y cantaban dentro de mi. Desde la ciudad de Berlín, después de ver las sinagogas y el museo de Pérgamo y contemplar tanto sufrimiento del hombre me he lanzado a hacer esta introducción¹.

¿Hubiera sido posible la salida de Egipto sin Moisés? Dios prepara a Moisés pedagógicamente para la misión de sacar a su pueblo de la esclavitud y llevarlo a la libertad. Moisés se disculpa ante la llamada de Dios; lo expresa muy bien Filón de Alejandría, contemporáneo de Jesucristo:

«En efecto, Moisés creía que la elocuencia humana, comparada con la de Dios, no era más que incapacidad de palabra y, como al mismo tiempo era de naturaleza prudente, retrocedía ante aquella aplastante tarea, juzgando que lo que era tan grande no estaba hecho a su medida e invitaba a Dios a que escogiera a otro que pudiera realizar fácilmente cada una de sus misiones»².

Con Moisés la humanidad entra en una «nueva época» de la historia, se acabó la edad mitológica y teogónica (dioses paganos) sino que entramos en una nueva edad óntica y ontológica, interiorización y revelación del poder de Dios a un pueblo. Afirma Martín Buber: «Dios se aparece, habla y se revela. Es invisible y se deja ver: en el fenómeno natural o en el suceso histórico que Él escoge; revela su Palabra a los hombres que llama, de tal forma que brote de ellos y se convierta en boca de Dios. Hace que su espíritu se apodere del que ha elegido, y que se realice la obra divina en el elegido». Como afirma R. Draï: «El nacimiento de Moisés no tiene nada que ver con los de los héroes, dioses y semidioses, relatados por las mitologías del Oriente Medio antiguo»³.

¹ Cf. A. NEHER, *Moisés y la vocación judía*, Ed. Aguilar, Madrid 1962; A. CHOURAQUI, *Moisés*, Ed. Herder, Barcelona 1995; M. BUBER, *Moisés*, Ed. Imán, Buenos Aires 1949; J. PATTERSON, *Angeles, Profetas, Rabinos y Reyes de las leyendas del pueblo judío*, Ed. Anaya, Madrid 1991; E. ROMERO, *La ley en la leyenda. Relatos bíblicos en las fuentes hebreas*, Ed. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1989; S. SALAMA-M. LUZ MANGADO, *Moisés y el Éxodo a la luz de las fuentes sagradas y de la egiptología*, Ed. Grafite, Bilbao 1998; Cf. M. KUNZE y otros, *Guía museo de Pergamo*, Romeo Verlaz Philipp von Zabern, Berlín 1995; H. CAZELLES, *En busca de Moisés*, Ed. Verbo Divino, Navarra 1981.

² Cf. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *La vie Moïse par Philon de*, en *Moïse, homme de l'alliance* (Cahiers sioniens VIII), París 1954, I, núm. 83.

³ Cf. R. DRAI, *La salida de Egipto*, Ed. Grafito, Bilbao 2000, pp. 137-138.

El trauma provocado por la teofanía (manifestación de la divinidad de Dios) y la revelación de la Torá está en que pone en crisis los templos, las religiones, los panteones, etc. ya que todos los países eran gobernados por reyes legitimados por el poder de los dioses y de sus templos.

¿Cómo vencerá Dios al mundo secularizado y ateo de hoy? Nos da la clave Orígenes (siglo III): Un pueblo que vive de la Palabra de Dios y lo confiesa actuando en su historia, como explica a sus catecúmenos:

«En el paso del río Jordán, el arca de la alianza guiaba al pueblo de Dios. Los sacerdotes y levitas que la llevaban se pararon en el Jordán, y las aguas, como en señal de reverencia a los sacerdotes que la llevaban, detuvieron su curso y se amontonaron a distancia, para que el pueblo de Dios pudiera pasar impunemente.

Tú, que acabas de abandonar las tinieblas de la idolatría y deseas ser instruido en la ley divina, eres como si acabaras de salir de la esclavitud de Egipto.

Al ser agregado al número de los catecúmenos y al comenzar a someterte a las prescripciones de la Iglesia, has atravesado el mar Rojo y, como en aquellas etapas del desierto, te dedicas cada día a escuchar la ley de Dios y a contemplar la gloria del Señor, reflejada en el rostro de Moisés. Cuando llegues a la fuente del bautismo y seas iniciado en los venerables y magníficos sacramentos, por obra de los sacerdotes y levitas, parados como en el Jordán, los cuales conocen aquellos sacramentos en cuanto es posible conocerlos, entonces también tú, por el ministerio de los sacerdotes, atravesarás el Jordán y entrarás en la tierra prometida, en la que te recibirá Jesús, el verdadero sucesor de Moisés, y será tu guía en el nuevo camino»⁴.

Yavé prepara a su pueblo interiorizando su voz, mientras que los pueblos que lo rodeaban tenían templos y dioses. Israel tendrá la tienda del encuentro, el santuario itinerante de los hebreos que durante cuarenta años les acompaña en su vagabundear en los desiertos del Sinaí. Como afirma Martín Buber: «Según Núm. 14,44, el Arca y la Tienda se encuentran inequívocamente dentro del campamento. Números 11,26 y 12,4 hace suponer que el campamento era un círculo de tiendas en cuyo centro se encontraba la Tienda de Dios, y que, por eso, la gente salía hacia ella»⁵. Es decir, es como una celebración de la Palabra de Dios, donde el ambón estaría situado en el centro de la Asamblea del pueblo de Dios.

La Pascua hebrea restaura ritualmente cada año el momento de la salida de Egipto y nos pregunta ¿en qué se distingue esta noche de las demás? Exige una respuesta existencial como la pregunta que Yavé hace a Adán, y pide respuesta. ¿Dónde estás? ¿Dónde te encuentras? ¿Por qué huyes? Como afirma Juan Pablo II: «La cena pascual es para los judíos un memorial (*zikkarón*, en hebreo). En dicha ocasión los hebreos revivían ante todo el Éxodo, pero también los demás acontecimientos importantes de su historia: la vocación de Abraham, el sacrificio de Isaac, la alianza del Sinaí y tantas otras intervenciones de Dios a favor de su pueblo. También para los

⁴ Cf. ORÍGENES, *Homilías sobre el libro de Josué*, Homilía 4, 1: PG 12, 842-843.

⁵ Cf. M. BUBER, *Moisés*, o.c, p. 359.

cristianos la Eucaristía es el «memorial», pero lo es de un modo único: no sólo es un recuerdo, sino que actualiza sacramentalmente la muerte y resurrección del Señor»⁶.

La marcha a través del desierto se repite cada año con la fiesta de Sukot (fiesta de las tiendas: Lev 23,33-44); durante una semana los judíos, dejando el techo sólido «obra de mano de hombre» se instalan bajo los follajes, aunque estén en Nueva York, restituyen la plenitud de la existencia nómada o itinerante. La residencia de Dios, habita en una tienda precaria en el desierto, es el compañero de Israel. Comienza una nueva misión: Exilio y revelación, Dios reside en el centro de su pueblo.

Dice A. Chouraqui: «Hay que tener en cuenta que los esclavos constituían entonces casi la totalidad de la fuerza laboral y, en todos los países, la principal fuente de energía creadora. Privarse de esclavos equivaldría hoy en día a renunciar a las fuentes mecánicas de la energía»⁷. Como afirma Martín Buber, «en el derecho babilónico, el esclavo, extranjero o nativo, era una cosa, mientras que en el derecho hebraico era una persona»⁸.

Lo expresa muy bien A. Neher exponiendo la situación de Egipto: «El ladrillo era, en Egipto, la primera materia por excelencia. En ese período de potencia constructora, las necesidades de ladrillos eran prácticamente ilimitadas: las casas privadas, los edificios civiles y militares, necesitaban más ladrillos que piedras; los muros de cierre de los huertos del Delta del Nilo eran de ladrillos; los enormes recintos de las ciudades fortificadas eran también de ladrillos. No podía haber pausa, era necesaria la actividad permanente de la mano de obra. Para fabricar el ladrillo, era preciso primero mezclar el barro del Nilo con arena y paja cortada, humedecer la mezcla, pisotearla, remover el conjunto con un pico, echarlo en un molde y, después de haber quitado el molde, dejar secar los ladrillos. Era una actividad penosa y agobiante porque exigía la repetición rutinaria de los mismos gestos»⁹.

¿Quién era el Faraón? Afirma A. Chouraqui: «El Faraón es el símbolo perfecto de la esclavitud de las potencias de este mundo, no quería otra cosa que aplastar en su origen una rebelión cuyo carácter catastrófico preveía, no sólo para Egipto y para su trono, sino para Israel. Lo esencial para el Faraón consistía en no cambiar nada de lo que para él era el orden establecido. Pero Moisés trastornó los cimientos del universo egipcio y del mundo, ya que actuaba en Nombre de Yavé, el creador del universo. Destruyó no sólo el fundamento del Imperio, sino su cielo»¹⁰.

Es por esto por lo que Melitón de Sardes, en el siglo II, ve en el cordero de la Pascua al Mesías:

⁶ Cf. JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del jueves santo de 2005*, núm. 5.

⁷ Cf. A. CHOURAQUI, *Moisés*, o.c., p. 106.

⁸ Cf. M. BUBER, *Moisés*, o.c, p. 244.

⁹ Cf. A. NEHER, *Moisés y la vocación judía*, o . c , p. 106.

¹⁰ Cf. A. CHOURAQUI, *Moisés*, o.c, p. 323.

«Jesús se vio arrastrado como un cordero y degollado como una oveja, y así nos redimió de idolatrar al mundo, como en otro tiempo libró a los israelitas de Egipto, y nos salvó de la esclavitud diabólica, como en otro tiempo a Israel de la mano del Faraón; y marcó nuestras almas con su propio Espíritu, y los miembros de nuestro cuerpo con su sangre. Éste es el que cubrió a la muerte de confusión y dejó sumido al demonio en el llanto, como Moisés al Faraón. Éste es el que derrotó a la iniquidad y a la injusticia, como Moisés castigó a Egipto con la esterilidad. Éste es el que nos sacó de la servidumbre a la libertad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la tiranía al recinto eterno, e hizo de nosotros un sacerdocio nuevo, y un pueblo elegido y eterno. Él es la Pascua de nuestra salvación»¹¹.

El universo estaba y sigue habitado por tiranos y esclavos, las ciudades eran cárceles que administraban los faraones con sus ídolos y en cuyo nombre castigaban sin reparo. Era una locura, una utopía liberar a un pueblo de esclavos, es decir, arrancarlo de la opresión de un tirano poderoso, de su imperio. Desde Moisés aparece la división entre víctimas y verdugos, opresores y oprimidos. Siempre el pueblo de Israel y la Iglesia ha sabido discernir y ha estado con los oprimidos ya que el Mesías, Jesús, el Hijo del Hombre, se dejó matar (Cf. los cantos del Siervo de Yavé del profeta Isaías).

Con la salida de Egipto, ha sonado la trompeta y ha comenzado una «nueva era» para la humanidad: el rescate, la redención de la miseria de nuestros pecados. Quien tenga hambre, venga, coma y celebre la Pascua con el Dios del Sinaí. «Este Dios liberó a su pueblo de la servidumbre de Egipto -afirma M.Buber- para que sólo le sirviera a Él sin idolatrías»¹².

Los ídolos son invenciones del espíritu, mitos que expresan fantasmas o ambiciones humanas, no realidades vivas, objetivas. Para no robar la gloria a Dios, envía a la misión a los cobardes y a los soberbios para derrotarlos. ¿Cómo ha podido escoger Yavé a un tartamudo para defender su causa? No hay respuesta humana, es para que sea sensato y tenga que contar Moisés con el discernimiento y sensatez de Dios, es decir, para que Él triunfe. Lo mismo ocurre con la salida de Egipto de seiscientos mil hombres adultos, junto con las mujeres y los niños, conformarían un pueblo de, por lo menos dos millones de personas. Hacerlos cruzar el mar y conducirlos a través de los desiertos sinaíticos durante cuarenta años hubiese suscitado insolubles problemas de intendencia. ¿Por qué Dios los tiene dando vueltas durante cuarenta años, es decir, el tiempo de la muerte de una generación y el nacimiento de una nueva, cuando en realidad se tarda once días? Dios quiso inculcar la Torá en el pecho del pueblo elegido, ya que ésta no es una ley, una norma, sino un CAMINO: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas (Dt 6,5). El Shemá es la primera palabra que el niño judío aprende a balbucear y es la última sobre los labios del agonizante.

El Éxodo no es más que una puesta en marcha, salir, saltar, dejarse conducir hasta el Sinaí. Por la Pascua, los dioses paganos son vencidos (Num. 33,4). Porque la elección

¹¹ MELITÓN DE SARDES, *Homilía sobre la Pascua*, 65-71: SG 123,95-101; escritor del siglo II.

¹² Cf. M. BUBER, *Moisés*, o.c, p. 55.

de Israel no es un capricho, sino un misterio para una misión ante las naciones. La Torá y los Profetas es la carta del Reino de Dios sobre la tierra. *Seréis conmigo un Reino de sacerdotes y un pueblo santo, pues la tierra entera es mía* (Ex. 19,5,6). ¡Un reino de sacerdotes! Tal es la palabra-clave de la Torá. Los hombres se habían engañado hasta aquí sobre el sentido del mundo: habían creído que les pertenecía. ¡Mas, el mundo es de Dios! Habían vivido en la ilusión de ser los propietarios de sus dominios. ¡Pero, los dominios son de Dios! Habían pensado que la realeza humana era una autoridad sagrada. ¡Pero, Dios solo es la autoridad, Él solo es Rey! El error ha sido reconocido en Egipto; la ilusión ha desaparecido; el poder humano se ha hundido allí. Se trata ahora de sacar las últimas consecuencias del camino del Éxodo y de reconstruir el mundo sobre esos datos nuevos que enuncia la Torá: ¡La Tierra es Mía! ¡Sois mis colonos y mis inquilinos! ¡YO soy Rey! Lo que la Torá pide -dice A. Neher- no es que el mundo se aniquile ante Dios, sino que se transforme para acogerle; no que renuncie a su vocación física, sino que se abra a lo metafísico (más allá de lo físico). Este encuentro metafísico se funde en el acontecimiento pascual de la ruptura brutalmente física de la argolla de los esclavos. He roto las barras de vuestro yugo, y Yo os he hecho andar con la cabeza alta (Lev 26,13).¹³

¿Qué fue el desierto para el pueblo elegido? La etapa del desierto no es el lugar de un aislamiento, sino de un encuentro, donde los hombres no se han establecido en la inmovilidad de una ermita, sino donde todo un pueblo ha afrontado el tiempo de la historia. En torno a ese desierto, por donde avanza un pueblo «que no es como los otros», hacia una tierra «que no es como las otras», como alrededor de un eje central, se desarrolla un universo. Tal es el «misterio» del desierto. En el desierto de su existencia particular, Israel encuentra lo universal. Seréis en Mí una nación de sacerdotes y un pueblo santo, porque toda la tierra es Mía. Entre todos los pueblos, seréis una joya.¹⁴

Como dice M. Buber: «El pueblo no tiene que hacerse santo, el pueblo es santo, porque Yavé está en medio de él; todo el pueblo es santo y por ser santo, son santos todos los individuos. Es decir, todo el pueblo, todos ellos son santos, y por eso, ninguna persona puede ordenar o prohibir nada a otra persona, con respecto a lo que la santidad propia de ésta le inspira. Desde que el pueblo es santo, ya no son necesarios mandamientos desde fuera».¹⁵

La revelación de las diez palabras en el Sinaí son los cimientos fundamentales del edificio espiritual que quiere hacer Yavé.¹⁶ Estas palabras (Ex 20,3-6) esenciales han sido olvidadas por el mundo pagano. Hoy revisten primordial importancia en tanto que vivimos en un mundo dominado tiránicamente por la sucesión continua de imágenes que nos esclavizan. El mundo es asaltado día y noche por la incesante

¹³ Cf. A. NEHER, *Moisés y la vocación judía*, o.c., pp. 108 y 122.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 180-181.

¹⁵ Cf. M. BUBER, *Moisés*, o.c, pp. 313 y 317.

¹⁶ Cf. M. BUBER, *El humanismo hebreo y nuestro tiempo*, Vol. I, Ed. Porteñas, Buenos Aires 1978, espec. ver: Cap. I, *Los diez mandamientos y la ética contemporánea*, pp. 86-91.

emisión de millares de imágenes que distraen nuestra atención. Sólo podemos captar algunas en nuestras pantallas de televisión o en la prensa, pero nos volvemos incapaces de concebir un mundo sin imágenes.

Para un egipcio, para un semita, el nombre no era una simple apelación. Expresaba la esencia inmutable de una persona, su Yo más profundo. Conocer el nombre de una persona otorgaba poder sobre ella. Un Dios sin nombre era inconcebible para un egipcio.

Conocer el nombre de alguien significa tener poder sobre él, para designarlo, para comunicarnos con él, para darle órdenes. Es decir, el nombre constituye la esencia de la persona, del animal o del objeto. Para el semita, el nombre se identifica con el ser que designa, porque el oriental vive en un universo de palabras y de signos cuya esencia se traduce en los nombres. El occidental, por el contrario, se sitúa en las realidades concretas más que en el tejido nominal que las expresa. Para el semita, conocer el nombre de una persona permite comunicarse con ella y, llegado el caso, identificarse con ella. El nombre, para ser utilizable, debe ser conocido en su esencia, no en su apariencia. El pueblo va a conocer aquel que era, es y será. Aquel que hace ser y va a dar el ser de eternidad en eternidad al hombre para que viva en su corazón. «Yo soy quien soy» parece remitir a una pregunta: «¿Quieres conocer mi Nombre, mi poder?». Yavé es un Dios de fecundidad: «Yo soy, estoy hasta el fin del mundo». Moisés experimentará la misión de este Dios como revelación de su ser, no en forma de un cometido espiritual sino como una realidad sensible. Estoy, seguiré estando presente para cualquiera que me invoque y me pida auxilio. El nombre de Elohim es impronunciado, trascendente, inefable como el misterio de su Ser. En este Nombre señala una ruptura radical con el mundo de los ídolos.

Dice A. Chouraqui que «el Tetragrama del nombre hebreo constituye el corazón del misterio revelado a Moisés y el alma del formidable impulso que Él anima en el propio ser de la humanidad. El Nombre de Elohim constituye tanto el alma de las Escrituras como de las enseñanzas proféticas y apostólicas. En la Biblia hebrea se repite seis mil seiscientos setenta veces y con el Nuevo Testamento once mil quinientas noventa y dos veces en las biblias cristianas. Sin este Nombre la Biblia sería un libro sin alma, vacío de sus significaciones esenciales»¹⁷. Por eso se entiende que el kerigma cristiano diga «aquel que invoque este nombre que está por encima de todo nombre se salvará» (Hch 2,21), parece hasta mágico pero es el poder del Mesías.

MOISÉS Y JESÚS

En toda la tradición judía, el Mesías esperado será como un nuevo Moisés. Nos asegura el libro del Deuteronomio:

¹⁷ Cf. A. CHOURAQUI, *Moisés*, o.c., p. 133.

El Señor tu Dios suscitará para ti, en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta semejante a mí; a él escucharás (Dt 18,15).

También en el Nuevo Testamento Moisés recibe un puesto de relieve, de tal manera que ha sido citado más de ochenta veces. En particular, Pablo dice (en 1 Cor 10,1ss) que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, atravesaron el mar y fueron bautizados en Moisés. De esa forma ha visto en él un símbolo de Cristo que vendrá, en quien nosotros, por nuestra parte somos bautizados. Lo mismo que los cristianos han sido bautizados en Cristo, en su muerte y resurrección, también los judíos del Éxodo han sido bautizados en Moisés (1 Cor 10,1-11), dice san Pablo. Moisés fue el mediador de la ley (Gal 3,19), mediador de la primera alianza, figura de la alianza definitiva de Dios con la humanidad. La Torah traída por Moisés es definitiva; no hay una nueva Torah, pero Cristo es el profeta semejante a Moisés, anunciado por el Deuteronomio (18,15), y su autoridad es superior a la de la ley, pedagogo que conduce hacia Cristo (Gal 3,24).

Fundándose en esta riqueza, Gregorio de Nisa en el siglo IV escribió una maravillosa Vida de Moisés¹⁸ en la que presenta a nuestro patriarca como un modelo de perfección en materia de virtud, ejemplo excelente del camino que todos debemos recorrer para llegar a Dios, viviendo nuestra existencia de bautizados -salvados de las aguas, igual que Moisés- como un camino pascual, como un tipo de éxodo continuo de la esclavitud de nuestro Egipto a la libertad de la tierra prometida de Dios. El tema central de Gregorio de Nisa es el de una ascensión del hombre Moisés de lo más bajo de su condición humana a lo más sublime de la contemplación divina: una sed inextinguible devora al hombre, a medida que se acerca más a Dios. Moisés es el amigo de Dios, en esto consiste la perfección y la belleza del cristiano en esta tierra (conclusión, núm. 319-320). El demonio quiere dañar nuestra naturaleza y destruirla quitando la amistad con Dios (II, núm. 59) que es vivir en la perfección (I, núm. 5-9). Moisés nos enseña a ser humildes, a no situarse por encima de los demás y a no enorgullecemos de nuestras buenas obras (II, núm. 280-282). Al Faraón lo llama tirano (I, núm. 16-24), nos quita la libertad y nos prohíbe criar a nuestros hijos. Casi al final del libro dice: «el objetivo de cultivar la tierra es gustar de sus frutos, el de la construcción de una casa es habitarla; el del comercio, enriquecerse y el de las fatigas del estadio, el ser coronado. Así, el término de la vida espiritual es ser llamado servidor de Dios» (II, núm. 317).

Conforme a Gregorio de Nisa, Moisés es aquel que ha conocido sobre la montaña santa «la tiniebla luminosa» de la experiencia mística de lo divino (II, núm 163), porque ha sido «el enamorado ardiente de la belleza» (II, núm. 231) y nunca ha cesado de ir progresando hacia la visión de Dios: «Ver a Dios significa no cansarse nunca de desearlo... pues el progreso en el deseo del bien no sufre el impedimento de ninguna saciedad» (II, núm. 239). Precisamente en este crecimiento, Moisés ha sido «modelo de Belleza» que nos enseña a testimoniar, como él ha hecho, «la impronta de la belleza que nos ha sido mostrada» (II, núm. 319).

¹⁸ Cf. GREGORIO DE NISA, *La vida de Moisés*, Colección Espiritualidad, Alicante 1986.

La figura bíblica de Moisés sirve para consolidar la enseñanza moral impartida por los Santos Padres a los catecúmenos. Cada personaje, hombre o mujer, de la Biblia encarna una virtud: David la dulzura, Salomón la inteligencia, José la castidad, Elías el celo, Daniel la sabiduría, Moisés la compasión. De todas estas vidas, la más perfecta, a ojos de Gregorio de Nisa, es la de Moisés. La propone como ejemplo al joven que le había preguntado en qué consistía la perfección. En este espíritu, Gregorio había esbozado varios fragmentos de una obra que sólo ha de terminar al final de su vida, «teniendo ya los cabellos blancos», entre los años 380 y 390.

Para el catecúmeno todo está preparado de antemano: no tiene más que sentarse ante el banquete ofrecido por sus catequistas (II, núm. 200). En las catequesis mistagógicas que daban a los catecúmenos, Gregorio ve en la vara de Moisés transformada en serpiente, a igual que la serpiente de bronce, una figura de Cristo. Del mismo modo, la travesía del mar Rojo es el bautismo; el leño de Mará que vuelve dulces las aguas amargas, figura de la Cruz; las doce fuentes y las setenta palmeras son los apóstoles y los setenta discípulos; la roca de aguas vivas en que los rabinos contemplaban la Torá es Cristo; los brazos alzados de Moisés rezando en la montaña son una figura de la Cruz. El racimo de uvas traído de Canaán por los exploradores (Num 13,2-4) es igualmente una figura de la Pasión de Cristo, ya que éste es la viña del Señor (Jn 15,1). Los Santos Padres orientales veían en la vida de Moisés una prefiguración de la de Cristo y trataban de inculcarlo a sus fieles. Así por ejemplo san Agustín ve en el mar Rojo un emblema del bautismo. Moisés, que va a la cabeza de los hebreos liberados de la esclavitud, representa a Cristo a la cabeza de las naciones arrancadas al yugo de la idolatría.

San Cirilo de Alejandría, en el siglo V, hace un bellísimo comentario:

«En efecto, los hijos de Israel habían sido liberados de la tiranía de los egipcios: fueron arrancados del trabajo de los adobes, del sudor de los trabajos de la tierra, de la crueldad de los capataces y del trato inhumano del dominador: atravesaron el mar, comieron el maná en el desierto, bebieron el agua de la roca, fueron introducidos en la tierra prometida. Ahora bien, todo esto se ha renovado entre nosotros, pero a un nivel incomparablemente más elevado.

En efecto, nosotros hemos sido liberados no de una servidumbre carnal, sino espiritual, y en lugar de los trabajos de la tierra, hemos sido arrancados de los ídolos, no hemos huido de los inspectores de las obras egipcias, ni siquiera del tirano e inmisericorde del Faraón. El Señor ha vencido al jefe de esta chusma que nos incitaba al pecado, esto es, Satanás».¹⁹

Moisés ha sido para todos los Padres de la Iglesia el prototipo de un verdadero cristiano con discernimiento y don de gobierno. Por ejemplo, san Buenaventura deseaba que ese profeta se convirtiese en el modelo de los preladados, que deberían asemejarse a él para tener discernimiento. San Gregorio Magno, en el siglo IV en la Regla Pastoral, afirma:

¹⁹ Cf. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comentario sobre el libro del profeta Isaías*, Lib 4, orat 20, 1: PG 70,859-862.

«Con frecuencia, Moisés entra y sale del tabernáculo. Se elevó interiormente hasta la contemplación y fuera se encargó de atender a los débiles. Contempla por dentro los misterios de Dios y soporta por fuera las debilidades de los que son todavía carnales. Vuelve siempre al tabernáculo en las cosas dudosas, consulta al Señor ante el arca de la alianza y ofrece de este modo un ejemplo indudable a todos los pastores para que, si vacilan sobre la forma con que deben actuar en las cosas externas, vuelvan a entrar en su propio espíritu como en un tabernáculo, consulten al Señor como si estuvieran ante el arca de la alianza y busquen dentro de ellos mismos el libro de la palabra divina»²⁰

¿Por qué Moisés es el pastor fiel? Lo cuenta el Talmud: «Moisés fue puesto a prueba por Dios por medio de las ovejas. Nuestros rabinos enseñan que cuando Moisés, nuestro señor -que la paz sea con él-, guardaba el rebaño de Jetró en el desierto, se escapó un corderillo. Corrió tras él hasta que el cordero llegó a un lugar bajo la sombra. Cuando hubo llegado a aquel lugar, apareció una capa de agua y el cordero se detuvo a beber. Cuando Moisés se le acercó, le dijo: «No sabía que te hubieras escapado porque tenías sed; debes estar cansado». Entonces puso al cordero sobre sus hombros y se fue. Luego, el Santo sea bendito, le dijo: «Porque has tenido compasión conduciendo el rebaño de un hombre, podrás apacentar a mi rebaño Israel»» .²¹

En el capítulo séptimo de los Hechos de los Apóstoles (Hch 7,20- 34), retornando al surco de la tradición judía, presenta la vida de Moisés dividida en tres etapas, cada una de cuarenta años. En Hch 7,23 se dice que «cuando cumplió los cuarenta años subió a su corazón la idea de visitar a sus hermanos, los hijos de Israel». En Hch 7,30 se afirma que, «cumplidos otros cuarenta años, en el desierto del Sinaí, se le apareció un ángel, como llama de fuego». En el libro del Deuteronomio, estando ya para morir, el mismo Moisés dice: «yo tengo hoy ciento veinte años» (Dt 31,2; 34,7). Por tanto, según esta riquísima tradición bíblica, la larga vida de Moisés se divide en tres: cuarenta años en la escuela de Faraón, cuarenta años en la tierra de Madián, cuarenta años en el desierto. Cuarenta -que incluye el número 4, cifra del mundo, definido por los cuatro puntos cardinales, multiplicado por 10, número que indica la perfección divina- es una cifra que está llena de simbolismo hebreo. Al afirmar que pasó por tres etapas de cuarenta años se quiere decir que cada una de ellas tiene su propio significado de valor universal. En esas etapas, cada ser humano podrá reconocer su historia y releer su propia vida, tal como es y tal como debería ser ante Dios. De esta forma Moisés nos representa a todos nosotros, llamados a vivir de la Trinidad, es decir, en perfecta comunión: amor y unidad en la comunidad.

1. La primera etapa, los primeros cuarenta años, son el tiempo de la utopía, o, quizá mejor, de la dulce inconsciencia en la que Moisés, salvado de las aguas por la hija de Faraón, recibe una instrucción refinada (Ex 2 y Hch 7), vive en un mundo resguardado, protegido. Esta es la edad de los sueños y de las grandes esperanzas: es la edad del conocimiento filtrado, más bien ilusorio, de la vida y de los hombres. De

²⁰ Cf. GREGORIO MAGNO, *Regula Pastorum*, 11,5. Véase también R. MARTÍN-ACCHARD, E. STAROBINSKI-SAFRAN, F. BOVON, E. JUNOD, Y. CHRISTE, F. WÜLST, P. DE LA CAPRONA, M. FAENLER, *Le figure de Moïse*, Ecriture y Relectures, Neuchâtel 1978.

²¹ Cf. Talmud, Comentario al Éxodo Rabba, 2,2.

esa manera, Moisés comienza a soñar en un cambio del mundo. Él sabe, porque la nodriza hebrea (que en realidad es su madre) se lo ha confiado sin duda, que es un hijo de Israel; y de esa forma, siendo un joven brillante, rico y feliz, concibe en su corazón el sueño de ser el liberador de su gente. Indudablemente, en la «dulce inconsciencia» de esta fase él busca más su propia gloria, en vez de buscar la verdad, la libertad de un pueblo que él de hecho ni conoce.

Moisés sale así de la casa del Faraón para encontrar a los hijos de Israel, a quienes él sabe que pertenece. Sin embargo, apenas ha salido, sucede algo inesperado: Moisés toca la injusticia intolerable, una escena en la que un egipcio está golpeando a un hebreo, hermano suyo. Moisés se indigna: ¿Cómo es que delante de él, liberador que ha venido para hacer justicia, este egipcio se permite golpear a un hijo de Israel? Moisés se siente dominado por la tentación hasta ahora desconocida de la violencia y, sin saber siquiera exactamente lo que hace, mata al egipcio, para arrepentirse de inmediato por aquello que ha hecho, de tal forma que esconde el cadáver, como si quisiera cancelar la acción que ha realizado, de esta forma se convierte en un asesino. Al día siguiente ve cómo un hebreo golpea en su presencia a otro hermano hebreo: Moisés quiere intervenir para recordarles la fraternidad que les vincula. Lo hace, pero escucha una voz inesperada, cortante: «¿Quieres matarme también a mi como has matado al egipcio?». Sus mismos hermanos comienzan a rechazar a este hombre, que se ha vuelto terriblemente incómodo. En otro momento protege a las jóvenes madianitas y las salva de las manos brutales de los pastores. Moisés es el eterno inquieto al que la injusticia le atrae como a un imán, es un justiciero. Por otra parte, las cóleras de Moisés no se tranquilizan más que cuando abandona a los hombres para encerrarse en la soledad- oración del desierto de Madián.

2. Moisés, que pensaba ingenuamente cambiar el mundo y que ha caído de repente en el típico desahogo de atajos ideológicos que es la violencia, comienza a comprender la dureza y dificultad de la realidad. Moisés prueba el gran dolor de la derrota: el soñador iluso, el joven que había conocido la dulce inconsciencia, conoce toda la pesadez de la realidad. Así empieza el tiempo del desencanto. Esta es la segunda etapa de la vida de Moisés, la estación del alejamiento, de la evasión: la ilusión cede pronto su lugar a la desilusión. Así observa lapidariamente el relato de los Hechos de los Apóstoles: «El pensaba que sus compatriotas comprenderían que Dios les ofrecía su salvación por medio de él, pero ellos no comprendieron» (Hch 7,25). En este «pero» se incluye toda la amargura de una frustración, la crisis del sueño de su elección de vida (Hch 7,27-29).

Moisés conoce la experiencia dolorosísima de volverse extranjero para todos: para el Faraón, porque él es ahora un rebelde; para los suyos, porque su audacia les da miedo, pues tienen miedo de que él ponga en peligro el precario equilibrio de la esclavitud en que se encuentran; se ha vuelto extraño a sí mismo, porque se ve obligado a huir, sin conocer una meta. Él, el valiente que había renunciado a los privilegios, conoce el miedo y escapa: «Huyó Moisés y fue a habitar en la tierra de Madián, donde tuvo dos hijos» (Hch 7,29).

En la tierra del exilio se va acomodando, instalando progresivamente. Piensa que ha hecho lo suficiente, abandona los sueños de la juventud, juzga que tiene ya derecho a una vida tranquila, sin sorpresas ni peligros. Este es el tiempo de la aceptación, cuando el alejamiento (la evasión) se vuelve renuncia y el exilio del Eterno corre el riesgo de convertirse en exilio interior. De todas formas, esos cuarenta años de Madián son también un tiempo de preparación para la misión que Dios le encomienda, es un tiempo de maduración y de soledad con Dios en el desierto, como no ha dejado de observar Gregorio de Nisa. En medio del fracaso se prepara para la misión de los años de madurez.

3. La tercera etapa es el tiempo de la fe y del amor más grande, que comienza con una transformación radical, marcada por la irrupción de Dios en su vida: «Pasados cuarenta años, se le apareció en el desierto del monte Sinaí un ángel, en medio de la llama de una zarza ardiente» (Hch 7,30). Como afirma Martín Buber: «este Dios de Abraham es nómada como Abraham mismo. No tiene morada fija, no tiene «casa»; va de acá para allá; toma su gente y la conduce donde quiere y va con ellos de lugar en lugar»²². Aparentemente de repente, Moisés descubre la iniciativa de Dios y comprende que -aunque él no hubiera querido interesarse por Dios- Dios se encuentra interesado por él. Aquí se sitúan los grandes acontecimientos que harán de Moisés un anticipador del Mesías y de todos los bautizados en Cristo. Como ya hemos dicho, Moisés es figura de Jesucristo, su humanidad era muy humilde, más que ningún hombre sobre la faz de la tierra (Num 12,3). Para hablar con Dios no necesita de sueños, ni de trances, ni de temblores de tierra, ni de éxtasis, sino que va a hablar con Dios como un hombre habla con su prójimo (Ex 33,2).

El primero de esos acontecimientos es la experiencia de la «zarza ardiente» (Hch 7,30-31; Ex 3,1-15; Ex 6,2-13 y 6,28-7,7). Aquello que aparece claro en el relato es ante todo la admiración de Moisés: él está apacentando el rebaño en el entorno del monte Sinaí y he aquí que de repente descubre un arbusto que arde sin consumirse: «Se acercó para mirar...». Esta anotación es importante, porque nos dice que Moisés, a pesar de que ha visto tantas cosas, continúa siendo capaz de maravillarse.

¡A los ochenta años, él es capaz de llenarse de estupor, de abrirse a lo nuevo! Es un hombre radical, un buscador del Misterio. ¡Allí donde un hombre es capaz de admirarse, existe apertura a la novedad de Dios, a su imposible posibilidad! Sólo allí donde no hay admiración, no existe ya más vida, no hay sorpresa. Moisés no ha cesado de ser peregrino, un itinerante que busca a pesar de que se haya adaptado al exilio, su corazón continúa deseando secretamente la patria, una belleza que aún no ha encontrado.

En este momento es cuando llega la llamada de Dios: «¡Moisés. Moisés!». Dios llama por el nombre. Nadie es anónimo ante él; cada uno de nosotros es un «tú» absolutamente único, singular, objeto de un amor infinito. Moisés se siente amado personalmente por Dios. Esta no es la experiencia de un querer capturar a Dios para sí

²² Cf. M. BUBER, *Moisés*, o.c., p. 421.

mismo: al contrario, la advertencia es clara, «no te acerques, descázate las sandalias...» (Ex 3,4-6). En vez de eso, aquí estamos ante la experiencia de dejarse aferrar por Dios, porque ¡sólo Dios puede hacer que el desierto se convierta en tierra santa! «Soy yo quien te envió».

Ya no es él, Moisés, el protagonista, el que decide y pretende transformar el mundo. Es Dios quien le envía: «Vete donde el Faraón». Como si no hubiera sucedido nada, como si nunca hubiese conocido el alejamiento, Moisés acepta el nuevo comienzo. Dios hace posible lo imposible: su nombre es una promesa, «Yo soy el que soy», «Yo estaré contigo», el Dios fiel (Ex 3,14). Moisés no ha pedido la definición de la esencia divina; lo que ha pedido es que el poder de Dios esté a favor suyo y de su pueblo. El Nombre santo y bendito constituye ahora una garantía, fundada en la realidad del Dios fiel, y apoyándose en ella Moisés puede iniciar el camino de la misión que le ha confiado.

La vida de Moisés concluye a los ciento veinte años. Conforme al relato del Deuteronomio, Moisés muere solo, en obediencia a Dios, sin haber entrado en la tierra prometida: «El Señor dijo a Moisés: Sube sobre ese monte de los Abarim, el monte Nebo, que está en la tierra de Moab, frente a Jericó, y mira hacia el país de Canaán, que yo doy en posesión a los israelitas. Tú morirás sobre el monte al que vas a subir» (Dt 32,40-50). Resulta conmovedora esta forma de caminar para morir a solas, obedeciendo a Dios: «Moisés, siervo del Señor, murió en aquel lugar, en el país de Moab, conforme al mandato del Señor» (Dt 34,5).

La muerte de Moisés -como la muerte del cristiano, salvado de las aguas y por tanto custodio de la esperanza del Resucitado- no es simplemente un ocaso, sino aurora de la vida: «dies natalis», día del nacimiento y no del fin, es aquel momento en que el Otro divino llama al último éxodo y acoge en el cumplimiento de la pascua eterna.

Terminemos esta introducción, inspirándonos en las palabras de san Gregorio de Nisa:

Señor: Haz que seamos como Moisés, amantes ardorosos de la belleza, que, acogiendo paso a paso aquello que se nos muestra como imagen del Deseado, tengamos el fuerte deseo de saciarnos del modelo originario, queriendo incluso, con una pretensión temeraria, que supera todos los límites del deseo, gozar de la belleza, no ya a través de espejos y reflejos, sino cara a cara... Como a Moisés, concédenos el don de saber que se contempla verdaderamente tu Rostro cuando, viéndolo, no se cesa nunca de desear verlo... Amén. Aleluya (II, núm. 232,5).

P. José Luis del Palacio Berlín, 29 de abril - 3 de mayo de 2006

1. LA VIDA DE MOISÉS

La vida de Moisés, el hombre de Dios, se encuentra en las Sagradas Escrituras. Pero, tal como la enseña nuestro Talmud, la Palabra del Señor tiene más de un sentido: bajo las palabras sagradas que leyeron y releieron, nuestros Sabios descubrieron múltiples secretos que los necios no ven y, bajo los hechos conocidos, muchos hechos ignorados, a partir de los cuales ellos realizaron los textos dictados por este relato.

2. EL SUEÑO DEL FARAÓN

Está escrito: Un rey nuevo, que nunca conoció a José, se levantó sobre Egipto. Dijo a su pueblo: «Ved: el pueblo de los hijos de Israel es más numeroso y más fuerte que nosotros...»

Nuestros ancianos cuentan a este propósito, que en el año trescientos cincuenta y tres después de bajar los Hebreos al país de Egipto, el Faraón tuvo un sueño.

En este sueño él estaba sentado en un trono, y levantaba los ojos. Dos dedos surgían de la noche; entre esos dedos centelleaba una barra, más larga que un rayo de sol; y suspendidos de esta barra, los dos platillos de una balanza: uno, completamente abajo, hecho de oro y grande como un continente; el otro, completamente arriba, hecho de paja trenzada y pequeño como el nido de un pájaro.

Después vio, sobre el platillo de oro, algo parecido a un río y subiendo por este río, la cosecha y los segadores, guerreros y carros, ciudades y pirámides; y subiendo por estas pirámides, reyes y más reyes.

Después vio, sobre el platillo de paja, a un recién nacido. Y el platillo de oro, con el río y las cosechas, los guerreros y las ciudades, las pirámides y los reyes subía; y el platillo de paja bajaba, bajaba, como si el niño hubiese nacido más pesado que toda la tierra de Egipto, con todos sus segadores, todos sus guerreros y todos sus reyes.

En la angustia de su corazón, el Faraón se despertó: era un sueño. Llamó a sus consejeros y les contó su sueño.

Según Rabí Simón, estos consejeros eran tres profetas: Balaam, hijo de Beor, del país de los dos ríos, Job, el Usita, y Jetró, el Madianita. Porque, según nuestros Doctores, las Naciones, al igual que Israel, tienen profetas a quienes el Santo, bendito sea, muestra la verdad; pero ellos no ven, como ven los profetas de Israel, el corazón del Eterno.

Balaam, hijo de Beor, habló el primero y dijo: «Una madre va y viene, ella lleva en su seno al libertador de Israel. Tened cuidado, oh Rey mío, ése destruirá esta tierra con todos los que la habitan, si tú no te adelantas a destruir a Israel.»

«¿Destruir a Israel? -respondió el Faraón-; hace tiempo que venimos hablando de eso. Cuando tú viniste a decirme con el jefe de mis carros: 'Levántate contra los hijos de este pueblo, que habitan entre tu pueblo, antes de que se vuelvan numerosos y hagan alianza con tus enemigos', yo respondí, acuérdate: ' ¡Estáis locos! Nuestros antepasados fueron salvados del hambre por José, su antepasado; sin estos hebreos, hoy no comeríamos nada y ¿voy a levantarme contra ellos?' ¿Qué hicieron pues mis guerreros? Me arrancaron mi trono y mi corona hasta que les dije: 'Sea, me levantaré contra estos

Hebreos'. Les quité su trigo y sus campos: no cesaron de crecer ni de multiplicarse. Les hice doblegarse bajo el látigo de los esclavos, haciéndoles cocer los ladrillos al sol, rodar la piedra hacia la pirámide, excavar los canales para la abundancia de aguas y levantar muros alrededor de mis ciudades: no cesaron de crecer ni de multiplicarse. Eran setenta cuando bajaron con Jacob al país de Egipto; su número ahora es de seiscientos mil. Y tú me dices: 'Destruye a los Hebreos'. ¡Más bien dime cómo!»

Balaam, hijo de Beor, replicó: «Con fuego no los destruiremos, porque que su Dios salvó del fuego a su padre Abraham; y nos castigaría con fuego. Con la espada no los destruiremos, porque su Dios salvó de la espada a su padre Isaac; y nos castigaría con su espada. Con la esclavitud, no los destruiremos, porque su Dios salvó de la esclavitud a su padre Jacob; y nos castigaría con la esclavitud. Los destruiremos con el agua: su Dios, en verdad, salvó de las olas a su padre Noé; mas no nos castigará con el agua, porque Él ha jurado después del diluvio, que las aguas no cubrirían nunca más la tierra. Ordena, pues, que sean arrojados al río todos los hijos varones recién nacidos en Israel».

Al oír estas palabras, el Faraón se volvió a Job el Usita y le preguntó: «¿Qué piensas tú?» Pero Job miró arriba, miró abajo, y no respondió nada. Entonces el Faraón interrogó a Jetró el Madianita, que tomó a su vez la palabra y dijo:

«Su Dios ha jurado no mandar nunca más el diluvio sobre la tierra; pero sobre una parte de la tierra, sobre Egipto, ¿ha jurado acaso no volver a mandarlo? Tú fuiste sabio, vuelve a ser sabio, oh Faraón: deja en paz a esos Hebreos. Esclavos y humillados, siguen siendo poderosos; porque poderoso es su Dios».

«¿Quieres que me arranquen de nuevo la corona? -exclamó el Faraón-. Yo tengo el dios-toro, el dios-chacal, el dios-serpiente, el dios-león, el dios-mono, el dios-cocodrilo, tengo mil dioses; soy el dueño de todos estos dioses, ¿y no podré nada contra esos Hebreos que no tienen más que un Dios? ¡Que a partir de este día se me coja a todos los varones recién nacidos y que se me les arroje al agua!»

Cuando hubo dicho esto, Balaam, el malvado, se regodeó en su corazón; Job calló; pero Jetró el Madianita, temiendo la cólera del Faraón, huyó de su rostro hasta el país de Madián.

Y observa Rabí Simón: como Job no había dicho nada, le acometieron grandes sufrimientos; como Balaam había hablado pidiendo la muerte de Israel, murió de muerte violenta; y como Jetró había hablado a favor de la vida de Israel, los hijos de sus hijos se sentaron en el Sanedrín.

3. EL NIÑO SALVADO DE LAS AGUAS

En el país de Egipto, después de la muerte de José y de sus hermanos, los Hebreos, apacentando sus rebaños en los pastos de Gosen, habían dejado de caminar por los caminos del Eterno. "No grabaron ya

más en la carne de sus hijos el signo de la alianza antiguamente pactada por sus Padres con el Santo, bendito sea, y decían: «Seamos como los egipcios», y, como los Egipcios, adoraron a los dioses con rostro de animal.

Por esta razón el Eterno transformó *en* odio el amor de los Egipcios y permitió que hicieran esclavos a aquellos que ya no eran sus servidores.

Una sola tribu, la de Leví, guardaba en su corazón los recuerdos y las esperanzas de Israel, y en esta tribu, un justo entre los justos, Amram, esposo de Yokébed, padre de Aarón y de Miriam. Y sobre la justicia de Amram el mundo descansaba.

Porque, según han dicho nuestros ancianos, Dios desea que su Presencia habite aquí abajo. Allí moraba desde el primer día del primer hombre, pero cuando Adán pecó, subió de la tierra hasta el primer cielo; cuando Caín pecó subió del primer hasta el segundo cielo; y alejándose cada vez de la generación de Henoc, de la del diluvio, de la de Babel y de Sodoma, se ocultó en el tercero, después en el cuarto, en el quinto, en el sexto cielo; y cuando Sara fue mancillada por el Faraón la Presencia de Dios se exilió en el séptimo cielo. Pero, con Abraham, Isaac y Jacob, con Leví y Quehat, de cielo en cielo, había bajado de nuevo hasta el segundo cielo; ahora por mérito de Amram, pronta a volver a morar entre los hombres. Ella permanecía al borde del primer cielo; y he aquí que dentro de poco, con Moisés, la Presencia de Dios volvería de nuevo a habitar la tierra.

Sin embargo, el edicto del Faraón se ejecutaba: las madres de Israel, inclinadas sobre las aguas, lloraban a sus hijos y el río corría entre sollozos.

Entonces Amram, dijo: «Ya que los Hebreos engendran para la muerte que dejen de engendrar». Y se separó de Yokébed. Y haciendo lo mismo que él, todos los de Israel repudiaron a sus mujeres.

Pero en Miriam reposaba ya el espíritu de sabiduría y de visión y se atrevió a hablar delante de Amram, su padre, diciendo: «Más cruel es tu decreto que el del Faraón. El egipcio no condena más que a los hijos varones; tú golpeas a las hijas junto a los hijos, él no priva a sus víctimas más que de la vida de aquí abajo; tú, que les impides nacer, les privas también de la resurrección.»

Estas palabras fueron aleccionadoras para Amram; sin duda, conocía nuestro proverbio: *Tú hijo puede darte más de una lección*. Dijo a los hebreos que hiciesen volver a

sus mujeres, él mismo, volviendo a tomar a Yokébed, la condujo por segunda vez al tálamo nupcial; Miriam y Aarón danzaron por nuevas bodas; y es así como Moisés fue concebido.

Entonces, de mes en mes, Yokébed reencontró su juventud, sus arrugas desaparecieron de su rostro, sus miembros exhalaban el perfume de las flores y su vientre llevaba con gozo la promesa de su fruto. No obstante, Amram estaba triste en su corazón. Delante de toda morada hebrea en la que una madre esperaba la venida de un hijo, el Faraón apostaba dos guardias armados; y quienquiera que libraba de la muerte del agua a un varón recién nacido, perecía, con todos los suyos, con muerte de sangre. Y Amram, pensaba: «Si me nace un hijo, ¿qué será de él?»

Ahora bien, una noche, mientras dormía, tuvo a su vez un sueño. Y en su sueño, se encontraba en las orillas del río, de pie; sus ojos bajos miraban las olas que, volviéndose translúcidas, corrían como un río de aire. En el fondo, por millares y miríadas yacían los cadáveres de los infantes, unos contra otros. De repente, he aquí que apareció vivo, sobre la orilla, un niño que caminaba. Sus dos pequeñas manos se tendían hacia el agua. De pronto, algo se estremeció entre los cadáveres de las profundidades; un movimiento los recorrió, los levantó, los puso en pie; se animaban, crecían, emergían de entre las olas; eran hombres, era un pueblo que se levantaba y que cantaba: «Ha nacido aquel que nos salva y cuyo nombre vivirá en la eternidad».

Al grito de las voces, Amram se despertó. Una luz llenaba la alcoba. Yokébed, tres meses antes del día esperado, acababa de dar a luz, pero sin dolor, ya que dicen nuestros Sabios, la maldición que en otro tiempo cayó sobre Eva no pesa en absoluto sobre las madres virtuosas. Miriam sonreía, presentando el niño al padre, nacido circunciso; y ella profetizó: «He aquí la salvación de Israel».

Tres veces creció y menguó la luna sin que ello revelase a los egipcios el hijo milagroso. Pero se acercaba el día en el que su nacimiento se descubriría. Entonces resolvieron confiarlo ellos mismos al agua del río y a la protección de Dios. Yokébed hizo un cofre de juncos, lo untó de betún por fuera y de arcilla por dentro. Allí colocó al niño. Después, habiendo invocado la ayuda del Altísimo, lo depositó, con mano temblorosa, entre los carrizos de la orilla. Y mientras se volvía llorosa a Amram, Miriam, que se había quedado en la orilla, seguía con la mirada el cofre que arrastraba el agua, espiaba lo que llegaría a ser de su profecía.

¡Cuan grande es la Providencia para con Israel! ¿Quién habría pensado que Abraham engendraría en su vejez? ¿Que Jacob, sin otra cosa que un bastón cuando atravesó el Jordán, volvería cargado de bienes y de bendiciones? ¿Quién habría creído que José, encadenado en las prisiones de Egipto, reinaría un día sobre los egipcios? ¿Quién habría esperado que un niño, perdido entre los remolinos de un inmenso río, salvaría a un pueblo y a la humanidad? Sin embargo, Miriam lo esperaba.

Según Rabí Chanina bar Papa, ese día era el vigésimo primero del mes de Nisán; y los Ángeles del servicio dijeron ante el Eterno: «Rey del mundo, ¿vas a permitir que

en este día de Nisán, en el que se ha de cantar tu cántico del mar que se secó, perezca aquel que lo ha de cantar?»

Según Rabí Acha bar Chanina, ese día era el sexto del mes de Siván; y los Ángeles del servicio dijeron ante el Eterno. «Rey del mundo, ¿vas a permitir que en este día de Siván, en el que has de dar tu Ley en el Sinaí, perezca aquel que debe recibirla?»

Y mientras los Angeles hablaban, Bithia, la hija del Faraón, bajó al río con sus criadas. Ella estaba blanca de lepra, de la cabeza a los pies; y su lepra la hacía estéril. Cada mañana se bañaba en el agua del río deseando dejar allí la lepra y la esterilidad que privaban al Faraón de descendencia y a su corona de posteridad.

Habiendo notado una cosa ligera que las olas mecían, Bithia dio una orden a una de sus siervas. La sierva nadó hacia aquello; como tardara en alcanzarlo, por un milagro, sus brazos se alargaron. Y cuando la hija del Faraón abrió el cofre, he aquí que en el cofre había un resplandor: La Presencia de Dios; y bajo el resplandor un niño circunciso, un Hebreo. La sierva dijo: «Señora, ¿salvarás a un Hebreo? Cuando un rey manda, su hija obedece». Pero Bithia ya había tocado con su mano al niño. De pronto, la blancura de su lepra cayó de su carne: la princesa estaba pura como el recién nacido. Entonces sintió ella que lo habría de querer más que a un hijo de sus entrañas. Y le llamó Moisés, *el retirado*, diciendo: «Porque le he retirado de las aguas».

Miriam se acercó. Le hacía falta al niño una nodriza. Ella propuso ir a buscar una entre las madres enlutadas de Israel; ya que dicen nuestros Doctores, la boca que debía un día conversar con el Eterno no podía mancharse con la leche impura de una egipcia.

La nodriza traída fue Yokébed. Bithia le confió a aquel que ella, en su corazón, colocaba ya sobre el trono. Después, simulando un embarazo, anunció al Faraón un heredero.

La costumbre exigía que no fuese presentado a la corte sino hasta el final de su tercer año. Durante tres años, Yokébed pudo pues cuidar de su hijo reencontrado, meciéndole con los cantos de Israel, en tanto que Amram, Aarón y Miriam veían con gozo crecer su hermosura.

Llegado el tiempo, con el niño en los brazos, Bithia subió por la avenida de las esfinges que conducía al palacio real. Era el día en que los vencidos del Norte y los del Mediodía traían al Faraón el tributo del ébano, de la palmera, de las turquesas y del incienso, del marfil y del oro. De rodillas ante él, los esclavos, los príncipes, los sacerdotes, los hechiceros, besaban el polvo. Y entre ellos Balaam y Job, los videntes de las Naciones que, abandonados por Jetró, eran los únicos que ahora, con su ciega sabiduría, iluminaban al rey.

Sonriendo a la sonrisa de su posteridad, el Faraón quiso acariciar al niño. Pero él, con sus manitas, animadas de pronto por una fuerza desconocida, tomó la corona de la cabeza real y la puso sobre la suya.

«¡He ahí -dijo el Faraón un joven príncipe con mucha prisa por reinar!» «¡Hay que echarlo al agua -exclamó Balaam-, hay que echarlo al agua!»

«¿Insistes aún? -respondió el Faraón- ¿No habías leído tú, hace más de tres años, en las estrellas, que el niño amenazante de mi sueño terminó por fin en el río? Desde entonces no he vuelto a ahogar y ¿quieres que comience a ahogar de nuevo?» «Estrangula, si lo prefieres, -replicó Balaam-, pero salva tu cabeza de este arrebatador de coronas».

«¿Sabe él acaso de lo que hace, a su edad?», murmuró Bithia. «Y tú Job, ¿qué piensas?», preguntó el Faraón. Job miró arriba, miró abajo y respondió: «Si sabe lo que hace, que muera. Que viva si no lo sabe». «Pero ¿cómo sabremos si sabe o no sabe?» Job miró arriba, miró abajo y no respondió.

«Que le presenten -dijo Balaam- dos platillos. Sobre uno, que amontonen carbones encendidos; en el otro, piezas de oro. Si toma el carbón, tu corona está tranquila: no sabe lo que hace. Pero si toma el oro, témele: tiene conocimiento».

Balaam pensaba que un niño ya tan despierto no iría a quemarse los dedos. En efecto, el niño quiso tocar el oro. Pero el ángel Gabriel, que velaba por él, desvió su mano. Moisés tomó un carbón encendido y se lo llevó a la boca. Por eso, dicen nuestros Rabinos, tuvo durante los días de su vida el labio pesado y la lengua torpe.

Bithia lanzó un grito. El Faraón se echó a reír. Job, prudente, volvió a Us, su ciudad natal; y Balaam se volvió, irritado, al país de los dos ríos.

Es así como Moisés por cuya mano debía perecer Egipto, llegó a ser príncipe sobre todos los príncipes de los Egipcios.

4. EL HIJO DE BITHIA

Está escrito: *Y llegó a ser su hijo...* Pero ¿cómo fueron la infancia y adolescencia de este hijo? Un Rabino que no desea ser nombrado, lo cuenta glosando a Filón, el pensador, y a Josefo, el historiador.

Cuando Moisés llegó a la edad de aprender, como futuro soberano, tuvo como maestros a los más sabios lectores de símbolos.

Unos le enseñaban los nombres de los dioses: Hator, la vaca nodriza; el toro Apis, nacido de una novilla virgen; Anubis, el chacal que embalsama a los muertos, el halcón Horu, la serpiente Apopi, Su, el sol, Auiu, la luna; Sibú la tierra, Nuit el cielo; los nueve dioses de Menfís, los nueve dioses de Tebas, todos los dioses de todos los lugares, bajo todos los cielos.

Moisés aprendía los nombres de los dioses. Pero por la noche, en su lecho de marfil, los cantos en otro tiempo cantados por Yokébed, su nodriza, se despertaban en su corazón y cantaba a un Dios que no tiene rostro de animal, ni de hombre, ni rayos de astros, ni el color de la tierra, un Dios que no se ve, que está en todas partes, el único Dios.

Otros le enseñaban la historia de los faraones: de aquellos que habían capturado el Nilo en sus canales y acumulado cosechas fecundas en sus graneros; de aquellos que habían tallado colosos en las rocas de pórfido, y entronizado estatuas en los templos; de aquellos que habían vencido a pueblos enteros y sometido el universo entero bajo sus sandalias.

Moisés recitaba la historia de los faraones. Pero por la noche, en su lecho de marfil, los cantos de Yokébed se despertaban en su corazón y cantaba un pueblo que no tenía cosechas, ni estatuas, ni sirvientes encorvados bajo su yugo, un pueblo de esclavos nutrido de dolor.

Otros le enseñaban los deberes de los reyes, diciendo: «¡Cíñete tus galas guerreras; aplasta países, corta higueras y viñas, quema ciudades, mata a millares!»

Moisés repetía los deberes de los reyes. Pero por la noche, en su lecho de marfil, los cantos de Yokébed se despertaban en su corazón, diciendo: «Sé prudente como Jacob, dulce como Isaac, fiel como Abraham».

A veces Bithia, que él creía su madre, le llevaba a las oraciones. Ataviada de rojo, presentaba la ofrenda al ídolo pintado de azul. Moisés no rezaba, y se decía: «¿Cómo se reza al Dios que no se ve?»

A veces los príncipes que él creía sus primos, lo llevaban a los juegos. Lanzaban el aro o la pelota; tiraban las fichas, echaban los dados. Moisés no jugaba. Se preguntaba: «¿Dónde sufre ese pueblo cargado de dolores?»

A veces el Faraón, al que creía su abuelo, le llevaba a la reunión de consejeros. Sentado en su trono, el soberano escuchaba al Anciano de los sacerdotes o al Guardián de los tesoros. Moisés no escuchaba. Se preguntaba: «¿De quién tomaban consejo el fiel Abraham, el dulce Isaac, el prudente Jacob?»

Cuando alcanzó la edad de guerrear, recibió la misión de someter a los etíopes rebeldes. Desde hacía nueve años, los guerreros de Egipto asediaban en vano a su rey Kikanos en su ciudad de Saba. Al oriente y al norte la ciudad estaba defendida por altas murallas; al occidente, un río la protegía, al mediodía, lo hacía una tierra guardada por serpientes.

Un primer jefe egipcio había atacado la ciudad por el lado de las murallas, abatiendo bosques para erigir torres desde las que sus arqueros lanzaban sus flechas. Pero Kikanos, con una lluvia de basalto, había destruido torres y arqueros.

Un segundo, queriendo tomar la ciudad por el lado del río, había construido una flota de balsas para cruzar las vertiginosas aguas. Pero arrastrados por torbellinos hacia las cataratas, balsas y remeros habían desaparecido.

Un tercero se había abierto paso con sus carros entre las serpientes. pero, levantando en el aire los millones de anillos de donde salían sus fauces, las serpientes habían tragado cocheros y caballos.

Cuando Moisés hubo acercado sus tropas frescas, Tarbis, la hija de Kikanos, le divisó un día desde lo alto de las murallas. Como era de talla recia y rostro resplandeciente. Tarbis lo amó y le mandó decir: «Sé mi esposo, te entrego mi ciudad y mi belleza». Pero Moisés, en quien resonaban siempre los cantos de Yokébed, se acordó de Sara, que fue sierva, de Rebeca y de Raquel, que fueron pastoras y no quiso por esposa a la hija de un rey.

Por orden suya, los soldados capturaron innumerables ibis y los soltaron sobre las serpientes a las cuales sacaron ojos y corazones. Moisés con su ejército pisoteando sus cadáveres desenroscados entró en la ciudadela. Toda Etiopía se sometió a sus pies; y volvió al país de Egipto llevando consigo tesoros de ébano y marfil, plumas y joyas, monos domesticados y enanos bailarines.

Entonces el Faraón lo asoció a su trono, le puso en la mano el doble látigo y sobre la frente la doble corona. Seguido de un cortejo de guerreros y sacerdotes, de pie en su carro de plata, recorrió, aclamado por las multitudes, el reino del Mediodía y el del Norte.

Un día, en su gloria, flanqueaba la tierra de Gosen y vio al borde del camino a unos hombres que gemían. Alguien le dijo: «Son Hebreos». Bajó de su carro, arrojó su doble látigo y su doble corona y se fue a vivir entre los esclavos.

Entonces, una voz habló en la inmensidad diciendo: «Puesto que tú por mi pueblo dejas tu realeza, puesto que por él te bajas a la esclavitud, yo por ti dejaré mi cielo; por ti bajaré a la tierra».

Dura era la esclavitud. A lo largo de los días, a lo largo de las noches, los Hebreos padecían. Unos hacían ladrillos con paja y arcilla húmeda; otros cavaban zanjas que, apenas eran cavadas se volvían a llenar, o bien levantaban casas y ciudades que apenas en pie, se venían abajo. La peste los devoraba. La multitud de sus cadáveres, a los que nadie lloraba o enterraba, se pudrían en la tierra; el olor de los muertos mataba a los vivos. Y Moisés pensaba: «¿Qué han hecho para merecer su miseria?»

Según Rabí Jehouda, se crearon diez cosas fuertes en el mundo: la piedra es fuerte pero el hierro la parte; el hierro es fuerte pero el fuego lo funde; el fuego es fuerte pero el agua lo apaga; el agua es fuerte pero la nube la lleva; la nube es fuerte pero el viento la ahuyenta; el viento es fuerte pero el hombre le resiste; el hombre es fuerte pero el miedo lo aniquila; el miedo es fuerte pero el vino lo disipa; el vino es fuerte pero el sueño lo disuelve; el sueño es fuerte pero la muerte es más fuerte. Y hacer el bien es más fuerte aún porque sobrevive a la muerte. Y Moisés hacía el bien.

Decía a los Hebreos: «Hermanos míos, hermanos míos, ¡ay de vosotros! y ¡ay de mí! Ojalá pudiera morir para salvaros de la muerte». Y por ellos amasaba ladrillos, cavaba zanjas, llevaba pesadas cargas; por ellos enterraba a los muertos. Los cantos que en otro tiempo cantaba Yokébed se despertaban en su corazón, y cantaba un Mesías de paz y de justicia que vendrá un día para salvar a los hombres. Y Moisés pensaba: «¿Por qué no viene para salvar a estos Hebreos?»

Una noche, ocupado en consolarlos de su desgracia, otros consuelos se mezclaron con los suyos: Moisés reconoció la voz de Yokébed, que con Amram, Aarón y Miriam, recorría el país de Gosen. Los cuatro recordaban a los Hebreos el Dios Invisible al que habían abandonado. Pero los Hebreos no escuchaban: escupían para mostrar su disgusto; o bien, embriagados por una repentina locura, reían y saltaban dando vueltas; o bien recogían ladrillos amontonados y los arrojaban a la cara de aquellos que les traían el recuerdo de Dios. Y Moisés pensaba: «¿Será acaso por esto por lo que merecen su miseria?»

Supo entonces por su padre y por su madre del secreto de su nacimiento, del cofre de junco salvado de las aguas, del edicto del Faraón y de los siglos de esclavitud, de la grandeza olvidada de Jacob y de José, de la tierra de miel y de leche pisada por los patriarcas y prometida por Dios a su descendencia. Supo que un salvador se levantaría a favor de Israel; Miriam profetizaba: «Tú serás ese salvador». Pero él no lo creyó, era un hombre sencillo y humilde de corazón.

5. LA HUIDA A MADIÁN

Está escrito: *Moisés vio a un egipcio que golpeaba a un hebreo...* Nuestros Sabios han dicho a este propósito: «Ved el instinto malvado; es querido por Dios; porque sin quererlo, sirve al querer de Dios».

El Faraón había colocado sobre cada diez Hebreos, un jefe de faena hebreo; Datán, hijo de Pallou, era uno de ellos; y sobre cada diez jefes de faena hebreos, un maestro de obra egipcio; Maror, el egipcio, era uno de ellos. Estos maestros de obra eran todos crueles y Maror el más cruel de todos.

Datán tenía una mujer, Shelomí, hija de Dibri, de la tribu de Dan. Shelomí era bella, Maror la codiciaba. Una noche, antes del alba, llegó, hizo encadenar a Datán y delante de él se gozó de la belleza de Shelomí. Datán repudió a su mujer. Pero desde aquel día Maror fue aún más cruel: golpeaba a Datán y buscaba su muerte. Moisés, al ver tal injusticia, se irritó en el alma y cuando Maror levantaba su látigo sobre Datán, Moisés lo mató.

¿Cómo pudo matar Moisés? preguntan nuestros Rabinos. ¿No está escrito: No matarás? Pero -responden ellos- Moisés en su irritación había pensado en la justicia de Dios; y este pensamiento fue tan fuerte que mató al egipcio.

Cuando hubo muerto, Moisés lo enterró en la arena, diciendo a los Hebreos: «Israel es como la arena, así como la arena es muda, que vuestras bocas sean mudas».

Pero las bocas no lo fueron. Al día siguiente, Datán discutió con Abiram su hermano. Ahora bien, la discusión viene del odio y lleva al odio. Moisés los reprendió, y Datán respondió: «Oye, muchacho, ¿quién te ha constituido en juez sobre nosotros? ¿Acaso quieres matarnos como mataste al Egipcio? ¿O tendremos que preguntar al Faraón por qué te llaman el hijo de Bithia, siendo tú el hijo de Yokébed?»

En efecto, Datán a quien Moisés había salvado la vida, fue al palacio del Faraón y compareció ante él, acusando a Moisés: «Deshonra tu cetro y tu corona», dijo. «Que sea para su bien», respondió el Faraón. «Fortalece a tus enemigos y acude en ayuda de tus esclavos». «Que sea para su bien», repitió el Faraón. «No es hijo de tu hija; su padre es un hebreo». Al oír estas palabras, el Faraón hinchando sus narices de cólera, ordenó que apresaran a Moisés y lo mataran. Y cuando el hijo de Amram hubo oído lo que había hecho Datán gritó: «¡Israel, Israel, tu alma es más miserable que tu esclavitud; ahora sé yo por qué has merecido tu miseria!»

Sin embargo los Angeles, extendiendo sus alas hacia el Trono en lo Alto, suplicaban al Santo, bendito sea: «Señor, Señor, Rey del mundo, tu hijo está en angustia; su sentencia está sellada; su patíbulo está levantado, ¿vas a dejar perecer al que salvará a tu pueblo?» El Santo les respondió: «Yo lo tomaré bajo mi protección». Y

cuando el Faraón envió a sus espías a apoderarse de Moisés, Dios convirtió en mudos a unos, en ciegos a otros: los ciegos no veían donde estaba, los mudos que le habían visto no pudieron decirlo; y Moisés huyó al país de Madián.

Jetró, el consejero que había aconsejado el Faraón no hacer daño a los Hebreos, había llegado a ser sacerdote en Madián. Pero después de reflexionar en su corazón y comprender que el ídolo es una vanidad, lo devolvió a los Madianitas diciendo: «Soy demasiado viejo, buscaos otro sacerdote». Entonces los Madianitas lo pusieron en entredicho; ninguno de ellos quería servirle; sus siete hijas eran las únicas que le servían llevando sus rebaños al desierto a paecer y a ios pozos a beber.

Cada tarde llegaban, las primeras, y sacaban agua para sus ovejas; pero los malvados pastores de Madián aparecían de pronto y daban de beber a sus propias bestias el agua que ellas habían sacado. Una vez, estos pastores fueron aún más malvados; después de quitarles el agua, quisieron tomar a las muchachas, y como oponían resistencia quisieron arrojarlas al pozo. En ese mismo instante, Moisés apareció cansado de su pesado viaje. Vio el pozo cerca de la ciudad y cerca del pozo a las muchachas que eran violentadas. Solo contra todos, las defendió; después dio de beber a los rebaños de Jetró y enseguida a los de los pastores de Madián, aunque no lo tenían merecido; de la misma manera, dicen nuestros Ancianos, con el agua de su Ley que él dio de beber más tarde a Israel, abrevó también al resto del mundo.

Ved cuán modesto es Dios; antes de crear al hombre consultó a los ángeles. Moisés era modesto como Dios. Al decir las hijas de Jetró a su padre: «Un egipcio nos ha salvado», él no las corrigió diciendo: «Yo soy un hebreo». ¿Por qué? ¿Quería ocultar que era Hebreo? De ninguna manera. Es como aquel hombre al que había mordido una serpiente; corrió para meter los pies en el agua y vio que un niño caía al agua. Extendió su mano y salvó al niño, que le dijo: «Sin ti habría perdido la vida». «Ciertamente no, replicó el hombre; la serpiente que me mordió y de la que huía, corriendo al agua en la que tú caíste, es la que te ha salvado, no yo». De igual manera, Moisés pensaba en su modestia: «El egipcio por el que huí de Egipto viniendo al pozo de Madián en el que los pastores violentaban a las muchachas, es a él y no a mí a quien ellas deben dar las gracias como a su salvador».

Entre las hijas de Jetró, Séfora era la más modesta. Al verla, Moisés pensaba en Sara, que fue una sierva, en Rebeca y en Raquel, que fueron pastoras y le pidió que fuera su mujer. Ella respondió: «Mi padre tiene un árbol en su jardín; a todo aquel que quiere por esposa a una de nosotras le ordena que lo arranque, y a todo el que intenta arrancarlo el árbol lo devora. ¿Vas a intentar arrancarlo tú?»

Ahora bien, este árbol era el cayado que el Santo, bendito sea, creó en la vigilia del primer Sábado, y que Adán, el primer hombre, recibió cuando fue echado del Paraíso. Adán lo entregó a Henoc, que lo entregó a Noé, que lo entregó a Sem; después el cayado llegó a las manos de Abraham, después a Isaac, y después a Jacob, quien se apoyaba en él cuando bajó al país de Egipto donde se lo dio a José el más querido de entre sus hijos. Después de la muerte de José, el cayado fue llevado al tesoro del

Faraón y Jetró lo había tomado de ahí cuando abandonó el país de Egipto para ir al país de Madián. Jetró, sin darse cuenta, había golpeado la tierra con ese cayado, el cual se enraizó en el suelo, convirtiéndose en un árbol del que colgaban frutos.

Moisés dijo: «¿Dónde está ese árbol?» Fue al jardín y lo arrancó; y de repente el árbol se convirtió de nuevo en cayado, adquiriendo, como en la víspera del primer Sábado, el color de zafiro que recibía del cielo, y llevando grabado en su parte superior el Nombre del Santo, bendito sea, que nadie había pronunciado aún aquí abajo.

Entonces Jetró pensó en su corazón: «¡En verdad este hombre es uno de los hijos de ese Abraham por quien tantas bendiciones han de venir al mundo!» Abrazó a Moisés y le dijo: «Toma a mi hija, sé mi hijo. Pero jura que no harás jamás como hizo Jacob, tu antepasado, quien habiendo desposado a las hijas de Labán, huyó un día de casa de aquel». Moisés juró y fue el esposo de Séfora; allí le engendró un hijo y lo llamó Guersón, «extranjero allí», diciendo: «Yo fui extranjero allí y allí fui bendecido».

Dicen nuestros Ancianos que si Maror no hubiese codiciado a Shelomí, si Datán no hubiese traicionado a Moisés, Moisés no hubiera huido al país de Madián y no habría sabido jamás lo que Dios quería de él. Pero Maror codició a Shelomí, Datán traicionó a Moisés y Moisés huyó al país de Madián y allí supo lo que Dios quería de él. Así es como el instinto malvado hizo, sin quererlo, la voluntad del Eterno.

6. EL PASTOR FIEL

Moisés apacentaba los rebaños de Jetró velando por ellos con amor. Llevaba a pacer primero a los animales más jóvenes, para que se nutrisen de hierba tierna, después a los de más edad, que encontraban pastos más fuertes y al final a los más vigorosos, que ramoneaban el más duro forraje. Entonces dijo Dios: «Ha sabido apacentar las ovejas dando a cada una su alimento; sabrá apacentar a mi pueblo dando a cada uno su justicia».

Un día un cabrito escapó del rebaño. Moisés lo siguió, corriendo, hasta llegar a un lugar escarpado donde lo encontró bebiendo en una fuente: «Pobre cabrito -dijo- ¿huíste para beber? ¿Estarás muy cansado ahora?» Lo tomó sobre sus hombros y lo devolvió al rebaño. Entonces dijo Dios «Así como ha tenido piedad de un pobre cabrito, llevándolo sobre sus hombros para cargar con su fatiga, también tendrá piedad de mi pueblo, llevándolo en su corazón para cargar con su pecado».

Pues Dios, antes de confiar rebaños de hombres a sus reyes y profetas, les confía, para probarlos, rebaños de animales.

Sin embargo, la esclavitud de Egipto se hacía cada vez más pesada sobre los Hebreos. Irritado al saber que Moisés era uno de ellos, el Faraón los castigaba por su error pasado. Para llevarlo al arrepentimiento Dios le envió un mal de lepra. Desde la corona de su cabeza hasta las sandalias de sus pies, se cubrió de pústulas. Pero al no saber descifrar en el sufrimiento el mensaje del Altísimo, quiso curar su cuerpo en lugar de curar su alma; cada mañana, durante diez años, hizo arrancar de los brazos de las madres de Israel diez niños Hebreos, y durante diez años cada mañana, se bañó en su sangre. Pero ni su alma ni su cuerpo se curaban. Cuando murió no fue posible embalsamarlo; su piel caía en colgajos pestilentes y su hedor corrompía los bálsamos.

El Faraón que vino después de él fue el hijo de aquella Bithia que había salvado de las aguas a Moisés. Curada de su esterilidad, había concebido a este primogénito de su carne, después de que el primogénito de su alma, Moisés, huyera a casa de Jetró, pero, a pesar de sus plegarias, el nuevo Faraón era más cruel aún que el anterior, pues no lo atormentaba ningún mal de lepra; su único tormento era su crueldad. Cada tarde, durante su comida, echaba a sus perros diez niños Hebreos y mientras comía, miraba a sus perros devorarlos. Entonces el grito de las madres subió hasta Dios; no es que los Hebreos mereciesen ser salvados; sus pecados eran innumerables; pero el Eterno se acordaba de sus promesas a los Patriarcas y quería que del oprobio de este pueblo naciese para todos los pueblos una bendición. Amram había muerto; la hora de Moisés había llegado, ya que -según nuestros sabios- cuando se apaga el sol de un justo, se enciende de inmediato el sol de otro. Apacentando los rebaños de Jetró, el pastor fiel se adentraba cada día más en el desierto; una fuerza lo atraía hasta allí:

buscaba la presencia de Dios; y para recibir en sí la presencia de Dios, hace falta hacer dentro de uno mismo el desierto.

Así pues, un día, en el fondo del desierto, vio una montaña de granito y de zafiro, y a medida que él caminaba hacia ella, ella caminaba hacia él. Esta montaña recibe varios nombres: el nombre de *odio*, *Sinaí*, ya que de ella descendió el odio al pecado; el nombre de *espada*, *Horeb*, porque de ella bajó la espada de la justicia; el nombre de *venida*, *B-scham*, porque sobre ella vino el Eterno.

Cuando Moisés se detuvo al pie de la montaña, la montaña se detuvo también. Entonces vio una zarza y en la zarza una llama; la llama ardía y la zarza no se quemaba. Y en este matorral de espinas se le apareció la Presencia de Dios.

¿Por qué en una zarza? preguntan nuestros Doctores.

Rabí Eliezer responde: «Porque la zarza es el más humilde de los árboles, e Israel el más humilde de los pueblos».

Rabí Jochanan responde: «Porque la zarza es el seto de los jardines, e Israel es el seto del mundo».

Rabí José responde: «Porque la zarza es el árbol doloroso y Dios sufre cuando sufren los Hebreos».

Y ¿por qué ardía la llama y la zarza no se quemaba? Rabí Nachman responde: «Porque el dolor está en Israel, pero Dios no quiere que el dolor consuma a Israel».

Como Moisés todavía no era profeta, no había oído aún la voz de Dios. Si el Eterno le hubiera hablado con su voz atronadora, Moisés se habría aterrorizado; si le hubiera hablado con su voz silenciosa, Moisés no habría escuchado. ¿Qué hizo Dios? Para hablar a Moisés, tomó la voz de Amram, padre de Moisés, llamándole: «¡Moisés! ¡Moisés!»

Moisés respondió: «¿Qué quieres, padre mío? Heme aquí». «No soy tu padre - respondió Dios-; soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob». Y Moisés se regocijó en su corazón pensando: «¡ Dios coloca a mi padre entre los Patriarcas y aún antes de los Patriarcas!» Pero, temiendo ver al Señor, se cubrió el rostro.

Sobre este punto, Rabí Josué ben Karcha y Rabí Hosée no estaban de acuerdo. El primero decía: Moisés hizo mal en esconder su rostro; porque si no lo hubiera escondido, Dios le habría mostrado en el acto lo que es arriba y lo que es abajo, lo que fue y lo que será». El segundo decía: «Moisés hizo bien en esconder su rostro; porque Dios le dijo: 'Puesto que me honras ocultando tu rostro, por mi vida, toda tu vida te hablaré cara a cara'». Y en efecto, mientras que a los otros profetas no les hablaba más que a ciertas horas y a través de velos y espejos, el Eterno, a partir de aquella hora, le habló a Moisés a toda hora, cara a cara.

Dios continuó: «El lamento de los hijos de Israel ha subido hasta mí, he visto la violencia con que los egipcios los aplastan. Ahora ve, yo te envío al Faraón; haz que mi pueblo abandone Egipto y venga a conocerme en esta montaña y pase a esa región de leche y miel que he prometido a sus padres».

Pero Moisés no sintió en su corazón el ánimo de obedecer, y durante siete días rechazó la voluntad del Eterno.

El primer día dijo: «Señor ¿quién soy yo para salvar a tus Hebreos? Un pastor perdido en un desierto». Dios respondió: «Cuanto más débil es aquel del que yo me sirvo, más muestra mi fuerza.

El segundo día Moisés dijo: «Señor, tú me envías hacia mis enemigos; han querido matarme; aún lo quieren». Dios respondió: «Al que yo acompaño, lo acompaña mi terror».

El tercer día Moisés dijo: «Yo, tu servidor, vacilo en obedecerte, ¿cómo va a hacerme caso el Faraón? Mi lengua es pesada, mi labio torpe, ¿dónde encontraré yo palabras para hablarle?» Dios respondió: «¿Sabía hablar Adán cuando dio nombre a todos los animales de la tierra? ¿Quién le hizo hablar? Yo abro los ojos de aquellos que ven, yo se los cierro a aquellos que no ven. A los que escuchan yo doy el oído, a los que no escuchan se lo quito. Yo hice la boca que hace la palabra; tú hablarás si mi palabra está en tu boca».

El cuarto día Moisés dijo: «¡Tú has jurado a sus padres que salvarías a sus hijos, y ahora quieres que sea yo el que los salve! Para salvar a Lot, que no era más que un hombre, tú enviaste a un ángel; para salvar a Agar, que no era más que una mujer, tú enviaste a un ángel; para salvar a Isaac, que no era más que un niño, tú enviaste a un ángel. ¡Y yo, que no soy más que un hombre, más débil que una mujer y que un niño, tú quieres que salve a un pueblo! Sálvalos tú mismo, Señor, o bien envía a tu ángel; o si necesitas un hombre, envía a tu Mesías, ¡el Mesías de tu paz y de tu justicia!» Y Dios respondió: «Él Mesías no vendrá sino al final; tú eres su comienzo. Es verdad, yo podría salvarlos de Egipto sobre las cuatro ruedas de mi carro celeste, llevándolos sobre las alas de mis serafines, que son miríadas y miríadas. Pero es a ti a quien ellos esperan: Es a ti a quien yo espero. El asunto está en tu mano; si tú no lo haces no se hará. Yo quiero que tú lo quieras, pero no te obligaré: es necesario que el hombre obre con Dios para que se lleve a cabo la obra de Dios».

El quinto día Moisés dijo: «Señor, Señor, ¿merecen la salvación? ¿No están acaso manchados de pecado?» Dios respondió: «Pon tu mano en tu pecho, después retírala». Puso la mano en el pecho, y después la retiró: estaba manchada de lepra. «Vuelve a ponerla en tu pecho y luego retírala». Lo hizo: su mano estaba limpia. Y Dios dijo: «Así como puedo quitar de tu mano la lepra, yo puedo quitar de su alma el pecado».

El sexto día Moisés dijo: «Pero ¿cómo alimentarlos en Jos largos caminos? ¿Dónde encontraré comida y agua para todo un pueblo? No tienen más provisiones que el luto y las lágrimas, ¡y el camino que lleva a ti atraviesa un desierto!» Dios respondió:

«¿Acaso había trigo cuando la tierra no existía? ¿Había agua cuando el cielo no existía? El que sacó de la nada la tierra y el cielo puede sacar del desierto el agua y el pan».

El séptimo día Moisés dijo: «Pero si yo te sigo, ¿me seguirán ellos, Señor? ¿Me creerán ellos a mí, si yo te creo? Dame un signo para que ellos me sigan; dime tu nombre, para que ellos me crean». Dios respondió «Mis nombres son sin número, igual que mis poderes: cuando Yo doy mi fuerza, me llamo Sébaot; cuando doy mi paciencia, me llamo Él Sadday; cuando doy mi justicia, me llamo Elohim; cuando doy mi perdón, me llamo Adonay. Pero mira los cuatro signos impronunciables que yo he grabado en tu cayado de zafiro: ellos contienen el nombre que contiene todos mis nombres y todos mis poderes porque significan: *Yo soy el que es*. Ve y di a los Hebreos: *El que es* está conmigo».

Entonces Moisés se levantó y quiso partir. Pero ved cuán fiel era a su palabra el pastor fiel: aun cumpliendo la orden de Dios, se acordó de su promesa a Jetró y no lo abandonó como Jacob había huido de Labán. Le dijo «Dame a mi mujer y a mis dos hijos que voy a liberar a los Hebreos». Jetró respondió: «¿Quieres tener tres esclavos más que liberar? Deja a tus hijos y a tu mujer; vete en paz, llega en paz y regresa en paz».

Y Moisés se fue solo, montado sobre un asno. Según nuestros Doctores, este mismo asno había cargado la leña del sacrificio cuando nuestro padre Abraham subió al Moria para sacrificar a Isaac; y este mismo asno llevará al Mesías, cuando venga al mundo al final de los tiempos.

7. EL CAYADO DE ZAFIRO

Cuando el Eterno habló a Moisés, su voz se había dividido en dos voces; mientras una en la zarza le decía: «Levántate del desierto y ve hacia

Egipto», la otra, en la esclavitud de Gosen, decía a Aarón: «Levántate de Egipto y ve al desierto». Ambos obedecieron, se encontraron en el camino y se abrazaron. Por eso está escrito: amor y verdad se encuentran, justicia y paz se abrazan; porque Moisés fue verdad y Aarón fue amor; Aarón hizo la paz y Moisés hizo la justicia. Entonces Moisés tenía ochenta años y Aarón ochenta y tres años.

El pastor fiel relató a su hermano lo que Dios quería de ellos, fueron a Gosen, convocaron a los Ancianos de Israel y les dijeron lo sucedido. Entonces un grito se elevó desde la esclavitud: «¡Sálvanos Moisés, sálvanos!» El que hacía ladrillos gritaba y el que cavaba zanjas; gritaba el que traía la paja y el que llevaba la piedra; el que construía la casa y el que construía la ciudad; y, junto al muerto que se corrompía, el que moría gritaba «¡Sálvanos! ¡Sálvanos!» Y pensaban: «Este Dios de que nos hablaban y que nosotros no veíamos, ¿era Dios? ¿Es El quizás quien nos envía un Salvador?» Y en su corazón nacía una fe.

Pues, dicen nuestros Sabios, Israel se compara a la oliva: cuando está en el árbol se la toma, se la lleva a la prensa, se pone bajo la muela, la muelen, y después se la rodea de cuerdas y se la carga de piedras; entonces da su aceite; al igual Israel: los pueblos de la tierra lo toman, después lo golpean, le remachan la cadena o el collar de hierro, lo ahogan en sus prisiones, lo aplastan bajo sus pies; entonces Israel da, como un aceite, su oración a Dios.

Mas no todos los Hebreos eran esclavos. Algunos añadían tierras a tierras, cosechas a cosechas, traficaban con cobre, joyas, pórfido; sentados en sus jardines con fuentes de agua, en sus salas pintadas de imágenes en las paredes, tenían por amigos a los hijos de Egipto; como ellos, iban con las piernas desnudas, hombros desnudos, el cuerpo maquillado; y como ellos, en vez de llamarse Fanuel, o Peniel, u Osiel, se llamaban Meti, Teti o Atoti.

El más rico, Coré, hijo de Yishar, de la familia de Quehat, se llamaba para los egipcios Koracti; y grande era su nombre en todo Egipto; porque siendo tesorero del Faraón, como en otro tiempo José, tenía todas las llaves de todos sus tesoros.

Pero su riqueza no era, como la de José en otro tiempo, un don del Santo, bendito sea, porque José acumulaba para todos, Coré en cambio, para él solo; y cuando José pasaba, las hijas de reyes le lanzaban desde sus ventanas anillos y collares; pero cuando pasaba Coré, los hijos de los pobres, en la calle, se volvían para escuchar.

Al oír el designio de Moisés y la esperanza de sus hermanos, los Hebreos de corazón egipcio fueron presa de un gran temor. Pensaban: «Si el Faraón quiere conservar sus esclavos Hebreos, ¿se volverá acaso su cólera contra nosotros? Y si quiere dejarlos partir, ¿nos expulsará quizás como a ellos?» Y Coré envió como emisario, entre los esclavos de Gosen, a Datán quien murmuraba a sus oídos: «¿Por qué os marcháis? Coré es poderoso sobre el poder del Faraón; él aliviará vuestra esclavitud». Y los Hebreos decían: «¿Por qué tendríamos que partir?»

Sin embargo, desde hacía siete días, los Ancianos deliberaban, discutiendo si seguirían o no a Moisés hacia la Tierra Prometida. Unos decían: «Ganon, hijo de Eran, quiso llevar allí a los de Efraím hace ya cuarenta años. ¿Adónde llegaron? Sus huesos se pudren en el desierto». Los otros respondían: «Ellos no tenían un enviado del Eterno que les condujera». Los primeros decían: «¿Cómo nos salvará Moisés? He calculado, según las profecías, los días, los meses y los años; el tiempo no ha llegado aún». Los otros respondían: «¿Cómo no nos ha de salvar? He calculado, según las profecías, los años, los meses y los días; el tiempo ha llegado».

Después de una semana, Paguiel, hijo de Okran, de la tribu de Aser, vino y dijo: «Jacob confió al morir al oído de José su hijo, el secreto de la señal que debe llevar el Salvador; José lo confió al morir al oído de sus hermanos; Aser, el último de sus hermanos vivos, lo confió al morir al oído de Serah, mi madre, que tiene dos siglos de edad y que va a morir. Venid y que ella revele a los Ancianos el secreto de la señal, antes de morir».

Ellos fueron. En su cabaña de adobe, en su lecho de dolor, Serah estaba a punto de morir; sus ojos muertos ya no veían; y su boca muerta murmuró: «Un cayado... de zafiro... Y sobre el cayado... un nombre... grabado... Y este Nombre...», y no terminó. Los setenta Ancianos miraban a Moisés: en su mano tenía el cayado y sobre el cayado el Nombre.

Entonces dijeron: «Que Moisés y Aarón nos conduzcan. Todos nosotros con ellos hablaremos ante la faz del Faraón». Y fueron, Moisés y Aarón caminando los primeros, y los setenta Ancianos detrás.

El palacio del Faraón tenía cien puertas y delante de cada puerta, un ejército; cuando vieron las cien puertas y los cien ejércitos, diez de los Ancianos temblaron y huyeron.

El Palacio del Faraón tenía cien patios, y en cada patio un león; cuando vieron los cien patios y los cien leones, veinte de los Ancianos gimieron y huyeron.

En la sala del Faraón estaba el Faraón. Cuando vieron al Faraón, los cuarenta que quedaban palidieron y huyeron. Y Moisés y Aarón avanzaron solos ante la faz del Faraón.

Por esto, observan nuestros Doctores, cuando Moisés y Aarón subieron al Sinaí, Dios prohibió la subida a los Ancianos.

Aquel día el Faraón celebraba el aniversario de su soberanía. Todos los reyes de la tierra habían venido y postrados, habían puesto sus coronas bajo los pies del Faraón gritando: «¡Tú eres dios sobre toda la tierra!» Moisés y Aarón dijeron: «Así ha hablado el Eterno, Dios de Israel: Deja marchar a mi pueblo para que me adore en el desierto». «¿Desde cuándo los esclavos tienen un Dios? -respondió el Faraón-. ¿El Eterno, decís? Yo no conozco a ese Dios». Y volviéndose hacia los setenta escribas que sabían las setenta lenguas de la tierra, les preguntó: «¿Conocéis aun Dios que se llama el Eterno?» Respondieron: «Hemos buscado en todos los libros escritos en todas las lenguas los nombres de todos los dioses; el Eterno no es Dios». «Vosotros lo habéis buscado entre los muertos -replicaron Moisés y Aarón- nuestro Dios vive». «¿Qué edad tiene? -prosiguió el Faraón- ¿desde cuándo reina? ¿Qué ciudades ha conquistado? ¿Qué países ha sometido?»

Moisés y Aarón replicaron: «Antes del mundo, Él era; después del mundo, Él reinará. Cuando perdona, su ceñidor es clemencia, el amor es su diadema. Pero cuando hace justicia, el fuego es su arco, la llama su flecha; la nube es su escudo, el rayo su espada; el cielo es el techo de su carruaje, la tierra su estribo».

«Si es todopoderoso -dijo el Faraón-, que dé una señal de su poder».

Entonces Aarón, tomando de las manos de Moisés el cayado de zafiro, lo lanzó al suelo, y se convirtió en serpiente.

«¿Por qué en serpiente?» preguntan nuestros Rabinos. Porque la serpiente, como el Faraón, había calumniado al Eterno.

Mas cuando hubo visto la serpiente, el Faraón soltó una gran carcajada diciendo: «¿Pretendéis vosotros enseñarles la magia a los egipcios? Si estos son los milagros de vuestro Dios, los hijos más pequeños de mis más pequeños hechiceros hacen otro tanto». En efecto, de diez partes de hechicería que el mundo ha recibido, Egipto detenta nueve. Jannes y Jambres, los dos hijos de Balaam, que eran los dos más grandes magos del Faraón, llamaron a todos los hijos de todos los magos; estos lanzaron sobre el suelo sus cayados, que se convirtieron en serpientes. Pero la serpiente de Aarón engulló a todas las demás. Entonces el Faraón, con la nariz hinchada de furor gritó: «¡Esclavos! ¿Os inventáis un dios para sustraeros a la esclavitud? ¡ Yo os enseñaré que el dios del cielo y de la tierra soy yo!»

Pero el Eterno dijo: «Tú conocerás a este Dios que no conoces».

Para castigar a los Hebreos, el Faraón ordenó que cada uno hiciera al día el doble de ladrillos. Por la tarde, si faltaba un ladrillo, para reemplazarlo, se le arrancaría un niño a una madre de Israel. Y los padres de Israel que construían casas y ciudades, para reemplazar los ladrillos faltantes debían recubrir con cal a los niños y con sus lágrimas y sus gritos empotrarlos, vivos, en el muro. Datán, emisario de Coré, murmuraba a los oídos de los Hebreos: «¡Mirad cómo os salva Moisés! Decid que no queréis marchar; Coré os salvará». Y los Hebreos dijeron a Moisés: «Que nos proteja Coré, ya no queremos irnos».

Entonces Moisés gritó hacia el Eterno: «¡ Ay Señor, tú me dijiste que eres un Dios paciente y misericordioso y que cumplirías por medio mío tu promesa a los Patriarcas. Y apenas he pronunciado tu Nombre delante del Faraón y he aquí que una miseria aún mayor desciende sobre tu pueblo!» Dios respondió: «¡Ay Moisés, lástima que mis Patriarcas no estén ya en la tierra! ¡Ellos para servirme no me preguntaban mi Nombre! Yo había dicho a Abraham: 'Te daré este país de mi elección'; y cuando quiso enterrar allí a Sara tuvo que pagar por el lugar de su tumba, sin embargo no gimió ante mí. Yo había dicho a Isaac: 'Te daré este país de mi elección'; y cuando quiso beber una gota de agua debió batirse con los pastores de Guerar; sin embargo no gimió ante mí. Yo había dicho a Jacob: 'Te daré este país de mi elección'; y cuando tuvo que abandonarlo ante el odio de Esaú, no gimió ante mí. En cambio a ti te he dicho mi Nombre, que contiene mi poder; y en la primera prueba te lamentas. Si yo fuera sólo Justicia, te castigaría; yo soy Clemencia, yo te perdono. Ahora ve. Te envío al Faraón para iluminarlo con mis milagros; pero, por más perverso que sea, respeta en él al Rey, y no marches con mi pueblo hasta que él os permita salir. Y yo te envío a Israel para salvarlo con mis milagros; pero, por más pecador que sea, respeta en él al pueblo y no lo condenes sino cuando su pecado haya sobrepasado su sufrimiento».

Así pues, para iluminar al Faraón y para salvar a los Hebreos, el Santo bendito sea, envió sobre Egipto diez plagas.

8. LAS DIEZ PLAGAS

Está escrito: *Yo multiplicaré mis señales*. Nuestros Sabios han dicho a este propósito: El Señor es un señor de guerra. Ahora bien, ¿qué hace un señor de guerra cuando quiere reducir a sus enemigos? Rodea su ciudadela y corta sus suministros de agua. Si se rinden, bien; sino, ordena que se acerquen las fanfarrias para espantarlos con su estruendo. Si se rinden, bien; sino, manda que se acerquen los arqueros, que les disparan con sus flechas. Si se rinden bien; sino, manda que se acerquen sus tropas por todos los costados, para mostrar su fuerza; después degüella sus rebaños; después vierte sobre ellos aceite hirviendo, lanza sobre ellos proyectiles de piedras; escala sus muros; los encadena en sus prisiones. Si se rinden bien; sino, masacra a sus jefes.

Así hizo Dios con los Egipcios. Primero los privó de agua transformando el Nilo en sangre; se negaron a la marcha de los Hebreos. Entonces les envió ranas y sus cantos; se negaron a la marcha de los Hebreos. Entonces les envió los mosquitos que los traspasaron con sus dardos; se negaron a la marcha de los Hebreos. Les envió insectos de todas las especies; de nuevo se negaron. Les envió la mortandad de su rebaño; de nuevo se negaron. Les envió úlceras y sus ardientes escozores, el granizo que hirió con sus piedras, las langostas que saltaban y trepaban sobre ellos como por escaleras: siguieron negándose. Les envió las tinieblas que los aprisionaron en sus cárceles; se negaron a la marcha de los Hebreos. Entonces, masacró a sus primogénitos.

Mas ved cómo se diferencia el hombre de guerra del Dios de guerra: el hombre de guerra, cuando quiere abatir a su enemigo, lo ataca por sorpresa; no espacia sus ataques y cuando lo tiene bajo su sandalia, lo remata; Dios en cambio advirtió diez veces al Faraón, diez veces le dio tregua de arrepentirse, y antes de castigarlo, diez veces le concedió su gracia.

¿Por qué, preguntó Rabí Tanchuma, fue Aarón y no Moisés quien por orden de Dios golpeó primero el río, después la ribera, para transformar el agua en sangre y llenar de ranas la tierra y después convertir la arena en mosquitos? Es que la arena había salvado en otro tiempo a Moisés, escondiendo al egipcio que Moisés había matado; es que el agua había salvado en otro tiempo a Moisés, llevando su cuna. ¿Habría podido Moisés golpear a sus salvadores, la arena y el agua?

Cuando el río fue transformado en sangre, todas las aguas en todo Egipto se convirtieron en sangre: el agua de los lagos, de los manantiales de los estanques; el agua de los odres, de los recipientes, de las tazas; ¿un egipcio escupía? Su saliva misma era sangre. En cambio toda agua que recogía o derramaba un Hebreo seguía siendo agua. ¿Qué hicieron entonces los Hebreos de corazón egipcio, que habitaban entre los egipcios? Le: vendieron agua.

Cuando las ranas remontaron el río, primero subió una y se puso; a croar; a su llamada todas las demás aparecieron y se esparcieron por todo Egipto. ¿Caía una gota de agua sobre un grano de arena? Una rana croando, salía de allí. ¿Caía de una boca abierta una gota de saliva? Un; rana, croando, salía de allí. Se multiplicaban croando, en los campos y los jardines, en las bodegas y los graneros, en los lagares de la viña y lo: hornos de pan. Pululaban, croando, en las plazas, sobre las estatuas, en lo: mercados, sobre las pirámides. Y cuando la muralla de pórvido de un palacio detenía la marcha, decían croando al pórvido: «Déjame pasar; que cumpla yo la voluntad de mi Creador». Entonces el pórvido se abría, las ranas entraban, trepaban por las paredes pintadas, saltaban croando sobre los lechos de marfil o sobre la vajilla de oro en que comían los grandes de Egipto. Pero en la frontera de Gosen, las ranas se callaban; y los Hebreos de Gosen pensaban: «¿Podría Coré hacer semejante milagro?»

Imitando los prodigios de Aarón, los hechiceros de Egipto habían transformado como él el agua en sangre, después en ranas; pero cuando hubo transformado la arena en parásitos y convertido todo Egipto en una tumba abierta cuyos gusanos esperaban a los egipcios, de nuevo los hechiceros de Faraón pudieron aún convertir el polvo en mosquitos, pero no pudieron volver a convertir los mosquitos en polvo.

Entonces el Faraón dijo a Moisés: «Que cese esta plaga; rogad a vuestro Dios; y yo dejaré marchar a los Hebreos para que le adoren en el desierto». Ellos rogaron; la plaga cesó, pero el Faraón no mantuvo su palabra. «Volved en siete días -dijo-, retendré como rehenes a vuestras mujeres y a vuestros hijos». Pues, observan nuestros Sabios, sucedía como con esos malvados que claman al Eterno en la desgracia, pero reniegan de él cuando su piedad se cansa de probarlos.

Entonces, advirtiéndolo cada vez, y cada vez encontrando su corazón más endurecido, Moisés envió insectos de todas las especies, luego la mortandad de los ganados, después las úlceras.

¿Por qué los insectos de todas las especies? pregunta Rabí Jehouda. Porque sin Moisés, los idólatras de todas las razas hubieran cubierto a Israel. ¿Por qué la mortandad de todos los animales? Porque sin Moisés, la vaca y el buey, la cabra y el cordero, ídolos de Egipto, hubieran permanecido como dioses de Israel. ¿Y por qué las úlceras? Porque sin Moisés, la idolatría, como una úlcera, hubiera devorado a Israel.

Cuando los insectos vinieron sobre Egipto, cada montículo de tierra, cada guijarro, cada brizna de hierba, cada hoja de árbol, cada nudo de corteza se convirtió en un desfile de moscas y hormigas, de pulgas y chinches, de cucarachas y cochinillas. Todos los muros, todos los techos, todas las murallas de todas las ciudades no parecían otra cosa que movimiento. Hombres y mujeres, niños y ancianos, mendigos y príncipes, desde los dedos de los pies hasta los cabellos, estaban cubiertos de esta agitación fétida. Entonces el Faraón envió a Coré y a los Hebreos de corazón egipcio, los únicos que junto con los de Gosen se habían librado, y les dijo: «¿Sois Egipcios o sois Hebreos? Elegid. ¿De dónde nos viene esta plaga? De vuestros hermanos. ¡Que se acabe o yo os expulso con ellos!»

Cuando la mortandad alcanzó al ganado, las ovejas que pacían reventaban en sus vellones, las ubres de las vacas sofocadas, destilaban hiel; esqueletos de bueyes trabajaban los campos. En los templos donde los sacerdotes con sus indumentarias ofrecían dones, Apis, el buey, y Ator, la novilla, se pudrían; y los Egipcios lloraban la muerte de sus dioses. Entonces Coré con los Hebreos de corazón egipcio, vino a increpar a Moisés gritando: «¿Cuándo dejarás de oprimir a 'nuestro' hermano el Faraón? ¿Tendremos que abandonar 'nuestro país' por una banda de esclavos?»

Y cuando las úlceras hicieron de cada pie y de cada muslo, de cada espalda y de cada pecho, de cada nuca y de cada rostro un amasijo sanguinolento, los Hebreos de Gosen, cuyo cuerpo permanecía sin mancha, pensaron: «Si es un Dios el que nos protege, ¿no será necesario que también nuestra alma se purifique ante Él?»

Sin embargo, viendo que el corazón del Faraón se endurecía, Dios lo endureció aún más. Entonces vino el granizo que apedreó a Egipto, después las langostas a devorarlo. Después vinieron las tinieblas.

En estas tinieblas, el que estaba acostado no hallaba el sitio para levantarse, y el que estaba de pie ya no encontraba el lugar para sentarse, porque eran espesas y duras como el metal porque venían del infierno. Ya nadie podía hablar, ni entender, ni comer, ni beber: cegado los ojos, se cegaban las orejas y las bocas. Todos, inmóviles, morían de hambre en la negrura. Pero entre los Hebreos, había luces que brillaban, porque ya los iluminaba el Esplendor del Eterno.

Al Faraón, al único entre todos los egipcios, Dios le dejó una voz para el arrepentimiento de todos. Esta voz gritó en medio de las tinieblas: «¡Moisés! Suplica a tu Dios. ¡Que vuelva el día y os marcharéis!»

Moisés oró y volvió el día. Muchos de entre los egipcios dijeron: «Estos Hebreos son grandes; un Dios está con ellos». ¿Qué hicieron entonces los Hebreos de corazón egipcio que vivían entre los Egipcios? Les pidieron prestados vasos de oro y plata, pensando en su corazón: «Si tuviéramos que partir, no nos vayamos con las manos vacías; el trabajo de seiscientos tres mil esclavos durante cuatrocientos treinta años bien vale un pequeño salario».

También Coré, temiendo ser expulsado con los otros, quiso llevarse todas las riquezas de Egipto. Ahora bien, José, previendo para su soberano días de tribulación había escondido tiempo atrás, cerca del río, bajo un obelisco, un tesoro inmenso de gemas, jade, marfil y polvo de oro; pues en tiempos de hambre, todos los pueblos de la tierra habían llegado para comprar trigo. Coré conocía el lugar donde estaba el tesoro: había robado el secreto a la abuela Serah, última descendiente del último hermano de José. Una noche pues, los esclavos de Coré, que se contaban por centenares, rodeando de cuerdas el obelisco, lo derribaron, y levantando una losa de basalto encontraron una llave tan pesada que treinta mulos no hubieran bastado para llevarla. Abrieron la cripta y a la luz de una antorcha penetraron en ella; y cuando salían uno a uno, la

espalda curvada bajo el peso de los lingotes que amontonaban en carros, en la otra orilla del río, al fulgor de una antorcha, estaba Moisés solo, en pie.

Una voz de Dios le había guiado al lugar secreto en el que José estaba enterrado. Pues sabiendo que su cuerpo embalsamado sería una bendición para su país, los egipcios habían querido que nunca jamás pudiera nadie arrancarle de su tumba. Desviando el curso del río y cavando en las profundidades una honda fosa, habían depositado allí, en un sarcófago de pórfido el cadáver sagrado. Y desde hacía siglos, el Nilo, a veces desbordando y a veces volviendo a sus orillas, hacía fluir sus olas fecundantes sobre los despojos fecundos del Hebreo difunto. Al morir, José había dicho a sus hermanos: «Me ha sido dado a conocer que vendrá un tiempo en que los Egipcios, en su ingratitud, harán pesar sobre vosotros la esclavitud. Pero el Eterno, con mano poderosa y brazo extendido, os devolverá al país de vuestros padres. Entonces, llevadme, y que un sepulcro me sea tallado por vosotros en la única tierra en que los huesos resucitan y los muertos ven a Dios».

Moisés, pues, había venido; e inclinando sobre el agua el fuego de su antorcha, llamaba: «¡José, José! ¡Ha llegado la hora! ¡Ya Dios sólo te espera a ti! ¡Nosotros partimos! ¡Ven con nosotros».

Desde el fondo de las olas subió un burbujeo; sostenido por una mano invisible, el pórfido rutilante del sarcófago vino a colocarse sobre la espalda del profeta. Y en tanto que a lo largo de una orilla iba Coré llevándose en el cortejo de sus carruajes las riquezas de José, en la otra orilla Moisés se llevaba su santidad.

Entonces Dios dijo a Moisés: «Este José, que llevas al país de sus padres, ha llevado al país de sus padres a su padre Jacob, para enterrarle, pero él no hacía sino cumplir con un deber de hijo. José no fue tu padre, tú no le debes nada y tú lo entierras a él. Por eso el Eterno, que no tiene deudas con sus criaturas, el mismo te enterrará». Como está escrito: *El Eterno sepultó a Moisés en el valle.*

Pero, una vez más, el Faraón renegó de su promesa. Apenas hubo visto de nuevo el sol, encontró de nuevo su pecado. «Marcharos con vuestras mujeres, -dijo a los Hebreos-; vuestros hijos, me los quedo». Moisés respondió: «Desgraciado, ¿crees tú que nuestro Dios, en lugar de golpear a tus rebaños, no pudo golpearte a ti y a los tuyos, y haceros desaparecer de la faz de la tierra? Pero Él quiere que tú quieras salvarte con nosotros. Déjanos ir, jóvenes y viejos, padres e hijos, madres y lactantes; lejos de retenernos, mejor entrérganos tú mismo ofrendas para el Eterno». «¿Renunciar al trabajo de seiscientos mil esclavos -gritó el Faraón-, y encima hacerles regalos? ¡Lárgate! ¡Que no vea yo nunca más tu rostro!» «No lo verás más -respondió Moisés-, porque así ha hablado el Eterno, el Dios de Israel: 'Si tú no haces penitencia, dejando ir a los Hebreos, yo contaré seis noches; y la séptima noche, en medio de la noche, descenderé sobre Egipto; y desde el primogénito del Faraón que ciñe la corona, hasta el primogénito del esclavo que da vueltas a la rueda del molino, degollaré a tus primogénitos».

«¿Por qué a todos los primogénitos?» pregunta Rabí Tanchuma. Porque los egipcios habían ahogado a los recién nacidos de Israel, y porque Israel es el primogénito del Eterno.

Era el mes de Nisán que es el primero de los meses. En este mes, Abraham había recibido antiguamente las bendiciones del Santo, bendito sea; en este mes, Jacob había recibido antiguamente las bendiciones del Santo, bendito sea. Cuando la noche que había anunciado el Eterno se acercaba, los Hebreos gimieron ante Moisés: «¿Cómo nos salvará Dios? Nuestros pecados son sin número». Él respondió: «Renovad en vuestra carne la alianza de los Patriarcas». Pues excepto aquellos de la tribu de Leví, ninguno de entre ellos era circunciso. Y cuando hubieron circundado su carne, Moisés les dijo: «El Eterno, nuestro Dios, ha enviado la mortandad de los rebaños sobre las bestias que son los ídolos de los egipcios y que fueron vuestros ídolos; vosotros mismos, ahora, sacrificad un animal de los rebaños, vuestro ídolo e ídolo de los egipcios. Que cada jefe de cada familia tome un cordero, primogénito de una oveja; que lo degüelle y mezcle su sangre con la sangre de vuestras circuncisiones; después, que

tome un ramo de hisopo (pues dicen nuestros Rabinos que por medio del hisopo, que es la más pequeña de las plantas, Dios quiso mostrar su grandeza, que es la más grande de las grandezas); que empape este pequeño ramo en las dos sangres mezcladas, que rocíe las jambas de su puerta en recuerdo de Isaac y de Jacob y el dintel de su puerta en recuerdo de Abraham. Después, haréis quemar en el fuego el cordero entero; y de pie en vuestras casas, ceñidos los ríñones, sandalias en los pies, cayado en la mano, lo comeréis deprisa, cantando al Eterno, con las hierbas amargas de la esclavitud y el pan de la liberación, sin fermento de levadura. Sin embargo, que nadie salga antes del alba, pues en esa misma noche la justicia de Dios descenderá sobre los primogénitos de los egipcios y sobre todos sus ídolos. Pero, viendo sobre vuestras puertas la sangre de la Alianza y la sangre de la Pascua, para liberaros de Egipto y de los ídolos de Egipto, pasará sin tocaros. Por eso esta noche será para vosotros y vuestra posteridad un memorial del Eterno: la celebraréis de edad en edad, vosotros, vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos, hasta la Pascua que el Mesías celebrará sobre el mundo».

Ahora bien, cuando cada hebreo en su casa hubo asado al fuego el cordero, Dios llamó a los cuatro vientos que soplan desde el Edén y les ordenó: «Soplad hacia occidente, hacia el oriente, hacia el mediodía y hacia el norte». Y los vientos soplaron; y el perfume de la Pascua se extendió por toda la tierra. Entonces todos los reyes de toda la tierra preguntaron: «¿Qué perfume es ese?» Y los ángeles del cielo respondieron: «Es Israel, que prepara la salvación del mundo».

No obstante, muchos justos de entre los primogénitos de los egipcios se habían refugiado en casa de los Hebreos; y los Hebreos los habían acogido. Porque está escrito: *Ésta es la puerta del Eterno, los justos entrarán por ella*, no solamente los justos de Israel, sino todos los justos según el corazón del Eterno.

Y muchos malvados de entre los primogénitos de los egipcios, se habían refugiado en los templos de sus ídolos. Pero no se salvaron. Porque lo que Dios quiere, se lleva a cabo.

A la hora que había fijado, en medio de la noche, el Señor de los ejércitos, el invisible Sébaoth, descendió sobre Egipto con nueve mil miríadas de ángeles destructores, unos hechos de hierro invisible, otros, de fuego invisible. Pero cuando los ángeles de hierro y de fuego quisieron precipitarse sobre las víctimas marcadas, Dios detuvo su hierro y su fuego diciendo: «Sólo a Dios pertenece la justicia».

Entonces de todo Egipto subió un grito; cada casa gritaba por un muerto: muertos los primogénitos de entre los hijos, muertas las primogénitas de entre las hijas; muertos los primogénitos de los príncipes y los de los vasallos, los primogénitos de los ricos y los de los pobres, y hasta aquellos de los cautivos que, encadenados en sus prisiones, habían dicho: «Preferimos seguir siendo cautivos antes que ver a Israel libre»; y aún aquellos de los esclavos que, triturando el trigo entre dos muelas de molino, habían dicho: «Preferimos seguir siendo esclavos que ver a Israel en libertad». Muertos incluso los primogénitos de los muertos; pues las fauces de los perros iban a buscar sus cadáveres en sus tumbas para hacerles morir una segunda vez. Y, sobre toda la tierra, todos los ídolos de todas las naciones morían también, los de piedra se convertían en polvo, los de madera en putrefacción, y los de metal en agua pestilente.

Esa noche, el Faraón en su palacio no esperó a que sus esclavos viniesen a despertarle; fue despertado por el grito del universo. Y una vez levantado, sólo y sin ayuda, en la noche, su pie tropezó, su mano tanteaba la sombra: sobre el enlosado de pórfido su hijo yacía muerto.

Entretanto, un tumulto rodeaba el palacio, entraba por las cien puertas, llenaba los cien patios y las salas sonoras y las paredes retumbantes. Eran todas las madres, todos los padres, todo el pueblo, que habiendo acudido angustiado y estremecido, gritaba a su rey: «¡Déjales marchar, o moriremos todos!» Pero él callaba, pues, dicen nuestros Sabios cuando el pecador, nueve veces probado, por nueve veces se niega a la penitencia, Dios le niega el deseo de la penitencia.

Y multitud de brazos se levantaban, multitud de puños se tendían; los látigos y los cayados, las picas y las espadas rodeaban de amenazas y de muerte la faz muda del Faraón. De pronto, los brazos levantados, los puños tendidos, los cayados y los látigos, las espadas y las picas alrededor de la faz muda, se detuvieron: una lejana crepitación se acercaba, bajo un resplandor verde, en el silencio de la noche. Alo largo del río y de los jardines, a lo largo de las esfinges y de los palacios, el resplandor crepitante avanzaba; bajo el resplandor, una máscara con los ojos pintados; bajo la máscara, unas vendas y bajo las vendas, dos pies inmóviles que caminaban.

Todos reconocieron, venida de su pirámide, la momia de Bithia, madre del Faraón según la carne, madre de Moisés, según el espíritu. Una mano salía de entre las

ventas. Tomó la mano del Faraón y en el silencio de la noche, la muerta, guiando al vivo, desapareció con él.

Caminaron los dos hacia las luces; caminaron los dos hacia los cantos. Cuando llegaron ante una puerta cuyas jambas y cuyo dintel estaban teñidos de sangre, la muerta golpeó, la puerta se abrió. El que vivía vio a los Hebreos que cantaban, de pie alrededor de una carne humeante, él ceñidos los lomos, las sandalias en los pies, el cayado en la mano. Entonces gritó: «¡Moisés!» Una voz respondió: «Tú no me verás más». Él gritó una vez más: «¡He pecado, Moisés, he pecado! Conozco a ese Dios que no conocía. ¡Te traigo para él todas mis coronas! ¡Id en paz, y dadme la paz!» Y detrás de él, todas las madres, todos los padres, todo el pueblo, gritaban: «Todas nuestras riquezas las ofrecemos al Eterno; id en paz y dadnos la paz». Pero la voz volvía a decir: «Vosotros no me veréis más».

Entonces el aliento de la muerta murmuró: «Moisés, hijo mío, en favor de aquella que te salvó, ¿no salvarás tú al primogénito de mi carne, tú, el primogénito de mi alma?» Y Moisés respondió: «Madre que me salvaste, en favor tuyo hubiera querido salvar a todo Egipto; ¡ojalá hubieras estado aquí para salvarlo conmigo!» Y mostrando su rostro al Faraón: «¿Quieres repetir en voz alta todas las palabras que yo diré?» «Quiero». «Entonces repite: Hijos de Israel, sed libres; vosotros erais mis esclavos, vosotros sois ahora los servidores del Eterno». El Faraón repitió; todos aquellos que estaban ahí oyeron su voz. «Repite por segunda vez», dijo Moisés. Por segunda vez repitió; todo Egipto oyó su voz. «Por tercera vez, repite». Y por tercera vez repitió: «Hijos de Israel, sed libres; vosotros erais mis esclavos, vosotros sois ahora los servidores del Eterno». Y el mundo entero oyó su voz.

Entonces Bithia se volvió hacia sus tinieblas, y, como si, de pronto, mil soles hubieran brillado a la vez, el día apareció; porque, según dicen nuestros Rabinos, los hijos de Israel no debían huir durante la noche, como esclavos, sino salir como hombres libres, en plena luz.

Padres e hijos, madres e hijas, niños y ancianos cargados de regalos de Egipto, se pusieron en marcha. Coré, Abiram, Datán y muchos Hebreos de corazón egipcio se quedaron entre los Egipcios; pero muchos Egipcios de corazón hebreo siguieron a los Hebreos.

Era el día quince del mes de Nisán. Ahora bien, dicen nuestros Doctores, que en el tiempo prometido, cuando los Hebreos hayan pasado por todas las cautividades, en ese mismo día de ese mismo mes, el profeta del desierto volverá del desierto, el profeta de Roma volverá de Roma, y el Mesías liberando al mundo pronunciará entre ellos la paz, y los conducirá, cada uno con su rebaño, hacia la justicia de Sión y hacia la paz de Jerusalén.

9. EL MAR QUE SE SECÓ

Los Hebreos caminaban y el Eterno caminaba delante de ellos, como está escrito, de día en una columna de humo, de noche en una columna de fuego. Iban hacia Sukkot por el camino del Oriente que conduce al desierto. «¿Por qué -pregunta Rabí Josué ben Lévi-, no tomaron la ruta de Gath que va hacia el norte?» En once jornadas habrían alcanzado la Tierra de Promesa en lugar de errar cuarenta años en el desierto. Esto se compara a un rey que, teniendo un hijo, quería dejarle su herencia. Pensó: «Mi hijo es pequeño. Apenas sabe escribir y leer. Si le doy hoy todos mis bienes, ¿sabrá conservarlos? Esperaré a que haya crecido en fuerza y sabiduría». De la misma manera, Dios pensó: «Los Hebreos son aún niños; primero les enseñaré a conocer y practicar mi Ley. Cuando hayan crecido en mis preceptos y en mis mandamientos, les daré la Tierra Prometida»

Ahora bien, desde que partieron, el Faraón lamentó haberlos dejado partir. Esto, dice Rabí Simeón ben Levi, se compara a aquel hombre que tenía un huerto y lo vendió a su vecino; ignoraba lo que contenía su huerto.

«¿En cuánto lo has vendido? -le preguntaron-. «En cien siclos »²³.« Pero

allí había viñas que valen diez mil siclos, olivos que valen diez mil siclos, árboles de granados que valen diez mil siclos, árboles de especias que valen diez mil siclos». Entonces el hombre lamentó lo que había hecho. De igual manera el Faraón; cuando los Hebreos hubieron partido, los grandes de Egipto vinieron a él y le dijeron: «Mira lo que has perdido. ¿No sabías acaso cuántos artesanos hay en Israel? y ¿cuántos ricos y cuántos sabios? Entonces el Faraón lamentó lo que había hecho.

De inmediato preparó su ejercito. En su prisa, él mismo enganchó su carro; todos los grandes de Egipto hicieron lo mismo; en lugar de dos caballos, enganchó tres; todos los guerreros de Egipto hicieron lo mismo; y corrió tan deprisa que en un día abarcó el camino recorrido en tres días por los Hebreos. Contra cada uno de ellos llevaba trescientos combatientes; y llevaba todos sus tesoros para reclutar, si hacía falta, a todos los pueblos de la tierra. Samael, el Ángel de la Muerte, lo precedía con sus miríadas; y Coré, Datán, Abiram y todos los Hebreos de corazón egipcio lo seguían, pensando: «Si vence el Faraón nos quedaremos con el Faraón; si es vencido por Dios, nos iremos con Dios».

No queriendo huir ante la fuerza del hombre, Moisés había llevado a Israel de Etam hasta delante de Pi Hajoit, delante de Baal Sefón, a la orilla del mar; allí se levantaba, tallado en la roca, el único ídolo del universo que el Eterno, para dar confianza al Faraón y asegurar mejor su ruina, había dejado en pie. Todos las bestias

²³ Del hebreo *chegel*. Medida de peso (6 gramos) y moneda de plata entre los hebreos.

del desierto salían contra los Hebreos; y, sabiéndolo, el Faraón se regocijó, diciendo: «Baal Sefón me protege, él me dará la victoria».

Cuando vieron delante de ellos el mar, a derecha y a izquierda las bestias del desierto y por detrás a todo Egipto en armas, los Hebreos se aterrorizaron. Gritaron a Moisés: «¿Qué has hecho de nosotros? Tus enemigos van a castigarnos por todas tus plagas. ¿No hubiera sido mejor servir a Egipto que morir aquí?» Algunos recogían piedras para lapidarlo. Él, impasible, les respondió: «¿Creéis que Dios ha podido enviar a los egipcios el agua convertida en sangre, las ranas, los mosquitos, los insectos, la mortandad de los rebaños, las úlceras, el granizo, las langostas, las tinieblas y la masacre de los primogénitos para enviaros hoy la muerte? Sus milagros de ayer os prometen sus milagros de mañana; porque ante Él, los ejércitos, las bestias y los mares son como si no fueran. Creed en su fuerza; ella os salvará».

Y volviéndose hacia el Eterno, oró. Pero Dios le dijo: «¡Mis hijos están en la angustia y oras! Hay un tiempo para orar y un tiempo para actuar. A favor de Adán, al comienzo del mundo, yo junté las aguas en un lado y lo seco en otro lado; a favor de mi pueblo, hoy es necesario que las aguas se separen y que lo seco aparezca en medio de las aguas».

Pero Satán, no queriendo que Israel se salvara, apareció delante del Eterno y dijo: «Ayer apenas, estos Hebreos besaban a los ídolos; y hoy tú ¿les abrirías un paso en medio del mar?» ¿Qué hizo Dios? preguntan nuestros Sabios. Hizo -contesta Rabí Chama bar Chanina- como aquel pastor que quería conducir por el vado a sus ovejas a través del río. El lobo apareció bloqueando el paso. Entonces el pastor tomó un carnero, el más fuerte del rebaño, y se lo echó al lobo pensando: «Mientras el lobo lucha con el carnero, pasaré a mis ovejas; cuando hayan pasado, volveré y le arrancaré al carnero». Así Dios, queriendo salvar de Satán a los Hebreos, le dijo: «¿Qué te importan las almas de algunos esclavos? ¿Conoces a Job, mi servidor? Su alma, sola, vale más que todas las de ellos. Tú puedes tentarla, la abandono a ti». Pensaba: «Mientras Satán visita a Job, yo salvaré a los Hebreos; y cuando los haya salvado, le quitaré a Job de nuevo a Satán».

Era este mismo Job que en otro tiempo se había callado ante el Faraón, en lugar de hablar con Jetró contra Balaam que aconsejaba ahogar en el Nilo a Moisés y a los primogénitos de Israel. No habiendo expiado su falta olvidada, merecía un castigo; pero, retirado en el país de Us entre los dos ríos, en la ciudad donde había nacido, allí se había hecho rico en hijos e hijas, en bueyes y camellos, en justicia y en caridad. Hacía mucho tiempo que Satán acechaba esta alma, preciosa entre todas las almas. Tan pronto Dios se la hubo ofrecido, dejando a los Hebreos, arremetió contra Jacob, para torturarlo en su corazón, en su espíritu y en su carne.

Entonces el Eterno dijo a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar; se abrirá y pasaréis». «Cómo es posible tal cosa -preguntó el profeta-. ¿No has dado tú, al comienzo del mundo, una orden a la tierra: 'He aquí tu lugar, allí permanecerás'. Y al

mar: 'He allí tu lugar, de allí no saldrás?'» «¿Ésa es toda tu confianza, Moisés? -repuso Dios-. Tú gritas a mis hijos: 'Creed en él', y tú mismo no me crees. ¿Qué sabes tú si no he hecho, al principio del mundo, un pacto con el mar, para que hoy os permita pasar? ¿Piensas que la creación que yo he creado está acabada y que el hombre, si yo lo consiento, no puede cambiar nada de ella? Uno de mis profetas detendrá al sol, al que he ordenado caminar; otro detendrá la lluvia, a la que he ordenado caer; otro detendrá la muerte, a quien he ordenado matar; y el último creará una tierra nueva, con cielos nuevos. Ordena pues al mar que se abra; si tú lo quieres, se abrirá y vosotros pasaréis».

Moisés dijo al mar: «Ábrete». Pero el mar exclamó: «Nací antes que tú. ¿Quién eres tú, hombre nacido de mujer, para que yo te obedezca?» A esta respuesta, Moisés se quejó delante de Dios, quien contestó: «¿Qué hace el Maestro cuando el servidor se rebela? Le golpea. Golpea al mar con tu cayado; se abrirá y pasaréis». Golpeó y el mar se resistió aún.

Entonces, a la derecha del profeta y de su voluntad el Eterno extendió su diestra mostrando su voluntad. De inmediato sopló un viento de oriente: el viento que castiga a las naciones, aquel que sopló en el diluvio, que sopló sobre Babel, sobre Sodoma y Gomorra, sobre Jerusalén y sobre Roma, el que en el tiempo de Gog y de Magog, soplará en el mundo. Y durante toda la noche, igual que la reja invisible de un arado invisible, aquel viento abrió, al soplar en mitad de las aguas, un surco visible. De ambos lados, las olas se mantenían en pie, como muros. A las de la izquierda, el arcángel Gabriel les gritaba: «Permaneced en pie para Israel, quien llevará en su brazo izquierdo la correa santa de la Ley del Eterno». Y a las de la derecha, gritaba: «Permaneced en pie para Israel, quien recibirá su santa Ley de la diestra santa del Eterno».

En la orilla, las doce tribus de los Hebreos disputaban: cada una había reivindicado la gloria de preceder a todas las demás; los de Judá, irritados al verse adelantados, lanzaban piedras a los de Benjamín, cuya confianza en Dios los había precipitado a las olas antes incluso de que se hubiesen separado. Esta sagrada emulación, observan nuestros Doctores, tuvo más tarde su recompensa, pues es en los confines de Benjamín y de Judá donde vino a aposentarse, en el Templo de Salomón, la Presencia del Señor.

Ahora bien, como las tribus luchaban con tanto celo, doce caminos, separados por doce paredes de cristal inmóvil, se abrieron de pronto en el surco que hendía el mar; por estos doce caminos, al lado uno de otro, caminaron las doce tribus de Israel. Y desde la caverna de Makpelá, donde reposaban sus huesos, acudieron Abraham, Isaac y Jacob, invitados por boca del Eterno a ver con sus ojos muertos el cumplimiento de su promesa, y miraban: gigantes resplandecientes, cuyos pies tocaban la arena y su frente el cielo, alargaban por encima del mar sus seis brazos inmensos, cuyas manos, dominando ya la otra orilla, esperaban para bendecir la llegada de Israel.

Entretanto, perplejos por el milagro, los Hebreos de corazón egipcio a quienes la curiosidad, a pesar de su miedo había empujado hasta delante de los egipcios,

deliberaban. «No ha habido combate; ¿ha sido vencido el Faraón?» preguntaban unos. «No ha habido combate; ¿ha vencido el Faraón?» preguntaban otros. «Puesto que el mar se ha abierto, salvémonos», proponía Datán. «Pero ¿qué ocurriría si al salvarnos, se cerrase de nuevo?», objetaba Abiram. «Intentadlo de todas formas», ordenó Coré, seguido de sus riquezas. Y, prudentemente, avanzaron.

Ahora bien, para atraer detrás de ellos a los egipcios, Dios permitió que se salvaran los Hebreos de corazón egipcio.

Viendo a los de Israel meterse en el mar, el Faraón y su ejército, paralizados de estupor, los habían creído al principio presa de la locura; pero, cuando se dieron cuenta que sus esclavos se escapaban y que el camino de su huida permanecía abierto, reemprendieron con furor su persecución. Ya entre las doce paredes de cristal, la arena seca de las profundidades se llenaba de carros y caballos, cascos y escudos, de jabalinas y picas; y Moisés, con Dios, iba a retirar su derecha para dejar que las olas los tragasen, cuando Mozraim, el Ángel Guardián de Egipto se levantó ante el Eterno y dijo: «Rey del mundo, tú eres un Dios de justicia. ¿Es justo que muera Egipto? Tus Hebreos han sufrido allí; ¿no han prosperado allí también? Allí han servido; ¿no han sido pagados por sus servicios? Cuando vinieron eran setenta que se morían de hambre; se van a seiscientos tres mil, cargados de tesoros. ¿Y querrías tú la muerte de aquellos que les permitieron venir y marcharse?» El Eterno respondió: «He perdonado diez veces al Faraón, diez veces ha renegado de mí; diez veces ha prometido a mis Hebreos la libertad, diez veces ha renegado de su promesa; ¡y viene para volver a convertirlos en esclavos!» «Que tus Hebreos sean libres, Señor, es justo -repuso el Ángel-. Pero ¿quién subsistiría delante de tu rostro, si lo juzgases con el rigor de tu justicia? Acuérdate de tu clemencia, Rey del mundo; por undécima vez, perdona a Egipto».

Y por undécima vez Dios iba a perdonar, cuando Miguel, el Arcángel protector de Israel, gritó «¡Mira lo que han hecho de tus hijos!» Con sus dos manos llameantes levantó una muralla, en la que, bajo la cal endurecida, todos los Ángeles reconocieron, aprisionados entre las paredes, a los niños Hebreos cuyos gritos de agonía se oían aún. Y todos los Ángeles gritaron: «¡Mira! ¡Mira! Entonces dijo Dios: «¡Que reine mi justicia!»

La diestra de Moisés que retenía las olas, cayó, y con ella, la derecha del Eterno. Las doce paredes de cristal se precipitaron en destellos de sol; y el mar cubrió a Egipto. Uno solo escapó: el Faraón, es él quien llegó a ser rey de Nínive, el que se convirtió en rey de Babilonia; se llamó Antioco; se llamó Tito; se llamó Justiniano; hasta el fin del mundo, tendrá mil nombres, ya que como Israel, el perseguidor de Israel es eterno.

Entretanto, torturado por Satán, Job gemía ante Dios, en la amargura de su corazón: «¿Te parece bien agobiarme? -le gritaba-. ¿Por qué quieres destruir en mí la obra de tus manos? ¿Qué he hecho?, ¿Dónde está mi crimen? ¿Acaso he despojado a la viuda o al huérfano, o he negado al obrero su salario, o cerrado mi mano al pobre, o mi

boca a la verdad? ¿Acaso ves tú como los ojos del hombre, tú que permites el sufrimiento del justo?»

No se acordaba de su pasada falta; ignoraba, dicen nuestros Rabinos, que su expiación, apartando a Satán de Israel, servía, en la armonía del mundo, para salvar a los Hebreos; y mientras maldecía a su creador, no oía, sobre las orillas milagrosas, resonar este canto de gratitud:

Él es mi fuerza y mi gloria, el Eterno, él es mi salvación. Él es mi Dios, mi boca lo exalta: al Dios de mis hermanos, mi Palabra le glorifica... ¿Quién te iguala entre los fuertes, Rey del Mundo? ¿Quién es como tú, vestido de santidad, que superas la alabanza, hacedor de prodigios?

Ahora bien, al subir este canto de salvación de la tierra al cielo, los Angeles quisieron mezclar en él sus voces; pero Dios les dijo: «Mis hijos los egipcios mueren en el mar y ¿vosotros cantáis?» Los Ángeles se callaron. Pero Israel, en su alegría terminaba su canto:

Tú guías, Señor, por la gracia a tu pueblo liberado; tú lo conduces por tu poder hacia tu santa morada, hacia la casa que prepara tu mano, donde reinará tu Nombre...

Y en la exaltación de este canto, toda la descendencia de Abraham fue poseída por el soplo del Eterno. Porque Jacob, liberado del exilio, no había cantado; librado del cuchillo, Isaac no había cantado; librado del horno, Abraham no había cantado; pero en este día en que el mar se secó, no cantó sólo Moisés el profeta, y Miriam, la profetisa, sino todo hombre en Israel y toda mujer, todo anciano y todo recién nacido. Y aun en el vientre de su madre, el niño que aún no había nacido todavía, cantó, pues en esta hora veía más clara la gloria del Eterno, que no vio el profeta Ezequiel en la hora de su gloria.

10. EL CAMINO DE LOS MILAGROS

Al día siguiente del canto milagroso, que por un instante había hecho de Israel la voz misma del Señor, he aquí que las olas, subiendo y bajando la orilla, traían en su vaivén, uno detrás de otro, los cadáveres de los Egipcios. Desde la orilla del mar, los Hebreos se mostraban unos a otros a sus enemigos, reconociéndolos: «Aquel me ha golpeado en la espalda», gritaba uno. «Aquel me ha golpeado en la cabeza», gritaba otro. Y reían gozosos.

Con los cadáveres, las olas traían y se volvían a llevar también armas y tesoros: espadas y aljabas; jarrones, collares; esmeraldas y rubíes. La tierra decía al agua: «Quédate con ellos, te pertenecen»; y el agua decía a la tierra: «A ti te pertenecen, tómalos de nuevo». ¿Qué hizo entonces Abiram? Dijo a los Hebreos: «Dado que la tierra no los quiere, y el mar los rehúsa, ¿qué tal si nosotros los aceptamos?»

Tomaron las flechas y las jabalinas, las sardónicas y los zafiros; se ciñeron las armas, se apoderaron de los tesoros. Y cuando Moisés hizo dar la voz de partida, ya no quisieron partir; agazapados en la orilla, esperaban nuevas riquezas. Como dicen nuestros Maestros ¿qué es, pues, el hombre, para que Dios habite en él? Pronto vuelve a ser hombre; y Dios lo deja.

Moisés les preguntó: «¿Creéis que el agua os va a dar perlas hasta el fin del mundo?» Pero Abiram replicó: «Para cinco cosas el Eterno nos ha sacado de Egipto: para vengarnos de los Egipcios, para entregarnos sus tesoros, para mostrarnos el camino con una columna de humo y de fuego, para abrirnos el mar, para escuchar nuestros cantos. Nos hemos vengado de los egipcios, tenemos sus tesoros, Dios ha hendido el mar, nos ha conducido, nos ha oído. ¿Qué queda por hacer? Puesto que ya no hay egipcios, volvamos a Egipto». «Egipto -respondió Moisés - no volveréis a verlo; el mar se abrió para vuestra partida; está cerrado a vuestro retorno. Dios os ha liberado para hacer de vosotros su pueblo; seréis su pueblo al pie de la montaña». Y se fueron.

Primero atravesaron el desierto de Sur, plagado de serpientes tan mortíferas que cuando una de ellas se arrastra sobre la sombra de un pájaro, el pájaro muere. Ahora bien, los Hebreos caminaban sobre las serpientes y no morían. Moisés les dijo: «Si escucháis la palabra del Eterno, viviréis».

Después llegaron a Mará, donde el agua era amarga. Algunos murmuraban: «¿Qué beberemos?» Moisés oró; después de haber orado, echó al agua amarga una rama amarga y el agua se volvió dulce. Dios, dicen nuestros Sabios, no se parece al hombre que necesita de lo dulce para endulzar lo amargo: con la amargura Él hace dulzura.

Después llegaron a Elim, donde hay setenta palmeras y doce fuentes. Pero las palmeras daban poca sombra y las fuentes poco agua. Muchos murmuraban: «¿Qué beberemos?» Y he aquí que las doce fuentes que apenas calmaban la sed a setenta palmeras, bastaron para mitigar la sed de seiscientos mil Hebreos.

Después llegaron a Refídím, donde no había agua. Todos murmuraban: «¿Nos ha sacado del país de Egipto para matarnos de sed aquí con nuestros hijos y nuestros rebaños?» Moisés les respondió: «Cuando disputáis conmigo, disputáis con Dios. ¿No veis que os pone a prueba como probó a los egipcios? ¿Sucumbiréis a la prueba, o seréis un pueblo digno del Señor?» Y se puso a orar.

«Toma tu cayado -le ordenó el Eterno-; golpea una roca; el agua brotará de ella». «¿Es posible esto? -preguntó el profeta-. ¿No ha mandado este cayado diez plagas sobre Egipto? ¿Cómo mandará salvación para Israel?» «¿Soy acaso un hombre -respondió Dios-, o soy Dios? El hombre hiere con el cuchillo y cura con el bálsamo; pero Yo, con la misma mano, mato y resucito; y cuando esta mano hiere, la herida misma es curación».

Entonces Moisés anunció a los Hebreos: «Dios ha escuchado vuestras quejas; una vez más os perdona. Yo golpearé la roca; el agua brotará.» ¡Ha descubierto una fuente como hacen los pastores -exclamó Datán-, y de nuevo quiere hacernos creer en un milagro!» «Seguidme

replicó Moisés-, vosotros seréis testigos: golpearé la roca que vosotros me mostréis». Ellos le siguieron, y le dijeron: «Golpea esta roca». Él la golpeó; brotó el agua. Pero Datán refunfuñaba otra vez: «¿Nos hará falta cada día un prodigio? En Egipto teníamos un río que fluía sin cesar; nos saciábamos sin tener que morir de sed. ¿Hasta dónde seguiréis a este hombre que os conduce a la muerte para que le debáis la vida?»

Miriam, desde el día en que había confiado al agua la cuna de Moisés, creía en el milagro del agua. Por eso Dios hizo a su favor otro milagro. En el segundo día de la creación Él había creado una fuente predestinada, aquella misma en la que Abraham abrevó a sus rebaños después de habérsela disputado al rey de los Filisteos, aquella misma de la que el Patriarca había predicho: «Las setenta generaciones de Israel mitigarán allí su sed». Miriam tocó en el valle una roca en forma de criba; esta roca contenía la fuente; de ella brotaron doce ríos. Alo largo de estos ríos se reflejaban los árboles, las hierbas esparcían sus perfumes. Durante cuarenta años, por todo el desierto por donde caminaban los Hebreos, los doce ríos que brotaron de la fuente de Miriam les siguieron; cuando se detenían, los ríos se detenían también; cuando emprendían la marcha, los ríos les acompañaban. Y desde ese día los Hebreos no conocieron más la sed.

Tampoco conocían ya el hambre. En el desierto de Sin, viendo agotadas después de setenta y una comidas sus provisiones de Egipto, habían gritado contra el profeta: «En Egipto teníamos repletas nuestras ollas, ¿por qué venir aquí en busca del hambre? ¿No había lugar allá para nuestras tumbas? ¡Ojalá hubiéramos muerto en la noche de

las tinieblas, abatidos de golpe como los Egipcios, antes de sufrir esta larga muerte, peor que la muerte!» Moisés les respondió: «En Egipto os alimentaban como se alimenta a la bestia que se engancha al yugo y a la que se conduce a golpe de látigo; allí comíais el pan de los esclavos. ¿No aceptaréis sufrir por el pan de la libertad?»

Entonces todos recogieron piedras para lapidarlo. Volaban ya alrededor de su cabeza, y la sangre corría por su piel, cuando Aarón y Miriam, protegiéndole con sus cuerpos lo llevaron a la fuerza a su tienda. Y gimió ante el Eterno: «Mira Señor, lo que hacen de tu profeta. Su angustia es demasiado grande para su alma. Cuando yo quiero seguir tu palabra y Conducirlos a ti, es al homicidio a donde los llevo». Dios le respondió: «Ellos actúan según lo que son, yo actuaré según lo que soy. Haré llover sobre ellos el pan del cielo; pero que no tomen más que para un día; que no guarden nada para el día siguiente; y el séptimo día que no tomen nada; pues en seis días he creado la tierra y los cielos, y el séptimo día, que fue mi descanso, será el descanso de mi pueblo, Israel». Cuando Moisés reapareció ante los Hebreos, su rostro sonreía, viendo su sonrisa, ellos cayeron de rodillas. El profeta les transmitió las palabras del Señor; ellos le creyeron y esperaron.

Al día siguiente, muy temprano, tal y como está escrito, una capa de rocío se extendía por todo el campamento; y después de disiparse este rocío, se vio sobre el suelo del desierto una cosa menuda, fina como la escarcha sobre la tierra. Los Hebreos preguntaron: «¿Qué es esto?» pues no sabían nada. Moisés les respondió: «Es el pan que el Eterno os da como alimento, recogedlo, pero que nadie guarde para mañana».

Ahora bien, este maná contenía en sí todos los sabores y bastaba, según Rabí Abba, que uno deseara un alimento para que tomara ese sabor: uno detrás de otro se convertían en la boca en carne o pan, aceite o miel. Recogerlo era tarea tan fácil que hasta los más perezosos la podían realizar; pues caía de por sí en sus manos abiertas; y tanta era su abundancia que Josué, hijo de Nun, recibió, él solo, una mañana, lo suficiente para alimentar a toda la asamblea.

Se amontonaba en el suelo, más alto que las aguas del diluvio; y los pueblos de Oriente y los de Occidente veían cómo Dios alimentaba a su pueblo con su alimento celestial. Por eso el día del Juicio, los malvados verán a los justos sentados a la mesa del Señor; porque el maná es molido en el tercer cielo, en los molinos de los ángeles; y los santos se alimentarán de él por toda la eternidad. Entonces pedirán a Dios que pronuncie sobre sus delicias la bendición de la comida; y Dios dirá a los Patriarcas: «Pronunciad por mí la bendición» y los Patriarcas dirán a Moisés: «Pronúnciala por nosotros, sólo tú eres digno de ello». Y Moisés la pronunciará.

Así pues, cada uno de los Hebreos recogía el maná: unos más, otros menos, pero una vez en sus tiendas, cuando lo pesaban, se encontraban que cada uno de ellos no tenía más que lo que le bastaba. Abiram y Datán, dudando del día siguiente quisieron guardar el de la víspera. Pero los gusanos se le introdujeron y se transformó en podredumbre. Y Moisés les dijo: «¿Hasta cuándo dudaréis del Eterno?»

Pero la víspera del Sábado, la porción de cada uno fue doble y Moisés ordenó a los Hebreos: «Mañana no saldréis; porque en seis días el Eterno, nuestro Dios, creó la tierra y los cielos; y el séptimo día que fue su descanso, será el descanso de su pueblo, Israel». El maná no cayó aquel día pues los molinos de los ángeles pararon para santificar al Señor; y la doble porción de la víspera se conservó pura. Sin embargo, Abiram y Datán, y otros con ellos, a pesar del Sábado salieron, queriendo hacer mayor su provisión; y viendo que el maná no había caído aquel día, temieron que ya no caería nunca más. Pero Moisés les dijo: «¡Desgraciados! Dios os manda el descanso, ¿y no lo observáis? Entonces, ¿cómo cumpliréis el trabajo de su Ley? Respetad el Sábado y cada día os dará su alimento; respetad el Sábado y Dios os dará la Tierra de Promesa y el mundo futuro». Entonces le escucharon. Pero si todos los Hebreos, desde el primer instante, hubiesen respetado el Sábado, ningún pueblo sobre la tierra habría podido vencer a Israel.

Por eso,, observan nuestros Doctores, el Eterno hizo durante cuarenta años para los hebreos en el desierto, lo que Abraham había hecho en Mambré para los tres ángeles del Eterno. Abraham había ofrecido agua a los ángeles, Dios abrió a los Hebreos la fuente de Miriam; Abraham había ofrecido pan a los ángeles, Dios abrió para los Hebreos las esclusas del maná; Abraham había ofrecido a los ángeles la sombra de sus árboles, Dios extendió sobre los Hebreos la sombra de su Esplendor; Abraham había ofrecido guiar a los ángeles, Dios condujo a los Hebreos con una

columna milagrosa. Pues, añaden nuestros Sabios, el Señor no se parece al Rey de carne y sangre que dice a su servidor: «Sírvenme, que yo coma; sírveme, que yo beba; vísteme, lleva delante de mí la antorcha». Sino que cuando hubo elegido a Israel como su siervo, fue Dios, el Señor, quien dio de beber y alimentó a Israel, su siervo; quien lo revistió de su Esplendor y lo iluminó con su luz.

Sin embargo, Israel se acostumbraba a tantos beneficios; lo que al principio le había parecido increíble, ahora le resultaba natural; y olvidando a Dios que le dispensaba sus milagros, se asemejaba, dicen nuestros Rabinos, al niño subido sobre los hombros de su padre, a quien su padre da toda clase de juguetes y sin embargo pregunta a todo el que viene: «¿Dónde está mi padre?» ¿Qué hace entonces el padre? Irritado, pone en tierra al niño, llega el perro y muerde al niño. El perro que mordió a Israel fue Amalec.

Hijo de Elifaz, primogénito de Esaú, hermano enemigo de Jacob, había heredado el odio de su abuelo y quería llevar a cabo el exterminio de Israel ordenado por su boca a su descendencia. En su odio, envió embajadores a todos los pueblos de la tierra diciendo: «No menospreciéis a estos fugitivos salidos de Egipto para liberarse de la esclavitud; atacadles en el desierto mientras carecen de todo; no esperéis a que se hayan fortificado y a que, hinchados de vanidad por la conquista de alguna ciudad o de algún territorio, os declaren ellos mismos la guerra». Mas, conociendo los milagros de Dios y temiendo correr la suerte de los Egipcios, los pueblos no se atrevieron a

unirse a él; y acudiendo desde el país de Seír, Amalec, hermano de Israel, fue el único con los suyos que, sin ser provocado, se levantó contra Israel.

Al principio, acampado frente a los Hebreos, los atrajo con dulces palabras: «¿No somos hermanos? -decía-. Venid conversemos; aceptad los regalos que os traigo» Ya los que eran seducidos, los degollaba, los mutilaba y, lanzando al cielo sus miembros arrancados, que llevaban el sello de la alianza, gritaba: «¡Ahí tenéis vuestra alianza con el Eterno!»

Para combatir a este malvado hermano, ¿a quién podía elegir Moisés, entre los descendientes de Jacob? Rubén, Simeón y Leví, Judá, Neftalí, Dan y Gad, Aser, Isacar y Zabulón, ¿no habían vendido todos a su hermano? Por esto Moisés escogió a Josué, hijo de Nun, descendiente de José, quien vendido por sus hermanos, les había perdonado, ya que solamente el jefe en quien corría sangre de verdad fraterna era suficientemente puro para castigar la ofensa a la fraternidad.

Moisés, pues, instruyó a Josué sobre todo lo que debía hacer y luego dijo a los Hebreos: «Vosotros sólo tenéis que combatir a hombres y Dios está con vosotros. El que os ha abierto un camino a través de las aguas y una ruta a través de la sed y el hambre, ése no os abandonará». Y los llenó de tal valentía que ellos mismos pidieron combate.

Entonces subió a una colina acompañado de Aarón, su hermano, y de Jur, esposo de Miriam, su hermana; e imploró al Eterno: «Rey del mundo -exclamó-, no por mí mano sino por tu fuerza librarás a tu pueblo; por mi mano, pero con tu fuerza, hendiste el mar, venciste el hambre y la sed; que sea tu fuerza hoy la que dé la victoria, pues mi mano sin tu fuerza no es nada!» Y desde lo alto de la colina contempló la contienda.

Sucedió que cuando el profeta levanta al cielo sus manos, los Hebreos vencían; y cuando las bajaba, vencía Amalec. Pero Moisés no podía mantenerlas levantadas todo el tiempo, pues la duda a veces le debilitaba. Viendo esto, Jur y Aarón sostuvieron sus dos brazos hasta la caída del sol y hasta la derrota de Amalec.

¿Por qué -preguntaban nuestros Rabinos- se realizó este prodigio? ¿Eran las manos levantadas de Moisés las que daban la victoria? No. Sino que mientras que los Hebreos combatían con las armas, Moisés combatía con la oración, y su oración reforzaba sus armas.

La matanza de los Amalecitas fue tan grande que no se pudo contar a los muertos; Israel no sufrió ninguna pérdida. Ninguna victoria tuvo tan grandes consecuencias; pues además del terror que infundió a los pueblos, puso en el corazón de los Hebreos la confianza. Ya no era como en los días en que el mar se secó, o los de la roca que apagaba la sed, o los del maná alimenticio, en que Dios sólo, o Dios con su profeta decidían su suerte; ellos mismos al luchar habían hecho la prueba de la fe y habían visto que para la fe nada es imposible. Además, queriendo glorificar el recuerdo de este milagro, Moisés levantó un monumento de piedra que Dios llamó *Mi milagro*, pues el más grande milagro de Dios es la fe de Israel.

Habiendo oído narrar estas maravillas, Jetró, con su hija Séfora, esposa de Moisés, y los dos hijos que ella le había dado, vino de Madián hacia el desierto del Sinaí para encontrarse con el profeta en los lugares en que el Eterno se le había aparecido en la zarza en llamas. Una vez llegado al campamento, envió al profeta de los Hebreos un mensaje diciendo: «Cuando con Balaam y Job yo aconsejaba al Faraón en los días de Egipto en los que tú aún no habías nacido, yo había visto ya que el Dios de Israel es un Dios grande. Después recorrí todos los templos de todos los ídolos de la tierra y he visto que todo ídolo es vanidad; y antes de tu llegada a Madián, yo había visto también que el ídolo de Madián, al que yo servía, era vanidad. Ahora sé que sólo el Dios de Israel, es Dios, creador de la tierra y de los cielos. Recíbeme, pues, entre tu pueblo; si tú no lo haces por mí, hazlo por Séfora, tu esposa, a la que he traído conmigo; si no lo haces por ella, hazlo por tus hijos, que he traído conmigo».

Moisés reflexionó en su corazón: «¿Debo recibirles? Mientras que los Hebreos cocían ladrillos y cubrían de cal a sus hijos sacrificados, bajo el látigo de la esclavitud, aquellos disfrutaban en Madián del ocio y la alegría; mientras que los Hebreos gemían en el hambre y la sed del desierto, aquellos disfrutaban en Madián de la despreocupación y la abundancia. Ahora el Eterno va a dar a los Hebreos su Ley, recompensa a sus sufrimientos; y estos, que no han sufrido por su Ley, ¿tendrán parte en su Ley?» Mas Dios le dijo: «¿No soy acaso el Dios de los que están cerca de mí? Todo corazón que viene a mí está conmigo».

Inmediatamente se levantó Moisés, y seguido de los setenta Ancianos, de Aarón y de los cuatro hijos de Aarón, caminó hacia la entrada del campamento al encuentro de Jetró. Y cuando Jetró, el prosélito, entró en el campamento, he aquí que en pleno medio día cayó, para él sólo, el maná; y cayó en tal abundancia que habría podido alimentar a todos los pueblos de la tierra. Entonces Moisés le dio el beso de la paz, pues el Nombre del Señor es Paz; y le ofreció un banquete que él mismo le sirvió.

Ahora, libres de la preocupación de comida y bebida, libres del miedo de hombres hostiles, exaltados por la fe de los paganos convertidos, los Hebreos podían volver su alma entera hacia la promesa de la Ley. Fue entonces cuando Job, torturado por Satán en su estercolero, sin haber sabido en su blasfemia que su desgracia era el precio de la salvación de ellos, fue devuelto de pronto a su felicidad pasada y exclamó en su alegría: «Bendito sea el Señor».

11. LA VOZ EN LA MONTAÑA

Cuando Dios quiso dar a Israel la Ley de Moisés, llamada la Torá, todas las montañas aparecieron ante el Eterno, gritando cada una: «¡Rey del Mundo, Rey del Mundo, que tu Esplendor se pose sobre mí, que por mí sea dada tu Torá!» «¡Elígeme! -decía el Hermón-; ¿no soy yo acaso la más alta de las montañas? Mi frente emergió del diluvio, como tu Ley emergerá del pecado». «¡Elígeme! -decía el Carmelo-; ¿no soy acaso el más hermoso de los jardines? Planta sobre mí el jardín de tu Ley, que hará del alma un jardín más hermoso que el Edén». «¡Elígeme a mí, elígeme a mí! -decía el Líbano-; ¿no soy yo, por la voz de mis cedros, el más bellos de los cánticos que cantan tu grandeza? Canta sobre mí el canto de tu Ley, que hará del hombre un canto hacia ti».

Pero Dios dijo al Sinaí: «Sobre ti posaré mi Esplendor; por ti daré mi Torá; porque tú estás solo en el desierto, como Israel, mi pueblo está solo en el desierto de los pueblos, como estoy solo yo, Dios, en el desierto del universo».

Eterna -dicen nuestros Rabinos- es la Torá; pues ella existía antes del mundo; y para ella el Eterno creó el mundo; y el Eterno la consultó cuando creó el mundo.

Poderosa -dicen nuestros Doctores- es la Torá; pues Dios había decretado: «Que el cielo sea mi lugar de descanso y la tierra la morada de los hombres»; pero por la Torá, que une el cielo a la tierra, el cielo bajó a la tierra y la tierra subió al cielo.

Sabia -dicen nuestros Sabios- es la Torá; pues si toda el agua de todos los mares se convirtiera en tinta y en plumas todos los juncos de todos los ríos; si toda la extensión de todo el firmamento se convirtiera en pergamino, y en dedos de escribas todos los dedos de todos los vivientes, no habría suficiente tinta, ni suficiente pergamino, ni suficientes plumas, ni suficientes escribas para escribir toda la sabiduría de la Torá.

Grande es la Torá, más que la verdad, pues ella contiene la verdad; más que la justicia, pues contiene la justicia; más que el amor, más que el perdón, pues la Torá contiene el perdón, la Torá contiene el amor.

Pero se preguntan nuestros Rabinos: «Si Dios poseía semejante tesoro y quería hacer participar de él a los mortales, ¿por qué no se lo dio desde los primeros días al primer hombre?» El primer hombre había recibido del Eterno un solo mandamiento: «No comerás del fruto de este árbol»; Adán comió de este fruto; ¿cómo habría podido recibir los seiscientos trece mandamientos de la Torá?

¿Por qué Dios no se la dio a la generación de Noé? Noé había recibido del Eterno siete mandamientos; sus descendientes construyeron Babel. ¿Cómo habrían podido recibir los seiscientos trece mandamiento de la Torá?

¿Por qué no se la dio a las generaciones de los patriarcas? Los patriarcas habían recibido del Eterno nueve mandamientos; sus descendientes merecieron la esclavitud de Egipto. ¿Cómo habrían podido recibir los seiscientos trece mandamiento de la Torá?

En cambio la generación de Moisés se había purificado en los dolores de la esclavitud, en las pruebas de la sed y del hambre, en la experiencia del milagro. Ahora reinaba la paz entre los hijos de Israel y, viviendo en paz, podían recibir la Torá de Moisés que es la paz del Eterno. Por eso, todos los días, desde la salida de Egipto, el profeta preguntaba al Señor: «¿Cuándo nos darás la Torá?» Mas el Señor tardaba aún.

Esperó hasta el mes de Siván, que es el tercero de los meses. Y al igual que un rey de carne y sangre que antes de llevar a su prometida bajo el tálamo nupcial, primero la colma de regalos, quiso el Señor dar primero a los Hebreos la fuente y el maná, antes de desposar, por la Torá, a la comunidad de Israel.

Esperó hasta el mes de Siván, que es el tercero de los meses; pues el número tres regocija al Eterno. Es el tercer hijo de Adán, Set, quien fue el ancestro de los humanos; es el tercer hijo de Noé, Sem, quien fue el ancestro de Israel; fueron tres Patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob, quienes merecieron por sus virtudes la gloria del pueblo escogido; fue en la tercera de las tribus, la de Leví, donde nació Moisés, que fue el tercero de los hijos que su madre trajo al mundo; y tres meses de su vida los pasó escondido antes de ser puesto en la cuna que le salvó en el río, y tres meses el Eterno le ocultó la Torá que, desde la montaña, salvaría a la humanidad.

Cuando llegó el mes de Siván, Dios dijo a Moisés: «Mi Torá es, en su alma, perfecta; ¿es perfecto mi pueblo en su cuerpo? Hay entre ellos mudos y sordos, ciegos y paralíticos. ¿Daré mi Torá a quien no puede verla ni oírla, ni cantar ni bailar por ella?» ¿Qué hizo Dios? Devolvió la voz a los mudos, el oído a los sordos; devolvió la vista a los ciegos, las piernas a los paralíticos. Y así será en el mundo venidero, cuando los sordos oigan, cuando los ciegos vean, cuando los paralíticos y los mudos dancen y canten delante del Eterno.

Ahora podían, sanos en su carne como en su espíritu, recibir la Torá. ¿Querían ellos acogerla? La Torá es una corona, pero la corona es una carga; la Torá es un collar, pero el collar es una cadena. Dios la había ofrecido a todos los pueblos de la tierra, para que ninguno pudiese decir: «Si la hubiésemos conocido, nosotros la habríamos practicado»; y la dio no a un país rodeado de fronteras, sino en medio del desierto, para que todo aquel que quisiera pudiese tomarla, tal como está escrito: *El Eterno apareció desde el Sináí; ha brillado para ellos sobre el Seír; se ha mostrado sobre el Farán, sosteniendo en su diestra una ley de fuego para ellos.*

Fue primero a los hijos de Esaú y les preguntó: «Queréis mi Torá». Ellos respondieron: «¿Qué manda tu Torá?» «No matarás», -¿Tendríamos entonces que renunciar a la bendición de Esaú, nuestro padre, quien nos bendijo diciendo: 'Vivirás por la espada'? No queremos la Torá». A continuación fue a los hijos de Amón y de Moab y les preguntó: «¿Queréis mi Torá?» Respondieron: «¿Qué es lo que manda tu Torá?» «No cometerás estupro» «Hemos nacido del estupro -replicaron-; no queremos

tu Torá». Después fue a los hijos de Ismael y les preguntó: «Queréis mi Torá» Respondieron: «¿Qué es lo que manda tu Torá?» «No robarás.» -¿Cómo encontraríamos la bebida y la comida? -replicaron-; no queremos tu Tora». Fue por fin a todos los demás pueblos y todos le respondieron: «Tenemos nuestras leyes, da a Israel tu Torá, pues Israel es libre y no tiene ley». Entonces el Eterno llamó a Moisés a la montaña; y Moisés subió hacia Dios y Dios le ordenó: «Pregunta a Israel si quiere mi Torá».

Moisés se dirigió primero a las mujeres. ¿Por qué a las mujeres? Porque -responde Rabí Tachlifa- el profeta pensó en su corazón: «Si Dios hubiese instruido a Eva, ¿habría pecado Adán?» Pues sabía que todo depende de la mujer, que es, según se lo proponga, la desgracia o la salvación del mundo.

Habiéndose asegurado la aceptación de las mujeres, reunió al pueblo entero, hombres y mujeres, niños y ancianos, y dijo: «Duro es el comienzo de todo, y más duro que todo es la obediencia en su comienzo; pero habéis empezado a obedecer, y el que primero obedece en la pena, pronto obedece en la alegría; ahora bien, obedecer a Dios es la mayor alegría. Vuestros ojos han visto los milagros que Él hizo por vosotros liberándoos de Egipto, de la sed y del hambre. Sin embargo no habíais recibido aún su Torá. ¿Qué milagros no hará cuando la recibáis, la escuchéis y la practiquéis? Entonces os llevará sobre alas del águila y, hasta el fin de los días, velará sobre vosotros como la golondrina sobre sus polluelos. Mas cuando la Torá os pertenezca, vosotros perteneceréis a la Torá: todas las bendiciones que están en ella se derramarán sobre vosotros si la seguís; si la abandonáis, todas las maldiciones que están en ella caerán sobre vosotros.

Ahora respondió a Dios: ¿Queréis su Torá? Y los Hebreos respondieron: «La queremos, cumpliremos lo que ella ordena».

«Pero -repuso Moisés- ¿quiénes serán ante el Eterno los fiadores de vuestra promesa?» «Que nuestros Ancianos sean nuestros fiadores», dijeron los Hebreos. «Vuestros Ancianos van a morir, ¿cómo pueden ser vuestros fiadores?» «Que nuestros Patriarcas sean nuestros fiadores». -«Vuestros Patriarcas han muerto, ¿cómo pueden ser vuestros fiadores.» -«Que nuestros Profetas sean nuestros fiadores». -«Vuestros Profetas no han nacido aún; ¿cómo pueden ser vuestros fiadores?» Entonces las mujeres de Israel dijeron al profeta: «Que nuestros hijos sean nuestros fiadores; Dios te enseñará Su Torá, tú la enseñarás a los padres; ellos la enseñarán a los hijos y los hijos a sus hijos, y los hijos de sus hijos a sus hijos». Y Moisés preguntó a los niños: «¿Seréis vosotros fiadores de vuestros padres ante el Eterno?» Y ellos respondieron: «Sí, lo seremos». Entonces todos los Hebreos gritaron: «Nuestros hijos son nuestros fiadores. Escucharemos y haremos todo lo que ordene el Eterno; pero que Él mismo nos muestre su rostro, que nos hable con su voz».

Moisés llevó al Eterno en lo Alto de montaña la respuesta de los Hebreos. Dios le dijo: «Durante dos días que se purifiquen y se mantengan alejados de sus mujeres; al

tercer día, ellos mismos me verán y me oirán; pero que ninguno de ellos suba a la montaña porque morirá, y tú mismo, hijo mío, vuelve a bajar».

¿Por qué -se preguntan nuestros Rabinos- tuvo que bajar Moisés de nuevo y permanecer a distancia en medio de los Hebreos, cuando Dios les habló? ¿No estaba Dios constantemente junto a Moisés y no estaba Moisés acostumbrado a escuchar al Eterno? Porque, si cuando Dios habló, Moisés se hubiera quedado en la montaña cerca de Dios, Abiram y Datán habrían dicho a los Hebreos: «Ese no es Dios, es Moisés el que os habla». Y los Hebreos habrían dudado que Dios mismo les hablara.

La noche de verano fue tan corta, y tan dulce el sueño matutino que todos los Hebreos aun dormían cuando, a la tercera mañana del sexto día del mes de Siván, Dios descendió sobre el Sinaí, delante de Israel. Moisés, el único despierto, recorrió el campamento despertando a todos: «Levántate -decía-, comunidad de Israel, sacude tu sueño. Tu esposo espera a su novia bajo el tálamo nupcial». Y caminando el primero, seguido de Aarón y de sus hijos, y de todos los hombres, de todas las mujeres y de todos los niños de Israel, condujo a la asamblea entera al pie de la montaña que una nube cubría como un palio nupcial.

Entonces, como testigos de la majestad del esposo, las fanfarrias mezcladas con rayos y trompetas resonaron y rugieron sobre el Sinaí; rompiendo con relámpagos las puertas del viento y de la tempestad, del granizo y del fuego, la invisible Presencia inundó de asombro y temblor los abismos de arriba y los abismos de abajo.

Sobrecogidos de angustia, todos los reyes del mundo acudieron a Balaam, el profeta de las naciones y castañeteando los dientes, que sonaban por el espanto, le interrogaron: «¿Tendremos de nuevo un diluvio?» Y el profeta les respondía: «¡Estáis locos! ¿No sabéis que el Dios de Israel juró a Noé no volver a mandar sobre el mundo las aguas del diluvio? «Si no es un diluvio de agua ¿será un diluvio de llamas?» «Ni diluvio de agua ni diluvio de llamas: es el Dios de Israel que da su Torá a su pueblo».

La tierra llena también de terror se estremeció y gritó: «¿Es este el día del Juicio Final? ¿Tendré que devolver los muertos que me he comido y la sangre que me he bebido?» Moisés le contestó: «No, no es el mundo que se acaba, es el mundo que comienza». Los cielos también palpitaron y lloraron: «¡Nuestro Rey nos deja, abandona su reino!» «No, Dios no abandona el reino de los cielos -les respondió el profeta-; extiende su frontera hasta el corazón de los hombres». Y el Señor mismo estaba triste: «¿Por qué estás triste, Señor -le preguntó Moisés- al darles tu Ley?» «Tú ves cómo se la doy -respondió el Eterno-; yo veo lo que harán de ella».

De pronto la nube se abrió; el Sinaí arrancó sus raíces al desierto; saltando hasta el firmamento, su amplia cima, parecida a una alfombra de fuego, vino a posarse bajo los pies en llamas y bajo las alas de fuego de las cuatro Bestias con rostros de hombre, de león, de águila y de toro, enganchados a las ruedas, llenas de miradas, que giraban como soles y sostenían un carruaje cuyo esplendor transportaba el trono, cuyo esplendor portaba el Esplendor del Señor; en torno a él, dos veces sesenta miríadas de ángeles, cada uno sosteniendo un cinturón de gloria y una corona de gloria para cada

uno de los Hebreos, cantaban: «¡Santo, santo, santo es el Eterno Sébaoth, el mundo está lleno de su santidad!»

Pero de pronto, al hablar Dios, se hizo en el universo un silencio. Ningún toro mugió sobre toda la superficie de la tierra; ningún pájaro trino bajo toda la extensión de los cielos; el agua cesó su murmullo, el fuego su crepitación; el trueno enmudeció, el eco perdió su voz; las alas de los querubines dejaron de batir y las bocas de los serafines de cantar; para que -según Rabí Abbahu- en el silencio de todo, todos pudiesen saber que fuera de Dios no hay nada.

Entonces dijo el Eterno: «*Yo soy*».

Al estruendo de esta palabra que llenó con su inmensidad los espacios, todos los Hebreos, excepto Moisés, huyeron, y sus almas huyeron de sus cuerpos. La Torá se volvió hacia Dios, preguntando: «Rey del Mundo, ¿me envías a los vivos o a los muertos?» «A los vivos». «Pero todos están muertos». «A favor tuyo, que resuciten». Y Dios hizo caer sobre ellos el rocío que resucita a los muertos. Pero resucitados, como no podían aguantar ni el peso de su palabra, ni la vista de su Esplendor, envió junto a cada hebreo a dos ángeles: uno le pondría en torno al corazón el ceñidor de gloria, para impedir que su alma huyera; el otro le colocaba en la frente la corona de gloria para impedir que sus ojos murieran. Así pudieron oír y ver, al mismo tiempo, las palabras de la visión divina; pues, dicen nuestros Rabinos, vieron ese día lo que se oye, y ese día oyeron lo que se ve.

Y las palabras de la visión decían: «Mira: yo soy el Dios único y me muestro a ti en mi Esplendor único. Para que si, algún día, alguien, para tentarte, te dice: 'Ven, sirvamos a otros dioses', tú les respondas: '¿Puede servir a otro Dios aquel que ha visto cara a cara, en su esplendor, al único Dios?' «Mira: yo soy el Dios de todos los pueblos, pero sólo con Israel hago mi alianza, para que por medio de él, a su vez, haga yo mi alianza con todos los pueblos. Mira: Yo soy el Dios eterno y clemente, justo y magnánimo, abundante en gracia y en verdad; si me obedeces, mis beneficios te mostrarán mi ternura, si no me obedeces, mis castigos te probarán mi amor. No profanes mi Nombre, pues sobre mi Nombre descansa el mundo; y el que profana mi Nombre destruye al mundo. Acuérdate del Sábado para santificarlo, ya que el Sábado es, en este mundo, el comienzo del otro mundo. Honra a tu padre y a tu madre, ya que honrando a los que te crearon, honrarás a tu Creador. No mates; pues el homicidio obliga a la venganza al Dios de la compasión. No cometas estupro. No robes. No mientas. No codicies...»

Y cada una de estas palabras, después de haber tocado el oído de cada hebreo, se posaba sobre su boca y luego la besaba, tal y como está escrito: *Que me bese con el beso de su boca.*

No solamente Israel oía cada una de estas palabras sino también las setenta naciones de la tierra, pues al pronunciarlas, el Eterno hablaba en setenta idiomas a la vez. Y las oían no solamente los vivos sino también aquellos que ya no viven, y aquellos que no viven aún; pues según lo que nos enseña Rabí Isaac, todas las almas de

todos los tiempos estaban presentes en el Sinaí. Todos los Profetas y todos los Sabios oyeron, en aquella misma hora, las voces y vieron, en aquella misma hora, las visiones que en el curso de todos los tiempos revelaron y revelarán a todos los hombres. Y todos oyeron allí la misma visión y vieron la misma voz, pero en la medida de cada uno de ellos, esta visión y esta voz fue o será diferente para cada uno de ellos.

Cuando el Eterno hubo dictado a los Hebreos sus diez primeros mandamientos, y que ellos los aceptaran, el instinto malvado los abandonó. Y Dios les preguntó: «Israel, ¿aceptas mi Torá en su totalidad, con sus trescientas sesenta y cinco prohibiciones, numerosas como los días del año humano, y sus doscientas cuarenta y siete ordenanzas, numerosas como los órganos humanos?» Todos contestaron: «Sí, sí». Pero a pesar de que los ángeles los protegían, y de los ceñidores y las coronas de gloria que les ceñían, gritaron a Moisés: «Nosotros pedimos verle y oírle; ya no podemos más. Somos demasiado débiles para su voz, demasiado débiles para su visión. Que se muestre a ti; que te hable a ti. Tú nos mostrarás lo que Él te haya mostrado y nos dirás lo que Él te haya dicho». Entonces el instinto malvado volvió a entrar en ellos; mas si hubiesen podido ver al Eterno hasta el final y oírle hasta el final, nunca más habrían pecado.

Entonces Moisés les dijo: «Alejaos de la montaña. Subiré solo hacia Dios».

12. LA ESCUELA DEL CIELO

Está escrito: *Moisés llegó al centro de una nube*. Nuestros Sabios han contado a este propósito que en el momento que Moisés subió a la montaña, una nube vino a posarse delante de él. No sabía si debía poner en ella sus pies o agarrarse a ella con las manos. Y he aquí que la nube se abrió y el profeta entró en ella: la nube lo llevó a los cielos.

Pasó el primer cielo, en el que dos ángeles montan guardia en cada puerta: puertas de la oración y de la súplica, de la angustia y de la alegría, de la abundancia y del hambre, de la guerra y de la paz, de la concepción y del nacimiento, de la salud y de la enfermedad, de la vida y de la muerte.

En el segundo cielo vio al Ángel Nuriel con sus cincuenta miríadas de ángeles que gobiernan las nubes y los vientos, los rocíos y las tempestades; y, en el tercer cielo, el palacio con columnas de fuego rojo, vigas de fuego verde, suelo de fuego azul y paredes de fuego blanco, habitado por los ángeles que gobiernan el sol y la luna y todo el ejército de luminarias.

A la entrada del cuarto cielo, el Ángel Quemuel con sus doce mil ángeles destructores lo detuvo gritando: «Hombre nacido de mujer y de impureza ¿qué buscas entre los santos del Altísimo?» «Soy el hijo de Amram -respondió Moisés-, vengo a recibir la Tora del Señor». Y como Quemuel intentase agarrarlo con su mano llameante, Moisés, golpeándole, lo expulsó del mundo.

Entonces el profeta, siguiendo su camino, se elevó sesenta veces diez mil leguas, hasta el quinto cielo en el que se encuentra Hadarniel cada una de cuyas palabras lanza setenta mil relámpagos. «¿Qué vienes a buscar entre los santos del Altísimo -le gritó el ángel-, hombre nacido de mujer y de impureza?» Cuando Moisés oyó su voz, sus ojos se cambiaron en lágrimas, su alma en espanto y quiso desde lo alto de la nube precipitarse al abismo. Pero la compasión del Señor se conmovió y dejó oír su Voz divina que retumbaba: «Desde las primeras horas del mundo, vosotros, ángeles que yo he creado, sois los autores de la querrela. Cuando quise crear a Adán, vosotros vinisteis ante mi faz para acusarlo, diciendo: '¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él?' Y tuve que quemaros por miríadas, para llevar a cabo la obra de mi amor. Sabed que, si yo no hubiese creado al hombre, el mundo habría sido caos, y si no le doy mi Tora, volverá al caos».

Al oír estas palabras, Hadarniel se apaciguó y dijo: «Tú sabes bien, Señor que yo ignoraba tu voluntad; si es por ella por lo que éste viene, lo recibiré como recibe el discípulo al Maestro». Y como el discípulo acompaña al maestro, condujo a Moisés por un sendero que a un mortal le tomaría quinientos años recorrer, hasta el sexto cielo, donde lo dejó diciendo: «Hasta aquí puedo subir; más arriba ya no me es posible, el fuego de Sandalfón me devoraría».

Sandalfón trenza coronas para el Santo, bendito sea, y las coloca sobre su cabeza. ¿Cómo podría un ángel -se preguntan nuestros Sabios- coronar al Eterno en su Morada? No puede. Pero cuando Sandalfón ha trenzado la corona, implora a la corona y ella misma sube y se coloca sobre la cabeza del Señor. Entonces, todos los ejércitos de las alturas se estremecen; las ruedas del carro celeste y su celeste estribo, las Bestias celestes de su tiro celeste, con todos los ángeles de la corona, y con la corona misma, exclaman: «¡Alabado sea el Eterno en su Morada!»

Cuando Moisés vio de pronto a Sandalfón, sus ojos se cambiaron en lágrimas, su alma en espanto, quiso, desde lo alto de la nube, precipitarse al abismo. Pero he aquí cuan querido era el profeta al Santo, bendito sea. En aquel momento, el Santo, bendito sea, bajó El mismo de su Trono y puso su Esplendor entre su ángel y su profeta, para que el profeta pudiese pasar. Y cuando hubo pasado ante Rigión, que escruta los secretos del Eterno, y delante e Gelizur, que proclama sus decretos, Moisés entró en la escuela del Altísimo. Allí los ángeles están sentados en filas que forman semicírculos, y el ángel Zagzagel les enseña Ja Tora.

Cuando Moisés entró, en todas las filas se levantó un murmullo: «Zagzagel, Zagzagel, ¿enseñarás a este hombre la Tora del Señor? ¿No irá a decir a los hombres: Es mi Tora?» Entonces la Tora misma se levantó. El Arcángel Miguel estaba a su derecha, el Arcángel Gabriel a su izquierda, Uriel y Rafael delante y detrás de ella, llevaban cuatro estandartes en los que resplandecía el oriente y el occidente, el mediodía y el norte. Y la Tora dijo: «Rey del mundo, ¿acaso no me ha obedecido éste, aun antes de conocerme? ¿No ha proclamado tu Nombre, respetado el Sábado, honrado a su madre y a su padre? ¿No ha apartado su boca de la mentira y de la blasfemia, su mano del robo y del homicidio, su carne de la impureza, su alma de la codicia? ¿Qué importa pues si un día dice que tu Tora es su Tora, Señor? El que obedece tu Tora, ¿no es como si él la hubiese creado?» Y el Santo, bendito sea, respondió: «Moisés, hijo mío, siéntate por encima de mis ángeles; yo mismo te enseñaré mi Tora».

En la Tora, que todo lo contiene, vio Moisés primero las seis cosas creadas con ella antes de la creación, a saber: la Penitencia, la Gehenna y el Gan Edén, el Santuario y el Trono y la gloria del Mesías.

En el río de la Penitencia estaba sumergido Adán, haciendo penitencia. Los malvados que pasaban, conducidos hacia la Gehenna, le decían: «¿No vienes con nosotros a expiar nuestros pecados?» Y él respondía a los malvados: «Yo cometí una sola falta; vuestras culpas son las vuestras». Los justos que pasaban, conducidos hacia el Gan Edén, le decían: «Tú sólo has cometido una falta, las nuestras son innumerable. ¿Por qué la tuya permanece mientras que las nuestras son borradas?» Y él les respondía: «Mi único pecado contenía todos los vuestros; haré penitencia hasta la muerte del pecado».

Cuando Moisés entró en la Gehenna, el fuego de la Gehenna retrocedió ante él cinco mil leguas y Nasargiel, el ángel de la Gehenna, preguntó al profeta: «¿Quién eres?» -«Soy el hijo de Amram». -«Este no es tu sitio, tu sitio es el Gan Edén». -«Vengo a ver en la Gehenna la justicia de Dios». Entonces Nasargiel le mostró los suplicios de los pecadores, el lugar llamado Alukah, y el lugar llamado Tit ha-Yawen, y el lugar llamado Abadhon, donde todos los pecadores torturados gritan a la muerte: «¡Muerte, muerte, danos la muerte!» Y Moisés dijo a Dios: «¡Rey del mundo, presérvame, preserva a Israel de la Gehenna!» Mas Dios le respondió: " «El Eterno no hace distinción ni contigo ni con Israel: el que hace el mal, cae en la Gehenna; el que hace el bien, sube al Gan Edén».

Cuando Moisés entro en el Gan Edén, la luz del Gan Edén avanzó hasta él cinco mil leguas, y Schamschiel, el ángel del Gan Edén, le preguntó: «¿Quién eres?» -«Soy el hijo de Amram». -«Este no es tu sitio; tu sitio está en la tierra». -«Vengo a ver, en el Gan Edén, la justicia de Dios».

Entonces Schamschiel le mostró los setenta mil árboles aromáticos del Gan Edén, el más pequeño de los cuales, es más admirable que todos los árboles de la tierra y da quinientos mil sabores de frutas, ninguno de ellos parecido a los sabores de la tierra; le mostró a los justos, vestidos de gloria, llevando en sus manos ramas de mirto, sentados bajo baldaquinos adornados con viñas de oro, en mesas de perlas, sobre asientos de zafiro, de donde manan cuatro ríos, uno de leche, otro de miel, otro de vino y otro de nardo; le mostró los asientos más altos de todos, que son los de Abraham, Isaac y Jacob.

Ahora bien, cuando los patriarcas se dieron cuenta de la presencia del profeta, le bendijeron diciendo: «¡Bendito sea aquel que realiza nuestras promesas!» Y el profeta respondió: «¡Sea bendito quien bendice el nombre del Señor!»

Cuando Moisés entro en el Santuario de lo Alto, Metatron, el Ángel del Santuario le dijo: «Contempla; y harás abajo un santuario». Los velos del Santuario, blancos, violetas, púrpuras y carmesíes, estaban formados por las alas de los Ángeles; el candelabro del Santuario llevaba astros, y la mesa, campos infinitos; la piscina contenía todos los océanos, y sobre el altar de los sacrificios, las oraciones ardían; y sobre el altar de los perfumes se exhalaban almas.

Cuando Moisés llegó ante el Trono de Esplendor, vio alrededor del Trono a los Serafines, cada uno con seis alas, tan grandes y largas como la distancia de la tierra al cielo. Dos de estas alas se mecen cantando al Señor, otras dos bajan para ocultar de su vista el pecado de los hombres y las dos más altas se elevan para ocultar a los Serafines el destello de su Esplendor. Ahora bien, cuando apareció Moisés, los Serafines dejaron de mover sus alas, ya que su presencia era un canto; cesaron de bajar sus alas, pues su presencia ocultaba al pecado; pero siguieron velándose el rostro ante el destello del Esplendor, que el profeta contemplaba cara a cara.

Cuando Moisés entró ante el Mesías, la cabeza del Mesías estaba ataviada por siete diademas de oro. Y el Santo, bendito sea, le mostró a Moisés diciendo: «Éste

comienza tu obra, ¿querrás tú terminarla? Él ha liberado a Israel de la esclavitud de Egipto, tú liberarás a los hombres de la esclavitud del mal; él ha dado a Israel el agua y el maná, tú darás a los hombres la paz y la justicia; enseñando los preceptos de la Tora, él conducirá a Israel a la Tierra de la Promesa, llevando a cabo las promesas de la Tora, tú harás de la tierra entera una tierra de Promesa. Pero los pecadores, por sus pecados, te pondrán bajo un yugo de hierro; ahogarán tu aliento, tu lengua se te pegará al paladar; todos los sufrimientos de todos los lugares y de todos los tiempos serán tu sufrimiento. ¿Está tu voluntad acorde con estas cosas?»

Y el Mesías respondía: «En la alegría de mi corazón, aceptaré todos los dolores, con tal que, en Israel, ninguno se pierda; que ninguno se pierda fuera de Israel y que todos sean ayudados por mi ayuda, no solamente los que vivan en mis días, sino también los que estén ocultos bajo la tierra; no solamente los que morirán en mis días, sino también los que hayan muerto desde los primeros tiempos hasta mis días; no solamente los que hayan muerto después de haber vivido, sino también aquellos que hayan muerto al nacer, y también aquellos que tú hayas pensado crear y que aún no has creado, Señor. Que todos los hijos de Adán, y el mismo Adán, sean salvados por mi sufrimiento, yo aceptaré todos los sufrimientos. Aprende pues, Oh Moisés, la Tora: tú la enseñaras; yo la cumpliré».

Entonces, durante cuarenta días y cuarenta noches, Moisés, para aprender la Tora, permaneció sin comer ni beber. ¿Es posible -pregunta Rabí Meír -que un hombre pueda estar cuarenta noches y cuarenta días sin beber ni comer? Pero Moisés -responde el Rabino- practicaba al igual que los ángeles el dicho: *Cuando vayas a una ciudad, vive como sus habitantes*. Cuando los ángeles descendieron, por Abraham, a una tierra donde los hombres comen y beben, ellos bebieron y comieron; cuando Moisés subió, por Dios, a los cielos, donde los ángeles no beben ni comen, él no bebió ni comió.

¿Y cómo - pregunta Rabí Eleazar bar Achin - pudo saber Moisés, cerca de Dios, si era día o si era noche?

¿Acaso las tinieblas, cerca de Dios, no son luz? Pero cuando Moisés veía el sol postrarse ante el Santo, bendito sea, sabía que en la tierra era de noche, cuando veía a la luna y las estrellas postrarse ante el Santo, bendito sea, sabía que en la tierra era de día.

Durante cuarenta días y cuarenta noches, Moisés estudió la Tora, enseñando así a los hijos de Israel que deben noche y día estudiar la Tora; pues la Tora contiene ordenanzas para todo: para la comida y para el ayuno, para el vestido y para el techo, para la siembra y la cosecha, para el hombre y la bestia, el rico y el pobre, la guerra y la paz, el luto y la fiesta, para la oración y para la ofrenda, para el sacrificio y el arrepentimiento, para el castigo y para el perdón, para la justicia y para el amor.

Durante cuarenta días y cuarenta noches estudió la Tora, porque para merecer la corona de rey, no se necesitan más que tres virtudes; la corona de pontífice sólo exige veinticuatro; pero la corona de la Tora exige más de cuarenta. Ahora bien, -dice Rabí

Chija bar Abba- ved cuánto más grande es la Tora que el mundo: para dar el mundo al mundo, Dios sólo necesitó siete días; necesitó cuarenta para darle la Tora.

Durante cuarenta días y cuarenta noches, Moisés estudió, pues, la Tora; pero lo que aprendía cada día lo olvidaba cada noche, lo que aprendía cada noche lo olvidaba cada día. Y le dijo al Eterno; «En vano me enseñas, en vano aprendo, pues la Tora es la Tora y Moisés no es más que Moisés». ¿Qué hizo Dios? Tomó dos tablas de zafiro que había creado la víspera del primer Sábado, al final mismo de la creación y, con su propia mano grabó en ellas, para Moisés, la Tora. Estas dos tablas no eran más anchas ni más largas de seis pies y, sin embargo, pudo escribir en ellas los Diez Mandamientos, y entre las líneas de los Diez Mandamientos las doscientas cuarenta y siete ordenanzas y las trescientas sesenta y cinco prohibiciones de la Tora. Y estas tablas eran de tal forma que la escritura podía leerse por encima de la piedra, por debajo de la piedra y a través de la piedra; y aunque esta piedra era la más dura de las piedras, se enrollaba como un pergamino y no pesaba nada.

Mientras Dios escribía en el zafiro, Moisés vio trazos y signos que Él dibujaba como coronas, atadas a las letras de la Tora. Preguntó al Santo, bendito sea: «Rey del mundo, ¿por qué esos signos? ¿Por qué esos trazos? ¿No bastarían las letras sin sus coronas?» Dios le respondió: «Después de muchas generaciones, un hombre se levantará, Akiba será su nombre y sobre cada uno de estos signos y de estos trazos, amontonará pensamientos nuevos». «Rey del mundo – dijo Moisés-, deja que yo lo vea». – «Date la vuelta y ve».

Moisés se dio la vuelta, fue y se sentó en la octava fila de la escuela de Akiba para escuchar al Doctor que enseñaba a sus discípulos la Tora. Pero Moisés no entendía nada de esta Tora, pues la Tora que enseñaba Akiba estaba llena de pensamientos nuevos que Dios no había enseñado a Moisés en su Tora. Los discípulos de Akiba preguntaban a su Maestro: «Rabí, ¿de quien has recibido tú esta Tora?» Y el Rabino respondía a sus discípulos: «De la Tora dada por Dios a Moisés en el Sinaí».

Entonces el profeta interrogó al Eterno: «Señor, ¿Cómo es posible esto? Ya no reconozco la Tora que tú me diste. Esta Tora nueva, ¿es la Tora?» Y Dios le respondió: «Existen cincuenta puertas del conocimiento; te he abierto cuarenta y nueve, pero la última está cerrada, porque ningún hombre, aunque sea Moisés, mi hijo, puede saberlo todo. La Tora que tú conoces tiene mil sentidos que ignoras, y que otros, en el curso de los siglos, conocerán, pues ella hablará a cada siglo en la lengua de cada siglo; pero lo que se encontrará en ella cada siglo, ya está allí y, cada Tora nueva seguirá siendo tu Tora».

«Pero ¿por qué Akiba vendrá tan tarde en el tiempo? -replico Moisés. «Y ¿por qué elegir a un Moisés, Señor, cuando tienes un Akiba?» -«Calla, pues éste es mi decreto: Moisés conviene a los días de Moisés; Akiba a los días de Akiba». – «Entonces, Señor, muéstrame su recompensa». -«Vuélvete, ve y mira».

Moisés se dio la vuelta, fue y miró, y vio a Akiba desgarrado por púas de hierro. «Rey del mundo - exclamó-, ¿es éste tu salario?» ->«Calla, pues tal es mi decreto: el

malvado recibe en la tierra la recompensa a sus pocas bondades, y en la Gehenna, el castigo a sus muchas maldades; el bueno recibe en la tierra el castigo de sus pocas maldades, y en el Gan Edén, la recompensa a todas sus bondades».

No obstante, la hora había llegado en la que el Eterno iba a poner en las manos de Moisés las tablas de zafiro. Entonces Samael, el ángel de la muerte, surgió del abismo; era tan grande que harían falta siete veces quinientos años para recorrer el espacio de sus pies a su cabeza; y de la cabeza a los pies estaba cubierto de ojos que miraban fijamente. Moisés suplicó al Eterno, diciendo: «Dios mío y Dios de mis padres, haz que yo no caiga nunca en sus manos». «Calla -respondió Dios-, pues éste es mi decreto: todo hombre debe morir. Pero si los hijos de Israel observan mi Tora, Israel jamás morirá. Pues esta Tora que te doy hoy, yo mismo, el Eterno, la obedezco. Por esta misma ley que separa el Sábado de los otros días, he separado el día y la noche y los mantengo separados; por esta misma ley que separa Israel de los otros pueblos, he separado la tierra del mar y los mantengo separados, por esta misma Ley que separa el mal del bien, he separado el mundo del caos y los mantengo separados. Y mira, no soy como un rey de carne y sangre, que hace un regalo pero se reserva a sí mismo; yo te doy mi Tora, y en mi Tora, y con mi Tora me doy a ti. No soy como un rey de carne y de sangre, que manda a su siervo pero él mismo no le obedece en nada; pero si me ordenas, tú, mi profeta, en virtud de mi Ley, yo, tu Señor, en virtud de mi Ley, te obedeceré. Y ahora acuérdate de que mi Tora es mezcla de justicia y de clemencia; pues si sólo fuese clemencia, ¿cómo se evitaría que el pecado destruyese al mundo? Y si no fuese más que justicia, ¿cómo se evitaría que la justicia no destruyese al pecador? Entonces, puesto que te está permitido mirarme cara a cara, cuando mi rostro sea justicia, que el tuyo sea clemencia».

Y al recibir Moisés en sus manos las tablas de zafiro, el Esplendor de la Tora iluminó su rostro y este Esplendor no se retiró ya de su rostro. Y él bendijo la Tora diciendo: «Alabado seas tú, Eterno, nuestro Dios, que escogiste tu Ley y escogiste a tu pueblo, y que bendices a tu pueblo cuando escoge tu Ley».

Pero otros ángeles habían surgido en torno a Samael: Af, el ángel del enojo, Hemah, el de la cólera, Dumah y Mavet, Raguel, Sariel y Jerahmeel; con ellos los Arelim, los Malakin, los Hassmallin, los Tarsisim, los Smannim y los Ofmim gritaban: «Rey del Mundo, Rey del Mundo, ¿vas a confiar al polvo y a la nada la Tora nacida antes que los mares y las colinas; la Tora, tu Sabiduría, tu tesoro, tu inmensidad?» «Respóndeles», dijo el Eterno a Moisés. «¡Van a quemarse con el aliento de sus bocas!» «Agarra el Trono de mi gloria y respóndeles».

Entonces habló Moisés: «¿Qué dice esta Tora que Dios quiere darme:

Yo soy el Eterno tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de esclavitud; ¿Habéis ido a Egipto, ángeles del cielo, habéis servido al Faraón? No tendrás otro Dios; ¿Vivís entre idólatras, os hace falta romper vuestros ídolos? *Acuérdate del Sábado para santificarlo*; ¿cuál es vuestro trabajo que exija un descanso?

Honrarás a tu padre y a tu madre; ¿dónde están vuestros padres o vuestras madres a las que tengáis que honrar? No matarás, no codiciarás, no cometerás estupro; ¿conocéis la codicia, el asesinato, la lujuria? La Tora del cielo es para la tierra ¡Que baje a la tierra!»

Mas todos los ángeles se apretaban, en multitud de llamas, alrededor de Moisés y querían aniquilarlo. Entonces Dios lanzó sobre los hombros del profeta el manto de su Gloria invisible y le dijo: «Baja»; y Moisés bajó, llevando en sus brazos las tablas de la Tora y, en su rostro, el esplendor de la Tora.

En esta misma hora -según Rabí Joachanan ben Leví- Satán fue ante el Eterno y le preguntó: «Rey del Mundo, ¿dónde está la Tora?» «La he dado a la tierra». Satán se fue a la Tierra y le preguntó: «¿Dónde está la Tora?» La Tierra respondió: «Dios sabe su camino, sólo Él conoce su lugar». Se fue al mar que le gritó: «No esta conmigo»; al abismo que le gritó: «No está en mí»; fue a la peste y a la Muerte que le gritaron: «Hemos oído hablar de ella, pero ignoramos dónde está». Satán volvió a Dios, diciendo: «Rey del mundo, he buscado la Tora por toda la tierra y no la he encontrado». «Ve a donde el hijo de Amram».

Satán fue hacia Moisés, quien bajaba de la montaña, y le preguntó: «¿Dónde está la Tora que te ha dado el Eterno?» Entonces Moisés, que había escondido la Tora bajo el manto de la Gloria invisible, respondió: «¿Quién soy yo para que el Eterno me haya dado la Tora?»

Entonces, Dios, reprendió al profeta diciéndole: «¿Cómo, hijo mío?, ¿has mentido?» Pero Moisés respondió ante el rostro de Dios: «Rey del mundo, tú tenías un tesoro escondido que era tu alegría cada día y ¿voy a jactarme yo de poseerlo?» Y Dios dijo a su siervo: «Puesto que te sientes pequeño ante mi Tora, he aquí que, ella, será llamada por tu nombre». Y así está escrito: *Acuérdate de la Tora de Moisés, mi siervo.*

13. EL BECERRO DE ORO

Hacía cuarenta días que esperaba Josué, hijo de Nun, a Moisés en la pendiente de la montaña. Cuando llegó el profeta, he aquí que ambos oyeron un rumor que subía: «Oigo un tumulto de combate», dijo Josué. «Hombre de batalla-respondió Moisés-, no son gritos de vencedores ni de vencidos, sino gritos lanzados hacia un ídolo». Entonces Josué, con su paso más joven, adelantó al profeta y corrió al campo de los Hebreos.

Y la palabra del Eterno retumbaba en el espacio: «Baja, Moisés, tu pueblo me ha repudiado». «¿Por qué lo llamas Mi pueblo? ¿No era tu pueblo? Cuando tú me ordenabas: 'Ve, haz salir de Egipto a mi pueblo Israel' yo te decía entonces: 'Está manchado por el pecado' y tú me respondías: 'Yo quitaré su pecado'. Pero ahora, como tu ira se enciende contra Tus hijos, ¿los llamas Mis hijos?» «Son mis hijos cuando me obedecen, cuando no me obedecen ya no son mis hijos.» «¿Dónde los ha educado para que permanezcan puros? Los has hecho crecer en el país de los adoradores de imágenes talladas y ¿quieres que te adoren? –¿Acaso no les salvé de Egipto? ¿No he abierto el mar para liberarlos?»- «¿Cuánto hace de esto? Ayer eran esclavos y ¿quieres que hoy sean hombres?»

¿A qué se puede comparar esto? -pregunta Rabí Huna. A aquel Sabio que había abierto para su hijo una tienda de perfumes en la calle de las prostitutas. Una tarde, habiéndolo sorprendido con una cortesana, quiso molerlo a palos; pero un amigo detuvo su brazo, diciendo: «Has despreciado para tu hijo todos los oficios de la ciudad y todas las calles de la ciudad; has hecho de él un comerciante en la calle de las cortesanas y ¿no iba él a frecuentarlas?» De igual modo dijo Moisés a Dios: «Has despreciado para Israel todas las dignidades de la tierra y todos los países de la tierra; has hecho de él un esclavo en el país de idólatras; ¿cómo quieres que no sea idólatra?»

¿A qué puede compararse esto? -pregunta Rabí Simeón ben Jehozadak. A aquel rey que había comprado un campo y ordenado a su hortelano que plantase allí una viña. El hortelano labró el campo y plantó la viña; la viña creció y dio vino; pero aquel vino era agrio. «¿Para qué sirve esta viña? Arráncala», ordenó el rey. «¿Por qué? -preguntó el hortelano. ¿Por qué su vino no es dulce? Es muy tierna aún, permite que yo la trabaje y su vino será dulce». De igual modo dijo Moisés al Eterno: «Israel sale apenas de la esclavitud y de la idolatría: su alma es aún salvaje; déjame que la instruya, y se suavizará. Mira a tus Hebreos, Señor, ¿acaso no están ya menos lejos de tu Esplendor?» «Pero luego te han apedreado». «Cuando atravesaron el mar a pie seco, ¿no te cantaron un cántico?» «Pero después blasfemaron contra mí». «Yen el Sinaí, ¿no fueron ellos acaso los únicos en aceptar tu Tora que había sido rechazada por todos los pueblos?» «Pero después la han transgredido. Todas las veces he perdonado; estoy harto de perdonar. Yo he dicho: '¡Que muera el idólatra!' ¡Por mi vida que morirá!»

Cuando Moisés entró al campamento de los Hebreos, vio al ídolo en pie. Era un becerro de oro. Delante del becerro de oro, un altar de oro; cerca del altar, Aarón. Y los Hebreos bailaban y cantaban: «¡ Este es nuestro dios, el dios de Egipto que volverá a llevarnos a Egipto!» Y bailando y cantando, ofrecían en el altar a ese dios el maná de Dios.

Entonces, tomando un martillo, el profeta rompió el ídolo con su brazo inmenso y sobre el polvo de la arena hizo del ídolo un montón de polvo de oro. Después, levantando el martillo contra Aarón, su hermano, gritó: «¿Cómo has permitido esto?» «Tú no volvías, Moisés, hermano mío -repuso Aarón- y Satán rondaba en torno a los Hebreos diciendo: 'No volverá'. Un día los Hebreos fueron al encuentro de Eleazar e Itamar, mis hijos, y de Phinehas y Caleb gritando: 'Moisés no volverá, ya no tenemos Dios; haznos un dios'. Mis hijos no quisieron, tampoco Caleb y Phinehas. Entonces Satán hizo flotar entre la tierra y los cielos tu imagen en la imagen de un sarcófago; y ellos fueron en busca de los Ancianos, gritando: 'Moisés ha muerto; ya no tenemos Dios; hacednos un dios'. Y como los ancianos no querían, dijeron: 'Hagamos nosotros mismos un dios que se pueda oír y ver sin morir, un dios de Egipto que nos lleve de regreso a Egipto'. Y como Jur, el hijo de Miriam, nuestra hermana, quería impedirselo, destrozaron su cuerpo y su alma. Entonces yo les dije: 'Yo os haré un dios'. Yo pensaba en mi corazón: 'Comenzaré a hacer el dios y, antes que el dios esté terminado, Moisés regresará trayendo al Dios verdadero'. Entonces les dije: 'Pedid a vuestras mujeres sus joyas para hacer con ellas un dios'. Yo pensaba en mi corazón: 'Las mujeres no querrán dárselas'. Se negaron, en efecto, pues las mujeres de Israel aprecian sus joyas y temen al Eterno; y como se negaron, serán bendecidas entre todas las mujeres. Pero los hombres trajeron sus propios anillos de las narices, gritando ' ¡Te mataremos como a Jur, si no nos haces el dios!' ¿Era necesario dejar que se mancharan con el homicidio, además de la idolatría? ¿Habría vivido menos el dios, si yo hubiera perecido? Y, puesto que el pecado tenía que cometerse, ¿no valía más que recayera sobre mí que sobre ellos? Tú no volvías, yo terminé el dios».

Mientras hablaba, el martillo escapó de la mano derecha del profeta y cayó por tierra; pero de las dos tablas de zafiro que el profeta sostenía en su brazo izquierdo, contra su corazón, salía la palabra del Eterno gritando sin cesar: «Yo he dicho: *Que muera el idólatra*. Por mi vida que morirá». -«¿Dónde lo has dicho?, replicó Moisés. -«En tu Tora.» -«Y tu Tora, ¿a quien se la has dado? ¿A ellos o a mí?» -«En la montaña les había ordenado: *No adorarás a ningún otro Dios*, y al pie de la montaña ellos habían jurado: *Todo lo que Dios ordene, nosotros lo haremos y lo escucharemos*». -«Pero el castigo, la muerte del idólatra, escrita por tu mano en tu Tora, ¿lo sabían? Tu salvaste a Caín porque había matado ignorando el castigo del homicida, ¿y vas a castigarlos por una ley que ignoran?»

«¡Borraré de mi recuerdo a este pueblo indigno del Eterno! Y de ti solo, haré surgir a mi pueblo». «Bórrame a mí de tu Tora, Rey del mundo; o mejor, que yo mismo borre del mundo tu Tora, Rey del mundo. Sólo yo la conocía: sólo yo habré pecado si yo solo la rompo».

Y blandía por encima de su cabeza las dos tablas de zafiro para lanzarla a sus pies. En vano Aarón, Caleb y Josué, Eleazar, Itamar y los Ancianos trataban de arrebatárselas, sus dos brazos gigantes sobrepasaban a sus brazos. Y como ya la Tora huía de sus palmas abiertas, he aquí que de pronto, los caracteres grabados en el zafiro por los dedos eternos, igual que miríadas de pájaros que escapaban de una inmensa jaula, volaron al cielo, y de improviso, las dos tablas del cielo, tomaron el peso de la tierra y, abandonadas por el cielo, se precipitaron a la tierra.

«¿A qué se puede comparar esto?» pregunta Rabí Samuel bar Nachman. «A aquel enviado que un rey había mandado en su nombre para casarse con su esposa. Cuando el enviado vino a pedirla encontró que había manchado su carne con otro. ¿Qué hizo? Destruyó el contrato de matrimonio, diciendo: 'Más vale para ella que sea juzgada como doncella que como esposa'». Moisés de igual modo, pensó: «Mas vale para la comunidad de Israel, puesto que la Tora la condena, no estar unida a Dios por la Tora». Y rompió la Tora.

Desde el momento en que la hizo pedazos, el orden en el mundo se rompió. Las estrellas, la luna, el sol, que cada noche y cada día iban a pedir permiso al Señor para iluminar el universo, buscaban por todas partes al Eterno y no lo encontraban; y mientras gritaban postrados ante las Bestias desatadas del carro celeste: «¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Dios?», el océano, abandonando sus límites divinos, lanzó sobre la tierra un nuevo diluvio. Moisés entonces preguntó a las aguas: «Olas del abismo, ¿qué venís a hacer sobre la arena seca?» «Nada nos retiene ya en el abismo -respondieron las aguas-; el mundo subsistía únicamente por la Tora; y tú, a favor de los pecadores has roto la Tora». «Todos aquellos que han pecado los abandono a ti -repuso el profeta-; pero ¡que Israel subsista y que el mundo subsista!» Y obligó a todos los Hebreos a beber el polvo de oro del ídolo mezclado con el agua de los mares. Los que habían adorado al ídolo, tres mil, perecieron; y el océano se retiró.

Y anotan nuestros doctores que la prueba del polvo mezclado con el agua fue, según la Tora de Israel, la prueba de la mujer adúltera. Por eso, pasó por ella toda la comunidad de Israel, aquel día de su primer adulterio.

Mas la ira del Eterno no se había calmado; envió una peste que devoró al campamento. Una voz gemía desde el Sinaí: «¡Llorad, llorad sobre la Tora!» Y en cada roca del Sinaí se arrodillaba Moisés, llorando al Señor: «Acuérdate de Mará, Rey del Mundo; allí convertiste la amargura en dulzura; ¡No vuelvas más amarga la amargura de hoy! He destruido el ídolo y los idólatras: ¿es necesario que por tres mil pecadores perezca todo un pueblo?» Dios le respondió: «Los que a tu llegada aún no habían adorado al becerro de oro, iban a hacerlo cuando llegaste. Desde el instante en que los dejaste para subir a la montaña, desde el instante mismo en que me habían jurado: *No adoraremos a otro Dios*, en su corazón ya lo adoraban». «Señor, yo no te pido más que los que Abraham te pedía en los días de Sodoma: si se hallan diez justos entre ellos, que todos sean perdonados a favor de estos diez justos». «¿Dónde encuentras a estos diez?» «Caleb, Josué, Phinehas, Itamar, Eleazar, Aarón y yo mismo». «Estás contando sólo siete» «¿Existe la resurrección de los muertos, Rey del Mundo?» «Pero, hijo mío,

¿no te he mostrado en el Gan Edén que los muertos resucitan?» -«Entonces añade a estos siete, tres muertos resucitados: si todos esos pecadores han merecido el destierro, acuérdate de Jacob, que por ti se desterró en casa de Labán; si han merecido el hierro, acuérdate de Isaac, que por ti se puso bajo el cuchillo de Abraham; si han merecido el fuego, acuérdate de Abraham, que por ti se metió en el horno de Nemrod. Sino, ¿qué dirán estos patriarcas cuando resuciten? ¿No les habías prometido que conducirías tú mismo a sus descendientes a la Tierra Prometida? ¿Es que ha habido mil generaciones de la suya a la mía? ¿Y no habías prometido hasta la milésima generación los favores de tu gracia a las generaciones de tus siervos? ¡Destruye pues los cielos y la tierra si no mantienes tu palabra, Rey del Mundo, puesto que por tu palabra se mantienen la tierra y los cielos!»

El corazón del eterno se conmovió con estas palabras y dijo a Moisés: «Detendré la peste; daré a Israel un ángel para que le guíe». «Toda nación tiene un ángel que la guía, Señor, pero sólo la nación que el Eterno guía no muere. ¿Deberá pues morir Israel como las demás naciones?» «¿No había yo jurado: *El idólatra morirá?* ¿Y no es Israel idólatra como cualquier otra nación?

«¡No, no, Rey del Mundo: que Israel sea tu pueblo, y que su Dios le guíe; y que vaya con su Dios a donde su Dios le conduzca!»

El Eterno ya no respondió. Entonces Moisés, sintió que el Santo, bendito sea, deseaba perdonar, tomó su tienda y fue a plantarla en el desierto, a mil leguas del campo de los Hebreos, diciendo: «A los que son abandonados por su señor, los abandona también el siervo».

Todos los días Aarón, sus hijos, los Ancianos y todos los de Leví y todos los de Israel iban a buscarlo a su tienda con palabras de súplica: «Vuelve a nosotros, Moisés; ¡devuélvenos nuestra Tora; devuélvenos a nuestro Dios!» Y el Eterno mismo decía a su profeta: «Vuelve a ellos. ¿Qué será de ellos sin mí, si también se encuentran sin ti?»

«Yo te había ordenado: 'Cuando mi rostro sea justicia, que el tuyo sea clemencia'» «¿Por qué yo -repuso Moisés- que no soy más que un hombre, he de ser más piadoso que tú, que eres Dios? ¿Tengo yo, acaso, más parte en su culpa que Dios? Cuando la vasija se escapa; ¿se acusa a la vasija o más bien al alfarero?»

«El mal instinto los ha pervertido; ¿quién lo ha puesto en ellos? ¿Ellos mismos o tú Señor?»

«Moisés, hijo mío, te han sido abiertas cuarenta y nueve puertas del conocimiento; la quincuagésima esta cerrada para ti, ¿no te lo había dicho? Por qué Dios puso en ellos el instinto malvado no debes saberlo aún». «Pero tú, Señor, ¿no sabías ya desde antes su falta? Cuando me diste la Tora, tu rostro estaba triste; tú ya veías cómo transgredían la Tora; ¿podían pues no haberla trasgredido?» -«El hombre no puede saber cómo es posible que Dios pueda prever todo y que el hombre siempre

continúe siendo libre». ^«Entonces, ¿cómo puede saber si peca o no peca? Tus Hebreos, en los días del Sinaí, ¿acaso no vieron de lejos, atada a las ruedas de tu carruaje celeste, al lado de la imagen del águila, del león y del hombre, la imagen del becerro? Y, adorando esta imagen de una parte de íu potencia, ¿no era siempre a Ti, Señor, a quien ellos creían adorar?

Puesto que tú estás en todas partes, puesto, que tú lo puedes todo, para que ios hombres puedan comprenderte, comparte, pues, con el ídolo, el universo; que el ídolo encienda el sol y tú la luna; que él sople la tempestad y tú el céfiro; que él siembre cizaña y tú el trigo; que él multiplique la carne y tú el espíritu».

- «Moisés, hijo mío: ¿ahora tú también te pones a blasfemar? Sabes bien que el ídolo no es nada». - «Si no es nada, Señor, ¿por qué irritarte contra él? Y ¿por qué, si tus hijos no han adorado nada, te irritas contra ellos?»

Al oír estas palabras, el rostro de Dios sonrió; y cuando Moisés vio esta sonrisa, comprendió que Dios había perdonado. Pero el Eterno le dijo: «Yo he jurado: *El idólatra morirá*'; no puedo renegar de mi juramento. He hecho voto de no conducir ya más a Israel, no puedo renegar de mi voto». Entonces, según Rabí Berchja, Moisés replicó: «Rey del Mundo, ¿no me habías dicho tú mismo que tú obedeces a tu Tora, porque es necesario que el que manda en nombre de la Ley se someta, el primero, a la Ley? Pues bien, ¿no has ordenado tú en tu ley: Si un hombre hace un voto conjuramento solemne, debe cumplir todo lo que su boca ha proferido; pero un sabio puede desligarlo de su voto?» Y Dios le respondió: «Sé pues ese sabio, hijo mío, y deslígame de mi voto».

Por esto -según nuestros rabinos- está escrito: *Moisés estaba sentado en la montaña*; porque ¿cómo hubiese podido Moisés sentarse delante de Dios sino para desligarlo de su voto? Estaba, pues, sentado, envuelto en su manto y, de pie ante él, Dios le dijo: «He jurado no guiar más a Israel, he jurado dar muerte a Israel; yo me arrepiento de mi juramento, yo me arrepiento de mi voto». Y Moisés, bendiciendo al Eterno, le respondió: «Ya no existe juramento, ya no existe voto». Por esto -según nuestros Rabinos- está escrito: *Moisés, hombre de Dios*; porque Moisés fue el hombre de Dios ya que desligó a Dios de su voto.

Y cuando el profeta vio que el Señor había perdonado, se arrepintió de haber roto la Tora. Pero el Eterno le dijo: «Consuélate, yo te devolveré la Tora». Y como un rey que volviendo a tomar a la esposa que había repudiado, escribe de nuevo el contrato rasgado, Él rescribió para Moisés la Tora entera. Pero la primera Tora había sido escrita en la morada de Dios mismo, sobre el zafiro del cielo; la segunda sólo fue escrita donde el hombre, sobre el granito de la tierra. Por eso dicen aún nuestros Sabios: «La Tora habla el lenguaje del hombre; ya no está en el cielo, está en la tierra».

Durante cuarenta días, en ayuno, oración y penitencia, los hijos de Israel habían esperado el perdón del Eterno; y el día en que la Tora, en señal de perdón, les fue entregada por el Eterno, fue el día diez del mes de Tisri. Y Dios ordenó a Moisés: «Que este día sea un día de perdón, para vosotros y vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos, en generaciones de generaciones». Y ese es, cada año de este mundo, para todos

los de Israel, el día del perdón; día sobre el que reposa el mundo y que subsistirá incluso en el otro mundo, cuando serán borrados todos los días del mundo.

Así fue como las Tablas de granito substituyeron a las Tablas de zafiro, y el perdón del Eterno al pecado del becerro de oro. Mas si los hijos de Israel no hubiesen adorado en el desierto al becerro de oro, habrían estudiado la Tora de zafiro en el país de sus padres hasta el fin de los días; y pues adoraron en el desierto al becerro de oro, estudiarán la Tora de granito en el luto y en el exilio hasta el fin de los días; porque dicen nuestro Doctores, todo pecado de Israel es un resto del pecado del becerro de oro, y, en toda generación de Israel, permanece una onza del oro del becerro de oro.

14. LA GLORIA DEL TABERNÁCULO

Está escrito: *Yo habitaré en medio de ellos*. Nuestros Maestros cuentan a este propósito que los Hebreos, después de que Dios les hubo perdonado la adoración del becerro de oro, no podían creer en su perdón. Los ángeles les habían quitado los ceñidores de gloria y las coronas de gloria que habían recibido bajo la palabra del Eterno; y ellos, que no hacía mucho contemplaban cara a cara el Esplendor del Señor, ya ni siquiera podían, aun bajando la mirada, soportar el reflejo que brillaba, sin que Moisés lo supiera, en el rostro de Moisés.

Entonces el profeta dijo al Santo, bendito sea: «Rey del mundo, yo sé que tú les has perdonado; pero ellos no lo saben, y el mundo no lo sabe». «Tan cierto como que tú vives -respondió el Eterno- ellos lo sabrán y el mundo lo sabrá; pues para mostrarlo a todos, yo habitaré en medio de ellos. Hazme, pues, en medio de los hijos de Israel, un santuario: allí me ofrecerán sus sacrificios y el rescate de sus pecados».

Ante estas palabras, Moisés tembló: «¿Cómo construirte un santuario lo suficientemente grande, Señor, para que habites en medio de nosotros? ¿Puede el mundo entero contenerte?» -«Yo le pido al hombre su medida, no la mía -respondió Dios-: seis tablas por el lado norte bastarán, y seis por el lado sur, y seis hacia occidente, y seis hacia el oriente; pues mi grandeza puede, si yo lo quiero, encerrar el infinito, y puede, si quiero, encerrarse en la nada».

«¿Y cómo, Señor, ofrecerte sacrificios? Todos los frutos de todos los vergeles, todos los animales de todos los establos, ¿bastarían para apaciguarte?» -«Yo pido al hombre según su medida, no según la mía-respondió Dios-: bastará un cordero por la mañana y un cordero por la tarde; y su carne la comeréis vosotros. Porque Dios no desea la ofrenda, sino el corazón del que desea ofrecerla». -«¿Y cómo, Señor, te pagaríamos el rescate por nuestros pecados? Tú, dueño de todas las riquezas, ¿no eres tú más pobre en riquezas que ricos nosotros en pecados?» -«Yo pido al hombre según su medida, no según la mía -respondió Dios-: la moneda más pequeña del más vil metal que los pobres guarden me satisfará si hacéis penitencia y reparáis vuestras faltas; porque no basta ser puro delante de Dios; es preciso ser puro también delante de los hombres».

Moisés reunió, pues, a la asamblea de Israel y les dijo: «Dios os ha dado su perdón; pero vosotros lo creéis lejano de vosotros; ahora, Él quiere daros su Presencia. ¿Acaso los reyes de carne y sangre no tienen palacios, donde su mesa está puesta, sus antorchas encendidas, su trono levantado? ¿Por qué el Eterno no va a tener, como ellos, su palacio en la Tierra, para atestiguar que Él es nuestro Rey y el Rey de la tierra? Ciertamente el Santo, bendito sea, no necesita tales cosas; ¿qué haría con una mesa puesta, Él, que alimenta al mundo? ¿con antorchas encendidas, Él, que ilumina el universo? ¿con un trono levantado entre nosotros, Él, que reina en todas partes? Pero,

aunque Él no tiene necesidad de estas cosas, las aceptará, en testimonio de vuestro amor. Cuando un padre tiene un hijo, lo cuida, lo alimenta, lo viste y abriga hasta que se hace adulto; y cuando el padre es viejo, es el hijo, a su vez, quien cuida y alimenta a su padre, lo viste y lo abriga. Dios hasta ahora os ha tratado como a hijos; tratadle ahora como a un padre, y, aceptando vuestros dones superfluos, os hará ver a todos, que vosotros sois sus hijos. Traedme, pues, para que le hagamos un santuario, maderas de cedro y pieles de animales, velos de púrpura y de escarlata, de carmesí y de jacinto, cobre y plata, gemas y oro, aceite y especias, incienso y bálsamo. No le ofreceréis más que lo que ya le pertenece; sin embargo, cada una de vuestras ofrendas, por cercanas que os sean, serán ante sus ojos como si las trajeseis del otro extremo del mundo. Y cuando el tabernáculo haya sido terminado, el Santo, bendito sea, que habitaba en el cielo con la Tora, en medio de los ángeles, habitará en la tierra, con la Tora, en medio de vosotros».

Ved -dicen nuestros Maestros- que extraña es la raza de los hijos de Israel, con razón comparados al polvo del suelo y las estrellas del cielo. Estos mismos hebreos, que no hace mucho amontonaban para el ídolo los anillos de las narices, amontonan ahora, para el tabernáculo, los anillos de las narices, los pendientes de las orejas, sus sortijas, sus sellos y sus collares, expiando cinco veces, por el oro del Tabernáculo, el oro del becerro de oro. En su celo, no contentos de prodigar sus propias joyas, sustraían, para ofrecerlas, las joyas de sus mujeres.

Pero sus mujeres, aún con mayor celo, venían a Moisés trayendo mirra y nardo, perfumes de todas las esencias, diamantes y perlas, piedras de diferentes orígenes, púrpura y lino, tejidos de todos los colores. Y si el profeta dudaba en aceptarlas, ellas le decían: «Si no quieres recibir de nosotras lo que tenemos de nuestros esposos, que ellos te lo den en nuestro nombre; pero aquí tienes nuestros espejos de bronce: son nuestros; acéptalos». A estas palabras, Moisés quiso echarlas gritando: «¿Profanaré las cosas de santidad con las de la concupiscencia?»

Mas Dios le dijo: «¿Acaso no sabes que yo mismo peiné los cabellos de Eva para que la primera mujer gustara más al primer hombre? En verdad, estos espejos que te traen me son mas queridos que los tesoros de los reyes, puesto que a ellos les debo mi pueblo. Cuando en Egipto mis Hebreos volvían a sus casas, después de las penas de la esclavitud, sus mujeres les hacían comer y beber; después les acercaban sus espejos y, mirándose en ellos, al lado de sus esposos, les decían con ternura: 'Mira, eres bello, y yo soy más bella que tú'. Ellos, entonces, olvidaban sus penas; y uniéndose a sus mujeres en la alegría de su carne, multiplicaban los hijos y las almas de Israel. Acepta, pues, estos espejos del deseo que el amor humano santifica, y haz con ellos la piscina de agua pura que santificará a mis sacerdotes, en mi amor».

Las riquezas del campamento se acumulaban, pues, ante Moisés. Tal fue el entusiasmo de cada uno que después de dos días el profeta tuvo que anunciar que Dios ya no quería nada más, y cuando al tercer día, los Príncipes de las tribus llegaron con sus regalos, él los rechazó: el pueblo había dado demasiado. Así -dicen nuestros Sabios-, los hijos de Israel entregaron a su Padre lo que de El habían recibido; pero El

mismo, al final de los tiempos, se lo devolverá; porque entonces serán alimentados con su gloria por toda la eternidad, y serán revestidos con su gloria, bajo el Tabernáculo de su gloria.

Ahora bien, después de que Moisés hubo recogido todos estos tesoros, preguntó al Santo, bendito sea: «¿Cómo haré tu Santuario?» El Santo le respondió: «¿No te lo he mostrado en el cielo? Todo aquello que es en lo Alto, debe ser abajo. Hazme la Morada de abajo semejante a la de lo Alto». -«¿Soy yo acaso Dios para hacerla?» -«Aquí tienes el Libro de las Generaciones de Adán; allí están escritos los destinos de cada mortal, desde el nacimiento de los vivos hasta la resurrección de los muertos. Allí encontrarás el nombre del aquel que he llamado por su nombre para construir mi Santuario.

Moisés leyó y encontró el nombre: era Besalel, el hijo de Jur. Jur fue aquel a quien los Hebreos habían matado en el momento en que trataba de impedirles hacer el ídolo; y puesto que Jur había muerto para que el ídolo no fuese hecho, Dios había escogido a Besalel, su hijo, para hacer el tabernáculo; -y a Salomón, el hijo de sus hijos, para hacer el Templo. Besalel, al igual que Salomón más tarde, tenía el espíritu de sabiduría y de inteligencia; su nombre significaba: «a la sombra de Dios» Por eso está escrito: *es más precioso un bello nombre que el aceite perfumado*; porque - dicen nuestros Rabinos - ¿hasta dónde llega el perfume del aceite? De la habitación donde se duerme hasta la habitación donde se come; pero un bello nombre va de un extremo a otro del mundo.

Cuando Moisés hubo escogido, según la elección del Eterno, el nombre de Besalel, Dios le preguntó: «¿Te parece bien Besalel para esta tarea?» -«Me parece bien, Rey del mundo, puesto que a ti te parece bien». «Ve, sin embargo -replicó el Eterno- y pregunta a los hijos de Israel si les agrada». El profeta los interrogó; ellos respondieron: «Nos agrada, si a Dios le agrada y si a ti te agrada». Pero al lado de Besalel, nacido de Judá, Dios y Moisés pusieron a Oholiab, nacido de Dan; pues -dijo Rabí Chanina ben Passi-: «Nada es más grande que Judá y nada es más pequeño que Dan». Aunque a los ojos del Eterno nadie es pequeño ni grande.

Moisés ordenó, pues, a Besalel que hiciera el Tabernáculo. Pero Besalel le preguntó: «Moisés, Maestro nuestro, ¿para qué el Tabernáculo?» «Para recibir en él la Tora». «Pero ¿dónde pondremos la Tora?» -«Cuando hayas hecho el tabernáculo, harás el arca para la Tora». -«¿Es digno que la Tora espere a la intemperie hasta que se haga el Tabernáculo? Hagamos primero el arca para la Tora; a continuación haremos el Tabernáculo». «Tienes razón -repuso el profeta- eres digno de tu nombre; porque por tu sabiduría, habitas a la sombra de Dios».

Besalel empezó, pues, por el arca para la Tora, que es luz, siguiendo así el ejemplo de Dios, que creó la luz antes que nada en la creación. Ahora bien, era necesario que esta arca fuese bella: pues esto se asemeja -dice Rabí Juda bar Ilai- a aquel rey que, al tener una hija de gran belleza, ordenó: «Haced para mi hija un bello trono, para que en su trono se pueda ver su hermosura». De igual manera, el Señor ordenó a Moisés: «Haced para la Tora, mi hija, una hermosa arca, para que en su arca pueda contemplarse su belleza».

En cuanto a los cofres del arca, Rabí Chanina y Resch Lakisch no estaban de acuerdo. Según Rabí Chanina el arca estaba compuesta de tres cofres; uno de oro en el cual Besalel puso un cofre de cedro, dentro del cual puso otro cofre de oro. Según Resch Lakisch, se componía de un solo cofre de cedro que Besalel revistió de oro por dentro y por fuera. Después, sobre el arca, colocó los Querubines de oro, cada uno de los cuales medía un palmo y tenía dos alas, cada una de diez palmos, correspondiendo así, todo, a las veintidós letras del alfabeto divino que sirvió para escribir la Tora, y por medio de ella, para crear la tierra y los cielos.

Fue, pues, entre estos querubines, colocados encima del arca, desde donde la Presencia de Dios habló en adelante a Moisés; porque como no fuera para Moisés, la Presencia de Dios jamás ha descendido hasta la misma tierra, de igual modo que para Dios, ningún hombre, fuera de Moisés, ha subido jamás hasta lo alto de los cielos. Y los Querubines eran en número de dos, uno para Elohim que es Justicia, el otro para Adonai que es Clemencia, pues la Justicia y la Clemencia son los dos rostros del Señor. Y estos dos rostros estaban vueltos el uno contra el otro; pero cuando Israel se unía en el amor y en la paz, los rostros se volvían y se miraban, uniéndose en un beso sus miradas y sus bocas, porque como está escrito en el santo Zohar, la unión en el hombre hace la unión en Dios.

En el Santuario de lo Alto, Moisés había visto ante el Trono de Esplendor una mesa y un candelabro. De la mesa se acordaba y pudo describirla con palabras a Besalel, que hizo una parecida, en madera de cedro recubierta de oro y rodeada de un borde de oro; y en esta mesa, que evocaba el banquete de los Justos en el Gan Edén, había doce panes, que recordaban los doce meses del año alimentados por el sol, y las doce tribus de Israel, alimentadas por el Eterno.

Pero Moisés no podía acordarse del candelabro para describirlo con palabras. Volvió a Dios, quien se lo mostró, hecho de fuego blanco, de fuego rojo, de fuego verde y de fuego negro. En cuanto había vuelto a bajar, ya se lo había vuelto a olvidar; dos veces más volvió a Dios; dos veces más se olvidó. Entonces le dijo Dios: «Ordena a Besalel que haga el candelabro; él lo hará». De pronto, sin palabra alguna, Besalel lo hizo con sus lirios de oro y sus granadas de oro, y sus siete brazos de oro, cada uno de los cuales debía encender una llama, recordando los siete días que su curso ilumina en la semana, y los siete astros cuyo curso ilumina en el cielo. Al terminar el candelabro, Moisés dijo a Besalel: «Yo lo había visto tres veces, y tres veces lo olvidé; ¡tú, sin haberlo visto, te has acordado! ¡Gloria, Besalel, a tu arte, sombra del Eterno que para el Eterno crea la sombra de su luz!»

Después, ordenó a Besalel que hiciera dos altares semejantes a los que había visto en el Santuario de lo Alto; uno para el sacrificio de animales, recordando el cuerpo del hombre; el otro para la ofrenda de los perfumes, recordando el alma del hombre. El altar para los animales era de bronce, el altar para los perfumes era de oro, pues más preciosa es el alma que el cuerpo; pero ambos sirvieron cada día, pues el hombre debe servir a Dios cada día, con toda su alma y con todo su cuerpo.

Terminados estos trabajos, Besalel y Oholiab, con sus sabios obreros, empezaron el Tabernáculo. Pero de todas las pieles de animales, solo la piel de Tahas, que mide treinta codos de longitud, era digna de los cortinajes del Tabernáculo; y de todas las especies de cedro, sólo el cedro de Sittim, que descuella entre los cedros, era digno de las vigas del Tabernáculo. Cuando fueron traídos los cedros de Sittim para las vigas del Tabernáculo, estos cedros se pusieron a cantar; y cuando fueron traídas las pieles de Tahas para los cortinajes del Tabernáculo, el Tahas desapareció del mundo. Besalel y Oholiab labraron las vigas y las colocaron; después, confeccionaron los cortinajes y los colocaron.

El Tabernáculo tenía setenta codos en recuerdo de las setenta naciones de la tierra y setenta cortinajes en recuerdo de los setenta nombres de Israel y contenía setenta naves, en recuerdo de los setenta nombres del Eterno, pues debía unir las naciones a Israel e Israel al Eterno.

La obra completa del Tabernáculo creada por el arte de Besalel fue, pues, semejante a la obra completa de los seis días, creada por el Creador: la piedra doble de la Tora, puesta en el arca, reproducía la tierra y el cielo puestos el primer día en la inmensidad; el velo de jacinto separaba el Santo del Santo de los Santos, como el firmamento separó las aguas de lo Alto de las aguas de abajo el segundo día; en la mesa de oro estaba el trigo puro, como en los campos brotaban las plantas en el tercer día; el candelabro de oro encendió sus llamas, como las luminarias sus llamas en el cuarto día; los querubines con sus alas volaron, como los pájaros en el quinto día; y semejante al hombre creado en el Edén a imagen de Dios, el sexto día, el sacerdote en el Santuario iba a purificar la imagen del hombre ante la presencia de Dios hasta el fin de los días. Por eso nuestros Sabios han dicho que antes del Tabernáculo el mundo vacilaba aún y que la creación del tabernáculo debía consolidar la creación.

Pero el trabajo de Besalel, de Oholiab y de sus sabios obreros no estaba aún terminado y los hijos de Israel volvían a murmurar de nuevo contra el Profeta. Cuando se levantaba pronto -según lo que cuanta rabi Chija- los hebreos decían detrás de él: «¡Ved al hijo de Amram, que se levanta temprano para proveerse de maná antes que nosotros y llevarse los mejores granos!»

Cuando se levantaba tarde, los Hebreos decían delante de él: «Ved al hijo de Amram, que se levanta tarde. Anoche comió demasiado maná; y no han podido despertarlo ni su mujer ni el sol».

Cuando se paseaba, modesto entre la multitud, los Hebreos se le acercaban diciendo: «Ved al hijo de Amram, cómo se pasea en medio de nosotros para que le saludemos». Cuando con modestia se mantenía apartado los Hebreos le señalaban de lejos diciendo: «Ved al hijo de Amram, cómo se mantiene alejado de nosotros para hacernos sentir que es más grande que nosotros». Y según cuenta Rabí Chama, Datan y los calumniadores iban por todas partes repitiendo: «Vosotros le habéis dado cobre, plata gemas, oro. ¿Habéis llevado la cuenta? Este soñador no era rico antes de

tabernáculo; ¡Después, ya no más será pobre!» Y todos gritaban: «¡Qué rinda cuentas, que rinda cuentas!»

Moisés, los reunió y dio cuenta de lo que había recibido y gastado Pero Coré, el antiguo tesorero del Faraón, que calculaba más rápido que los otros, se levantó y gritó: «¡Faltan setecientos setenta y cinco siclos!» Er efecto, la cantidad faltaba. Y ya todos lo acusaban dando alaridos cuando a la vista de todos, los clavos que Oholiab y Besalel clavaban en los aleros del tabernáculo, se pusieron a brillar como otras estrellas más; eran los setecientos setenta y cinco siclos que el profeta no había contado. Coré tuvo que callarse y la multitud inclinarse.

Pero cuando en el mes de Kislev terminó el trabajo de Oholiab, de Besalel y de sus sabios obreros, volvieron las murmuraciones. No bastaba haber ensamblado el Tabernáculo, ahora tenía que ser levantado. Ahora bien, Dios no quería hacer bajar su Presencia sino hasta el día del aniversario del nacimiento de Isaac, a quien Abraham había ofrecido al Eterno sobre Ja roca de *Moría*, *primer altar de Israel*.

Los del pueblo, ignorando esto, fueron a buscar a los sabios obreros que había ayudado a Oholiab y Besalel, y les dijeron: «¿Por qué estáis sin hacer nada, perezosos? ¡Levantad el Tabernáculo; que Dios baje a él!» Pero los obreros no pudieron levantarlo. Los del pueblo fueron a buscar enseguida a Besalel y Ohiliab, y les dijeron: «Sois perezosos; ¿por qué estáis sin hacer nada? ¡Levantad el Tabernáculo; que Dios baje a él!» Pero ni Oholiab ni Besalel pudieron levantarlo.

Entonces los hebreos fueron hacia Moisés gritando: «Tú nos has ordenado traerte madera de cedro y pieles de animales, velos de púrpura y escarlata, de carmesí y de jacinto; cobre y plata, gemas y oro, aceite y especias, incienso y bálsamo: ¿Te hemos negado algo? ¿Para qué entonces el tabernáculo si los que lo han hecho no lo pueden levantar? Tú nos dijiste: 'Dios bajará entre vosotros'. ¿Acaso mentías? ¿Dios no te lo ha había dicho? Entonces, ¿para quién nos has recibido todo? ¿para Él o para ti?»

Y Moisés imploró al Señor: «¿Qué debo responderles Rey del Mundo? ¿Por qué no quieres que sea levantado el Tabernáculo?» Y el Eterno le respondió: «Moisés, hijo mío, he leído en tu corazón que te afliges por no haber tenido parte alguna en la edificación de mi Santuario; los hijos de Israel han suministrado los trece materiales; Oholiab y Besalel los han montado; pero yo he querido mostrar a todos que la ofrenda de todos y el trabajo de todos, sin ti no sería nada. Ahora ve: levanta el tabernáculo». «¿Cómo podría Señor?» «Ve; tú lo harás».

Y sucedió que apenas hubo Moisés tocado el Tabernáculo que yacía, inmenso, sobre el suelo, el Tabernáculo se levantó por sí mismo; y cuando, semejante al mundo con su firmamento, sus montañas, sus valles y sus océanos, se puso totalmente en pie, el altar del cuerpo, y el altar del alma, y la mesa de los panes, y la piscina de agua, y el candelabro de los astros, ellos solos, por sí mismos, vinieron a colocarse ante el Trono de la Tora. Y todos los Hebreos gritaron: «¡Bendito sea el Eterno que bendice a Moisés!»

15. EL DÍA DE LAS DIEZ CORONAS

El Tabernáculo estaba levantado, pero el Esplendor de Dios no lo habitaba aún; ved, pues, cuan modesto era Moisés: al igual que no se había acercado a la zarza antes de que el Eterno lo llamara, de igual modo no se atrevió a entrar en el Tabernáculo antes de haber recibido una señal del Eterno. Reflexionaba en su corazón: «¿Será a otro ó a mí a quien Él escogerá para ser su Sumo Sacerdote?»

Entonces Abiram, el burlón, volvió a sus burlas diciendo: «El Tabernáculo está levantado; pero ¿dónde está Dios? Nos habían prometido su Presencia; ¿la veis? Yo no la veo». Y Moisés respondió: «Para que baje entre vosotros el Santo, bendito sea, es necesario que uno que sea puro os purifique».

Y como se preguntase: «¿Quién será aquel?» el Eterno le ordenó: «¡Cuenta a tus hebreos de veinte años edad y mayores de veinte años; y que cada uno te traiga medio siclo para el rescate de su alma; pero no cuentes a los hijos de Leví entre los hijos de Israel, y a José lo contarás por dos tribus con los nombres de sus hijos: Efraím y Manases!» -«¿Para qué contar a los hebreos, Rey del Mundo? -replicó Moisés-; tienes setenta naciones en el mundo y no me mandas que cuente a cada una». -«Todas son mis naciones -respondió el Eterno-, pero Israel es mi rebaño; y como un pastor al que el lobo ha devorado algunas ovejas, quiero saber lo que me queda».

Cada uno, pues, trajo medio siclo para las necesidades del Tabernáculo; y Moisés los contó. Así supo que eran seiscientos mil, menos tres mil; ya que los hebreos eran seiscientos tres mil cuando salieron de Egipto; y tres mil habían muerto por el pecado del becerro de oro, tres mil por la peste, después del pecado del becerro de oro. Así serán contados al final de los tiempos los hijos de Israel; pero ningún mortal sabrá el total, pues todas sus almas serán rescatadas entonces; y sólo Dios podrá contarlas, tal como está escrito: *Serán más numerosos que la arena de los mares y que las estrellas del cielo.*

Pero cuando los hebreos fueron contados, Abiram, el burlón, se volvió a burlar diciendo: «¡Ahora somos seiscientos mil menos tres mil los que no verán a Dios!» Entonces el Eterno ordenó a Moisés: «Separa a los leprosos de entre los hebreos». Ya que, después de que el Señor hubiera perdonado a Israel el pecado del becerro de oro, la peste, que mata, había desaparecido, pero la lepra, que no mata, no había desaparecido.

Once -dijo Rabí Juda bar Schallum- son las causas de la lepra: ambición y orgullo, mentira y calumnia, robo, homicidio y estupro, profanación del Nombre divino, blasfemia e idolatría; por eso, como el pecado sobre el alma, la lepra permanecía en la carne de Israel.

Moisés ordenó, pues, que los leprosos fuesen puestos fuera del campamento, y esta orden fue siempre ley en Israel. Pero cuando los leprosos fueron separados de los hebreos, Abiram, el burlón, seguía burlándose: «¡Ya no veo leprosos, pero aún no veo a Dios!»

Entonces el Eterno dijo a Moisés: «Cuenta ahora a los hijos de Leví de un mes y de más de un mes. Y que cada primogénito de Israel traiga a los hijos de Leví cinco siclos para el rescate de los primogénitos. Pues si los hijos de Israel hubieran conservado en su carne en Egipto el sello de mi alianza y no hubieran adorado en el desierto al becerro de oro, los primogénitos de Israel habrían conservado mi Santuario; y porque en el desierto sólo los hijos de Leví no han adorado al becerro de oro, y porque en Egipto sólo ellos han conservado el sello de mi Alianza, ellos serán los únicos, en lugar de los primogénitos de Israel, que custodiarán mi Santuario. Por eso cada primogénito de Israel será rescatado junto a cada hijo de Leví. Después contarás aparte cada familia de Leví: los de Quehat, los de Guersón y los de Mesarí; porque entre los hijos de Leví elegiré aquel puro, que será el Sacerdote entre mis sacerdotes, y purificará ante mi faz a mi pueblo entre los pueblos».

Cuando recibió la orden de no contar a los de Leví entre los de Israel, Moisés se estremeció; él era un hijo de Leví, y pensaba en su corazón: «¿Hay una mancha sobre los hijos de Leví?» Pero cuando escuchó que Dios colocaba, en su amor, a los de Quehat antes que a los de Guersón, que eran los primeros en el orden de nacimiento, se regocijó; él era un hijo de Quehat y reflexionaba en su corazón: «Dios me elegirá entre los de Quehat, como Sacerdote entre sus sacerdotes».

Cuando hubo contado a todos los hijos de Leví, familia por familia, se encontró que eran veintidós mil trescientos; y todos los primogénitos de las tribus de Jacob les llevaron cada uno cinco siclos para el rescate de los primogénitos, ya que por cinco siclos habían vendido los hijos de Jacob a su hermano. Después los Ancianos de Israel impusieron sus manos sobre todos los de Leví, haciendo de cada uno de ellos un primogénito de Israel. Pero Abiram y los burlones exclamaron: «¿Tus primogénitos ven mejor a Dios que si no hubiesen nacido?»

Entonces el Eterno ordenó a Moisés: «Toma de entre los de Leví a aquellos que están en edad de inteligencia; sepáralos de los Hebreos, cerca del Tabernáculo; y durante siete días, incúlcales, según las leyes de mi Tora, lo que de ellos espera mi Tora». Y durante siete días, Moisés les enseñó.

Les mostró el sacrificio de holocausto y el de acción de gracias; el del pecado voluntario y el del involuntario; el del Sábado, el de cada día, el de cada mes; el sacrificio de la Pascua, que recuerda la salida de Egipto, y el de Shavuot, que recuerda el regalo del Sinaí; el sacrificio de Kippur que, con el ayuno, recuerda el perdón, y el sacrificio de Sukkot que, con las tiendas de follaje, recuerda el gozo de Israel bajo las tiendas del desierto.

En estos sacrificios, que van acompañados de ofrendas de vino aceite y harina, se inmolan ovejas o cabritos, corderos o toros; y son estos animales puros, mientras que

otros son impuros. ¿Por qué -preguntan nuestros Rabinos- sacrificar animales? Dios, que nos prohíbe la sangre de animales para que no seamos sanguinarios, ¿come su carne y bebe su sangre? ¿Y por qué sacrificar, no animales impuros, sino animales puros? Es que el hombre no debe comer sino los animales puros, y no sacrificar a Dios más que animales puros para poderlos comer; porque Dios no quiere para sí el alimento, sino que el hombre se alimente y se sienta alimentado por Dios. Por eso, desde que el Templo ya no existe el relato del sacrificio es equiparable al sacrificio.

Después les mostró las incensaciones hechas con los trece perfumes que, provenientes de los jardines de la tierra y de las islas de los mares para expandirse en el aire al contacto con el fuego, devuelven, bajo sus cuatro formas, la creación al Creador y, al alegrar el corazón del hombre, alegran el corazón de Dios.

Después les enseñó las dieciocho bendiciones y todas las oraciones y entre las oraciones, la más santa de todas, la del Shema; porque, como está escrito en el santo Zohar, cuando Israel proclama en este mundo *Escucha Israel, el Eterno es nuestro Dios, el Eterno es uno*, la unidad de Dios se hace en este mundo y en todos los mundos.

Después les enseñó el canto de las oraciones; y este canto no debió cesar jamás, porque cuando Israel aquí abajo detiene su canto, cesa el canto de los ángeles en lo Alto.

Después Moisés hizo ponerse a todos los de Leví los cuatro ropajes del Levita: el calzón cerrado, hecho de torzal de lino, que expía la lujuria; la mitra recta hecha de torzal de lino, para expiar el orgullo; el largo ceñidor de pliegues ocultos, que expía el robo; la túnica sin pliegues, sin color y sin mancha, que expía la sangre derramada. Después tomó para ungirlos una sola medida de aceite, que mezcló con mirra, gladiolo, canela y bálsamo, y fue tal la pureza de esta sola medida de aceite, que bastó durante dos mil años para purificar a todos los Levitas, a todos los reyes y a todos los Sumos Sacerdotes de Israel.

Entonces dijo Dios a Moisés: «No ignoro que en tu corazón piensas en ser mi Sumo Sacerdote. Pero por haber levantado el martillo contra Aarón, sospechando que su alma hubiese servido al ídolo, Aarón será mi Sumo Sacerdote. Para mostrar a todos tu humildad, proclama ante todos que yo lo he elegido».

Cuando Moisés anunció en presencia del pueblo, según la voluntad del Eterno, la grandeza de su hermano, Aarón tembló; delante del Tabernáculo, los cuernos del altar le recordaban los cuernos del becerro de oro, y a pesar de lo seguro de su inocencia, no se sentía seguro de ser inocente.

Dijo: «Moisés, tú has llevado toda la aflicción, ¿y yo habré de llevar toda la recompensa?» Moisés contestó: «Mi aflicción fue la tuya, tu recompensa es la mía». Así -dicen nuestros Rabinos- como los senos mellizos de una mujer, fueron Aarón y Moisés para Israel: los dos senos constituyen la belleza de Israel; Aarón y Moisés fueron la belleza de Israel; los dos senos nutren de leche al lactante, Moisés y Aarón nutrieron de amor a Israel.

Pero Abiram, gritaba: «¡Veo a dos Moisés, yo no veo a Dios!» Y los burlones se reían con él. El profeta, sin hacer caso de ellos, dijo ante la asamblea: «Bendito sea Aarón, elegido por el Eterno para Sumo Sacerdote». Y le enseñó cómo consultar las gemas donde están los doce nombres de las tribus, cuyas doce luces revelan el futuro de Israel; y le enseñó la imposición de las manos sobre el carnero del pecado, que lleva al desierto el pasado de Israel.

Después presentó a su hermano, ya vestido con los cuatro ropajes del Levita, los cuatro ropajes del Sumo Sacerdote, le dijo: «Ciñe la túnica de jacinto con franja de campanillas, que expía la calumnia; ciñe el efod tejido de oro, que expía la idolatría; ciñe el pectoral de doble broche, que expía la prevaricación; ciñe la tiara de triple corona, que expía la blasfemia. Mira: Dios te ha vestido como un ángel; pues cuando tu corazón puro, bajo ropajes puros, purifique por la virtud de los Patriarcas a Israel y al mundo, tú entrarás en el Santo de los Santos, donde están los Ángeles. Él te quiere ver semejante a los Ángeles. Y ahora, por este aceite con el que unjo tu frente y las frentes de tus hijos, extendiendo los dones del sacerdocio por los siglos de los siglos, sobre ti y sobre tus hijos y sobre los hijos de tus hijos».

Después, volviéndose a la asamblea, proclamó: «Sed puros, como Dios es puro; Él habitará en medio de vosotros si encuentra en vuestros corazones puros un Tabernáculo». Pero Abiram gritó: «Yo ya tenía mi corazón, entonces ¿para qué tu Tabernáculo?»

Sin embargo, llegó el día que Dios había señalado para hacer manifiesta y permanente su Presencia. Los principales de las tribus traían al Santuario terminado los dones que habían llegado demasiado tarde al Santuario empezado. Ofrecían juntos seis carros de bronce y doce bueyes sin mancha para el transporte de la Morada Santa; y para la fiesta de la dedicación, cada uno ofrecía una copa de oro de diez siclos de peso, llena de perfumes, una vasija de plata de ciento treinta siclos y una bandeja de plata de setenta siclos, llena de flor de harina mezclada con aceite, para la oblación; un novillo, un cordero, un carnero de un año para el holocausto, un macho cabrío joven para el sacrificio de expiación y, para la acción de gracias, dos toros, cinco cameros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Habiendo consultado a Dios, el profeta los aceptó, y todos los de Israel y todos los de Leví caminaron en procesión hacia el Tabernáculo, detrás de Moisés y Aarón, para ver bajar delante de todos el Esplendor del Señor.

Aquel día, el primero del mes de Nisán, fue coronado con diez coronas; era el primero de la semana, el primero del mes, el primero del año; el primer día en que los Príncipes de las tribus traían sus ofrendas y el primero en que los Levitas iban a cantar sus cantos, a sacrificar y a comer su parte del sacrificio; por primera vez, el altar se iluminaría, Aarón bendeciría a Israel y el Tabernáculo sería bendecido por la Gloria del Eterno.

De todas las mujeres, la más feliz este día fue Eliseiba, hija de Amminadab; porque su hermano Najsón era Príncipe de su tribu, su cuñado Moisés era profeta, sus hijos Eleazar, Itamar, Nadab y Abihú eran jefes de los sacerdotes y Aarón, su esposo, el Sumo Sacerdote. Pero los días, como los Reyes, pierden sus coronas.

«Enmiéndate la víspera de tu muerte», decía Rabí Eleazar. «Pero -le respondía su discípulo- ¿puedo saber qué día moriré?» -«Precisamente porque no lo sabes: por eso enmiéndate cada día». Ahora bien, ni Nadab ni Abihú se habían enmendado, no sabían que iban a morir y su madre tampoco lo sabía.

Sin cesar repetían en su orgullo: «El hermano de nuestra madre es Príncipe de su tribu; el hermano de nuestro padre es profeta; nosotros somos jefes de los Sacerdotes y nuestro padre, Sumo Sacerdote. ¿Qué doncella en Israel sería digna de nosotros?» Mas como en la procesión caminaban sobre los pasos de Moisés y de Aarón, Abihú dijo a Nadab: «¿Cuándo seremos jefes en Israel?» Y Nadab respondió: «¿Cuándo mueran estos dos viejos!» El Santo, bendito sea, que reclama la ofrenda de los corazones puros, los había oído. Pero -según nuestros Rabinos- su Clemencia, que perdona, sopla a toda hora del día; y su Justicia que castiga, no sopla cada día más que durante la milésima parte de la milésima parte de un instante. Él perdonó, pues, una vez más.

Todos Israel se encontraba ahora reunido delante del altar colocado ante el Santuario; y por un milagro de Dios, este espacio que medía seis *seas*, contenía sin dificultad sesenta miríadas de hombres adultos y otros tantos adolescentes. Así, cuando el Eterno aparezca para el Juicio Final, todos los muertos, desde Adán hasta el último muerto, resucitarán, y Sión será, sin aumentar el espacio, suficientemente amplia para abarcar a sus multitudes.

La leña estaba colocada sobre el altar; sobre la leña, la víctima; y esta víctima era un becerro, para expiar el pecado del becerro de oro. Aarón, volviéndose hacia la asamblea, pronunció sobre ella la bendición del Sumo Sacerdote: «¡Que el Eterno te bendiga y te tome bajo su protección. Que el Eterno te ilumine con su rostro y te sea favorable. Que el Eterno vuelva hacia ti su rostro y te dé la paz!» Y todos esperaban la Presencia del Eterno. Pero no venía.

Entonces Aarón entró a orar al Santuario; mas, aun cuando oraba, Dios seguía ausente. Y Aarón pensaba en su corazón: «¿Por qué no es Moisés el Sumo Sacerdote? El Santo, bendito sea, está irritado contra mí. ¡ Mi falta lo oculta a su siervo, que debería ocultar la falta de Israel!» Mientras oraba, Moisés se unió a él en el Tabernáculo, y entraron juntos al Santo de los Santos. Y sucedió que mientras sus oraciones subían unidas hacía los Querubines, las miradas y las bocas de los Querubines se unieron; y ante la multitud, cayó sobre el altar un fuego de Dios; la llama subió, devorando la ofrenda; el humo subió llevándola al cielo. Y tal era el fuego, que ardió durante siglos sin fundir ni empañar el bronce del altar; y tal era el humo, que duró siglos, recto bajo los vientos, igual que una columna de granito.

Al ver esto los de Israel, sintiendo entre ellos la Presencia de Dios, ¡se inclinaron y cantaron al Eterno! Y el Eterno también estaba gozoso; pues -según dice Rabí Samuel

bar Abba- el Santo, bendito sea, desea habitar la tierra; el pecado de Adán lo había desterrado; por la gracia de Moisés, Él volvía a encontrarse aquí. Como un sólido trípode, su creación, hasta entonces vacilante, reposaba al fin sobre tres pies de oro: el Amor, la Ley y el Sacrificio.

Pero mientras Israel entero estaba ante Dios como un solo corazón purificado, Nadab y Abihú, sin haber purificado su carne en el baño ritual, ni puesto en sus incensarios un fuego purificado, el corazón y la frente llenos del vino de su orgullo, habían seguido a Moisés y Aarón al Santuario; y cuando los encontraron orando en el Santo de los Santos, Nadab dijo a Abihú: «¿Cuándo seremos jefes en Israel?» Y Abihú le respondió: «¡Cuando mueran estos dos viejos!»

Y aquel era el instante del instante en que sopla la Justicia: ella lanzó el castigo. Los dos Querubines separaron sus bocas; sus rostros se volvieron el uno del otro. De los ojos de uno de ellos surgieron dos miradas, cada una de las cuales se separó en dos relámpagos, tan largos y finos como dos hilos de oro; los cuatro relámpagos penetraron invisibles por las fosas nasales de los pecadores; y sin un solo ruido, sin un solo grito, fueron quemadas sus almas en sus cuerpos intactos.

¡Cómo gimió Eliseba! ¡Cómo calló Aarón! Ni tan siquiera tomó parte en los funerales; la vista de un muerto es una mancha para el Sumo Sacerdote, cuyo espíritu debe volverse hacia el único Viviente. Mas el luto de su corazón era grande; y en su corazón se reprochaba su duelo, pensando: «Todos los Príncipes de las tribus han hecho a Dios una ofrenda como Él lo ha querido; sólo Leví no la ha hecho ¡y yo soy el Príncipe de la tribu Leví! ¿Me ha apartado mi dolor del Señor y me ha hecho indigno de ofrecerle nada?» Entonces Moisés le dijo: «Enciende las lámparas del Candelabro: ofrecerás a Dios la luz del Santuario».

¿Por qué -preguntan nuestros Rabinos- el Santo, bendito sea, quería que se encendiera la luz ante de El? Esto se compara a uno que, como veía, había emprendido camino con un ciego y le había guiado a lo largo de todo el camino. Al atardecer, cuando llegaron al lugar de descanso, le dijo al ciego: «Enciéndeme la antorcha». ¿Tenía necesidad del ciego para ver claro? Ciertamente no. Pero no quería que se dijese que él había hecho todo por el ciego, y que el ciego no había hecho nada por él. Dios es el que ve, Israel el ciego; y Dios quiere que los pueblos digan de Israel: «Ved: Israel ilumina al Eterno». Porque si los pueblo hubieran sabido qué salvación sería el Tabernáculo para el mundo, ellos mismos habrían construido el Tabernáculo; y si los pueblos hubiesen conocido la salvación que para el mundo sería la luz del Tabernáculo, ellos mismo habrían encendido la luz.

Y cuando Aarón hubo encendido las lámparas, el Candelabro de oro iluminó el mundo; y, bajo el cielo sereno, mostrando por medio de Aarón su Presencia en el mundo, la Gloria del Señor bajó a habitar en una nube de gloria, la Gloria del Santuario.

16. MOISÉS, NUESTRO MAESTRO

Desde el día en que la Presencia de Dios vino a habitar el Tabernáculo, la palabra dei Santo, bendito sea, se dirigió al profeta bajo una forma nueva. Hasta entonces, el Señor le hablaba como a través de una trompeta inmensa; y se veía enrojecer el rostro de Moisés cuando lo oía. Ahora en cambio, la voz del Eterno le era tan dulce, tan constante, tan íntima, que no sólo no la podían oír los hombres, ni los ángeles, sino que ni la más mínima turbación en el rostro del profeta la delataba.

Y esta voz murmuraba: «Hasta no hace mucho existía entre yo y mis hijos la enemistad, había cólera y odio. Ahora, hay amistad, hay paz, hay amor. Y el profeta respondía: «Rey del mundo, puesto que se ha reestablecido la unión entre Tú y tu pueblo, puesto que tu Presencia en la nube de Gloria aparta de él al espíritu malvado de los demonios y al ojo malvado de las Naciones; puesto que además he construido para ti tu Tabernáculo y colocado tu Tora para él en tu Tabernáculo, ¿no está ya terminada mi tarea?» «No, hijo mío. ¿Qué es mi amor por mi pueblo, si mi pueblo no sabe conservarlo? ¿Qué es mi Tora para mi pueblo, si no sabe ponerla en práctica? Puesto que para ellos tú has puesto mi Tora en mi Tabernáculo, enséñales ahora mi Tora; y que la practiquen y conserven mi amor». A partir de aquel día, Moisés, nuestro Maestro, enseñó la Tora a los hijos de Israel.

He aquí -según nuestros Rabinos- cómo enseñaba Moisés: Aarón venía el primero y recibía la palabra de Dios. Después venían los dos hijos de Aarón, Eleazar e Itamar, quienes a su vez la recibían, mientras Aarón escuchaba sentado a la derecha de Moisés. A continuación el profeta instruía a los Ancianos, mientras escuchaban, Eleazar sentado a la derecha de su padre, e Itamar a la izquierda de Moisés. Finalmente los del pueblo se acercaban para ser instruidos al igual que el Sumo Sacerdote. Cuando Moisés había terminado, se retiraba. Entonces Aarón repetía lo que había aprendido, después Eleazar e Itamar sus hijos, después los Ancianos y luego todos los otros, hasta que cada uno, desde el primero hasta el último, hubiera repetido su lección cuatro veces; porque el Eterno ordenó a Moisés que inculcara a los hijos de Israel cuatro veces su Tora.

Les decía lo que se repite desde la época de nuestros Sabios: «El estudio de la Tora vale más que el sacrificio y que los inciensos. Cuando tres hombres que comen en la misma mesa no conversan sobre la Tora, es como si comiesen carne ofrecida a los ídolos; pero cuando tres hombres que comen en la misma mesa conversan sobre la Tora, es como si comiesen en la mesa del Señor. Buscad, pues, la Tora, pues ella no vendrá a buscaros; y si no la buscáis en vuestra juventud, ¿cómo la encontraréis en vuestra vejez? Pero cuando la hayáis encontrado, no os atribuyáis ningún mérito; porque Dios os ha creado para la Tora».

Él les seguía diciendo: «Mirad los Diez Mandamientos escritos sobre las dos tablas que recibí del Eterno; no constituyen más que un solo mandamiento, porque cada uno de ellos, en una de las tablas corresponde a cualquiera de los otros en la otra tabla. El primero: *Yo soy el Eterno, tu Dios*, está frente al sexto: *No matarás*, porque el homicida destruye la imagen de Dios; el segundo: *No adorarás a otros dioses*, está frente al séptimo: *No cometerás adulterio*, porque la idolatría es una infidelidad, y el adulterio es igualmente culpable de ella; el tercero: *No invocarás en vano el nombre del Señor*, está frente al octavo: *No robarás*, porque la blasfemia es un robo a Dios, y el robo conduce a la blasfemia. *No levantarás falso testimonio contra tu prójimo y Acuérdate del Sábado para santificarlo*, pues quien viola el Sábado, olvidando que Dios ha creado el mundo en seis días y en el séptimo descansó, es un falso testimonio contra Dios. *Honra a tu padre y a tu madre y No codicies*, porque el que codicia no se alegra de lo que tiene, ni honra a los que se lo han dado. Y tal es la unión entre estos mandamientos, que el que viola el último los viola todos; porque el que codicia, codicia otro Dios y otros padres, se rebela contra Dios y adora a otros dioses, no santifica ningún día y testimonia en falso contra sí mismo, roba y mata en su pensamiento y en su pensamiento comete adulterio».

De igual manera, Moisés les explicaba las leyes ya conocidas por ellos; y después les inculcaba aquellas que aún ignoraban: «Derriba la casa donde ha entrado la lepra... No comas el cabrito que aún mama de su madre... No exijas intereses de tu hermano... Devuelve su prenda al pobre al caer el sol, para que pueda descansar bajo su cobertor... Si un hombre daña el ojo de su esclavo, le devolverá su libertad por causa de su ojo... Si te venden un Hebreo, hermano tuyo, te servirá seis años; y al séptimo año le dejarás libre y le harás regalos; porque fuiste esclavo en el país de Egipto y el Eterno, tu Dios, te ha liberado... No trabajes con buey y asno atados bajo el mismo yugo... No pongas bozal al buey mientras trilla el grano... Cuando recojas la cosecha de tu campo, si has olvidado una gavilla, no vuelvas a cogerla, que quede para el extranjero, el huérfano y la viuda; porque el Eterno, vuestro Dios, hace justicia al huérfano y a la viuda; porque el Eterno, vuestro Dios, hace justicia al huérfano y a la viuda, y manifiesta su amor al extranjero. Amaréis pues al extranjero, vosotros que fuisteis extranjeros en el país de Egipto».

Algunas veces los que escuchaban a Moisés le hacían preguntas. Jetró, el prosélito, le decía: «Moisés, Maestro nuestro, en tu Tora está escrito: *Yo soy un Dios celoso, que persigue en los hijos el crimen de los padres, hasta la tercera y cuarta generación; y en tu Tora está escrito: Los hijos no deben ser condenados a muerte por sus padres: cada uno perecerá por su propio crimen. ¿Acaso hay dos leyes en tu Ley?»* Moisés le respondió: «Está escrito: *Perseguiré el crimen de los padres en los hijos, ya que Dios quiere que los padres retrocedan ante el crimen del que los hombres culparán a sus hijos; y está escrito: Cada uno perecerá por su propio crimen, porque Dios no quiere que el inocente pague por el culpable».*

Josué, el discípulo, le decía: «Moisés, Maestro nuestro, está escrito en tu Tora: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo; y en tu Tora está escrito: Ojo por ojo, diente por diente. ¿Es amar a tu prójimo pedirle el ojo o el diente?»* Moisés le respondía: «Está escrito: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo, porque el Nombre del Señor es Amor; está escrito*

Ojo por ojo, diente por diente; pues dejar que el malvado actúe es contrario al amor, y el malvado debe expiar para merecer el amor».

Y Coré, el rico, preguntaba a Moisés: «Moisés, Maestro nuestro, está escrito en tu Tora: *No despojes al pobre, porque es pobre. ¿Quién puede despojar al pobre si no tiene nada?»* Y Moisés le respondía: «Lo que debes dar al pobre, le pertenece; y lo que no le das, se lo estás quitando».

Y mientras Moisés, al pie del Sinaí, enseñaba así la Tora a los Hebreos, en la Escuela de los Cielos, Zagzagel la enseñaba a los ángeles; y en el Gran Edén, el Santo, bendito sea, la enseñaba a los justos, que están por encima de los ángeles. Y los justos a su vez, interrogaban al Santo, bendito sea.

Abraham le decía: «Rey del mundo, has escrito en tu Tora: *Al principio, Dios creó la tierra y los cielos. ¿Había ya pues, cuando creaste el mundo, un comienzo? Y qué hacías Tú en ese comienzo?»* Según Rabí Abahu, Dios le respondía: «Antes del mundo que existe, yo creé otros mundos y, puesto que no me gustaron, los destruí».

Jacob preguntó al Eterno: «Rey del mundo, has escrito en tu Tora: *No te harás ninguna imagen tallada de lo que hay abajo en la tierra, ni arriba en los cielos. Puesto que repruebas a los idólatras, ¿por qué no aniquilas lo que adoran?»* Según Rabban Gamliel, Dios le respondía: «Adoran al sol, la luna, las estrellas, las montañas, las fuentes. ¿Debo acaso destruir el mundo porque ellos no me comprenden?»

E Isaac preguntaba al Eterno: «Rey del mundo, cuando creaste la luz, dijiste en tu Tora que la luz es buena; cuando creaste la amplitud del firmamento y la amplitud del continente, dijiste en tu Tora que eran buenos; toda hierba, toda bestia creada por ti, has dicho que son buenas. Pero cuando hiciste al hombre a tu imagen, no has dicho en tu Tora que el hombre es bueno, ¿por qué, Señor?» Y Dios le respondía: «Porque aún no he acabado al hombre, y porque por la Tora, el hombre debe acabarse a sí mismo y acabar el mundo».

Sin embargo -dicen nuestros Sabios-, estudiar la Tora sin practicarla equivale a no conocer a Dios. Moisés, pues, para practicarla y hacerla practicar, juzgaba a los Hebreos, según la Tora. Todos le traían sus litigios, y estaban en pie en torno a él, todo el día; y él, vestido igual que los demás y sin ningún signo que le distinguiese de otro, sentado en su sede, los escuchaba y juzgaba, interpretando y aplicando la Ley, condenando a veces y con frecuencia conciliando.

Pero el pueblo de Israel es un pueblo dado a las disputas, para ganar un siclo, serían capaces de gastar setenta en el proceso. Si un litigante iba a perder su causa, anunciaba nuevas pruebas, nuevos testigos; de semana en semana, de mes en mes, exigía aplazamientos. Y si acaso perdía, acusaba a Moisés de distorsionar la Ley y de procurarse argumentos en la bolsa del adversario.

El Profeta a veces los reprendía: «Hebreos de dura cerviz, ¿cuándo estaréis satisfechos? ¿Cómo podré bendeciros? ¿Cómo podré soportaros? ¡Que os soporte el

Eterno, que el Eterno os bendiga!» Pero ellos respondían: «Él ha jurado que nos multiplicaría como la arena de los mares y las estrellas del cielo; no tenemos necesidad de tu bendición; tu honradez nos bastaría». Pues -observan nuestros Doctores- como el gallo entre las aves y el perro entre los cuadrúpedos, el Hebreo es descarado entre las naciones; y de las diez partes de descarado que Dios ha repartido al mundo, Israel se ha quedado con nueve para él solo.

De la mañana a la noche, Moisés estaba rodeado de querellas y gritos. Viendo esto, Jetró, su prosélito, le dijo: «Moisés, Maestro nuestro, si sigues así, no caminarás mucho. Te ruego aceptes mi consejo y lo sigas, si Dios lo aprueba. Sé tú el canal de la Revelación; repite a los hijos de Israel la palabra que recibes del Eterno; enséñales a hacer sacrificios, a orar, a celebrar el sábado y las fiestas, a santificar los esponsales, a educar a los hijos, a cuidar de los enfermos, a enterrar a los muertos, a practicar la justicia, a renunciar a veces a la justicia en favor del amor. Pero para juzgarlos, escoge entre ellos a hombres de buen renombre, a los que enseñarás y en quienes reposará la sabiduría, el temor de Dios, la modestia, el odio al artificio, el amor a la humanidad y a la verdad. Estos hombres serán jueces sobre Israel y tú serás juez sobre estos hombres; y que la paz reine entre el pueblo y los jueces y entre los jueces y tú».

Este consejo fue bueno a los ojos de Moisés y también del Eterno; porque Dios, que deseaba que esto se hiciera, quiso que se realizara a través del consejo de Jetró para que en él fuera honrado el prosélito y el prosélito tuviera parte en la Tora. Por este motivo, el profeta, que en su modestia pudo haber ocultado a la posteridad la parte de Jetró, añadió a la Tora un capítulo que narra el consejo del prosélito y proclama su sabiduría.

Habiendo pues reunido a los hijos de Israel, Moisés les dijo: «Elegid entre vosotros a los hombres que os juzguen y, entre estos hombres, elegiré a vuestros jueces». No tardaron en obedecerle, porque cada uno de ellos pensaba interiormente: «Moisés va a nombrar miríadas de jueces: jueces de decenas, jueces de centenas, jueces de millares. Si yo no estoy entre ellos, tal vez mi hijo sí, o mi nieto, o el hijo de mi hermano, o el marido de mi hermana, o el marido de la hermana de su marido, o mi amigo, o su amigo, o el amigo del amigo de su amigo. Y cuando él sea juez, un pequeño obsequio inclinará su justicia a mi favor».

Moisés no ignoraba sus pensamientos, ni que el mal juez inclina hacia el mal la balanza del mundo entero, ni que un buen juez es un bien tan precioso como todos los bienes del mundo entero; mas como no encontró hombres perfectos, escogió a los mejores entre los menos malos y les dijo: «Sed benditos, vosotros que habéis sido juzgados dignos de juzgar a los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob a quienes el mismo Dios ha llamado hijos suyos. Así como el Sumo Sacerdote sube con pasos pequeños hacia el altar; subid vosotros igualmente a pasos pequeños hacia la justicia, porque si esta no es prudente, tampoco será justa. Si un rico y un pobre vienen ante vosotros, y el derecho está del lado del pobre no digáis: «¿Por qué he de humillar al rico que humilla al pobre?» Pero si el derecho está al lado del rico no digáis: «El pobre no tiene nada, ¿por qué empobrecerlo?» Y si un fuerte y un débil vienen ante vosotros y

el derecho está a favor del débil, no digáis: ¿»Por qué he de dejarme matar por el fuerte?» Mas si el derecho está del lado del fuerte, no digáis: «¿Por qué habría de dejar al fuerte matar al débil?» Pues así como la palma produce dátil y espina, el juez da la absolución y el castigo. Pero si no sabe castigar, tampoco sabe absolver, y si no sabe absolver ni castigar tampoco sabe proteger el mundo a la sombra de la paz». Y se fueron y juzgaron a Israel.

Ya hacía más de un año que Jetró, el prosélito, se había ido a vivir cerca de Moisés en el desierto, aprendiendo de él el amor a la Tora y la bondad del Eterno.

Y dijo al profeta: «Moisés, Maestro, permite que vuelva a Madián, que es mi país y el país de mis padres». Pero Moisés no quiso dejarle marchar; porque, según Rabí Mei'r, el idólatra que aprende la Tora es mayor que Aarón el Sumo Sacerdote. Y le respondió: «Jetró, Maestro mío, ¿por qué no te quedas entre nosotros? Tú, ciertamente, no tendrás parte en la tierra que se nos dará, porque Dios no quiere que el prosélito que viene a Él, parezca buscar otra recompensa que no sea el haberle encontrado. Mas tus hijos y los hijos de tus hijos serán como nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Si nos dejas ahora ¿qué dirían las naciones? Que Israel aleja al padre de su profeta, porque es un extranjero; que Israel guarda para él solo a su Dios, y que su Dios quiere ser Dios para un solo pueblo. Quédate pues, tú que iluminas al que Dios ilumina; y conmigo enseñarás la Tora a los hijos de Israel».

Pero Jetró, el prosélito, replicó: «Un candil puede alumbrar en la noche, pero ¿alumbra al lado del sol? Tú eres el sol que ilumina a Israel; déjame llevar la luz de Israel a la noche de las naciones».

Y mientras Jetró, el prosélito, iba por todos los pueblos dando a conocer con el amor de su corazón la Tora de Moisés, nuestro Maestro, en 1; Escuela de lo Alto, Zagzagel enseñaba a los ángeles la Tora y en el Grai Edén, el Santo, bendito sea, la enseñaba a los justos, que están por encima de los ángeles.

Y el Mesías, al escuchar la Tora, gritaba al Santo, bendito sea: «¿Cuándo me tocará a mí, Señor? ¿Cuándo bajaré a la tierra?» Y Dios le respondía: «Cuando todos los pueblos proclamen: 'Nosotros conocemos y practicamos la Tora de Moisés, nuestro Maestro', tu tiempo habrá llegado. A entonces, llevando en tu corazón, así como David en el suyo, la sangre de Rut, la prosélita, bajarás. Y como el agua de los mares llena el océano, e amor del eterno llenará la tierra».

17. EL CAMINO DE LAS PRUEBAS

Igual que estaban colocados alrededor del Trono de Gloria los ejércitos de los ángeles en la visión del Sinaí, así había colocado Moisés alrededor del Tabernáculo las tiendas de las Levitas, y de las doce tribus en el campamento del desierto.

Detrás del Trono de Esplendor, hacia las regiones del septentrión, donde están las tinieblas, había visto al Arcángel Rafael con sus ejércitos y su estandarte; al norte del Tabernáculo colocó a los hijos de Merarí, que llevan las maderas y las vigas del santuario, sus columnas y sus cerrojos llenos de la noche; y en el límite con los hijos de Merarí, con su pabellón de ónix, berilo y jaspe, las tribus de Aser y de Neftalí, a las que el pecado oscureció, y la de Dan, a la que la idolatría ennegreció.

Delante del Trono de lo Alto, hacia las regiones del mediodía, donde existen los benéficos rocíos y las lluvias que alimentan, Moisés había visto al Arcángel Gabriel, con su estandarte y sus ejércitos; al sur del Tabernáculo colocó a los hijos de Quehat, que llevaban el Arca desde donde manan las bendiciones de la Tora; y al sur de los hijos de Quehat, con el pabellón de sardónica, esmeraldas y topacio, las tribus de Gad, de Simeón y de Rubén, de donde mana la penitencia.

A la izquierda del Trono estaba el Arcángel Uriel con su estandarte y sus ejércitos, hacia las regiones del occidente, de donde provienen el pedrisco y la tempestad; al oeste del Tabernáculo Moisés colocó a los hijos de Gerson, que se amparan al servicio del Santuario; y con el pabellón de ágata, crisólito y amatista, las tribus de Benjamín, de Manases y de Efraím, muralla de fuertes contra la furia de Amalec.

A la derecha del Trono estaba el Arcángel Miguel con su estandarte y sus ejércitos, hacia las regiones del oriente, de donde sale la luz; al este del tabernáculo, Dios puso a Aarón y Moisés, pues del sacerdocio y la profecía sale la luz sobre Israel; y al este de Aarón, de sus hijos y de Moisés, con el pabellón de rubíes, carbunco y zafiro, Zabulón, en quien resplandece la liberalidad, Isacar, que irradia conocimiento, y Judá, que ilumina a la realeza.

Por la virtud de Moisés, sobre las doce regiones del campamento, descendía el maná desde las doce regiones del cielo; por la virtud de Miriam, los doce ríos brotaban de su fuente, dividiendo en doce jardines los doce campamentos del desierto; por la virtud de Aarón, la nube de gloria que se había posado sobre el Tabernáculo edificaba sobre Israel doce palios vaporosos en los que las doce gemas centelleantes del pectoral del Sumo Sacerdote irradiaban de ónix, berilo y jaspe, sardónica, esmeralda y topacio, ágata, crisólito y amatista, rubí, carbunco y zafiro.

Ahora bien, el segundo año después de la salida de Egipto, al segundo mes, al vigésimo día del mes, llegado el momento en que Dios quería que los Hebreos abandonasen el desierto del Sinaí para ir a la tierra prometida, la nube de gloria, dando la señal en las alturas, se puso en marcha. Inmediatamente Moisés hizo sonar la trompeta: las doce tribus doblaron sus tiendas y reunieron sus rebaños, mientras que Aarón y sus hijos quitaban el velo del Santo de los Santos para cubrir con él el Arca Santa, envolvían de azul el Candelabro, la mesa de la proposición y el altar de oro; después los hijos de Gerson retiraron las alfombras del Tabernáculo, su pabellón, su cortina de entrada y todos los lienzos de su atrio, con sus cuerdas y aparejo; después los hijos de Merarí retiraron las vigas, los travesaños, las columnas y los zócalos con sus cuerdas y su aparejo; y los tesoros desmontados de la sagrada morada fueron colocados sobre las seis carretas de bronce que eran tiradas por los doce bueyes inmortales.

Pero cuando los hijos de Quehat tuvieron que asir con sus propias manos las barras del arca que iban a llevar, no se atrevieron a acercarse a ella. Sabiendo que los dos Querubines lanzan chispas invisibles sobre aquellos cuyo corazón no se ha purificado, tenían mucho miedo de morir como Nadab y Abihú. Cuando hubieron cobrado ánimo y puesto sus hombros bajo la temible carga, no pudieron levantarla; el arca pesaba sobre ellos mucho más que todos los montes de la tierra. Entonces Moisés exclamó: «¡Levántate, Señor, dispersa a tus enemigos, y que los malvados huyan delante de tu rostro!» Y de inmediato el Arca, elevándose, levantó a sus portadores, y sus pies desnudos sobre el suelo caminaron en el aire.

Así los hijos de Israel iban hacia la Tierra Prometida; la nube de gloria que cubría sus cabezas descendía para guiar sus pasos sobre el camino, llenando hondonadas y nivelando alturas; y para escoltarlos, como doce serpientes líquidas y gigantes, los doce ríos de Miriam serpeaban en el desierto.

Sin embargo, al lado del Arca los doce Príncipes de las tribus llevaban un féretro. «¿Cómo es esto posible?» -se preguntan nuestros Rabinos-. Si el Arca era tan santa que para no dar la espalda a la Presencia Divina, sus portadores caminaban hacia atrás, ¿no era manchar esta Santidad acompañarla de un sarcófago? De ningún modo; ya que dentro del Arca, caminaba la Tora y en el féretro José, que había caminado según la Tora.

Pero desde los de Judá a los de Gad, las nueve tribus que precedían al Arca aceleraban el paso para alejarse de ella; y desde los de Efraím a los de Dan, las tres tribus que la seguían, se retrasaban detrás de ella para evitar alcanzarla; pues, al igual que el niño de la escuela, que una vez terminada la lección se va de prisa temiendo ser llamado de nuevo por el maestro, o vuelve lentamente deseando retrasar la nueva lección, así los Hebreos huían ya en su corazón de la Tora.

Después de tres días la nube se detuvo; pero mientras que las tribus se disponían a plantar sus tiendas y los Levitas a levantar el Tabernáculo, el Arca, en cambio, llevando a sus portadores, cuyos pies caminaban por el aire, no dejaba de avanzar.

Entonces Moisés exclamó: «¡Quédate, Señor, entre las miríadas de Israel!» Y posándose sobre el suelo los pies de los portadores, el Arca a su vez se posó en él.

Apenas se hubo instalado de nuevo el campamento comenzaron otra vez las murmuraciones: «¿No hemos llegado aún? ¿Cuántos años nos faltan todavía? ¿Dónde está esa tierra de la que mana leche y miel? ¿Estamos, por lo menos, seguros de que existe? ¡Qué bien sabían los pepinos de Egipto, y los melones, y las cebollas, y la carne, la carne en las ollas! ¿Qué nos han dado a cambio? ¡Maná por la mañana, maná por la tarde, maná en la semana, maná el sábado!» «¿De qué os quejáis? -respondía Caleb o Josué-. Es el alimento de los ángeles».

Pero Abiram, el burlón, replicaba: «¿Somos ángeles acaso? Lo que es bueno para la salud de los ángeles, ¿es bueno para la salud de los hombres? ¿Has visto alguna vez poner a moler trigo en el molino y que no salga nada?

¡ Engullimos tu maná por la boca y se nos queda entero en el vientre! ¡ Así van a estallar nuestros vientres! Todos los pueblos hacen sus necesidades. ¿Vamos a ser nosotros los únicos en no hacerlas?» Y todos gritaban: «¡Carne, carne! ¡Dios nos la puede dar, puesto que está entre nosotros!»

¿Por qué, pues -se pregunta Rabí Simeón ben Jochai-, exigían la carne de este modo? ¿Acaso no tenían con ellos sus corderos y sus bueyes, cuya carne podían comer después de habérsela ofrecido a Dios? Y el maná mismo, ¿no tomaba en sus bocas todos los gustos que su corazón apeteciera? Sí, ciertamente, pero no tomaba el sabor de las carnes prohibidas, y eran carnes prohibidas las que, a pesar de la Tora, ellos querían comer.

1 ¿Y por qué -se pregunta Rabí Tanchumbar bar Rabí Chanitai- ha permitido el Santo,

bendito sea, a todas las naciones todo tipo de alimento y sólo a Israel le ha prohibido casi todos? El caso se compara a aquel médico que cuidaba a dos enfermos: uno estaba perdido si remedio, el otro podía curarse. ¿Qué hizo el médico? A los padres del que iba a morir les dijo: «Dadle todo aquello que quiera comer». En cambio, a los padres del que esperaba salvar, les dijo: «Esto dadle, aquello no se lo deis». De igual modo, toda nación perecerá un día, ¿para qué privarla de lo que le gusta? Pero Israel, si se priva por su Tora, vivirá hasta el último día.

Cuando hubo oído las quejas de los Hebreos, Moisés se lamentó ante el Eterno: «¿Por qué no he hallado gracia ante tus ojos? -gemía. ¿Por qué me has impuesto la carga de este pueblo? ¿Cómo encontraré yo carne para que coman?» «Ve a decirles -respondió el Señor-: 'Tendréis carne, tendréis tanta carne, que la vomitaréis por la boca y por la nariz!» Viendo que Dios iba a contentar a los Hebreos sólo para castigarlos, el profeta le imploró: «Señor, ¿para qué ceder ante ellos y después castigarlos? ¿Acaso el hombre dice a su buey 'Aquí tienes tu heno; pero si lo tomas, te corto la cabeza?' ¡Déjame más bien que les haga desistir de lo que quieren!»

Y conjuró a los Hebreos: «Dios os ha dado el maná, que es el alimento de los ángeles, ¿Pensáis que no puede daros carne, que es el alimento de las bestias? Atenderá vuestro ruego, pero si os escucha, pereceréis». Los mejores renunciaron y se retiraron a sus tiendas, pero los demás gritaron: «¡Dios ya no te oye, ya no atiende a tus ruegos; es a ti a quien no quiere dar lo que nosotros le pedimos! ¡Tú nos juraste que Él todo lo podría por nosotros, pero ahora tú ya no puedes nada sobre Él».

Entonces sopló un viento y fue tan potente la tempestad que hubiera podido destruir el mundo; y cayeron codornices en masas tan densas como los copos de la nieve, ocultando la vista del sol y llenando de noche toda la luz entre la tierra y el cielo. Al norte y al sur del campamento, sobre una extensión tan grande que para recorrerla hubiesen sido necesarios siete días, se detuvieron a dos codos del suelo para que los pecadores no tuvieran que agacharse para recogerlas. Pero todos aquellos que las probaron, murieron. Es por ello que este lugar se llamó *Hibroth Hattahava*, es decir, los sepulcros de la concupiscencia.

Y Moisés pensó en su corazón: «Si son necesarios tales castigos para enseñarles a alimentar sus cuerpos, ¿qué castigo hará falta para que aprendan a alimentar sus almas?»

No obstante, él seguía enseñándoles la Tora, en tanto que los jueces juzgaban; pero con frecuencia, al no saber cómo juzgar, los jueces consultaban al profeta; y a veces el profeta debía dar un juicio severo.

Por otra parte, Aarón, el Sumo Sacerdote, no teniendo nada que castigar, derramaba sobre Israel la dulzura de su alma. ¿Dos vecinos tenían una pelea? Se presentaba en la casa de cada uno de ellos y le decía: «Tu hermano está triste; se golpea el pecho y se acusa y gime: ¿Cómo he podido ofender a mi hermano?» ¿Un marido iba a repudiar a su mujer? Acudía él y decía a la mujer: «Para aquella que sabe guardar el amor de su esposo, el altar mismo se enciende de alegría». Y al esposo decía: «Sobre aquel que ahuyenta la compañera de su juventud, el propio altar derrama lágrimas». Así el hermano de Moisés, anticipándose a la justicia, hacía la paz. Y Moisés pensaba en su corazón: «¡Feliz mi hermano, que no tiene nada que castigar!»

Pero he aquí que un día los jueces llevaron ante él a dos culpables. Uno era Selofjad, hijo de Jéfer, de la tribu de Manases. Lo habían encontrado arrancado un árbol el día de Sábado. Ahora bien, está escrito en la Tora: *Quien viola el Sábado debe morir*. Moisés, en su corazón, le buscó excusas: «¿Quizás ignoraba que fuese el Sábado?» Pero no, pues sus compañeros se lo habían recordado. «¿Quizás cortaba la leña para el altar del sacrificio?» Pero no, ya que cortaba leña para cocer su comida y mostrar a todos su desprecio del Sábado. Moisés se preguntaba: «¿Voy a hacer morir a este hombre?»

El otro era Yahir, hijo de esta Selomí, de la tribu de Dan, que Datan había repudiado después de concebir ella, tras el abrazo de Maror, capataz de trabajos en

Egipto. Ella había educado a su hijo como hebreo pero la tribu de Dan lo había rechazado; y Moisés, según la ley, había aprobado por juicio a la tribu de Dan. Entonces el furor de Yahir se había encendido contra Moisés y contra Dios, y había blasfemado el Nombre del Señor. Ahora bien, está escrito en la Tora: *El blasfemo debe morir*. Moisés, en su corazón, le buscó excusas; pero, ¿existe acaso excusa para el blasfemo? Y el profeta se preguntaba: «¿Voy a hacer morir a este hombre?»

En uno y otro caso, consultó al Santo, bendito sea, quien le respondió: «Reúne al pueblo y que ante la faz de todos los pecadores sean lapidados». «¡Castígalos tú mismo, Señor! -suplicó Moisés-. ¡Así como tú mismo castigaste la idolatría y la concupiscencia, castiga también la blasfemia y la violación del Sábado! ¡Pero no me pidas a mí que castigue!»

Así imploraba el profeta; y el alma le temblaba en su carne, porque por primera vez debía ordenar la muerte. Pero Dios replicó: «Te he confiado mi Tora. ¿Qué será de ella si su guardián no se atreve a guardarla? ¿Quieres acaso que se ¡a quite de nuevo al mundo, y que privado de ella por tu falta, el mundo permanezca inacabado?» Y los dos hombres fueron lapidados.

Entonces un grito corrió entre los Hebreos: «¿Qué hemos hecho? ¿Por qué hemos aceptado la Tora? Ella nos había prometido la felicidad y nos trae la maldición. ¡Llévate tu Tora, Moisés, devuélvesela al Eterno, o nos matará a todos! ¡Queríamos una Tora para vivir, no para morir!»

El profeta gimió de nuevo ante Dios: «¡Señor, Señor! ¿Por qué me has impuesto el peso de este pueblo? ¿Cómo podré soportarlo? ¡Líbrame de mi tarea, Señor, o dame la muerte!» Y Dios le respondió: «¿Hasta cuándo, hijo mío, dudarás de ti mismo? Siempre es suficientemente fuerte aquel a quien yo elijo. Pero, puesto que tu humildad busca auxiliares, llama a los ancianos. Y sin disminuir en nada el espíritu que he puesto sobre ti, lo pondré sobre ellos. Ellos serán en torno a ti el Sanedrín, para pronunciar sentencia sobre la vida o la muerte, y para conducir a los jueces y conducir a Israel».

Entonces el profeta convocó a los Ancianos ante el Tabernáculo e impuso sobre ellos sus manos; sin perder nada de su fuerza, su espíritu bajó sobre ellos al igual que una llama enciende otras llamas y brilla en medio de ellas conservando su claridad. Pero la llama de Moisés brillaba más grande que todas y los Ancianos brillaban a su alrededor como setenta llamas más pequeñas.

Ahora bien, cuando Moisés hubo llamado a los Ancianos al Tabernáculo, dos de ellos, Eldad y Medad, sintiéndose indignos, no se atrevieron a entrar. Para recompensar su humildad, el Santo, bendito sea, hizo hablar en sus almas la voz de las profecías. Y he aquí que Eldad profetizaba: «¡Moisés, nuestro Maestro, morirá; y Josué, hijo de Nun, su discípulo, le sucederá, cumpliendo su Promesa!» Y he aquí que Medad profetizaba: «¡Israel morirá e Israel revivirá; y conducirá a toda la tierra hacia la Tierra de Promesa».

A estas palabras, Guerson, el hijo de Moisés, que no estaba ni entre los jueces, ni entre los sacerdotes, ni entre los Ancianos, corrió hacia el profeta, gritando: «¡Moisés, nuestro Maestro, ¿vas a tolerar que tus Ancianos profeticen? Dicen que morirás, que Israel morirá!» Y Josué, hijo de Nun, gritaba también: «¡Moisés, Moisés, Maestro nuestro, dicen que el discípulo, no el Maestro, obtendrá las promesas del Maestro!» Y Moisés respondió a Josué: «Josué, hijo mío, que eres mi discípulo, ¿crees acaso que tu Maestro envidia la gloria de su discípulo?» Y a Guerson respondió: «Guerson, hijo mío, que no eres profeta, ¿porqué habría de hacer callar a mis profetas? ¡Ojalá que todos los hijos de Israel fueran profetas!»

Aquella tarde, para festejar la luz de Dios venida sobre los Ancianos. sus mujeres encendieron luces delante de sus viviendas. Viéndolo, Séfora, la mujer de Moisés, preguntó: «¿Por qué estas luces?» Miriam le respondió: «El espíritu de Dios ha bajado sobre los Ancianos y sus mujeres se regocijan de ello». «Más bien tendrían que llorar, - repuso Séfora- si los Ancianos imitan a Moisés, su Maestro; pues desde que él conoció el Espíritu de Dios, ya no conoció más mi carne».

En efecto, cuando el Eterno, queriendo hablar a los Hebreos en los relámpagos del Sinaí, había ordenado a Moisés: «Que durante dos días los Hebreos se alejen de sus mujeres», el profeta había pensado: «Si ellos deben alejarse durante dos días de sus mujeres, para escuchar a Dios una sola vez, ¿no debo acaso alejarme de la mía para siempre, yo que le oigo todos los días?» Y nunca más volvió a tener a Séfora en sus brazos.

De diez partes de habladuría repartidas en el mundo, dicen nuestros Rabinos, las mujeres han tomado nueve para ellas solas; no es de extrañar, pues, en absoluto, que *ni* aún las mismas profetisas no sean la excepción. Tan pronto Miriam oyó la confidencia de Séfora, fue de prisa a casa de Aarón, su hermano, y le contó el chisme añadiendo: «También yo he recibido revelaciones de Dios; no obstante no he negado el gozo a mi esposo». Aarón dijo a su vez: «Yo también he recibido revelaciones de Dios, sin embargo no he negado el gozo a mi esposa». Y los dos llegaron a la conclusión: «Nuestros padres recibieron también revelaciones, sin negarse el gozo de la carne. ¿Se cree acaso Moisés más sabio que los Patriarcas? ¿Quiere humillarnos demostrando que es un santo? Es su orgullo lo que muestra y su orgullo es un pecado».

Pero Dios les gritó: «¿A quién juzgáis, vosotros a quienes yo juzgo? He descubierto ante Moisés todo lo que está abajo, todo lo que está arriba, todo lo que está antes, todo lo que está después. Lo he colocado por encima de mis ángeles; ha visto con sus propios ojos mi Presencia divina. Lo que él hace, yo lo he querido. Vosotros calumniáis al señor al calumniar al siervo; pero conoceréis el castigo de los calumniadores».

Al día siguiente, los Hebreos se preparaban para partir para alcanzar los confines de la Tierra Prometida. Las tribus plegaban sus tiendas, los Levitas desmontaban el tabernáculo. Ya las cosas sagradas cubrían las carretas tiradas por los bueyes

inmortales, el Arca levantaba el hombro de sus portadores y la nube de gloria se ponía en camino, cuando Aarón y Miriam se presentaron delante de Moisés; y he aquí que ambos estaban manchados de lepra.

«¡Hermana mía, hermano mío! -exclamó el profeta-, ¿Por qué os castiga Dios? ¿Qué habéis hecho, qué habéis hecho para merecer su cólera?» «¡Perdónanos, perdónanos, Moisés! Como no habías vuelto a conocer a Séfora, porque estás por entero cerca de Dios, hemos hablado mal de ti; nuestros pensamientos han manchado la pureza de los tuyos; y Dios ha puesto sobre nosotros la impureza y la mancha. ¡Cúranos, sálvanos! Hemos pecado contra ti; sólo tú puedes quitar nuestro pecado!»

Moisés permaneció largo tiempo callado, turbado por un gran dolor. Pensaba: «¡Mi hermano también está contra mí! ¡Mi hermana, también, contra mí!» Mantenía cerrados sus ojos para contener las lágrimas.

Al fin, abrió los ojos y lentamente los posó sobre Aarón; y en cuanto lo miró, la lepra cayó de su cuerpo. Después miró a Miriam; pero mientras la miraba, más aumentaba la mancha de lepra en su carne. Y Aarón gritaba: «¿Vas a echar a nuestra hermana fuera del campamento? Aquella que te vigilaba a la orilla del río en Egipto, la que cantaba contigo el cántico del Mar que se secó, la que enseñaba a las mujeres la Tora del Eterno? ¿Entraremos en la Tierra prometida y Miriam no entrará?»

¿Qué hizo entonces el profeta? Si hubiese rezado largo tiempo, unos habrían dicho: «¡No acaba nunca de rezar, mientras que su hermana no deja de sufrir!» Y los otros habrían dicho: «Por su hermana, sus oraciones son largas; por nosotros, cortas». Por eso -según nuestros Rabinos- el profeta no rezó más que un instante. Después tomó su cayado, y trazando un círculo en el suelo, a su alrededor, dijo a Dios: «¡Mientras no quites la lepra de Miriam, mi hermana, no me moveré de este círculo!» Dios le respondió: «Si un rey o si su padre le hubiera escupido a la cara, ella llevaría su vergüenza durante siete días; puesto que Yo, el rey de los reyes, el padre de los padres, le he escupido a la cara, debería llevarla durante al menos dos veces siete días. Por ti, hijo mío, le perdono la mitad. Que se mantenga fuera del campamento durante una semana; al final de la semana, yo la purificaré».

Y como recuerdo de las siete horas en las que Miriam, a la orilla del río, esperó a que Moisés fuese salvado de las aguas, las tribus de Israel, con sus tiendas y sus rebaños, los hijos de Guerson y de Merarí, con el Tabernáculo y las carretas, los hijos de Quehat, con el Arca santa, y la nube de gloria misma, con las doce gemas de los doce resplandores, esperaron durante siete días a que Miriam fuera salvada de la lepra y pudiera devolver a los Hebreos, con su pureza devuelta, la pureza de los doce ríos que brotan de su fuente.

Pero mientras que la nube y el Arca, los Levitas y las tribus, las carretas y los rebaños, y los doce ríos de los doce frescos avanzaban de nuevo a través del desierto, Moisés, que caminaba en medio de Miriam y Aarón, pensaba en su corazón: «¡Señor, Señor, cómo podré conducir a este pueblo, si soy calumniado a sus oídos por Aarón su Sumo Sacerdote, mi hermano, y por Miriam, mi hermana, que es profetisa».

18. EL RACIMO DE UVAS DE CANAÁN

Cuando hubieron llegado al desierto de Farán, en los confines de la Tierra Prometida, el profeta les dijo: «Helo aquí; el país está delante de , vosotros; toma posesión de él. Pero recordad que si Dios lo quita al Cananeo, al Amorreo, al Perezeo, al Hitita y al Jebuseo, no es por vuestras virtudes, sino por sus pecados; ya que ellos prostituyen su carne frente a los ídolos, en todos los montes que verdean; y pasan por el fuego a sus primogénitos en las hondonadas de los valles. Y si Dios os regala lo que él recobra, no es por vuestros méritos, sino por Abraham, Isaac y Jacob, vuestros padres, que han hallado gracias a sus ojos».

¿A qué podemos comparar esto? -pregunta Rabí Acha el Grande-. A aquel rey que había dicho a su amigo: «Ven conmigo, te voy a hacer un regalo». El amigo lo acompañó pero murió en el camino. ¿Qué hizo el rey? Dijo al hijo de su amigo: «Tu padre ha muerto, pero mi promesa vive; recibe, por tu padre, el regalo que le había prometido». De la misma forma, Dios dijo a los hijos de Israel: «El país que prometí a vuestros padres, ¡helo aquí, os lo doy! Porque la palabra, del Eterno vive eternamente».

Pero Coré, el antiguo tesorero del Faraón, respondió a Moisés: «¿Conocemos ese país? ¿Sabemos si n o s conviene? ¿Nos arriesgaremos a ocuparlo sin haberlo explorado?» Y los jóvenes acosaban a los viejos, los viejos a los jóvenes, todos en confusión gritaban detrás de Coré: «¡Ya no queremos ser engañados! ¡Sepamos primero a dónde vamos! ¡Envía algunos hombres que nos informen!» «¿No os ha informado ya el Eterno? -repuso Moisés-. ¿Acaso no os ha dicho: 'Yo os conduzco a un país de trigo y cebada, de uvas e higos, de granadas y olivos, de miel y leche, a un país sobre el que vela el Eterno, y que está constantemente bajo la mirada del Eterno'? ¿Habéis enviado exploradores al desierto cuando yo os saqué de Egipto? Y ahora que yo os saco del desierto ¿queréis controlar el testimonio de Dios?» «No su testimonio sino el tuyo, que testimonia por él -replicó Coré-. ¡Cuánto más grande es la empresa, tanto mayor tendrá que ser la prudencia! No soy ningún iluso, conozco los negocios». Y los jóvenes acosando a los viejos, los viejos acosando a los jóvenes, todos, en alboroto gritaban detrás de él: «¡Seamos prudentes, seamos prudentes; se trata de un negocio!»

Moisés, pues, eligió a doce hombres, uno por cada tribu, y les ordenó: «Partid, explorad el país. No transitéis por las grandes rutas, pero tampoco os deslicéis como ladrones por senderos ocultos; no adoréis los ídolos, pero tampoco digáis que vais a derribarlos. Observad la tierra; ved si es firme, si es exuberante; si es blanda, si es pobre. Observad las ciudades; si son abiertas, si sus habitantes son valientes; si están amuralladas, si sus habitantes son cobardes. Entraréis por el mediodía para subir por el valle y volver a bajar por la llanura».

¿Por qué -preguntan nuestros Rabinos- los hacía entrar por el mediodía? Es porque al sur están los lugares más pobres de Canaán, y porque estos lugares más

pobres de Canaán son más ricos que los más ricos de Egipto. Esto hacen los buenos comerciantes, muestran primero sus tejidos menos bellos, para exhibir después otros mejores y por último los más bellos. Él quería llevarlos del esplendor a las maravillas, para que su regreso maravillara a todos.

El día veintidós del mes de Siván partieron de Cades Barnea, que está en el desierto de Farán: Sammúa por la tribu de Rubén, Safat por la de Simeón, Yigal por la de Isacar; Paltí, Gaddiel y Gaddí, por las de Benjamín, Zabulón y Manases; Ammiel, Geuel, Setur y Najbí por Dan, Gad, Aser y Neftalí.

Nuestros Doctores han dicho: «Hay nombres bellos llevados por hombres de acciones bellas y nombres bellos llevados por hombres cuyos actos son feos; y hay nombres feos llevados por hombres cuyos actos son bellos, pero éstos llevaban nombres feos y actos feos; pues contenían sombra, falsedad, blasfemia y el instinto malvado y, pasando por alto la lepra que castigó a Miriam, su boca calumnió los dones del Señor. Sólo Caleb, enviado por Judá y Josué por Efraím, tuvieron la belleza en sus nombres y la belleza en sus actos; porque Caleb significa semejante al corazón, y habló según su corazón; y Josué significa salvador, y salvó a Israel».

Partieron el día veintidós del mes de Siván y regresaron el octavo día del mes de Ab. Pero ¿cómo -preguntan nuestros Sabios- pudieron recorrer toda la tierra de Israel en sólo cuarenta días? Es que en su alegría de ser pisada por los hijos de Israel, la tierra corría delante de ellos acortando los caminos.

¡Qué alegría en el campamento cuando volvieron! Los dos primeros llevaban sobre sus hombros dos pértigas de las que colgaba un enorme racimo de uvas. Ahora bien, un hombre que se echa a la espalda una carga, puede llevar un peso de un sea; cuando otro le carga, puede llevar el doble; ¡calculad el peso de este racimo, llevado en dos pértigas por dos hombres a los que habían cargado entre cuatro! Al verlo, todos exclamaban: «¡Qué bello es el país que Dios nos da!» Mas cuando, seguidos de la multitud, los exploradores llegaron ante Moisés, la alegría cesó.

El hombre, dicen nuestros maestros, posee seis órganos que le sirven; tres le sirven como ellos quieren, tres le sirven como él quiere: Ni su ojo elige el ver, ni su oído el oír, ni su nariz el oler; pero su pie camina por donde él quiere, su mano agarra a su gusto y su boca profiere a voluntad, la mentira o la verdad. Ahora bien, estos mintieron.

Según la costumbre de los calumniadores, Safat empezó elogiando: «Hemos ido al país donde nos has enviado; ciertamente merece la pena. Mirad el racimo de uvas que hemos traído; pues en la misma proporción están olivos, higueras, granados. La miel brota de los árboles, la grasa de los prados, la leche en los establos...» «Pero...», dijo Paltí... «Pero -dijo Gaddiel- es un país sin Nilo; hay que regarlo, y para regarlo hace falta agua del cielo». «¿Qué haremos, si no llueve?», preguntó Coré. «Esperaremos la lluvia», respondió Abiram. «Entonces -dijeron los otros-, ¿No más racimos de uvas, ni granadas, ni higos, ni olivas? ¿No más grasa, no más leche ni más miel? ¿Por este país nos quitan Egipto?» «Además -continuó Gaddí-, la peste está por

todas partes». «¿La peste?» «Es un país que devora a sus habitantes; en cada ciudad donde entrábamos, sólo veíamos funerales». «¿La peste? ¿La peste?» «¡Caiga la peste sobre Moisés!»

Josué se levantó y gritó: «¡No les creáis; mienten porque han tenido miedo!» «Sí, -dijo Schammua-, hemos tenido miedo». «¡Sí,-dijo Gaddiel-, hemos tenido miedo; vosotros también hubierais tenido miedo». «¿De quién?» «De los tres hijos de Anaq: Ajimán, Sesay y Talmay... ¡Son gigantes! ¡Descienden de ángeles que se unieron con mujeres después del diluvio. No mueren sino a medias; y cuando la mitad de su cuerpo muere, la otra mitad se duplica y la reemplaza!» «¡Sus piernas son más altas que las montañas, sus brazos más largos que los ríos; sus cabezas llegan hasta el cielo...!»

«Estábamos escondidos los doce en una cueva, y esta cueva sólo era un agujero hecho por el aguijón de una abeja en la corteza de una granada, que una hija suya se estaba comiendo; cuando hubo comido nos lanzó a los doce, con cueva y todo, a la hierba de su jardín». «Y los hijos de Anaq -continuó Gaddí- son sólo tres; pero están también los hijos de Amalec, que son innumerables. Esaú, su abuelo, el viejo enemigo, los situó en la frontera para impedirnos el paso...» Todos gritaban: «Los hijos de Amalec, los hijos de Amalec», porque Amalec es para los Hebreos como el látigo para el niño; cuando se les habla de Amalec se acuerdan del látigo. «¡Dios nos odia, Dios nos odia-gritaban-; nos quita Egipto y nos da a Amalec!»

«¿Acaso no os he llevado ya contra Amalec? -gritó Josué-; él ha corrido delante de vosotros, como el viento de las llanuras». «¿Qué? ¿Josué se atreve a hablar? ¡Cerradle la boca!...» - «¡Él es un jefe de ejércitos, quiere ejércitos!...» «¡Qué te importan a ti nuestros hijos! ¡No tienes hijos!...»

«¡Quien no tiene hijos no es un hombre!...» «¡Quien no tiene hijos es un asesino!...»

Entonces Caleb se levantó. Junto a su voz, el trueno era silencio. Al oírlo, los gigantes habían huido. Gritó: «¡No les escuchéis! ¡El pavor está bajo su lengua! ¡Mienten!... ¡Yo he tenido que obligarlos con la punta de mi espada para que os trajeran este racimo de uvas! ¡Escuchadme, escuchadme! Fui hasta Makpelá, la cueva donde duermen los Patriarcas; Abraham, Isaac y Jacob se levantaron de sus tumbas y me han dicho que os esperan; les he jurado que vendrías. ¿No son ellos más fuertes que Amalec? Y ¿no es Dios más fuerte que los Patriarcas? Para entregaros el Cananeo, el Amorreo, el Pereseo, el Hitita, el Jivita y el Jebuseo, Él ha expulsado de sus países a sus ángeles guardianes. Delante de los gigantes éramos como saltamontes; El nos ha hecho a sus ojos, más grande que los gigantes. ¡Díselo Moisés, díselo!»

Pero Moisés callaba.

Vestidos con sudarios, la frente cubierta de ceniza, los diez calumniadores recorrieron el campamento vociferando: «¡ Ay de nuestras hijas, que serán mancilladas por Amalec! ¡ Ay de nuestros hijos, que serán sacrificados por Amalec! ¡ Las ciudades

que hemos visto tienen muros más grandes que la noche; y los hombres que hemos visto tiene en la frente dos soles por ojos!» Y los Hebreos gritaban tras ellos: «¡Maldición! ¡Maldición! ¡Abiram! ¡Datan! ¡Sed nuestros jefes! ¡Guiadnos, llevadnos de nuevo a Egipto!»

Los jóvenes acosaban a los viejos, los viejos acosaban a los jóvenes, y todos en confusión, rodeaban a Moisés, Aarón, Caleb y Josué. Y cogiendo piedras se las lanzaban y, como los pedruscos de granizo, las piedras caían sobre ellos.

Ahora bien, viendo ya en las sienes de los justos el rojo de la sangre, la nube de Gloria descendió de las cimas del Tabernáculo y vino a envolverles con un manto de ónix, de ágata, de berilo, de jaspe, de sardónica, de esmeralda y topacio, de crisólito y amatista, de rubí, de carbunco y zafiro; pero los Hebreos seguían gritando cada vez más y, apedreando la nube, apedreaban a Dios.

Durante toda la noche, bajo los techos de pieles de sus tiendas, acurrucados sobre el polvo, castañeteando las mandíbulas, arañándose las mejillas, mesándose la barba, golpeando el suelo con sus frentes como si fueran martillos, las setenta miríadas de Israel hicieron la lamentación, y el temblor de su espanto desgarró el cielo con los setenta mil desgarros de su grito.

Entonces Dios les dijo: «Lloráis sin razón; ¡yo os daré razones para llorar!» Era la novena noche del mes de Ab y, aquella noche, el Eterno decretó derribar el Templo y expulsar a sus descendientes del país que ellos no habían querido. Dos mil años después, en aquella noche de Ab, derribó el Templo y les expulsó; y dos mil años después, en aquella misma noche de Ab, Israel, disperso por la tierra, llora todavía.

El Santo, bendito sea, dijo al profeta: «¿Callas, hijo mío? ¿Ya no abogas por ellos?» -«Más que por ellos, por ti, Señor! Si Tú los abandonas, ¿qué dirán las naciones? Que no has sabido cuidar a tu pueblo, que tu pueblo no ha querido cuidarte; que eras bastante fuerte contra los dioses de Egipto, pero contra los de Canaán tienes el brazo demasiado corto; que pudiste conducirlos por el desierto, pero no por la Tierra Prometida. Y si Tú los destruyes, ¿qué dirán los mundos? Dirán: '«Este Dios ¿sabe hacer otra cosa que no sea destruir? ¡Destruyó la generación del diluvio, destruyó la generación de Babel, destruyó la generación de Sodoma, destruyó a los Egipcios y ahora destruye a los hijos de Israel, a sus hijos!» ¡Y por los siglos de los siglos, Tú serás un Dios de odio, oh Dios de Amor! ¡Yo no soy nada, tus Hebreos no son nada! ¡No han merecido tu perdón! Sin embargo, ¡perdónalos! ¡ Si no es por ellos, que sea por mí. Si no es por mí, que sea por ti, Rey del mundo!» Y cuando hubo hablado, sin palabra alguna, en medio de los gritos de la noche, Dios le respondió.

Al día siguiente por la mañana, Moisés reunió a las tribus y les dijo: «¿Cuándo comprenderéis al Eterno? Por vosotros dividió el mar: mas no acababais aún de pasarlo a pie seco, cuando ya estabais pidiendo de nuevo la esclavitud de Egipto; para vosotros derramó el maná; apenas lo habías probado, y ya reclamabais los excrementos. Él se ha dado a vosotros en el Sinaí y vosotros habéis adorado el becerro de oro; me ha dado para vosotros su Tora: vosotros le habéis gritado: ' ¡Llévate tu Tora!'

Y ahora que os entrega la Tierra Prometida, le gritáis: '¡Quédate con tu Tierra y con tu Promesa!' ¿Pensáis acaso que para destruirnos necesita ejércitos, gigantes o amalecitas? Aquel que con una palabra hizo el mundo, con una palabra puede aniquilarlo. Sin embargo, no pereceréis todos; pues he aquí lo que ha dicho el Eterno: Los diez calumniadores serán castigados según su crimen; sus lenguas se les saldrán de la boca y, cubierta de insectos, bajarán hasta sus ombligos y morirán entre los insectos de sus calumnias. Josué y Caleb tendrán en la Tierra Prometida, como recompensa, las partes de los que la han calumniado. En cuanto a vosotros, que la habéis rechazado, no tendréis parte alguna en ella. Vuestras mujeres sí entrarán en ella, ciertamente, porque ellas no pecaron ni a la orilla del mar, ni arrodillándose delante del ídolo, ni por la Tora, ni por el maná, ni por la calumnia. Pero ninguno de los que fueron contados a la salida de Egipto y que hoy cuentan más de veinte años, verá el país del Eterno. Cada año, antes de la novena noche del mes de Ab, serán contados; y cada año en esta noche, al que le toque el número cuarenta morirá en el desierto y sus huesos se pudrirán en el desierto, porque al rechazar el país de la vida, han rechazado la vida. Pero yo enseñaré a sus hijos, haré de ellos una nueva generación que no habrá conocido Egipto, ni los ídolos de Egipto, ni sus pecados, ni vuestros pecados; y esta generación de la Tora poseerá la Tierra que la Tora ha prometido».

Entonces cayeron en cuenta de su falta; y en su arrepentimiento, si antes habían gemido de miedo, ahora era de vergüenza: «¿Qué hemos hecho? ¿Qué locura ha sido la nuestra? ¿No nos ha colmado Dios de prodigios? ¿Por qué nos los ha de negar hoy? ¡No! ¡No caminaremos errantes cuarenta años por el desierto! Seguiremos al Señor hasta el país que nos dé. Cuando vea nuestros corazones contritos, Él nos lo entregará. ¡Armémonos, subamos la montaña! ¡Caigamos sobre Amalec! ¡El eterno estará con nosotros, si nosotros estamos con él!»

En vano Moisés intentó detenerlos diciéndoles: «¡Es demasiado pronto; vuestras almas no están maduras aún para la vendimia del Señor!» Pero, cayeron de nuevo en su necedad y respondieron: «¡Puedes quedarte!

¡ Venceremos sin ti! ¿Acaso crees que Dios necesita de ti para hacer un milagro?»

Armados con *prisa y confusión*, los jóvenes empujaban a los viejos, los viejos a los jóvenes; sin haber consultado las doce gemas del Sumo Sacerdote, sin llevar el Arca Santa al combate, se lanzaron sobre Amalec. Pero él los acechaba en los pasajes estrechos; y su sangre corrió como los torrentes de la montaña. En desbandada, Moisés los condujo de nuevo hasta Horma.

Pero llevó también el racimo de uvas de Canaán; y fue tan abundante el vino de este racimo, que bastará para llenar la copa que cada Sábado bendice el Eterno, hasta el fin del mundo

19. LA REBELIÓN DE CORÉ

Israel acampaba en la soledad de Cades Barnea, y para educar a la nueva generación, Moisés enseñaba la Tora a los niños, pues dicen nuestros maestros, que el mundo descansa sobre el aliento de los niños que aprenden la Tora.

Cuando hubo pasado un año, el octavo día del mes de Ab, la trompeta sonó en el campamento, y el pregonero gritó: «¡Cavad vuestras tumbas!» Los seiscientos mil Hebreos cavaron en la arena seiscientas mil fosas. Se tendieron en ellas y durante toda la noche, desde las fosas abiertas, su gemido subió hasta el cielo. Al día siguiente al amanecer, el pregonero gritó: «¡Que los vivos se separen de los muertos!» Los que aún estaban vivos, se levantaron y quince mil ancianos se quedaron tumbados en el polvo.

Entonces empezó de nuevo la murmuración. Datan, el calumniador, decía a los sobrevivientes: «¿Daréis cada año a Moisés quince mil cadáveres? ¿No valdría más arriesgar de una vez todas nuestras fuerzas contra el Cananeo o el Amorreo, el Hitita o el Jebuseo?» «En absoluto -respondió Abiram, el burlón-, a los hijos de Israel les gusta la certeza; prefieren una muerte segura a una victoria dudosa». «¿No veis -proseguía Datan- que Moisés os diezma para reinar mejor sobre vosotros? ¿Os agotaréis en el desierto caminando sin parar durante cuarenta años, sin otra finalidad que morir?» «Les gusta el paseo -replicaba Abiram-; y prefieren el movimiento sobre arena caliente a la pereza del reposo a la sombra de las higueras».

Hacía ya mucho tiempo que Coré, el antiguo tesorero del Faraón, que había traído de Egipto todos los tesoros de José, soportaba mal el poder del profeta. Decía: «¿Por qué es Moisés el jefe? Yo soy más rico que él». Su mujer Olla, orgullosa como él, envenenaba aún más su orgullo. Es de ella, sin duda, de quien está escrito: *La mujer insensata destruye su casa con sus propios manos*. Pues ¿de qué sirvieron a Coré sus riquezas? Una esposa malvada es la ruina de su esposo; y sin una buena esposa, ningún tesoro es tesoro.

Cuando volvía por la tarde, Olla le preguntaba: «¿Qué ha enseñado hoy vuestro Maestro Moisés?» -«Ha enseñado los zizit». -«¿Y qué son los zizit?» -«Son las franjas de púrpura azul que es necesario poner en las cuatro esquinas del tallit para recordar el Sábado». -«¿Y qué es el tallit?» -«Es el manto que se usa para la oración». -«Si yo te hago un tallit todo entero de púrpura azul, ¿sigue haciendo falta, para recordar el Sábado, añadir las franjas azules en las cuatro esquinas? Pregúntaselo a Moisés, vuestro Maestro... ¿Y que más ha enseñado?» -«La mezouza». -«¿Y qué es la mezouza?» -«Una cajita que contiene veintidós líneas de la Tora y que ha de clavarse en la jamba de la puerta para recordar al Eterno». -«Y si en tu casa tienes toda la Tora, ¿siguen siendo necesarias para recordar al Eterno las veintidós líneas de la mezouza? Pregúntaselo a Moisés, tu Maestro».

Coré fue a buscar a Moisés cuando enseñaba la Tora a los niños y le preguntó: «Moisés, Maestro, si mi tallit es todo él de púrpura azul, ¿siguen siendo necesario los zizit? Si en mi casa tengo la Tora entera, ¿sigue siendo necesaria una mezouza?» -«Que tu oído oiga lo que dice tu boca -respondió Moisés-; te siguen haciendo falta los zizit; de todas formas te hace falta una mezouza». «Entonces -replicó Coré-, ¿tienen más fuerza cuatro franjas de púrpura azul que todo un tallit de púrpura azul? ¿Veintidós líneas de la Tora son más poderosas que toda la Tora?»

E iba por todas partes diciendo: «La Tora es absurda; ¿puede el absurdo venir de Dios? ¡Es Moisés quien la ha inventado para oprimirnos!»

Y Moisés pensaba: «¿Cómo podré formar la nueva generación, si la antigua destruye la Ley?»

Una noche, Coré *volvió a su casa con la cabeza rapada*. A lo largo del camino, nadie lo había reconocido. «¿Quién te ha desfigurado de ese modo?», le gritó su mujer. «¡Moisés! -respondió él-; pero a su hermano Aarón lo ha vestido como a una novia para conducirlo al Tabernáculo». -«¡Ha querido humillarte!»-«Sin embargo también afeitó a sus dos hijos y a todos los Levitas». -«¿Qué le importan los otros, con tal de humillarte!

¡Tiene envidia de tus riquezas, te odia, y tú le permites todo! ¿Te parece justo que Elisafan, tu primo, sea el jefe de los descendientes de Quehat que llevan el arca? Tu abuelo Quehat tuvo cuatro hijos: Amram, Yishar, Hebrón y Uzziel. Los dos hijos de Amram, Moisés, y Aarón, son Sumo Sacerdote y Profeta, es demasiado. Pero tú, el hijo mayor de Yishar, el segundo, ¿no deberías ser más importante que el hijo del último hijo de tu

abuelo? ¡Y tú has dejado que pusieran a Elisafan en tu lugar! ¿Hasta cuándo se reirá Moisés de nosotros? ¿Quién le ha constituido rey para que le obedezcas? ¡Libérate! ¡Yo quiero tener un marido que mande!» Entonces Coré resolvió destruir a Moisés y la obra de Moisés.

Reunió primero a la gente del pueblo y les dijo: «¿Habéis hecho la cuenta de todo lo que Moisés os va a costar, con Aarón, el Sumo Sacerdote, sus prohibiciones, sus órdenes y los diezmos que reclaman? Suponed que yo tuviera por vecina a una viuda, madre de dos hijas y sin otra posesión que un campo. Ella se pone a trabajarlo pero Moisés le dice: 'No trabajarás con un asno y con un buey bajo el mismo yugo, el Señor lo prohíbe'. Vino a sembrar pero Moisés le dijo: 'No sembrarás tu campo con semillas diversas, el Señor lo prohíbe'. Vino después a segar y hacer gavillas y Moisés le dijo: 'Deja el espigar para los pobres, y olvida para ellos las gavillas en un rincón del campo, el Señor lo ordena'. Vino a almacenar en el granero y él le dijo: 'Me darás el primer y segundo diezmo, el Señor lo ordena'. Entonces, ¿qué hizo ella? Se levantó, vendió *su campo* y compró dos ovejas para vestirse con su lana y beneficiarse de sus productos. Cuando tuvieron crías, Aarón vino y le dijo: 'Entrégame los primogénitos, pues así lo prescribe el Santo, bendito sea'. Cuando llegó el tiempo del esquila Aarón le dijo: 'Dame la primera lana, porque así lo ha ordenado el Santo, bendito sea'. Cuando se la

hubo dado, ella se dijo para sí: 'No está en mi poder hacer resistencia a este hombre, de modo que mataré mis ovejas y me las comeré'. Después de degollarlas Aarón le dijo: 'Entrégame el lomo, las mandíbulas y el estómago, pues es la ley del Eterno'. Ella exclamó: '¿Cómo? Aun degolladas, ¿no puedo librarlas de tu mano? ¡Pues bien, malditas sean!' Pero él replicó: 'Entonces me pertenecen por entero, ya que así lo ha decretado el Santo, bendito sea'. Y las tomó y se fue. La viuda se quedó llorando, y sus dos hijas con ella».

Así ridiculizaba Coré la Tora delante de la multitud y después añadía: «Lloraréis todos como esta viuda, si dejáis que Aarón y Moisés sigan conduciéndoos». Unos estaban de acuerdo con él; otros callaban; pero cuando Medad o Eldad, Caleb, Pinjas o Josué les recordaban los méritos del profeta y decían: «Si nos ordenase tomar una escalera para subir al cielo, habría que tomarla», Coré era olvidado.

Entonces se volvió a los Príncipes de las tribus: «El pueblo -les dijo- gime bajo el yugo de Moisés; pero no sabe hacer otra cosa que lamentarse y gritar. ¿Os contentaréis también vosotros con clamores y llantos? Moisés se ha constituido en rey; ha convertido a su hermano Aarón en Sumo Sacerdote, a sus sobrinos Eleazar e Itamar, jefes de sacerdotes; ha confiado a su hermana Miriam la enseñanza de las mujeres, al marido de su hermana, Caleb, le ha dado la parte de los exploradores, al nieto de su hermana, Besalel, le ha dado la construcción del Tabernáculo, al hijo de su sobrino, Pinjas, la custodia de la entrada del Tabernáculo, y a Josué, su querido discípulo, el mando de los ejércitos. No exijo nada para mí, yo desciendo de Leví. Pero ¿es justo que la tribu de Leví esté por encima de todas las otras? ¿Por qué recibe ella el diezmo de las otras? ¿Por qué el Sumo Sacerdote es un Levita? Un príncipe de Judá o de Benjamín, de Efraím o de Manases, de Rubén o de Simeón, ¿no podría ser un Sumo Sacerdote tan grande como Aarón?»

Habiendo oído esto, los Príncipes de las tribus fueron antes Moisés y le dijeron: «¿Por qué la tribu de Leví está por encima de todas? ¿Por qué recibe el diezmo de las otras? ¿Por qué el Sumo Sacerdote es un Levita? ¿Por qué no podría uno de nosotros ser Sumo Sacerdote?»

Moisés les respondió: «El Eterno ha puesto fronteras en el mundo que ha creado. Separó la luz de las tinieblas, a Israel de las naciones, a Leví de Israel. Pues ni las familias, ni las razas, ni las cosas son iguales en su creación; cada una tiene su lugar, cada una su función. Que los pueblos habiten la tierra, que Israel ilumine a los pueblos y que Leví ilumine a Israel, como el sol ilumina el cielo; pues sería más fácil hacer iguales al día y a la noche que hacer iguales a los pueblos y al pueblo de Israel, a Israel y a Leví. Pero si dudáis que esto es así por un designio de Dios, mirad: que cada uno tome una vara de madera seca y marque en ella su nombre, según su tribu. Aarón también tomará una vara y marcaré en ella su nombre, por la tribu de Leví. Pondremos todas estas varas en el Santuario y esperaremos la elección del Eterno».

Así lo hicieron. Al día siguiente, cuando vinieron a recoger sus varas, vieron que la de Aarón había florecido y tenía flores de almendro. Pero Abiram exclamó: «¡Estaba

más húmeda que las otras, por eso ha retoñado!» Y nadie se inclinó ante la elección del eterno.

Sin embargo, Coré, que sabía de antemano que Dios designaría a Leví, fue por todas partes repitiendo: «Si el Sumo Sacerdote ha de ser un hijo de Leví, ¿por qué ese hijo de Leví tiene que ser Aarón? ¿Es que sólo hay un Levita?» Y reunió en torno él, con los jefes de las tribus, a los principales entre los Levitas, y de entre los poderosos y los ricos, a Datan el calumniador y a Abiram el burlón, con sus amigos burlones y calumniadores. Y en número de doscientos cincuenta, habiéndolos vestido en son de burla con tallits de púrpura azul, les dio un festín. Después de que se hartaron de comer les dijo: «Para librarnos de Moisés, aplastemos primero a Aarón. Y puesto que la tribu de Leví ha sido designada la primera, que primero un Levita sea Sumo Sacerdote; después lo seremos cada uno de nosotros a nuestra vez, y cada uno a su vez hará su Tora». Pensaba en su corazón: «Yo seré el primer Sumo Sacerdote; cuando lo sea, me quedaré allí y mi Tora será la Tora».

Pero -preguntan nuestros Ancianos- ¿De dónde le venía su certidumbre? Coré era un hombre perspicaz, discernía lo posible de lo imposible. ¿Qué clase de ceguera le hizo correr a su perdición? Es que, una vez que llegó a ser portador del arca, veía el futuro; y viendo el futuro, descubría que de él saldría todo un linaje de profetas que llegaba hasta el profeta

Samuel. Coré no llegó a imaginarse que sus hijos y los hijos de sus hijos harían penitencia por sus faltas y que por su penitencia, merecerían su exaltación; y no viendo en el linaje de Moisés ningún profeta, se decía: «Puesto que yo seré el padre de tantos profetas, Dios querrá que pase delante de Aarón el Sumo Sacerdote y delante de Moisés el profeta».

Hacia el final del festín, Eleazar e Itamar, los hijos de Aarón, vinieron a reclamar la parte del santuario pero los convidados los echaron gritando: «¡Ya no reconocemos a Aarón como Sumo Sacerdote! ¡Ya no reconocemos a Moisés como Profeta!» Entonces fueron a quejarse a Moisés quien les dijo: «La alegría del festín les oscurece el cerebro; cuando pase la noche, vendrá la claridad».

Al día siguiente, Moisés convocó ante el tribunal de la Tora, a Datan y Abiram; pues la ley no permite condenar al culpable sin haberle oído. Pero ellos le mandaron decir: «¡No subiremos!» El insensato, sin saberlo, profetiza su perdición. En efecto, no subieron; en cambio bajaron a las llamas del infierno. Al oír su negativa, el profeta fue personalmente hasta las puertas de sus tiendas, pensando: «Habré hecho todo; que tengan por última vez la ocasión de arrepentirse».

Pero no lo dejaron entrar, cerrándole el umbral con clamores de sarcasmo e injuria: «¿Qué nos traes tú, hijo de Amram? -gritaba Abiram, el burlón-; ¿langostas o insectos? ¿granizo o tinieblas?» -«¿Qué vienes a quitarnos -gritaba Datan, el calumniador-? Si vienes por nuestro oro, ya lo tomaste para tu Tabernáculo. Si es por nuestro ganado, ya lo has tomado de nuestros sacrificios y si es por nuestras hijas, ya

han pasado ocho años; demasiado viejas para tus placeres». Moisés se dijo: «Malditos aquellos que colman la paciencia de Dios». Y les dejó.

Culpable, dicen nuestros Maestros, es la envidia, de donde nace la rebelión; pues para que la paz reine en los cielos, el Señor no permite que la luna mire las estrellas, que brillan por encima de ella, ni que las estrellas miren al sol, que resplandece más que ellas.

Culpable, dicen nuestros Sabios, es la rebelión que nace de la envidia, porque ¿qué será de la nave que ha perdido su piloto? ¿Qué es del pueblo que ha perdido a su guía?

Al volver hacia el Tabernáculo, Moisés vio la multitud en tumulto, aclamando las palabras de Coré, de los Levitas y de los Príncipes conjurados con él. Al acercarse, el aplauso se convirtió en abucheo, la aclamación en silbidos.

Con seiscientos mil voces gritando como en otro tiempo los relámpagos de la montaña, la cólera del pueblo imitaba a la de Dios.

El profeta dijo a Coré: «¿Qué reclamáis? ¿La tiara del Sumo Sacerdote? ¿Crees que Aarón se la apropió o que fui yo quien se la dio? Si yo hubiera podido elegir, ¿no hubiera coronado a mi hijo, o a mí mismo, antes que cargar mi *frente con* vuestro odio, sin poner allí la gloria que codiciáis? Sois doscientos cincuenta; ¿puede haber doscientos cincuenta Sumos Sacerdotes? Sólo tenemos una Tora, sólo tenemos un Dios, y Dios ha puesto a Aarón como su Sumo Sacerdote delante del Arca, en el Santo de los Santos, donde él puso su Tora. Si place a un rey sentar en su trono a su esclavo, ¿rebelarse contra el esclavo, acaso no es rebelarse contra el rey? El Eterno ha escogido a su siervo; el que combate al siervo, combate al Eterno».

Respondió Coré: «¿Eres tú el único que conoce los deseos del Eterno? ¿Pretendes que Él te habla en secreto, sin que nadie escuche su voz, ni vislumbre su rostro? Pero ¿acaso no nos ha hablado a todos nosotros a los ojos del mundo entero? ¿Estabas solo en el Sinaí cuando retumbaron sus diez palabras? ¿Estabas solo cuando su rostro apareció en medio de las llamas y de los truenos? Todos nosotros lo hemos visto, todos lo hemos oído. ¿Por qué hoy has de hablar sólo tú en su nombre? ¿Es que la bendición de Abraham no descansa más que en ti? ¿No somos todos hijos de Israel? ¿Hijos con edad suficiente para escoger un jefe, o para no escogerlo si es que no lo queremos?»

«¡Sí, sí -gritó la multitud-. Todos somos iguales. Ya no queremos un jefe. Tú, nuestro jefe, te has burlado de las diez palabras del Sinaí que todos hemos oído. Tú nos has robado las alegrías de Egipto, las ollas llenas, el pan seguro... Tú nos has mentido con la Tierra de Promesa que no existe en ninguna parte y que nadie verá nunca... Tú has codiciado el poder total a precio de nuestra esclavitud... Tú has deshonrado por la maldición a Israel, que es tu padre y tu madre... Has adulterado con el alma de nuestras mujeres... Al violar el reposo de nuestros días, de nuestras noches, has violado

el Sábado... Nos has matado con el hambre, la sed y la peste en el desierto, y quieres matarnos durante cuarenta años por medio del arrepentimiento... Has profanado el Nombre del Eterno, forzándolo a hacer milagros en contra nuestra... Has tallado un ídolo de carne, haciendo de ti mismo un ídolo... Y del Dios-Uno has blasfemado, porque has dicho: Yo soy Moisés, vuestro Dios!»

Él respondió: «¡Desgraciados! ¡Yo era rey en Egipto: por vosotros abandoné mi realeza; era pastor en Madián: por vosotros abandoné mi soledad! He hablado al Faraón, he dividido el mar; os he alimentado con milagros, como la madre alimenta con leche a su hijo. Cuarenta días y cuarenta noches ayuné en la montaña para meditar la Ley de vuestra salvación y rompí esta Ley para cargar sobre mí el peso de vuestros pecados.

¡ Cuarenta veces he afrontado la muerte bajo las piedras lanzadas por vuestras manos; y otras cuarenta veces la he afrontado para obligar a Dios a perdonaros! Él os ha perdonado los gritos de sufrimiento, los gritos de cólera. Porque el Eterno es justo y magnánimo: no presta oídos a lo que el hombre grita en la cólera o el sufrimiento. Que Él os perdone una vez más hoy pues gritáis en la ignorancia; oídos han puesto en vuestras bocas estos gritos. Pero a ellos el Eterno no los perdonará, pues ellos no gritan en la cólera, ni en el sufrimiento, ni en la ignorancia; la envidia es su grito y ellos saben lo que gritan. Son los orgullosos, los burlones, los calumniadores, los ricos, los Príncipes de las tribus, los Príncipes de los Levitas, que comprenden, que ven, que deberían iluminaros y apagan la luz; desgarran la Tora en la noche; empujan al mundo al caos de la noche. ¡Separaos de ellos! ¡Alejad vuestros pies de las tiendas que ellos habitan! ¡Sobre ellos se ha lanzado el anatema; yo los expulso de Israel y de la mirada de Dios!»

Y mientras que la multitud retrocedía sumida en el terror y en el silencio, él gritó a Coré, a los príncipes, a los Levitas, a los doscientos cincuenta pecadores sobre los que caía su maldición: «Presentaos mañana en el Tabernáculo, que cada uno de vosotros tome un incensario, que ponga en él la llama y prenda el incienso; y Aarón tomará su incensario y pondrá allí la llama y prenderá el incienso. Todos vosotros ofreceréis vuestro incienso, con Aarón ante el Eterno. Yo no estaré allí pero Dios sí. ¡Una vez más, El mostrará su siervo y vosotros mismos haréis el milagro que cerrará vuestros ojos y abrirá los de Israel!»

Durante la noche, el Señor dijo al profeta: «Moisés, hijo mío, ¿qué quieres que haga?» -«¿Has creado el infierno, Rey del mundo? -respondió Moisés-. Si tú lo has creado, ¡ábrele la boca y que se los trague!» -«¡Eh! -dijo el Eterno-, tú que pedías el perdón, ¿pides ahora castigo? ¿Tú les perdonabas cuando se levantaban sólo contra mí, y como ahora se levantan contra ti, ya no les perdonas? Yo te había dicho: Cuando mi rostro sea justicia, que el tuyo sea clemencia. Y ahora que el mío es clemencia, ¿es el tuyo justicia?» -«¿Cómo haré una generación nueva, Señor, si la antigua subsiste y la

destruye de antemano?» -«En cuarenta años morirán todos». -«¡Pero éstos deben morir hoy o tu Tora estará muerta antes que viva la nueva generación!»

Y como Dios callaba, la luna y el sol aparecieron delante de él gritando: «Señor, nuestros ojos no quieren ver más a los pecadores que Moisés condena; si tú no los arrojas del mundo, ¡ya *no* iluminaremos más al mundo!» -«Llamas rebeldes -les respondió el Señor-, iluminasteis a los del diluvio, a los de Babel, a los de Sodoma, que yo había condenado; y a estos, que condena un hombre, ¿no queréis iluminarlos?» Y para obligarles a hacer su tarea, les lanzó centellas. Desde entonces -dice Rabba- en cada amanecer y en cada atardecer Dios debe lanzar Él mismo a la luna y al sol sobre el firmamento porque se niegan a iluminar a los pecadores.

Sin embargo, Moisés imploraba: «Señor, Señor, ¿acaso fui yo quien te pidió guiarlos? ¿No te he suplicado que me abandonaras en mi debilidad? Te he seguido, te he servido, he sufrido por ti el oprobio y el dolor. ¿Qué será de mí, qué haré yo si tus enemigos triunfan? ¿No juraste que me ayudarías? No me abandones. Sé el obrero de mi obra. ¡Oh, si estos mueren en su lecho, con la muerte común del mortal, sin que tú enciendas sobre sus pecados el incendio de tu cólera, yo asentiré cuando griten que tú no eres Dios, que Moisés no es tu siervo!» Entonces Dios dijo: «Cuando un santo ordena, Dios obedece».

On, el hijo de Pelet, tenía una mujer virtuosa llamada Dina. Sin duda es de ella de quien está escrito: *La buena esposa construye su casa*; pues una esposa prudente vale más que las perlas; sus hijos se levantan para llamarla dichosa y su señor para alabarla. Cuando supo del anatema del profeta, Dina aconsejó a su marido: «No vayas mañana a ofrecer el incienso ante el Tabernáculo. ¿Qué provecho sacarás de lo que allí ocurra? Si Moisés prevalece, tú serás seguidor de Moisés; si prevalece Coré, serás seguidor de Coré». El respondió: «Moisés es grande; yo me arrepiento. Pero hice un juramento a Coré, no puedo volverme atrás». ¿Qué hizo Dina? Lo embriagó con una bebida fermentada y al día siguiente no se levantó. Dormía todavía, cuando he aquí que su cama se puso a temblar; de la tierra subían llamas y humareda; la cama temblaba, la tierra se abría. Entonces Dina sujetó a su esposo que ya se hundía en el abismo y gritó: «Dios de justicia, ¿castigarás el arrepentimiento?» Así se salvó On, el hijo de Pelet.

En el mismo instante, las mandíbulas rugientes del abismo se abrían para devorar con sus dientes de fuego a Abiram y Datan, a todos sus amigos y todos sus hijos, desde el adolescente hasta el recién nacido; porque la rebelión es tan funesta -dicen nuestros Ancianos- que pierde tanto al inocente como al culpable.

Y en el mismo instante, Coré, los príncipes de las tribus, los príncipes de los levitas y todos sus cómplices hacían subir con Aarón, ante el Santo de los Santos, sus inciensos. Entonces, de los ojos de los querubines salieron quinientos relámpagos; sin un solo ruido, sin un grito, penetraron en las narices de los réprobos y, dejando intactos sus cuerpos, extinguieron sus almas. Y mientras el castigo tendía sobre el suelo doscientos cincuenta cadáveres, Aarón solo, de pie, levantaba sus manos hacia Dios en el incienso que subía de su incensario. En tanto que bajo el cadáver de Coré el suelo

desapareció y quemado ya su cuerpo por el fuego del cielo, también lo fue por el fuego del infierno.

Así perecieron Abiram el burlón, Datan el calumniador y Coré el orgulloso; porque dicen nuestros Sabios: la Presencia de Dios no reposa sobre el orgulloso, ni sobre el calumniador, ni sobre el burlón: ¡Reposa sobre el modesto!

Rabba bar Chana cuenta que un día, cuando viajaba por el desierto, un árabe se le acercó y le dijo: «Ven, quiero mostrarte el lugar en el que Coré fue tragado». Tomó un trapo de lana, lo empapó en agua, lo enrolló en su lanza y la clavó en el suelo; subió una humareda y en la humareda una voz gritaba: «¡Habíamos mentido! ¡Habíamos mentido! ¡Dios es el Dios de Moisés, la Tora es la Tora de Moisés!»

Y cuando los pecadores hubieron perecido, Moisés dijo: «¡Ahora formaré la generación de la Tora!»

20. LA LECCIÓN DEL DESIERTO

Durante cuarenta años caminaron errantes por el desierto, yendo de Cades a Ritma, de Libna a Rissá, de Sefer a Jaradá. Los doce ríos de Miriam los seguían saciando su sed; la nube de Aarón se cernía sobre sus cabezas y caminaba delante de ellos, quemando abrojos, serpientes y cañas, rellenando valles, allanando montañas, cegando de terror a los pueblos; y el maná de Moisés, con su pureza y sabores variados, saciaba su carne.

Cada año, el noveno día del mes de Ab, quince mil ancianos quedaban tendidos en los sepulcros abiertos, y los sobrevivientes narraban a los vivos, nacidos en el desierto, la esclavitud de Egipto, las diez plagas sobre el Faraón, el mar abierto a las tribus liberadas, la Ley de fuego entregada en la montaña, el becerro de oro, la rebelión, la Tierra ofrecida, Dios rechazado. Y decían: «¡Dichoso, dichosos vosotros que viviréis en el país donde habita el Santo! Nosotros sólo hemos visto de él un racimo de uvas, y moriremos sin tocar la viña donde brotó su vino. ¡No probéis nuestros pecados; recoged el fruto de nuestro arrepentimiento!» Pero muchos pensaban en su interior: «¿No hemos sufrido ya bastante? ¿Por qué pereceremos sin recompensa? ¿Por qué estos, que viene detrás de nosotros, tendrán más que nosotros? ¿Serán otros quienes posean lo que nos fue prometido? ¡Que no pequen ellos a su vez, porque perecerían como nosotros!»

Sin embargo, todos honraban a Moisés, que educaba ahora a la nueva generación.

¿Por qué -se preguntan a este propósito nuestros Rabinos- la Tora fue enseñada en el desierto? Porque antes de la Tora, el mundo no era más que un desierto; porque, sin la Tora, volvería a ser un desierto.

Cada noche, en mitad de la noche, el discípulo entre discípulos, Josué, hijo de Nun, preparaba la camisa de lino sobre la almohada del Maestro que aún dormía, sacudía el polvo de la mitra, de la túnica, de las sandalias y las ponía cerca de su cama, iba a sacar agua del pozo para las abluciones, y arreglaba, en la sala de paredes flotantes, los bancos en semicírculo y el trono elevado. Después ordenaba al pregonero que anunciara: «Reuníos para escuchar la palabra de Dios». Y mientras el discípulo servía al Maestro y le vestía, los niños, los adolescentes y los hombres iban a casa de los príncipes de las tribus, a casa de los Ancianos, a casa de Eleazar y Aarón, quienes los conducían en cortejo a los pies del profeta, para desearle la alegría de la mañana; después todos lo escoltaban hasta el Tabernáculo, donde Josué lo sentaba en el trono de oro. Entonces, retomando la lección donde la había dejado el día anterior, Moisés hablaba.

Grande es la paz, han dicho nuestros Ancianos, pues en el cielo, entre los ángeles de nieve y los ángeles de fuego, el Eterno establece la paz; y si los mismo ángeles allá arriba necesitan de la paz, cuánto más la necesitan los hombres aquí abajo.

Grande es la paz, han dicho nuestros Doctores, pues para que subsista, el Eterno permite que aun el Nombre divino sea borrado.

Grande es la paz, han dicho nuestros Sabios, pues la guerra misma empieza por la paz.

Es por lo que el profeta enseñaba: «Cuando salgáis para combatir, decid al pueblo: 'Si alguno ha construido una casa pero no ha tomado aún posesión de ella, que vaya y regrese a su casa, pues podría morir en la batalla, y otro tomaría posesión de ella. Si alguno ha plantado una viña y no ha gozado aún de su fruto, que se vaya y vuelva a la viña; porque podría morir en la batalla, y otro gozaría de ella. Si alguno se ha prometido en el matrimonio a una mujer y aún no la ha desposado, que se vuelva donde su mujer, porque podría morir en la batalla y otro se casaría con ella. Y si alguno tiene miedo en su corazón, que se vuelva a su miedo antes que el corazón de los demás desfallezca como el suyo. Así la paz estará entre vosotros'. Además, antes de empezar la batalla, diréis al enemigo: 'Que la paz sea hecha entre tú y yo' y, solamente si la rechaza, entonces tomaréis las armas».

Bouki, el hijo de Yogli, preguntaba: «Moisés, nuestro Maestro, tú has enseñado: 'Grande es la paz'. ¿Por qué, pues, es necesario hacer la guerra?» Y Moisés respondía: «Para construir una paz más grande».

Y continuaba: «Cuando hayáis entrado al país que Dios os da, os repartiréis el suelo, familia por familia; cada una tendrá su campo y su viña, ninguna tendrá más que otra. Seis años sembraréis vuestros campos, seis años trabajaréis vuestras viñas y recogeréis el fruto; pero el séptimo año, daréis a la tierra un descanso, un Sábado para el Eterno. Este año no sembrarás el campo ni podarás tu viña; no cortarás el fruto de tu cosecha, ni vendimiarás los racimos de tu viña pues pertenecerán a todos: a ti, a tu esclavo, a tu sirviente, al mercenario y al extranjero que está en tus puertas, al ganado y a las bestias salvajes que están contigo. Después contarás siete veces siete años; y harás resonar el cuerno en el séptimo mes, el décimo día del mes; y santificarás el año cincuenta, pregonando en el país la libertad para todos aquellos que la habitan; y este año será para todos vosotros año de alegría, en el que cada uno volverá a su hogar, en el que cada uno volverá a su posesiones. Porque Dios no quiere que permanezca esclavo el que ha oído la palabra del Eterno; y Dios no quiere que se añada campos a campos y viñas a viñas, *Porque la tierra es mía, dice el Eterno*».

Quemuel, el hijo de Siftán, preguntaba: «Moisés, nuestro Maestro, tú has enseñado: 'La tierra es mía, dice el Eterno'. ¿Por qué, pues, es preciso que Israel tenga su tierra?» Y Moisés respondía: «Para que un día devuelva a Dios, la tierra entera».

Y el profeta continuaba diciendo: «Escucha, Israel, el Eterno es nuestro Dios, el Eterno es Uno. Amarás al Eterno, tu Dios, con toda tu alma, con todo tu corazón y con

todas tus fuerzas; y amarás a tu prójimo como a ti mismo, porque el hombre es la imagen de Dios: amar al hombre es amar a Dios. Por esto, cuando el Eterno haya expulsado delante de ti a los pueblos que va a desposeer, guárdate bien de andar por sus caminos. No vayas a decir: '¿Cómo es que estos pueblos servían a sus dioses? Quiero hacer como ellos'. Porque la lujuria y el homicidio, todo aquello que el Eterno aborrece, ellos lo han hecho por sus dioses. En el país del Señor, practica, pues, la Tora del Señor en pureza y en amor. Porque si no te desvías de sus preceptos, ni a la izquierda ni a la derecha, serás bendito en tu ciudad y bendito en tu campo; bendito será el fruto de tus entrañas y el fruto de tu suelo; bendita será tu canasta y tu artesa; benditos tu nacimiento y tu muerte; y bendita tu vida después de tu muerte. El Eterno, tal como lo ha jurado, hará de ti nación de sacerdotes, uniendo los pueblos entre sí y uniendo los pueblos a Dios. Pero si en tu país no mantienes la alianza que el

Eterno, tu Dios, ha hecho con sus padres, serás maldito en tu ciudad y maldito en tu campo; maldito será el fruto de tus entrañas y el fruto de tu suelo; maldita tu canasta y tu artesa; malditos tu nacimiento y tu muerte; maldita tu vida después de tu muerte. El cielo sobre tu cabeza será de bronce; y la tierra bajo tus pies será de hierro. El Señor te golpeará con vértigo y ceguera; irás a tientas en la luz como el ciego en la noche. Y porque no habrás servido a tu Dios con alegría en la abundancia, servirás a tus enemigos en el hambre, en la sed y en la desgracia. De un extremo a otro de la tierra, el Eterno te dispersará entre los pueblos y hará de ti el oprobio de los pueblos. Pondrá en tu corazón la angustia y en tu carne el temblor. Dirás espantado cada mañana: '¡ojalá fuese aún la tarde de ayer!'; y cada tarde: '¡ojalá fuese aún la mañana de hoy!' Y ya no sabrás si estás vivo. Porque este país que Dios te da, quiere habitarlo Él contigo, y si tú lo expulsas, Él te expulsará a ti. Entonces su Presencia, que por tus virtudes debería habitar la tierra, irá de nuevo por tus faltas a exiliarse en el cielo».

Pedahel, el hijo de Ammihud, preguntaba: «Moisés, Maestro nuestro, tú nos has enseñado: 'Dios lo puede todo'. Si Dios lo puede todo, ¿cómo es que el hombre puede expulsarlo de la tierra?» Y Moisés respondía: «Porque todo está en *manos* de Dios, salvo el *temor* de Dios». Y Palí, el hijo de Azzan, preguntaba: «Moisés, nuestro Maestro, ¿por qué necesitamos poner a Dios sobre la tierra? ¿Acaso no tenemos que alcanzarlo en el cielo?» Y Moisés respondía: «El hombre no merece el reino del cielo sino a condición de haberlo querido establecer sobre la tierra».

Y mientras que el profeta inculcaba a los hijos de Israel la Tora en la escuela del desierto, Zagzagel, en la Escuela de lo Alto, la inculcaba a los ángeles; y en el Gan Edén, el Santo, bendito sea, la inculcaba a los justos, que están por encima de los ángeles.

Ahora bien, los justos, en su camino al Edén, pasaban delante de la puerta *del* infierno, y los malvados, en su camino al infierno, pasaban delante de la puerta del Edén; y Adán, desterrado en su penitencia entre las dos puertas, clamaba al Señor: «Rey del mundo, a quien mi pecado expulsó del mundo, ¿cuándo terminará mi penitencia?» Y el Santo, bendito sea, le respondía: «Al principio hice sólo un hombre, mezclando el polvo de todos los lugares de la tierra. De tu pecado nacieron los

hombres, separando uno del otro el polvo del que estaban hechos. Al final de los tiempos, los hombres serán de nuevo un solo hombre uniendo todos los lugares de la tierra. *Entonces terminará tu penitencia*».

Cubiertos por la nube, abrevados por los doce ríos y alimentados por el maná, los Hebreos erraban, pues, en el desierto, desde Tájat a Téráj, de Jamona a Moserot, de Jor Haguidgad a Yotbatá, recibiendo y recitando la lección del desierto.

A veces Moisés, en el silencio de la noche, salía del campamento buscando la soledad, para crear dentro de su alma, como en los tiempos de la zarza, el desierto.

Una noche, cuando estaba sentado en una cueva, la misma en la que más tarde meditó el profeta Elias, imploró a Dios: «¿Qué he sabido yo de ti, Señor? ¿Qué he podido comprender? He visto tu Trono de esplendor, pero tu Trono ¿eres tú? He visto tu Rostro, pero tu Rostro ¿eres tú? Te he llamado Poderoso, Justo, Misericordioso; te he nombrado Verdad, Paz, Amor, pero darte un nombre, ¿no sería acaso empequeñecerte? Y empequeñecerte, ¿no es acaso blasfemar de ti? ¿Acaso no estás tú por encima de todas estas cosas humanas: el poder, la justicia, la misericordia, la verdad, la paz, el amor? Y este Nombre, que tú mismo me has enseñado, el Nombre impronunciable, que sólo yo pronuncio y que significa *Yo soy el que es* ¿no es aún demasiado pequeño para tu majestad, más grande que el Ser mismo? Tú me has hablado en mi lenguaje, háblame ahora en el tuyo. Tú me has abierto cuarenta y nueve puertas del conocimiento; ábreme la número cincuenta, Señor. ¡Que más allá de tu Trono y de tu Rostro y de tu Nombre, yo te conozca, y te comprenda, y te vea, como tú mismo te ves!» Dios respondió: «Permanece encerrado en la cueva de tu soledad y mira, yo pasaré». Entonces, con ojos que no son del cuerpo, con ojos que no son del alma, el profeta miró, pero no vio más que la sombra de una sombra, tal como está escrito: *Nadie puede ver a Dios sin morir*.

Y al salir de la cueva, he aquí que vio tendidos en sus tumbas abiertas, bajo la luna llena, a todos los muertos del desierto. Moisés les dijo: «¡ Ay! ¡ Ay! Durante cuarenta años he apacentado las ovejas de Jetró en los pastos de Madián; jamás he perdido a una sola; y ¡vosotros, hermanos míos,

mis hijos, a quienes llevaba a apacentar en el País de la Promesa, a lo largo del camino os he perdido a todos!

Dios os enseñaba su Tora, y a pesar de su Tora, no habéis aprendido nada. Él os sostenía con sus milagros, y, a pesar de sus milagros, no habéis conquistado nada. ¿Me seguirán vuestros hijos, o acaso también a ellos los perderé? ¿Vivirán para la Tora, o morirán por ella? ¿Querrá todavía el Eterno hacer milagros para ellos? Señor, Señor, he educado en tu Tora a una nueva generación; ¡ que no sea como la anterior! ¡ Que vivan, que vivan estos nuevos hijos, Rey del mundo! ¡Y que puedas Tú hacer para ellos este milagro, que te escuchen y te sigan sin milagros!»

Al acercarse, vio las tumbas abiertas: las tumbas habían crecido, los muertos habían crecido; sus sudarios ya no estaban desgarrados, su carne ya no era polvo; ni

los gusanos de la tierra, ni los buitres del cielo habían siquiera rozado sus cadáveres intactos. Mas el hierro de las espadas brillaba en sus puños; el rojo de la sangre brillaba en sus rostros; la luz del día salía de sus ojos. Y Moisés les dijo: «¡Hermanos e hijos míos, yo había profetizado la podredumbre sobre *vuestros* huesos, Dios los ha conservado vivos en la muerte! ¿No habíais, pues, blasfemado contra el Nombre del eterno?» -«Pero lo habíamos cantado cuando *el mar que se secó*», respondieron los muertos. -«¿No habíais dado vuestro oro al becerro de oro?» -«Pero lo habíamos entregado al Tabernáculo», respondieron los muertos. --«¿No habíais rechazado la Tierra Prometida?» -«¡Sí, pero la hemos buscado, y tú la buscas aún! ¡Vuelve Moisés cuando la hayas encontrado y nos conducirás a ella, más allá de la muerte!» Entonces el profeta exclamó: «¡ Señor, Señor, nadie te conoce, nadie te conocerá! Pero, puesto que estos, que nacieron en la ignorancia y en la idolatría, te han conocido lo suficiente para esperarte en el sepulcro, aquellos que nacieron en tu luz ¿te conocerán lo suficiente para ir a donde tú vas?»

Cuarenta años después de haber salido de Yotbatá hacia Abroná, y después de Abroná hacia Esyón Guéber, los Hebreos regresaron a acampar en Cades Barnea. El octavo día de Ab, el pregonero gritó: «¡Cavad vuestras tumbas!» Las abrieron, se tendieron en ellas, y durante toda la noche hicieron el lamento. Al día siguiente, al amanecer, el pregonero gritó: «¡Que los vivos se separen de los muertos!» Pero todos se levantaron de nuevo. La generación del pecado ya no existía.

Entonces dijo Moisés: «Que la generación de la Tora entre en el país de la Tora».

21. LOS NUEVOS HIJOS

La Tora, según nuestros Maestros, no exige correr tras el deber; basta con esperarlo. Ella ordena: *Si encuentras en tu camino un nido de pájaros, deja que la madre escape.* Ella ordena: *Si encuentras extraviados el buey o el asno de tu enemigo, preocúpate de hacérselos regresar.* Mas cuando se trata de la paz, ella manda: «*Busca la paz*».

Moisés envió pues al rey de Edom un mensaje diciendo: «El tiempo ha llegado en que el Eterno, nuestro Dios, entregará a los hijos de Israel la tierra que fue prometida a sus padres. Nuestro camino atraviesa tu comarca. Déjanos pasar en paz; no haremos uso de nuestras armas; no tocaremos ni tus pozos, ni tus cosechas, ni tus rebaños, porque nos siguen ríos para saciar nuestra sed y el maná del cielo sacia nuestra hambre». Pero habiéndose negado el rey de Edom, Moisés no quiso obligarlo, aun teniendo el apoyo del Eterno; y en bien de la paz, eligió tomar el camino más largo, que rodea el Seir.

Ya los Hebreos recogían sus tiendas cuando murió Miriam, la profetisa. No le estaba permitido entrar en la Tierra Prometida. Ella, igual que los pecadores del desierto, había calumniado al profeta. Él, con todo, la lloró con la frente cubierta de ceniza, acurrucado, con los pies desnudos sobre el suelo, sobre el suelo en su manto desgarrado, con su hermano Aarón y la madre de ambos, la anciana Yokébed que, habiendo dado a luz a seiscientos mil Hebreos por medio del alumbramiento de Moisés, sobrevivió al Sumo Sacerdote, a la profetisa y al profeta, y siguió sola, hasta el final, a los hijos de sus seiscientos mil hijos.

Los tres lloraban.

¿Por qué -preguntan nuestros Sabios-, el Santo bendito sea, ha puesto algo de amargo en nuestras lágrimas? Para que esta amargura hiera los ojos y les impida así llorar demasiado tiempo; pues es tan grande el luto de la muerte, que si los ojos pudieran llorar como llora el corazón perderían la vista a fuerza de lágrimas. Los tres callaban ahora, no teniendo ya lágrimas para su dolor. Y al callarse, he aquí que oyeron acercarse las voces y los clamores de una multitud: «¿Qué rumor es ese?» preguntó Moisés. -«Maestro nuestro -respondió Aarón-, ¿Acaso no sabes que los nuevos hijos de Israel tienen el alma tierna? Vienen a compadecerse de nuestros lamentos». -«Si vinieran a compadecerse lo harían en silencio», murmuró Yokébed.

Nuestros Ancianos lo han dicho, en efecto: sólo el silencio da valor a la compasión.

Pero ya a la entrada de la tienda, las caras hacían gestos y los puños amenazaban: «¡La fuente de Miriam se ha secado! ¡Los doce ríos han cesado de correr! ¡Más agua

para nuestros hijos! ¡Más agua para nuestros animales! ¿Qué haces aquí llorando por una muerta, cuando los vivos mueren de sed? ¡Agua! ¡Agua! ¡necesitamos agua!»

Nunca antes se había irritado tanto Moisés como para llegar a ofender a su pueblo. Su paciencia, igualando su amor, huía de la cólera, porque ella quita a los sabios la sabiduría y a los videntes la visión. Pero aquel día perdió la paciencia.

Todo buen pensamiento hace nacer un ángel -han dicho nuestros Rabinos-. Y estos hombres a quienes la sed hacía rebelarse pensaban en la sed de sus animales; pero el ángel que nació de este pensamiento no lo vio el profeta, porque la ira lo cegó.

«¡Cómo! -exclamó-, ¿Venís a insultar el duelo de la que os calmó la sed durante cuarenta años? Yo he puesto sobre vosotros jefes de decenas, de centenas, de millares, príncipes de tribus, ancianos; ¡si necesitáis agua id a pedírsela a ellos!» -«¡No, tú eres nuestro jefe, a ti te toca dárnosla. ¿Quién nos ha conducido por este desierto sin fuentes, ellos o tú? ¡Danos agua!» -«Yo no tengo». -«¡Haz un milagro!» -«¡Un milagro! ¡No vivirán sin milagros! ¿Y si no pudiera hacerlo?» -«Tú has abierto el mar, según lo que cuentas ¿y ya no puedes hacer más milagros? Para nuestros padres que pecaron ¿sí podías? Y para nosotros, que no hemos pecado, ¿no puedes? ¡Danos agua, profeta, o te apedreamos!» Y empezaban ya a lapidarlo. Entonces, levantándose de su duelo, huyó al Tabernáculo; y Dios le dijo como otras veces: «Habla a la roca, el agua brotará».

Ahora caminaba por el desierto de Meribá; la ira inflaba sus narices; en su mano, su cayado temblaba; la voz de su alma le gritaba: «¡Cuarenta años enseñándoles y esto es lo que ha aprendido! ¡Y todo por haberse quedado una hora sin beber! Cuando su vientre habla, su corazón calla. ¡Raza de rebeldes y de blasfemos!» Y todos gritaban detrás de él: «¡Golpea esta roca! ¡Golpea aquella! ¿Para qué elegir? ¡Para hacer un milagro, cualquier roca es buena!» Pero él, en la noche de su arrebató, no sabía dónde golpear. Entonces la multitud se detuvo: «¿Piensas llevarnos hasta el fin del mundo? ¡No esperaremos más! ¡Danos agua, ya! ¡Agua o te matamos!» -«¡Rebeldes, hijos de rebeldes, aunque os diese a beber todos los torrentes de las montañas continuaríais aún con sed de injuria y de sacrilegio!» -«¡Golpea! ¡Golpea!» -«¿Y puedo saber acaso si el agua brotará?»-«¡No sabe! ¡No sabe! ¡Deberías estar muerto con nuestros padres si no sabes más que ellos! Tú los mataste durante cuarenta años y ahora ¿quieres matarnos a nosotros?»

Él golpeó. Sólo una gota de agua brotó de la roca. -«¿Acaso somos niños de pecho? ¿Quieres hacernos mamar? ¡Agua! ¡Agua! ¡Ríos! ¡Océanos!» Entonces su puño gigante se levantó hasta el cielo y su ira retumbó volviendo añicos la roca. Un mar de sangre brotó inundando el desierto. Todos gritaban: «¡Dios ya no está con él, ya no es profeta!» Y la roca gritaba: «¿Por qué me has golpeado?» Y Dios también gritaba: «Te he dicho que hablaras a la roca. ¿He dicho acaso que la golpearas? Te dije que guiaras a mi pueblo; ¿He dicho acaso que lo ultrajaras? Si son sacrílegos y blasfemos, ¿por qué querrías ir a donde ellos van? Tú enseñas a dudar a quienes tiene fe. Tú borras mi nombre de los corazones que me buscan ¿Y pretendes que me encuentren?» Y ordenó a

la roca: «Sana de tu sangre; que el agua te purifique». La sangre cubrió de rosas la arena del desierto y el agua reflejó las rosas. Al instante exclamaron todos: «¡Moisés es nuestro Maestro, Moisés es profeta!»

Se marchó solo al Tabernáculo y gimió delante del eterno: «¡He pecado, Señor, la cólera oscureció mi corazón. Ya no esperaba que hicieras ningún milagro!» -«¿Por qué no habría ya de hacerlos? ¿Me he cansado acaso de ser Dios?» -«Durante cuarenta años les había inculcado tu fe; esperaba que creyeran sin milagros». -«Y tú, ¿has creído sin milagros? ¿Los zahieres porque son lo que tú fuiste? ¿No te había yo ordenado en la esclavitud de Egipto: 'Respeta en ellos a mi pueblo'? Porque mira si el pueblo es grande que yo le permito al Sumo Sacerdote volver la espalda al Arca Santa, que es mi trono, para bendecir al pueblo». -«Sí, he pecado, Señor. ¿Me perdonarás?»

Durante largo tiempo, Dios guardó silencio; después dijo: «¡Condúcelos!»

La nube que expulsaba a las naciones, quemaba las serpientes, rellenaba los valles y aplanaba las cimas, había dejado en el desierto tres montañas en pie: el Sinaí para el Eterno, el Hor para el Sumo Sacerdote, y el Nebo para el profeta.

Cuando llegaron a la montaña de Hor, acamparon al pie del monte y el Eterno dijo al profeta: «Moisés, siervo mío, tengo que confiarte un mensaje que pesa sobre mi corazón». -«¿Cuál, Señor?» -«Aarón tu hermano, igual que Miriam, pecó calumniándote ante mi rostro; debe morir, como la generación de los pecadores». -«Si yo, que soy un pecador, le he perdonado, ¿no le perdonarás tú, Señor? Él no ha cometido más que un pecado y tu clemencia es grande». Dios respondió: «¿Acaso no es por un solo pecado como vino la muerte al mundo? Y ¿sería justo que el Sumo Sacerdote fuera perdonado, cuando hay seiscientos mil cadáveres tendidos en el desierto? Pero como Aarón tu hermano, no tuvo nunca secretos para mí, no quiero yo tenerlos para él. Anúnciale que va a morir. Decírselo yo mismo, no puedo. Me falta valor, aunque sea Dios». Entonces el corazón de Moisés se rompió en lágrimas. Suplicó: «Señor, Señor, Tú eres Rey sobre toda criatura, y la voluntad de toda criatura está en tu mano; pero ¿cómo podría querer anunciar la muerte a mi hermano Aarón, mayor que yo?» -«Llévalo a la montaña con su hijo Eleazar; le dirás lo que haya que decirle».

Si el mismo Dios obedece al profeta, ¿puede el profeta no obedecer a Dios? Al día siguiente por la mañana, antes de la hora en que acostumbraba esperar al pueblo, a los Príncipes, a los Ancianos y al Sumo Sacerdote, Moisés se levantó y dijo a Josué: «Ve y anuncia al pueblo, a los Príncipes y a los Ancianos que me encontrarán en casa de Aarón, mi hermano». Cuando llegó, Aarón le preguntó: «¿Por qué eres tú el que viene hoy, hermano mío?» -«Tengo que darte un mensaje de Dios». -«¿Cuál?» -«Te lo daré cuando hayamos salido». Aarón se revistió con las ocho vestiduras de Sumo Sacerdote y le siguió.

Era costumbre que, cuando iban en cortejo al Tabernáculo, Aarón caminara a la derecha de Moisés, Eleazar a su izquierda, los Ancianos y los Príncipes a cada uno de los lados y la multitud detrás. Aquel día, Moisés cambió el orden acostumbrado; se puso él mismo a la derecha, colocó a Eleazar a la izquierda y a Aarón en el medio. Viendo esto, el pueblo se regocijaba diciendo: «¡Moisés le cede su sitio! ¡Aarón es el más santo!» pues amaban a Aarón más que a Moisés. Al no ser la justicia su competencia, no podía escuchar otra voz que no fuera la de su corazón. Iba de casa en casa, enseñando la bondad a los niños, explicando el deber a los mayores. No contento con poner la paz entre el hombre y Dios, la ponía también entre los sabios, entre los ignorantes, entre los sabios y los ignorantes; en recuerdo de los esposos reconciliados por él, cuarenta mil hijos de Israel se llamaban Aarón; y cuándo un pecador iba a pecar, se detenía, pensando: «Si peco, ¿podré mirar los ojos de Aarón sin enrojecer?» Por eso se alegraron todos esa mañana.

Llegados ante el Tabernáculo, el Sumo Sacerdote quiso entrar: «¡No! -le dijo Moisés-, hoy saldremos del campamento». Una vez fuera, le preguntó Aarón: «¿Cuál es el mensaje de Dios?» Él respondió: «Espera a que estemos en la montaña». Al pie del monte, ordenó a los Ancianos, a los Príncipes y al pueblo: «Permaneced aquí; yo subiré con Eleazar y Aarón: cuando hayamos oído a Dios, bajaremos».

Mientras subían, Moisés buscaba en su corazón un pensamiento que pudiese conducir a Aarón a la idea de la muerte, y reflexionando acerca del alma del hombre, le dijo: «Aarón, hermano mío, el Santo, bendito sea, ¿no te ha confiado nada?» -«Lo ha hecho; me ha confiado el altar y la mesa donde están los doce panes de Israel». -«¿Quizás un día te pida que se los devuelvas! Pero ¿No te ha confiado otra cosa?» -«¿Cuál, te lo suplico?» -«Una luz». -«Más de una -respondió Aarón-, ha puesto bajo mi cuidado siete luces que brillan en el Santuario». Y no atreviéndose a hablar del alma, Moisés repuso: «¡En verdad, bien te ha llamado Dios, el sencillo de corazón!»

Mientras conversaban, se abrió delante de ellos una gruta. «¡Qué hermosa es! -dijo el profeta-, ¡entremos!» Y comenzó a temblar, pues ahora tenía que pedirle al Sumo Sacerdote que se despojara de las vestiduras del Sumo Sacerdote. «Aarón, hermano mío, quizás haya tumbas en esta gruta. ¿No se mancharían a su vista tus vestiduras sagradas?» -«Tienes razón, Moisés, hermano mío. Me las quitaré y vestiré con ellas a mi hijo Eleazar». Entonces el Eterno hizo un milagro: a medida que Aarón, para vestir a su hijo Eleazar, se quitaba una a una la tiara de triple corona que expía la blasfemia, el pectoral de doble broche que expía la prevaricación, el efod tejido en oro que expía la idolatría, la túnica de campanillas que expía la calumnia, la mitra recta, el ceñidor de pliegues ocultos, la camisa sin pliegues y el calzón de lino retorcido que expían el orgullo, el robo, la mentira y la lujuria, el Santo, bendito sea, para ocultar ante el cielo y la tierra la desnudez de su Sumo Sacerdote, lo cubría con las ocho vestiduras de la divinidad, que son: la grandeza, la fuerza, la gloria, la magnificencia, la justicia, la misericordia, la verdad y el amor.

Cuando Eleazar se hubo vestido del esplendor del sacerdocio, Moisés le ordenó: «Espera aquí». Y solo con Aarón, entró la gruta. Allí vieron un lecho, una mesa y una

lámpara que encendían unos ángeles. Entonces dijo Aarón: «Moisés, hermano mío, ¿para qué ocultarme más tiempo el mensaje de Dios? Aun si se tratara de mi muerte, estoy preparado». -«Pero yo, hermano mío -respondió Moisés-, ¿crees que estaba preparado para anunciártela?» -«¡ Ay, ay! ¡Cómo no has hablado antes, Moisés, cuando aún tenía cerca mío a mi madre, a mi mujer, a mis otros hijos...!»

El profeta quiso consolarlo: «Tu hijo Eleazar ha caminado en tus sendas; tú sobrevivirás en él; será Sumo Sacerdote después de ti y hasta el fin de los días, todos los Sumos Sacerdotes de Israel serán de hijo en hijo, hijos de Aarón. Pero mi hijo, el mío, ¿qué será de él? No ha amado la Tora que yo enseñé. ¡Ningún profeta saldrá de mis entrañas; estaré solo después de mi muerte, solo, como he vivido...! Mira, te esperan los ángeles; tu hijo te ha acompañado; ellos te acompañarán». Pero Aarón ya no respondió. Los ángeles lo tendieron sobre el lecho, en silencio, y se fue en silencio, a donde van los ángeles.

Cuando el profeta salió de la gruta, Eleazar le preguntó: «Moisés, Maestro nuestro, ¿dónde está mi padre?» -«Está con Dios». Y bajaron. Pero cuando abajo de la montaña, la gente los vio venir sin Aarón gritaron todos: «¿Qué habéis hecho con él? ¡Lo han matado! ¡Lo han matado! ¡Eleazar quería su tiara! ¡Moisés quería su gloria! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

¡ Lo habéis matado!» Y de nuevo las piedras del suelo llovían para lapidarlos. Pero de pronto, en lo alto del monte, la gruta se abrió; los ángeles salieron de ella flotando en el espacio y sus alas llevaban el cuerpo santificado de Aarón. Entonando la alabanza, el Eterno cantaba: «¡Yo he querido que el que caminaba en la rectitud entrara en la paz!» Y los ángeles respondían: «¡La bondad estaba en su boca, el amor en sus labios. Salió en paz, ha entrado en la paz!» Y sabiendo que el mismo Dios se había llevado a su Sumo Sacerdote, todos gimieron por él.

Rodeando el país de Edom, Israel retomaba ahora su marcha en el desierto. Pero al igual que la fuente de los doce ríos había desaparecido con Miriam, la nube de Gloria de los doce esplendores desapareció con Aarón. Viendo por primera vez los astros del cielo, más de un Hebreo se ponía de rodillas para adorarlos. Todos se lamentaban, porque ni las espinas ni los animales hostiles eran ya quemados delante de ellos; y se espantaban, porque los pueblos no eran ya deslumbrados por los esplendores de la nube y decían: «¿Es ese el pueblo que su Dios protegía? Su Dios lo abandona, podemos destruirlo».

Pero Amalec acechaba, porque él siempre está cuando Israel desfallece. Cayó sobre los Hebreos; los Levitas lo aniquilaron; pero, a pesar de la victoria, de nuevo empezó la murmuración: «¡Qué largo es el camino! ¡Casi habíamos llegado, y porque un rey de Edom nos niega el paso, nos obligan a desandar lo andado! ¡Tendremos que ir errantes cuarenta años en el desierto como nuestros padres!» Moisés les reprendía diciendo: «Vosotros habéis irritado al Eterno contra mí» y ellos respondían: «Tú has sido para nuestros padres un Faraón más cruel que el propio Faraón. ¿Por qué te siguieron? ¡Nosotros no te seguiremos más!» Entonces, entre los de Gad, Simeón, Aser

y Benjamín corrió un grito: «¡ Salvémonos de la esclavitud; volvamos a Egipto!» Recogieron las tiendas, abandonaron el campamento y lograron a toda prisa huir hasta Moserot, a ocho días de camino. Los demás los persiguieron. «¡ Señor, Señor! -gemía Moisés-, ¿harán los Hebreos correr la sangre de los Hebreos?» Pero Dios no respondía. Ante el rostro tembloroso del profeta, los hermanos, en armas, se lanzaron sobre sus hermanos. Y durante siete días y siete noches, con la frente cubierta de ceniza, acurrucado, con los pies desnudos sobre el suelo, envuelto en su manto desgarrado, Moisés, vencedor, hizo duelo sobre su victoria.

Se pusieron de nuevo en marcha y las quejas volvieron a empezar: «¿Dónde está aquel racimo de uvas que trajo Caleb? ¿Dónde están esos árboles de donde brota la miel, los prados que manan leche? ¡El maná, siempre el maná: maná por la mañana, maná por la tarde, maná en la semana, maná el Sábado! ¿Hasta cuándo tendremos como alimento este maldito maná?»

Entonces, todas las serpientes que la nube de Aarón, durante cuarenta años, había adormecido, despertaron del sopor del desierto. Delante de los Hebreos, detrás de los Hebreos, a la izquierda, a la derecha, a la derecha e izquierda, tan lejos como podía alcanzar sus miradas, veían el movimiento rastrero de los reptiles que enroscaban y desenroscaban la maraña de sus nudos, de donde subían por miríadas las espinas rojas de dardos venenosos.

¿Por qué -pregunta Rabí Judán -fueron castigados por las serpientes? Porque Dios había dicho a la serpiente: «Comerás el polvo de la tierra» y la serpiente no se quejó. Y había dicho a Israel: «Comerás el maná del cielo» e Israel se quejó. ¿Quién mejor que la serpiente podía, pues, castigar a Israel?

Los reptiles se enlazaban a sus piernas, les estrujaban los riñones con sus anillos, asfixiaban sus pechos con sus abrazos rastreros y lanzaban a sus bocas el veneno de sus dardos. Sin embargo los Hebreos no morían. Como matorrales de serpientes en un bosque de serpientes, se mantenían en pie, siempre caminando e hinchados por las mordeduras, ahogándose en su tortura gemían: «¡Señor, Señor, hemos pecado. Señor, nos arrepentimos!»

Entonces el Eterno dijo a Moisés: «¡Cuántas veces me has pedido que perdonara a sus padres antes de renunciar a su perdón! ¿No vas a implorarme, para estos, ni siquiera una sola vez?» -«Mi corazón te implora, Señor -respondió el profeta- pero mi boca ya no se atreve. Cuando tú les hayas perdonado, ¿dejarán de pecar? ¿Acaso no son iguales en todo a sus padres? Sus padres me calumniaron, ellos me han calumniado; sus padres se rebelaban, ellos se han rebelado; sus padres reclamaban volver a Egipto, ellos lo han reclamado; sus padres rechazaron el maná, ellos lo han rechazado. ¡ Habrá siempre entre ellos un Coré, un Datan y un Abiram! ¿Tendré que recomenzar cada día lo que aún no he terminado? ¡Estoy harto del pecado, estoy harto del perdón!» -«Hijo mío -repuso Dios-, ¿Estás seguro de que son iguales en todo a los otros? Los otros te calumniaban porque te odiaban; estos por amor a tu hermano. Los otros se rebelaban porque veían tu fe; estos porque han visto tu duda. Los otros, todos

juntos, reclamaban Egipto; la mayor parte de estos han castigado a los que lo reclamaban. ¿Qué rechazan el maná? ¿Pecarán todavía? El hombre no hace nunca suficiente mal para destruir todo el bien. Y si las puertas de la oración algunas veces están cerradas, las del arrepentimiento están siempre abiertas».

¿A qué se puede comparar esto? -preguntan nuestros Rabinos-. A aquel rey que tenía un hijo y un amigo. Seis veces el hijo pecó contra su padre y seis veces el amigo le obtuvo el perdón. A la séptima vez, el amigo ya no se atrevió a interceder. ¿Qué hizo el rey? Concedió su perdón sin que se lo hubiesen pedido.

«Hazte una serpiente de bronce -dijo Dios al profeta-; ízala en el extremo de una pértiga y mantenía en el aire». Moisés obedeció y sucedió que cada vez que un Hebreo elevando su pensamiento al Eterno, alzaba sus ojos hacia la serpiente de bronce, el nudo de las serpientes que lo ahogaban se deshacía y las heridas se curaban. Y cuando, después de haber pasado por Salmoná, Obot y Iyyé Haabarim, llegaron al valle de Zared, todas las serpientes estaban muertas, todos los Hebreos curados.

Y Moisés pensó: «¿En verdad serán estos los hijos de la Tora?»

22. EL CAMINO DE LAS VICTORIAS

Así como, a favor de la paz, había pedido Moisés paso a los Edomitas, lo pidió también a Sijón, rey de los amorreos, y a su hermano Og, rey de Basan. «No haremos uso de las armas -les dijeron sus mensajeros-; no tocaremos ni a los habitantes, ni los rebaños, ni las cosechas; os pagaremos el agua de los pozos». Más, injuriando al profeta y al Eterno, respondieron: «Nosotros cobramos tributos a los reyes cananeos por la custodia de sus fronteras: y porque tu Dios, al que no conocemos, ha prometido según dices, su país a tus antepasados, ¿dejaríamos acaso que destruyerais a los que nos enriquecen? Yo, Sijón, rey de los amoneos, envió contra ti a mis gigantes. Yo, Og, rey de Basan, espero que tú vengas a buscar a los míos; ni tus enanos ni tu Dios enano valen la pena de que yo me incomode».

Habiendo recibido estos mensajes, el profeta se estremeció con gran temblor; pues hasta a aquel que ha puesto en el Eterno su confianza le está permitido temer cuando conduce hombres que se detienen ante el temor. Se acordaba del regreso de los exploradores, la noche de Ab, en la que seiscientos mil Hebreos daban alaridos de espanto, y pensaba en su corazón: «Lo que los padres no se atrevieron hacer teniendo el amparo de la nube, ¿se atreverán los hijos a hacerlo, ahora que la nube les ha abandonado?» Reunió, pues, a las tribus de Israel y les dijo: «Sijón, rey de los amorreos, y Og, rey de Basan, nos niegan el paso e insultan al Eterno. Pero yo no puedo ocultaros que ellos son temibles, pues su padre fue Ahí a, el gigante al que vuestros padres tuvieron pavor de atacar, hijo de Sesay, el ángel rebelde. Sijón es más grande de estatura que ninguna torre en el mundo y es tan rápido como grande. Og es tan pesado que no soportándole ningún lecho de madera, se ha hecho uno con hierro de las montañas; come cada día mil cabras, mil corderos y mil bueyes, y bebe en cada comida un río entero. Según el tamaño de los jefes, imaginad el tamaño de los ejércitos. A los ojos de Dios, no son nada. El os los entrega, si os decidís. ¿Queréis marchar contra ellos?» Respondieron: «Condúcenos».

El rey Sijón, con sus multitudes, acechaba su paso a lo largo del Armón. Las laderas del valle estaban perforadas de cavernas donde se escondían los amorreos y los dos montes que lo rodeaban estaban tan cercanos que, desde la cima de uno hasta la del otro, dos hombres, gritando fuerte, podían oírse; pero para pasar, era necesario bajar y volver a subir por un trayecto de siete millas. Cuando los Hebreos llegaron a la cresta de una de las dos montañas, la otra, cual una esclava que espera a su amo, corrió delante de ellos. Igual que para los padres las aguas del mar se habían separado, lo mismo para los hijos, las peñas se acercaban. Y mientras recorrían el camino milagroso, sin siquiera haber visto el milagro, el rey y los gigantes amorreos, como en otro tiempo los egipcios tragados por las olas, desaparecieron en las ondas de la tierra.

Y cuando los Hebreos hubieron bajado, sintieron sed, pero ninguno de ellos se quejó, ni reclamó agua al profeta. Los jefes mismos cavaron la roca con sus cayados y

un río brotó trayendo en sus torrentes, por millares, cascos y picas, lanzas y escudos. Entonces vieron el milagro de Dios, y a una sola voz todo Israel exclamo: «¡Es digno de ti, Señor, hacer prodigios y a nosotros nos honra cantarlos! ¡Es aquí donde está la fuente que los Padres del mundo plantaron, que los Príncipes de las tribus han buscado y que los hijos de Israel han encontrado!» Y este canto fue aún más bello que el del Mar que se secó.

Pero ¿por qué -preguntan nuestros Rabinos- esta ausente el nombre de Moisés en este canto, mientras que en el otro sí aparece? Es porque antaño fue el profeta quien entonó el cántico y los Hebreos repetían una a una las palabras; porque aunque sus corazones estaban ya llenos de Dios, sus bocas no sabían aun exaltarlo. Ahora Moisés ya no cantaba, escuchaba; y oía con alegría la lección del desierto multiplicada por sus voces.

El resto de los ejércitos amorreos se había amontonado en Jesbon. Dios puso sobre sus soldados una máscara de espanto que cegó sus ojos; y durante todo el mes de Elul, mientras los Hebreos ocupaban la comarca, detuvo el sol en el cielo, para que el mundo entero supiese que Él estaba con ellos.

En el mes de Tisri, después de haber celebrado la fiesta del Tabernáculo, Moisés reflexiono en su corazón: «No han tenido miedo de Sijón, ¿lo tendrán de Og? ¿Creerán quizás que Dios lo protege puesto que lo ha dejado vivir mas de quinientos anos?» Y para probarlos, envió dos exploradores a Yazer quienes volvieron diciendo: «En lugar de explorar, hemos tomado la ciudad». Entonces penetró el país de Basan hasta Edrei a donde llegó al caer la noche. Al día siguiente al amanecer, exclamo: «¡Han levantado una montaña en medio de las tinieblas!» Esta montaña era un gigante sentado sobre la muralla. En su mano tenía otra montaña, que lanzó sobre el campamento de los Hebreos; pero al lanzarla, fue a dar en su cabeza y lo sepultó junto con la ciudad. Así perecieron los últimos gigantes, cuyos ángeles guardianes habían sido encadenados por Dios en el momento mismo en que Abraham ataba a su hijo Isaac en la roca del Moría; y desde la orilla del Arnón hasta las pendientes del Hermón, sus dos reinos pasaron a ser de los Hebreos.

Viendo estas cosas, Balaq, rey de Moab, temió por su comarca. Es cierto que no había nada que temer, porque el Eterno había dicho a Moisés: «No levantarás la espada contra los de Moab; nacieron de la lujuria y viven en la lujuria; pero descenden de Lot, hijo de Harán, que fue el hermano de Abraham; y de ellos descenderá Rut, la prosélita, de la que nacerá, en el correr de los tiempos, mi hijo, el rey David, y al final de los tiempos, mi hijo, el Rey Mesías». Pues es preciso que a la sangre de Israel se una la sangre de las naciones para realizar la unión del mundo. Pero Balaq ignoraba si el profeta obedecería al Eterno y sabiendo que en otro tiempo había sido pastor en el país de Madián, consultó, para triunfar sobre él, a los Ancianos de Madián.

Ellos le dijeron: «Su fuerza no está en su brazo; está en su boca; prepara contra él un hombre que sea fuerte por la boca». Entonces Balaq envió a los Ancianos de Moab

junto con los de Madián, a Balaam hijo de Beor, a su ciudad de Petor, en el país de los dos ríos, diciendo: «Un pueblo ha salido de Egipto y ha vencido a dos pueblos y acampa frente a mí; ven y maldice por mí a ese pueblo para que yo lo pueda rechazar; pues sé que aquel a quien tú bendices es bendito y aquel a quien maldices es maldito».

Este era el mismo Balaam, viejo enemigo de Israel, que en otro tiempo, siendo consejero del Faraón en Egipto, le aconsejó echar al río a todos los hijos varones de los Hebreos, para que muriese Moisés recién nacido. Y este Balaam era un gran profeta entre las naciones, como Moisés en Israel. Moisés, es verdad, era muy superior a él puesto que Dios le hablaba a toda hora del día o de la noche, mientras que a Balaam le hablaba solo de noche; pero Balaam por otro lado era superior a Moisés, por cuanto que Moisés tuvo que decirle a Dios: «Muéstrame tus caminos», mientras que Balaam pudo decir de él: «Yo tengo el conocimiento del Altísimo». Porque, observan nuestros Rabinos, el Eterno, no queriendo que las naciones pudiesen quejarse y reprocharle: «Tú te has mantenido lejos de nosotros», les dio, como a Israel, reyes y profetas. Israel tuvo a Salomón y las naciones a Nabucodonosor; pero Salomón edificó el Templo, Nabucodonosor lo destruyó. Israel tuvo a Moisés y las naciones a Balaam; pero Moisés sirvió a Dios, Balaam lo combatió. Por eso, después de Balaam, Dios retiró de las naciones la profecía e hizo de ella la herencia de Israel.

Habiendo oído el mensaje de Balaam, Balaam consultó al Eterno, que le respondió: «No vayas, no maldigas a ese pueblo; ¡Aquel que lo toque, toca la niña de mis ojos!» Mas cuando Balaam le envió mensajeros más nobles y regalos más grandes, Balaam insistió ante Dios que le dijo: «Ve». Y se fue pensando: «¡Cuántas veces ha maldecido Dios a su pueblo después de haberlo bendecido! Ahora me permite lo que antes me prohibía; puedo entonces maldecir a quienes Él ha bendecido». Pero el Señor no había cambiado. Para aquel que lo conoce, él no cambia nunca. Pero, observan nuestros Sabios, este hecho nos enseña que Dios nos ilumina sin encadenarnos; y cuando el malvado al que él ha iluminado quiere ir hacia el mal, él lo deja ir.

Sin embargo, deseando en su bondad instruirlo por segunda vez, el Santo, bendito sea, puso un ángel en el camino de Balaam. Tres veces vio la burra de Balaam al ángel y quiso volverse atrás; y por tres veces Balaam no vio al ángel y golpeó a la burra. Entonces ella le dijo: «¿Por qué me golpeas?» Y de pronto vio al ángel que le ordeno: «Ve; hablarás según la palabra que el Eterno pondrá en tu boca». Pero él no comprendió o no quiso entender lo que aún la burra misma había comprendido.

¿Por qué -preguntan nuestros Doctores sobre este punto- Dios ha quitado la palabra a los animales? Es porque si los animales hablaran, su sabiduría haría enrojecer a los hombres.

Y mientras Balaam llegaba del país de los dos ríos, hacia Ar Moab, donde Balaam iba a recibirlo, Moisés acampaba con los Hebreos en el valle frente al Jordán, y con la alegría en el corazón les decía: «Lo que no hicieron vuestros padres, lo habéis hecho vosotros; lo que ellos no merecieron, vosotros lo habéis merecido. Cuando hayamos, pues, pasado el Jordán, la Tierra de Promesa, escogida por el Eterno, será entregada en

herencia al pueblo que él ha elegido. Las tribus más numerosas recibirán porciones más grandes; las menos numerosas porciones más pequeñas; y entre las familias, consultando las doce gemas del Sumo Sacerdote, la suerte decidirá». Entonces las hijas de Selofjad, lapidado en el desierto, vinieron al encuentro del profeta diciendo: «Nuestro padre ya no vive; no tenemos aún esposo y no tenemos hermanos. ¿Es que no heredaremos la parte de nuestro padre y seremos despojados de nuestra parte de nuestro padre y despojados de nuestra parte del Eterno?» El profeta respondió: «Dios no es como los padres de carne y sangre que prefieren sus hijos a las hijas. Él es padre de las hijas sin padre: ellas heredaran de él. Tendréis pues, para vosotras y vuestros esposos, la parte de vuestro padre y vuestra parte de Dios».

Pero cuando ellas se retiraron, los de Rubén y los de Gad se adelantaron y dijeron: «Atarot, Dibón, Yacer, Nimrá, Jesbón, Elalé, Nebp y Sebam, todos los lugares de estos dos reinos que Dios acaba de entregar a los hijos de Israel son comarcas buenas para el ganado y nosotros tenemos ganado. ¿Para qué cruzar el Jordán? Danos estos países, haremos en él cercados para nuestras ovejas y viviremos en la abundancia». - «¡Cómo! -exclamó el profeta- ¿Preferís vuestras bestias a vuestros hijos? Mientras las hijas, cuyo padre ha violado la santidad del Sábado, reclaman su parte de Dios, ¿vosotros rechazáis la vuestra y la de vuestros hijos? En el desierto suspirabais por Egipto, ahora, porque halláis tres fanegas de abundante hierba para apacentar a vuestros rebaños, ¿os encontráis de nuevo en Egipto y no queréis ir mas lejos? ¿Es la tierra o es a Dios lo que venimos a buscar? Mientras otros combatirían para destruir los ídolos y para unir el mundo al Eterno ¿vosotros os quedáis aquí para ordeñar animales? ¿No os acordáis ya de los exploradores que volvieron con el racimo de uvas y que sembrando el terror entre las tribus, hicieron caer sobre vuestros padres la ira del Altísimo? Pecadores, hijos de pecadores, ¿será necesario que por vuestros pecados, andéis errantes otros cuarenta años en el desierto?»

Nuestros sabios lo han dicho: que el rico no presuma de su riqueza, porque la riqueza no está en los rebaños, ni en las cosechas, ni en el oro acumulado. Y el que cruza mares y montañas para conseguirlo, si no ha buscado a Dios, no busca nada. También los hijos de Gad y los de Rubén, por haberse apegado a sus pastos, exiliándose ellos mismos de la Tierra Prometida, fueron los primeros en ser expulsados de sus pastos, cuando Israel fue expulsado a lejanos exilios.

Porque no escucharon a Moisés; exigieron poseer los dos reinos, con sus mujeres, sus hijos y sus rebaños, prometiendo cruzar el Jordán cuando sus hermanos tuvieran necesidad de su auxilio. Y el profeta tuvo que ceder. Pero de nuevo la amargura y la angustia estaban en su alma.

Balaam, que venía para maldecir, llegó con el rey Balaq a Kiriath Houssoth. Subieron a lo alto de Baal, hicieron siete altares; en cada altar, sacrificaron un carnero y un becerro. Y Balaq dijo a Balaam: «Desde aquí puedes ver todas las filas de su campamento. Abre la boca y lanza sobre ellos la maldición».

Entre tanto, en el campamento de los Hebreos, Moisés reflexionaba en la angustia de su corazón: «Casi habíamos llegado, ¿Iremos mas lejos? Dos tribus abandonan a Dios, ¿Las seguirán las otras? Viéndolas con provisiones y en la abundancia, ¿tendrán valor, tendrán fe? Y si no tienen ni valor ni fe, el Santo, bendito sea, ¿Les dará la fuerza?»

En lo alto de Baal, el profeta de las naciones abría la boca para maldecir; pero su boca, a pesar de él, clamaba: «Balaq, el rey de Moab, me hace venir desde Aram; me llama desde los montes de Oriente para maldecir a Israel. Pero yo vengo desde los lugares que Abraham dejó cargados de bendiciones, ¿Cómo puedo yo maldecir a Israel? Israel va a los lugares que Abraham encontró llenos de bendiciones, ¿Cómo puedo yo maldecir a Israel? Se puede entrar en una viña cuyo guardián duerme, pero el Eterno no duerme nunca, e Israel es su viña; ¿Cómo voy a maldecir a Israel? Salvado de Egipto por la mano de su Dios, se levanta como un leopardo, se lanza como un león; no descansará hasta que esté harto de victorias, embriagado con la sangre de los pueblos malditos. ¿Cómo voy a maldecir yo a Israel? ¡Bendito quien lo bendice, maldito quien lo maldice!»

Así gritaba Balaam. Moisés y el mundo oían su voz. Entonces Balaq le dijo: «¿Qué has hecho? Te ordené que maldijeras a mis enemigos y ¡he aquí que tú les bendices! - «No he podido maldecir», respondió Balam. - «Ven -repuso Balaq-; subamos a la meseta de Sofim, en la cima del Pisga, desde ahí sólo podrás ver las últimas filas de su campamento, quizás los puedas maldecir». Subieron, sobre el Pisga hicieron siete altares; en cada uno de los altares sacrificaron un becerro y un carnero; y Balaq dijo a Balaam: «Ahora lanza sobre ellos la maldición».

En el campamento de los Hebreos, Moisés sumergido en la angustia de su corazón reflexionaba: «Y si entran en la Tierra de Promesa, si vencen a los pueblos malditos, ¿vencerán también el pecado? Y si no vencen el pecado, ¿no serán a su vez malditos como ellos?»

Y en las alturas del Pisga, Balaam abría su boca para maldecir, pero muy a pesar de él, su boca exclamaba: «Dios no es un hombre para mentir, ni un hijo de Adán para retirar su promesa; ¿Es acaso uno que habla y no mantiene su palabra, que afirma y no ejecuta? Antes de crear el mundo, viendo los pecados del mundo, en su pensamiento titubeó en crearlo; pero cuando en su pensamiento vio a Abraham, Isaac y Jacob, dijo: 'Hágase la luz', y puso sobre ellos la luz de su bendición. Ésta es una luz que no se apaga; porque cuando Israel ha pecado, se arrepiente de ello; y a favor de Abraham, de Isaac y de Jacob, Dios le perdona su pecado. Y cuando el mundo ha pecado, Israel se arrepiente de su pecado, y en favor de Israel, Dios le perdona su pecado. ¿Cómo voy a maldecir yo a Israel? ¡Bendito el que lo bendice, maldito el que lo maldice!»

Así gritaba Balaam, desde la altura del Pisga. El mundo y Moisés oían su voz. Entonces Balaq le dijo: «¿Qué has hecho otra vez? ¡ Te mandé que maldijeras y tú de nuevo bendices!» - «No he podido maldecir», respondió Balaam. - «Ven-repuso Balaq-;

subamos a la cima del monte Peor; desde allá no verás más que la sombra de sus tiendas; y si no los puedes maldecir ¡ al menos no los bendigas!»

Subieron. Sobre el monte Peor hicieron siete altares; en cada uno de los altares sacrificaron un becerro y un carnero y Balaq dijo a Balaam: «Ahora retírales tus bendiciones».

Y en el campamento de los Hebreos, Moisés reflexionaba en la angustia de su corazón: «¿Y si Dios los perdona y vuelven a pecar? Si por sus pecados los expulsa de la Tierra que les habrá dado, si por sus pecados los dispersa por toda la faz de la tierra, ¿No desaparecerán de la tierra, exiliando con ellos a Dios de la tierra?» Y sobre la cima del monte Peor, Balaam abría su boca para retirar a los Hebreos sus bendiciones pero su boca, a pesar de sí mismo, exclamaba: «¡Qué bellas son tus tiendas, oh Jacob, y tus moradas, oh Israel! Se extienden como valles y como las vegas a lo largo de un río; Dios los planta como cedros, como palmeras al borde de las aguas. Se dispersan entre los pueblos y unen a los pueblos entre sí; y de ellas sale el Mesías, que los une al Eterno. ¿Cómo voy a maldecir a Israel? Maldito quien te maldiga, bendito quien te bendiga».

Así bendecía, a pesar suyo, el antiguo maldiciente de los hijos de Jacob. Y mientras el profeta de Israel dudaba en su corazón, el profeta de las naciones exaltaba a Israel a oídos de las naciones.

Entonces Moisés suplicó: «¡Señor, Señor, que la verdad esté en la boca de Balaam y el error en mi corazón!»

23. EL ÍDOLO DE MOAB

Al dejar a Balaq, Balaam dijo al rey de Moab: «En vano los he querido maldecir; Dios los bendice. Pero su gloria, que nadie en el mundo puede evitar, está en tu mano retrasarla. Este pueblo es casto y sin lujuria. Y aún en Egipto y en la esclavitud del Faraón, guardó su pudor. Y aún en el desierto, en la idolatría del becerro de oro, se preservó de la impudicia. Los Hebreos acampan ahora en Sittim; allí están las fuentes que manan desde Sodoma y que no se agotarán hasta los días del Mesías. Que beban de esa agua la sed de la carne. Allí están las hijas de Madián y las de Moab, cuyos besos complacen el deseo; que conozcan a esas muchachas y, en la voluptuosidad de Peor, que olviden al Eterno».

A una orden de Balaq, se plantaron las tiendas; delante de las tiendas, se apostaron ancianas que ofrecían a los hebreos telas de lino. «Entrad -les decían-; encontraréis las más preciosa telas de lino». Ellos entraban, las hijas de Moab y las de Madián los esperaban y les daban mantos de púrpura y jacinto, les servían vino en que enrojece el libertinaje, o si lo rehusaban, el agua de Sodoma, donde palidece la lujuria. Luego les hablaban: «¿Por qué nos odiáis? Nosotras os amamos, y además somos bellas». Pero cuando ellos querían abrazarlas les decían: «No seré tuya hasta que ofrezcas sacrificios a Peor». - «¿Cómo sacrificaría yo a un ídolo?» respondía el Hebreo; y rechazaba a la mujer. Enseguida, con caricias, ella murmuraba: «Peor, nuestro dios no te pide más sacrificio que estar desnudo delante de él».

Al principio pecaron en secreto, al abrigo de la noche en las tiendas de piel; pero pronto en la impunidad del pecado, se fueron con las muchachas a dar volteretas desnudos en torno al ídolo y el jadeo de su impureza subió hasta el cielo.

Entonces Moisés clamó a Dios: «Señor, Señor, ¿era entonces Balaam quien se equivocaba? ¿Era cierta la angustia de mi corazón? Cada nuevo progreso es una nueva prueba, cada nueva prueba, un nuevo retroceso. ¡Lo que nunca hicieron en la impureza del desierto, lo hacen ahora cuando pisan los lugares de tu pureza! ¿Tendré que exigir de nuevo tu castigo, yo, que antaño exigía tu perdón?» Por toda respuesta, como en los días del becerro de oro, el Eterno envió la peste al campamento. Ella llegaba con la cara verde y la carne y los brazos manando sangre y segaba a los Hebreos por millares. Pero, ebrios de arrancar su placer a la muerte, se unían sobre los cadáveres con las hijas de la obscenidad que su ídolo protegía.

Zimri, hijo de Salu, príncipe de Simeón, fue a buscar a Cozbi, hija del rey de Balaq, y le dijo: «Entrégate a mí». Ella le respondió: «Mi padre me ha reservado a Moisés, para que por su pecado os pierda a todos vosotros». - «Te demostraré que soy más grande que Moisés» replicó. Y tomándola por los cabellos, la arrastró hasta los pies del profeta y gritó: «Hijo de Amram, ¿me está permitida esta mujer?» -«Conoces mi respuesta», dijo el profeta. «Entonces -repuso Zimri- ¿A dónde, pues, fuiste a buscar

a tu mujer Séfora, la hija de Jetró? ¿Desciende acaso de los Patriarcas, la Madianita que hiciste tu mujer, en la edad de tus voluptuosidades? ¿Por qué nos prohibes lo que tú te has permitido?»

Moisés palideció y guardó silencio. En torno a él, los Ancianos lloraban.

Y Zimri gritaba: «Vive, si te parece, según las leyes que hiciste, pero ¿con qué derecho dobles a los otros a que las sigan? ¿Seremos tus esclavos, en lugar que serlo del Faraón? ¿Nos quedaremos, a un lado de todos los pueblos, privados de todos los gozes que los sacian, porque tú lo dices? Y por un Dios solitario y triste que tú te has inventado para dominarnos mejor. ¿Destruiremos los otros dioses, que nos mandan el placer? Que todos lo sepan, que todos lo vean: ¡estos dioses son mis dioses, sus placeres son mis placeres!» Y arrancándole a Cozbi sus velos, la conoció a los ojos del profeta y de Israel.

Entonces Pinjas, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, el Sumo Sacerdote, exclamó: «Moisés, Moisés Maestro nuestro, ¿has olvidado tu Tora? Si los hombres no hacen justicia por sí mismos ¿Bastará el castigo de Dios a su justicia?»

Y a los ojos de Israel y del profeta, lanzó sobre los cuerpos unidos de los pecadores, su lanza, en la que relucía un agudo hierro, e hizo de los dos un solo cadáver que levantó como un estandarte hacia el Eterno. La peste se detuvo: el pecado cesó. Habían muerto veinticuatro mil Hebreos.

«¿Ya ves, Señor? -dijo Moisés-, soy demasiado viejo. ¡Tengo ciento veinte años! Antaño, cuando todas las tribus de Israel se levantaban contra ti, yo me levantaba contra ellas; y hoy, uno sólo blasfema contra ti y yo me quedo mudo. Ya no me atrevo a defenderte, ya no me atrevo a castigar, ni a pedirte que castigues. Ya no sé tu Tora; ya sólo sé llorar. Déjame que te vengue de Madián, después, retira de mí esta carga y déjame morir. «Véngate de Madián -respondió el Eterno-; y después irás a reunirte con tus padres».

¿Por qué -preguntan nuestros Doctores- decía Dios: 'Véngate', como si se tratara de vengarse Moisés, y por qué Moisés decía: 'Que yo te vengue', como si se tratara de vengar a Dios? Es porque Dios pensaba «¿Acaso tengo necesidad de venganza?» Pero Moisés pensaba: «Si hubiéramos adorado a los astros, ¿nos habría atacado el idólatra? Es al Eterno a quien en nosotros ataca». Porque Israel tiene defectos sin número, pero es odiado por sus virtudes.

¿Por qué -preguntaban nuestros Ancianos- quería vengar Moisés a Dios de Madián? ¿No había pecado Moab tanto como Madián? Mas de Moab habría de nacer Rut la prosélita, de la que nacería al correr de los tiempos, el rey David, y al final de los tiempos, el Rey Mesías. Era preciso que Rut naciese antes de castigar a Moab.

¿Y por qué -preguntaban nuestros Sabios- el Dios de clemencia permitió aquel día la venganza? Porque - contesta Rabí Simeón- el que induce al pecado es el más pecador. Dos pueblos atacaron a Israel con la espada: Edom y Egipto, y está escrito: No

odios al Edomita. No odios al Egipcio; pero tres pueblos lo atacaron con el pecado: Moab, Anión y Madián; y está escrito: Sé enemigo del Madianita; que ningún Amonita, que ningún Moabita entre en la comunidad de Israel. Sin embargo, es tal la gracia del Eterno, que Rut, la Moabita, salvó a Israel y salvará a todos los hombres.

Balaam había profetizado: «Se levanta como un leopardo este pueblo de Dios y no descansará hasta embriagarse con la sangre de los pueblos malditos». Esta profecía iba a levantarse contra las naciones y su profeta. Sin embargo, Moisés, a quien el Eterno había dicho «Véngate de Madián y después irás a reunirte con tus padres», podría haber retardado su muerte retardando la guerra. Pero ni pensó en ello. Pero cuando los Hebreos, estos mismos Hebreos siempre dispuestos a lapidar la profeta, supieron que lo perderían después de la victoria, no quisieron ir a la batalla. Fue preciso recurrir a la suerte para obligar, uno a uno, a treinta y seis mil combatientes.

Moisés decidió no conducirlos él mismo. Sin duda, se acordaba del proverbio: No lances la piedra al pozo donde has bebido; pues en otro tiempo había encontrado mujer y rebaños en el país de Madián. Puso, pues, a Pinjas al mando del ejercito; le entregó el Arca Santa, en la que Dios tiene su trono sobre los doce querubines; le puso el pectoral, en el que las doce gemas de las tribus anuncian el futuro; le ciñó la diadema de oro en la que está escrito el Nombre del Señor, y le ordenó: «Ve, Defensor del Eterno. Ve, Pinjas, hijo mío, que has recordado su Tora, a Moisés, tu Maestro. Lo que has comenzado, termínalo».

En el mes de Tebeth, volvieron trayendo un inmenso botín de joyas y armas, que nadie había tocado, para que fuese repartido entre todas las tribus a partes iguales. Acordándose de que luchaban por Dios, se habían puesto, cada mañana, en el brazo izquierdo, las santas correas de la oración. Pero como llevaban adelante una guerra humana contra la idolatría, no habían cercado las ciudades más que por tres lados, para que, si quisiera, el enemigo pudiera escapar.

A causa de los sortilegios de Balaam, los cinco reyes de Madián y el mismo Balaam creyeron que se salvarían subiendo por los aires. Pero Pinjas había levantado hacia ellos el Nombre del Señor sobre la diadema de oro; y como seis pájaros traspasados por seis flechas cayeron del cielo. Ahora, el profeta de las naciones, ensangrentado, colgado, lapidado y quemado, no era más que pestilentes cenizas de las que salían serpientes; y el veneno de esas serpientes estaba tan cargado de maleficios que bastará hasta el fin del mundo para todos los sortilegios de todos los hechiceros.

Al acabar la narración de su victoria, Pinjas decía al profeta: «Tus guerreros han permanecido puros. Cuando entraron en las casas para sacar el botín, cubrieron con velos a las hijas de Madián para no verlas. Sin embargo, si te parece bien, ofrecerán al Santo, bendito sea, un sacrificio de expiación; pues cuando se acercaban a ellas para cubrir sus rostros, sentían en su carne el deseo».

«¿Cómo? -gritó Moisés-, ¿no habéis matado a las mujeres? ¿Acaso no son ellas quienes os han vencido? ¿Queréis que os vuelvan a vencer? Pecadores, cinco veces manchados por el pecado. ¿Creéis que sois lo bastante fuertes contra él para vivir con el Eterno en el país que os dará, sin matar al idólatra con sus ídolos? Arrasad los lugares altos, destrozad los altares, haced vapor de llamas las estatuas de madera y de bronce. Pero ¿pensáis vosotros que para exterminar la abominación, basta con exterminar los objetos sin alma? ¡No, sobre Canaán entero lanzo yo el anatema!

¡Que sean pasados a filo de espada todos los hombres, todas las mujeres, todos los ancianos, todos los niños. Y que sobre la tierra del Eterno no quede más que Dios e Israel!»

Así maldecía el envejecido profeta y el furor hinchaba sus narices.

Cuando por la noche entró en su tienda, Dios le dijo: «¿Por qué has lanzado el anatema, hijo mío? ¿Soy acaso un Dios que se goza con la muerte del pecador? ¿No debo amar a mis enemigos, como el hombre debe amar a los suyos? ¿No había decretado que Israel me ayudaría a acabar de construir el mundo, no a destruirlo?» -«Pero para que te ayude -respondió el profeta-, ¿no es preciso preservarlo del mal y de los malvados? Cuando peca, las naciones se regocijan diciendo: «'El amor de Dios por Israel va a desaparecer'». -«No -repuso el Eterno-, todas las naciones de la tierra no harán desaparecer mi amor por Israel. Si pruebo a mi pueblo Israel más que a los otros pueblos es por que no pruebo sino a los fuertes; si lo bendigo más que a los pueblos es por que me ha buscado más que todos ellos. Porque el idólatra es idólatra desde el vientre de su madre, pero el Hebreo cree en mí antes de nacer. Por eso un día, al final de los tiempos, Israel entero estará delante de mí como el discípulo delante del Maestro, recibiendo el secreto de mi revelación, para hacer participar de ella a los hombres y a los ángeles; porque los ángeles, aquel día, estarán menos cerca de mí que Israel».

«Si eso es así, Señor, ¿por qué tu cólera contra tus hijos? ¿Por qué tenía yo que arrancarte constantemente tu perdón para ellos?» – «Hijo mío, ¿no te había ordenado que cuando mi rostro fuese justicia el tuyo sea clemencia? Yo quería medir tu clemencia antes de perdonar. Pero tu clemencia se cansó antes que la mía; ¡y tu justicia fue más severa que mi justicia!»

«¿Acaso no debía yo ser riguroso, Rey del mundo, para que el instinto malvado desapareciese del mundo?» ->«¿Quién ha creado el instinto malvado, hijo mío? ¿No me has dicho tú que he sido yo? Yo he hecho el bien y el mal, y el mal por el bien. He mezclado en el hombre el ángel y la bestia. Sin el ángel, ¿qué sería de la bestia? Pero sin la bestia ¿qué sería del ángel? Moab nació de la lujuria; pero Rut nacerá de Moab, y David de Rut, y de David, el Mesías. ¿No ves que sin Satán el mundo perecería?»

Nuestros Ancianos cuentan a este propósito que Rabí Jochanan exclamó un día: «¡ Ay, ay, Satán ha quemado el Templo, masacrado a los justos, dispersado a Israel entre los pueblos, y el Santo, bendito sea, permite que el malvado baile aún entre nosotros!» De un sábado al otro sábado el Rabino ayunó; y Satán le fue entregado. Le

llenó las fauces de plomo y lo encerró en un caldero. Pero se detuvo en el corazón de los hombres toda pasión y ya no fue concebido ningún niño, y las imágenes del Señor no nacían ya sobre la tierra. Entonces Rabí Jochanan abrió de nuevo el caldero y dijo: «¡Que sea libre Satán, para la obra de Dios!»

Al oír al Dios de bondad defender contra él al malvado, Moisés exclamó: «¿Quién podrá comprender tus caminos, Señor? ¿Quieres que Satán viva y que el hombre te sirva?» -«Yo quiero -respondió el Eterno- que Satán viva para que el hombre lo domine, y que el hombre me sirva para dominar a Satán. Porque al dar al hombre el ardor para hacerse perfecto, le he dado más que la perfección... Ahora, todo lo que puedes comprender te lo he dicho. Has vencido al ídolo de Moab; te has vengado de Madián; prepara tu alma: tus días van a terminar».

24. EL CREPÚSCULO DEL PROFETA

Moisés había salido del campamento, y mirando a lo lejos el Jordán, dijo al Eterno; «Señor, ¿por qué está tan próxima mi muerte?» -»¿No me habías pedido morir?» -«Que pueda yo, primero, cruzar el Jordán; después iré a reunirme con mis padres». El Eterno respondió: «¡Tú no cruzarás el Jordán; los demás entrarán en la Tierra Prometida; tú no entrarás!» -

«¡ Cómo, Señor, los he conducido hasta aquí y ¿van a llegar sin mí? Mira lo que he sufrido por ellos, mi fatiga en Egipto, mi fatiga en el desierto... Yo les inculcaba tu amor en el dolor, ¿No podré enseñárselo en el gozo? ¿Acaso no he glorificado tu Sábado? ¿No he ayunado cuarenta días y cuarenta noches, para recibir tu palabra? Por tu nombre, ¿no arrebaté a tu pueblo del pecado? ¿No tendré mi recompensa? ¿Vas a desmentir tu Tora donde tú has escrito: *Da al obrero su salario antes de la noche?* ¿Serás tú como el rey de carne y sangre que despide a su siervo cuando, en su servicio, se ha hecho demasiado viejo? A pesar de que esté tan débil, ¿no podría aún guiarlos? ¿Adonde irán sinmí? ¿Qué harán? ¿Los cuidarás tú Señor, cuando tu profeta ya no esté allí para cuidarlos?» -«Encontré un profeta- respondió Dios-; ya encontraré otros».

«Si no he de poder conducirlos como profeta a la Tierra de tu Promesa, ¿que entre yo como un discípulo de otro profeta!»

-«Tú no entrarás». -«Entre yo, como uno cualquiera de ellos». -«Tú no entrarás». -«Si no entro vivo, ¡déjame entrar muerto, para que mis huesos descansen allí!» -«Tú no entrarás; yo dije que toda la generación del pecado moriría sin entrar. Todos han muerto: Miriam ha muerto, Aarón ha muerto. Tú como ellos, morirás sin entrar».

«¿Acaso no he caminado en tus sendas, Señor, todos los días de mi vida? ¿Acaso no he huido de la iniquidad y de la impostura, abjurado de toda alegría, para pertenecerte sólo a ti? ¿Qué falta he cometido que me valga tu ira?»

-«¡Busca tu pecado!» - «Cuando junto a la zarza, querías enviarme a salvar a Israel, te dije: ¡Envía a otro!» -«Ese pecado era hijo de otro pecado más grande». -«Junto a la roca de Meribá, cuando en mi cólera, negué tu milagro a tu pueblo». -«Este pecado era hijo de otro pecado más grande». -«Junto al ídolo de Moab, ordené pasar a filo de la espada a todos los cananeos, con sus mujeres, sus ancianos y sus niños». «Este pecado era hijo de otro pecado más grande».

«¡Señor, Señor! ¿Cuál es ese pecado más grande?»

Entonces dijo Dios: «Tú has dudado de mí, yo te perdono; has dudado de ti, yo te perdono; pero tú has dudado de Israel, has dudado de los hombres y, por eso no entrarás en este País de mi Promesa. Israel está cargado de impurezas; pero ¿de dónde vienes tú, sino de Israel? Mi profeta es mi pueblo, mi pueblo es mi profeta. Los

hombres son holgazanes, perversos, envidiosos, lujuriosos, mentirosos, ladrones, asesinos y blasfemos; pero ¿qué eres tú sino un hombre? Lo que tú has comprendido de mí, ¿por qué no iban a comprenderlo un día también los otros? Si con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza, hubieras esperado que lo comprendieran, ¿me habrías dicho: 'Envía a otro'? ¿Habrías rechazado el milagro, lanzando la cólera, ordenado el exterminio?»

«¡ Yo he creído en ellos, creo en ellos, Señor! Pero ¡me han desilusionado tantas veces! Mi corazón desfallecía, lo que yo esperaba ya no me atrevía a esperar!». -«¿Acaso no habías visto en mí la eternidad? El justo ayuda a Dios; su ayuda está en su justicia, su ayuda está en su amor; pero sobre todo, está en su paciencia. ¡ También Israel se desilusionará mil veces; esperará sin embargo hasta el final de los tiempos. Y puesto que Israel esperará hasta el final de los tiempos, los hombres esperarán con Israel; y porque los hombres esperarán con Israel, Dios esperará con los hombres!»

«¿Soy yo Dios acaso para tener la paciencia de Dios? -exclamó Moisés-, ¿y qué hombre no ha pecado jamás ante tu rostro? ¿No perdonaras tú mi pecado, Rey del mundo, en favor de todos los perdones que he implorado de ti cuando mis hermanos pecaban? Tu clemencia, que yo obtenía para ellos, ¿no la obtendré para mí?" -«Diez veces te he juzgado, diez veces te he condenado». -«¿Mi oración no ha cambiado tus juicios?»" -«Cuando rezabas por todos; pero hoy no rezas más que por ti". - «¡ Señor, Señor, que entre yo en la Tierra de la Promesa!» -«Tú no entrarás»". -«¡Que entre yo Señor, haz que yo entre!»" -«No me importunes más; tu juicio esta sellado; tu muerte está decretada». -«Si es preciso que yo muera, Rey del Mundo, permite al menos que conozca al que pondrás en mi lugar, para que pueda yo instruir al que tú has elegido sobre lo que ha de hacer para ti después de mí». -«Vuelve al campamento; conocerás al que he elegido; lo instruirás; y cuando lo hayas instruido, irás a reunirte con tus padres».

Cuando el profeta fue al Tabernáculo, dijo al Eterno: «Dios mío y Dios de mis padres, tú que escrutas los espíritus de todos los mortales, que conoces al humilde, al orgulloso, al dulce, al irascible, da a tus hijos, para sucederme, un Maestro mas digno que yo. Que posea toda la fuerza, toda la sabiduría, toda la bondad, toda la justicia, todo el amor; que los conduzca a donde yo no he podido conducirlos; que llegue a donde yo no he podido llegar». -«Hijo mío -respondido el Santo, bendito sea-, ese hombre perfecto que me pides no vendrá para ellos sino hasta el fin de los tiempos. Pero a cada día basta su tarea, a cada tarea su obrero. He oído los lamentos de tu corazón, que hubiese deseado que tus hijos, después de ti, fuesen mis siervos. Pero ellos no han amado suficientemente mi Tora, que es la tuya; no heredarán de tu espíritu, que es el mío. Aquel que ha cuidado de la higuera, comerá de sus frutos: Josué, tu discípulo, que te ha venerado y seguido, que te ha cuidado y servido, desde la noche a la mañana, desde la mañana a la noche; que tenga su recompensa. Mientras tú vives aún, que enseñe en tu lugar la Tora, para que no se diga más tarde: 'Ese que no sabía nada cuando vivía Moisés, hoy pretende saberlo todo'.

Y cuando el discípulo se convierta en el Maestro, tú irás a reunirte con tus padres».

Al recibir el mensaje de Dios, Josué sollozó, rasgó su manto y se echó a las rodillas del profeta: «¡ Ay, ay! -exclamaba- ¿vas a abandonar entonces a tu pueblo? ¿Quién lo guiará? ¿Quién rezará por él? ¿Dónde encontraré bebida y comida para darle? ¿Dónde hallaré la justicia y el amor para darle? ¿Qué van a decir las naciones de la tierra? Que ya no esta allí el hombre de boca invencible, el poseedor del Nombre divino, el profeta del Eterno; que ya no está allí para defender a los hijos de Israel contra sus enemigos y contra su Dios, para invocar sobre sus pecados el mérito de los Patriarcas y hacer descender del cielo los perdones y los milagros que los hacían todopoderosos. ¡Hijo de Amram, hijo de Amram!, ¿qué será de tu pueblo si ahora todos los pueblos se levantan y exclaman ' ¡Que Israel sea borrado de la tierra!?'» -«Josué, hijo mío -respondió Moisés-, no te empequeñezcas. ¿Sabes lo que yo era cuando Dios me eligió? ¿Y crees tú que él me escogió por mi fuerza o por mis virtudes? Su gracia me lo ha dado todo; yo no era nada sin él. Yo también le decía con lágrimas: ' ¡Envía a otro!' Sin embargo fui; y tú irás, como yo».

Entonces, en recuerdo de los treinta y seis años que Josué había santificado inclinándose ante su Maestro, Moisés, elevando hasta él a su discípulo, santificó treinta y seis días, desde el primer día de Sebat hasta el sexto día de Adar.

Para honrarlo, durante la primera semana interrumpía la explicación de la Tora cuando entraba Josué, y no reanudaba su discurso hasta que este tomaba asiento. Luego, cuando todos salían, él le inculcaba sus últimas leyes: «Advierte -le decía- a los hijos de Israel, que deberán dar a los Levitas, de lo que les tocó en posesión, ciudades para que habiten; porque la parte del Levita es la parte de Dios. Que elijan también ciudades de refugio, donde encontrarán asilo los homicidas involuntarios ya que la sangre de quien ha derramado sangre a pesar suyo no debe ser derramada». A menudo Josué se llenaba de temor: «¿Qué haré -preguntaba- después de cruzar el Jordán y haya que repartir las tierras? ¡Los que reciban una montaña reclamaran un valle; los que reciban un valle reclamaran una montaña! » -«Tranquilízate -respondía Moisés-: el pueblo que te he confiado está aún en la infancia, pero es el pueblo de Dios. Ámalo como a un niño, y dile: 'Ama a Dios' Y si a veces se pelea contigo, piensa en la dulzura de amar a los hijos del Eterno»".

Durante la segunda semana, puso sus dos manos sobre la cabeza de Josué y fijó largamente la mirada sobre su rostro. Sucedió entonces que el espíritu de Dios que estaba en Moisés vino a habitar el espíritu de Josué; y que el Esplendor de Dios que irradiaba sobre el rostro de Moisés irradió sobre el rostro de Josué; pero Moisés conservaba en su espíritu y en su rostro el espíritu de Dios y su Esplendor.

Entonces el profeta, en la Escuela de la Tora, quiso hacer sentar a su lado a su discípulo; pero Josué al principio se negó diciendo: «¿No es el lugar del discípulo a los pies del Maestro?» Y Moisés quiso que Josué, delante de todos, explicara la Tora, pero

Josué al principio se negó diciendo: «¿No es el silencio del discípulo el elogio del Maestro?» Y el profeta le respondía: «Ninguno es aquí más grande que tú».

Ahora bien, una vez que se sentaron uno al lado del otro en el trono de oro, Moisés enunció una ordenanza y Josué la comentó; Josué enunció una ordenanza y Moisés la comentó; y el pensamiento de ambos era el mismo y su palabra la misma. El rostro de Josué brillaba como brilla la luna y el rostro de Moisés como brilla el sol.

Durante la tercera semana, Moisés salió de su tienda precedido por su discípulo; y delante de Josué, un heraldo gritaba: «¡Venid todos a escuchar al nuevo profeta que se levanta sobre vosotros!» Viendo al discípulo delante del Maestro y al heraldo delante del discípulo todo Israel lloraba y decía: «¡Nosotros no iremos!» Y gritaban: «¡Desgraciado el país cuyo rey es un niño!» Pero Moisés respondía: «¡El amor de Dios está con los niños!» Obligó entonces a los Ancianos, a los príncipes, a los Jefes de millares, de centenas, de decenas y a todos los del pueblo, a rendir honor a Josué. Y en la sala obligó a su discípulo a sentarse solo en el trono de oro, mientras que él se sentaba a su izquierda en un banco. Y Josué lloraba diciendo: «¿Porqué sobre mí esta grandeza?»

Durante la cuarta semana, Moisés, cada noche, se levantaba a mitad de la noche, entraba en la tienda de Josué que aún dormía, preparaba sobre su almohada la camisa de lino, sacudía el polvo de la mitra, de la túnica y de las sandalias, que colocaba cerca de la cama, iba a sacar agua del pozo para la ablución y a colocar los bancos en semicírculo en la sala de paredes flotantes. Mientras que los Ancianos, los príncipes, los Levitas y el pueblo se preparaban para presentarse ante el nuevo Maestro, el antiguo Maestro le servía y lo vestía. Josué, vergonzoso, tembloroso, se ponía de rodillas ante Moisés, diciendo: «¡Oh Maestro mío!, ¿no vas a cortar mis días induciéndome al pecado?» Y Moisés, levantándolo le respondía: «¿Por qué has de pecar aceptando de mí lo que yo aceptaba de ti? ¿No te he enseñado acaso: 'Honra a tu discípulo como a ti mismo'? ¿Y no debo yo hacer lo yo enseñaba?»

Durante la quinta semana, Moisés sirvió a Josué, pero Josué ya no lloró; quiso sentarlo sobre su trono; pero Josué se sentó por sí mismo. Y así un día, Moisés entró mientras Josué hablaba, y Josué ni dejó de hablar ni se levantó. Entonces toda la asamblea gritó: «¿En que piensas, Josué, que te quedas sentado mientras que tu Maestro está de pie?» En su indignación, los discípulos querían matarlo. Entonces Josué se levantó y dijo: «°Moisés, Maestro mío, no te había visto; ¿me perdonas?» Y le hizo sentar en el banco a su izquierda. Todos gritaban: «¡Que nos enseñe Moisés, nuestro Maestro!» Él respondió: «No puedo». Y como todos gritaban: «¡Enséñanos, enséñanos!» una voz clamó desde el cielo: «¡Escuchad a Josué!»

Durante los treinta y cinco días del ascenso de Josué, Moisés, esperando que Dios se dejara doblegar, pedía a todos que intercedieran por él.

Se había dirigido primero al mismo Josué, diciendo: «Hijo mío, acuérdate de mi paciencia al inculcarte, noche y día, mi saber y el saber de Dios; ¡ruega al Eterno por mí, para que entre contigo en la Tierra Prometida!» Al oír estas palabras, Josué, en su

dolor, junto sus manos, pero al empezar a rezar, Samael, el arcángel de la muerte, le cerró la boca diciendo: «¿Cómo te atreves a rebelarte contra la orden de Dios?» Y Josué se calló.

Moisés fue enseguida a ver al Sumo Sacerdote Eleazar, hijo de Aarón y le dijo: «Hijo mío, acuérdate de mi valor para defender a tu padre Aarón contra Coré, Abiram y Datan, y los Príncipes de las tribus y los príncipes de los Levitas cuando le querían despojar del sacerdocio: ¡ruega al Eterno por mí, para que yo pueda entrar contigo en la Tierra Prometida!» Y como Eleazar comenzara a rezar, Samael, el arcángel de la muerte, le cerró la boca gritando: «¿Acaso pretendes dar ordenes a Dios? Y el Sumo Sacerdote se tuvo que callar».

Moisés buscó después la ayuda de Caleb, de Pinjas, de los Ancianos, de los Príncipes, de los jefes de miríadas, de millares, de centenas, de decenas: Samael cerraba la boca a todos.

En la última semana imploró uno a uno a todos los de Israel, diciendo: «Recordad las cóleras de Dios contra vuestros padres y mis súplicas que apartaban de ellos su furor. ¡Cuántas veces Israel habría perecido! ¡Cuántas veces mi oración lo ha salvado! ¡Id pues ahora al tabernáculo, os toca ahora a vosotros rezar por mí, para que Dios se compadezca y me deje entrar con vosotros al País de su Promesa!» Y como la multitud en el santuario elevaba a Dios su súplica, he aquí que ciento ochenta y cuatro miríadas de ángeles, guiados por Samael, bajaron del cielo y atrapando al vuelo las oraciones, les impidieron subir al Señor.

Así durante treinta y cinco días, Moisés, humillado cada día más ante su sucesor, intentaba retrasar su muerte.

Pero el trigésimo sexto día, mientras escuchaba a Josué comentar estas palabras: Alabado sea el Santo, bendito sea, que se deleita en los justos y en sus lecciones, el profeta vio, en la nube de gloria, la presencia

de Dios que se inclinaba hasta el oído de aquel que había sido su discípulo y le dictaba sus palabras. Moisés no las entendía. Cuando Josué terminó, dijo al que había sido su Maestro: «Hijo de Amram, repite la lección a los hijos de Israel». Pero al no haberla comprendido, el profeta no pudo repetirla. Entonces preguntó: «Josué, Maestro nuestro, ¿qué te ha revelado el Eterno?» Y Josué le respondió: «Cuando el te hablaba cara a cara, ¿acaso me decías tú lo que él te decía?»

Entonces, sabiendo que su tiempo había pasado, el profeta gimió a Dios: «¡Señor, Señor, antes morir que ya no comprender y envidiar a los que comprenden!» Y preparó su alma para la muerte.

25. EL BESO DE DIOS

Era el sexto día del mes de Adar. En pleno día una voz clamó desde el cielo: «¡Moisés, Moisés, sólo te queda un día de vida en este mundo!» -«¿Por qué está tan cerca mi muerte?» -gimió el profeta.

-«¿No has pedido dos veces la muerte?» -«Señor, Señor, tú has mostrado tu fuerza en el Sinaí y tu mano poderosa sobre las diez plagas de Egipto; has mostrado tu clemencia cuando el becerro de oro y tu amor con el maná del desierto; ¡déjame vivir aún para contar tu gloria!»

Y durante la noche, el profeta dijo mil quinientas oraciones. Y copió en rollos de pergamino trece veces la Tora, durante la noche, pensando: «La Tora es la vida y la prolongación de la vida. Acaso prolongue la mía».

Pero en la mañana del séptimo día de Adar, la voz clamó desde el cielo: «¡Moisés, Moisés, solo te quedan seis horas de vida!» Y Moisés respondió: «Que pueda yo, antes, bendecir a Israel, pues he de ir a reunirme con mis padres».

Entonces reunió a las multitudes y pronunció sobre ellas la bendición. Dijo sobre Rubén: «Que recibas tu recompensa por haber salvado a José, y que no seas castigado por haber mancillado a Bilha. ¡Que de ti salgan héroes de fortaleza y héroes de la Tora!» Sobre Judá dijo: «Que recibas tu recompensa por haber hablado a favor de Benjamín, y que no seas castigado por haber mancillado a Tamar. ¡Que salgan de ti reyes de la guerra, que salgan de ti reyes de la paz!» Dijo sobre Leví: «Masacró a los de Siquem, pero no adoró al becerro de oro; fue demasiado celoso en vengar a Dina, pero en Sittim su celo vengó al Señor. ¡Que salgan de él sacerdotes sin mancha; que salga de él el perdón del Eterno!» Pidió para José la abundancia de los rocíos, para Zabulón la abundancia de púrpura y de oro; prometió rebaños numerosos a Isacar, Dan y Gad, a Neftalí los peces, a Aser los olivos, y a todos, la alegría de adorar al Eterno. Pero a Simeón no prometió nada, porque Simeón había pecado con las hijas de Moab.

Y dicen nuestros Rabinos que Moisés no fue el primero en bendecir aquí abajo; pero que de todas las bendiciones, la suya fue la más fecunda. Noé bendijo a Sem, su hijo, pero maldijo a su hijo Cam; Isaac bendijo a sus dos hijos, Esaú y Jacob, pero su bendición los dividió; Jacob bendijo a sus doce hijos, pero al hacerlo reprendió a Rubén. Mientras que Moisés, al no poder bendecir a Simeón, no lo nombró siquiera, para no maldecirlo. Por eso su bendición fue perfecta.

Cuando hubo terminado, la voz del cielo clamó «¡Moisés, Moisés, sólo te quedan cuatro horas de vida en este mundo!» El profeta suplicó: «¡Señor, Señor, que yo me pueda despedir de Israel, luego iré a reunirme con mis padres!» Y leyó a las tribus la Tora toda entera y dio una copia a cada una de las tribus, diciendo: «Guardad la Tora,

y que ella os guarde a vosotros; que ninguna palabra, que ningún signo de ella sea cambiado hasta el fin de los siglos». Todos gritaron: «¡La guardaremos hasta el fin de los siglos; que ella nos guarde!» Y la decimotercera Tora que Moisés había copiado, la tomó el ángel Gabriel para colocarla de nuevo en el cielo.

Luego dijo el profeta: «Os he reprendido tantas veces por la Tora: perdonadme». Todos respondieron: «Tantas veces te hemos irritado por la Tora: perdónanos». Ellos le perdonaron; él los perdonó. Después prosiguió: «Cuando entréis en el país de Israel, acordaos de mis huesos que se acordarán de vosotros. Y decid: ¡Ay! ¡Ay! ¡el hijo de Amram que corría delante de nosotros como un corcel, ha caído en el desierto!» Todos gimieron: «Moisés, Moisés, Maestro nuestro, ¿qué haremos sin ti?» Él respondió: «Dios permanezca con vosotros. No es para mí, han sido para vosotros los milagros que El hizo valiéndose de mí. No pongáis vuestra confianza en el hombre de carne y sangre; ya podéis ver que no es nada, puesto que la muerte se lo lleva. El Eterno os enviará otros profetas, escuchadlos, seguidlos; pero si alguna vez uno de ellos os dijese que es Dios, no le creáis, porque ¡sólo Dios es Dios!» Y todos gritaron: «¡Escucha, Israel, el Eterno es nuestro dios, el Eterno es Uno!»

Entonces el profeta se volvió hacia Josué y lo interrogó: «¿Deseas alguna otra iluminación sobre la Tora? Porque me voy y ya no me verás». «Moisés, Maestro nuestro -respondió Josué-, ¿te he abandonado yo un solo instante, desde que soy tu discípulo? ¿Día y noche no me has explicado la Tora? Te he preguntado todo, me lo has dicho todo». -«Puesto que tú no tienes nada que pedirme -dijo el profeta-, deja que yo te pida una cosa: abrázame». Y dos veces Moisés abrazó a Josué, y dos veces lo bendijo, diciendo: «Que la paz esté sobre ti y sobre Israel».

Y cuando lo estaba bendiciendo, la voz clamó del cielo: «¡Moisés, Moisés, sólo te quedan dos horas de vida en este mundo! Sube solo al Nebo y muere en la luz».

¿Por qué -preguntan nuestros Rabinos- quería Dios que Moisés muriera solo? Porque la tumba de Moisés debía de permanecer ignorada; porque si los hombres hubieran conocido el lugar, habrían adorado su tumba como un ídolo y a Moisés como a un Dios. ¿Y por qué -preguntan nuestros Rabinos- quería Dios que Moisés muriera en la luz? Porque si hubiese muerto en las tinieblas, los hombres habrían dicho: «Dios pudo quitárnoslo porque era de noche; a la luz del sol, nosotros lo habríamos recuperado»".

Sin embargo, el profeta tardaba aún, retenido en los brazos de su madre, de sus hijos, de su mujer. De nuevo, la voz clamó: «¡Moisés, Moisés, sube a la montaña. Te queda sólo una hora de vida!» Entonces, desgarró su manto, cubrió su frente de polvo, y dijo: «¡Feliz el pueblo de Israel, que no debe morir jamás! ¡Adiós, hermanos míos, hijos míos; nos veremos de nuevo en otro mundo!» Y como todos desgarraban sus mantos y caían rostro al suelo, gimiendo en el polvo, se fue solo hacia la montaña, llorando a voz en grito.

Nadie -dicen nuestros sabios- muere antes de cuando debe morir. Pero, por tarde que muera, muere siempre demasiado pronto según él. Porque habiendo pedido dos

veces morir, y sabiendo por la boca misma de Dios que sólo le quedaba una hora de vida, el profeta no aceptaba aún la muerte.

Abandonado por los hombres, imploraba ahora a la montaña y al desierto, a la tierra y al cielo.

Al subir al Nebo, les decía entre sollozos: «Clamad, clamad al Eterno para que tenga piedad de mí; ¡ que me salve de la muerte!» Mas la montaña respondía:» Que primero se apiade de mí. ¿No ha escrito acaso: Las montañas se irán, las alturas desaparecerán?» El cielo y la tierra respondían: «Que primero se apiade de nosotros. ¿No ha escrito acaso: La tierra se gasta como un vestido; como humo se desvanece en los cielos?» Y el desierto respondía: «Todas las cosas vuelven a sus orígenes; todo fue polvo, todo vuelve a ser polvo».

Y el profeta gemía: «¿Adonde ir? ¿A quién suplicar ahora? En otro tiempo, un Faraón fue mi esclavo; liberé a todo un pueblo de esclavos; dictaba el Sábado y el ayuno; decretaba la vida y la muerte; la Tora tomaba mi nombre. Yo mandaba en el mundo entero; cambiaba el orden de las cosas. Al cielo que derrama el agua, le decía: 'Derrama el pan'; y cayó el maná. A la tierra, que hace brotar el pan, le decía: 'Haz brotar el agua', y el agua brotaba. Dios mismo me obedecía. Yo le decía: 'Levántate' y se levantaba; 'detente' y se detenía. Le decía: 'Castiga', y castigaba; 'perdona', y perdonaba. ¿Qué soy ahora? ¡Un anciano que mendiga y a quien nadie escucha ya!» -«Es la ley de toda carne, hijo mío -le respondía Dios-. Tú has tenido tu oportunidad; que otro tenga ahora la suya. ¿De quién eres hijo? De Amram. Y Amram, ¿de quién fue hijo? De Quehat. Y Quehat fue hijo de Leví, y todos fueron hijos de Adán, y todos murieron como Adán. ¿Por qué no habrías de morir tú?»

«¡Señor, Señor-suplicaba Moisés-, puesto que tú todo lo puedes, también puedes salvarme de la muerte!» -«Si no murieses en este mundo, hijo mío, ¿cómo revivirías en el otro? He preparado para ti todos los gozos del Paraíso; en la tierra, tú mandabas en las sesenta miríadas de hijos de Israel; en el cielo, mandarás en las cincuenta y cinco miríadas de justos que caminarán en los senderos de mi Tora. ¡Oh, Moisés, tus días pasarán, pero tu vida no pasará! No tendrás necesidad de techo, ni de manto, ni de pan para tu hambre, ni de óleo para tu cabeza, ni de sandalias para tus pies, ni de luna ni de sol para tu mirada; yo te cubriré con mi Esplendor, yo te vestiré con mi Esplendor, yo te alimentaré con mis delicias, yo te llevaré sobre el ala de mi Gloria y yo irradiaré sobre tu rostro con una luz de la que sólo has visto una sombra aquí abajo, en tu rostro!»

Sin embargo Moisés no se sometía. Nuevamente gemía: «¡Rey del mundo, rey del mundo, si no me dejas que cruce el Jordán, si no permites que vea la Tierra de la Promesa, permite que yo viva Señor, que viva y que vea el mundo! Y si tú no permites que yo me quede como un hombre, ¡ que viva yo como un animal de los campos, que viva yo como un pájaro del aire, pero que yo viva, que yo viva, que yo viva, que no muera!»

Así suplicaba el profeta, y los montes y los mares se estremecían; los abismos y los firmamentos gritaban de espanto; todas las voces del universo gritaban

angustiadas: «¿Pero va Dios a destruir el universo?» Porque la oración de Moisés era como una espada que corta y desgarrar los mundos y contenía en su lamento el Nombre inefable que creó los mundos. Entonces el Eterno ordenó a todos los ángeles cerrar las puertas a todas las oraciones para que la del profeta no fuese acogida, y los ángeles clamaron: «¡Gloria al Santo, bendito sea, que no conoce ni el favor ni la injusticia, y hace la muerte igual para todos los mortales!»

Habiendo llegado ahora Moisés a la cima del monte, Dios le dijo: «¿Por qué tiembles, hijo mío?» -«Tengo miedo». -«¿De qué?» -«¡Tengo miedo de Samael, tengo miedo de la muerte!» -«Mira delante de ti».

Moisés miró. Y Dios prosiguió: '«Mira, esta tierra, más allá del río, es ¡a tierra que prometí a Abraham, a Isaac y a Jacob, jurando: 'Yo la daré a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos'. Tú no entrarás en ella; pero puedes verla".

Y mientras el profeta miraba, el Eterno puso en sus ojos tal fuerza en su mirada que veía el país entero, desde el Jordán hasta el mar, desde el Hermón hasta el desierto y cada lugar del país, desde la parte de Neftalí a la de Simeón, desde la de Rubén a la de Dan, desde las viñas del Carmelo hasta las lavas de Sodoma, desde las rosas de Sarón hasta los pastizales de Galaad. Y mientras la miraba, Dios puso en sus ojos tal fuerza en su mirada que veía no solamente cada lugar, sino cada época de cada lugar: Jericó, derrumbándose al sonido de las trompetas; Sansón, llevando a la montaña de Hebrón las puertas de Gaza; Débora en el Tabor, haciendo llover estrellas sobre los ejércitos de Sisara; Samuel en Ramat, ungiendo con óleo la frente de Saúl; David, recogiendo guijarros en el torrente de Ela para matar a un gigante; Salomón, llevando entre cánticos el arca del Sinaí al Templo del Moria. Y el profeta murmuraba en el gozo de su corazón: «¡Señor, Señor, tú mantienes tu promesa y tus hijos mantienen la suya!

¡Tú lo has llevado al lugar de tu elección; ellos te han llevado allí, para habitarlo contigo!»

Pero después de las victorias, veía las derrotas; después de los pecados, los castigos: Acab y Jezabel prostituyéndose con los ídolos en los altos de Samaría; Manases hacía serrar en el tronco de un terebinto el cuerpo de un profeta; en el Santo de los Santos, bajo el ala de los Querubines, Acáz extendía el lecho de sus estupros; en el valle de Tofet, Joaquín alimentaba, con la carne de su hijo, el vientre de llamas de Baal. Luego acudían, con el tumulto de sus ejércitos, Nabucodonosor y sus caballeros tocados de mitras, sus melencidos lanceros, con sus musculosos arqueros; y Tito, con sus romanos, sus sirios, sus árabes, sus gétulos, levantando la espada o la lanza, empujando el onagro o la catapulta, apagaba en la sangre las siete estrellas del Candelabro, y arrastraba al exilio los atribulados restos de las doce tribus.

Y Moisés gemía en el dolor de su corazón: «¡Ay!, hijos míos, ¿qué hacéis? ¿Dónde vais? ¡Os empujan, con el aro de cobre en las narices, como bueyes por los caminos! ¡Os

arrastran con las cadenas, y detrás de vosotros los hijos de Edom mueven la cabeza y silban canciones!»

«¡Os acosan, con los pies desnudos y los puños cortados, por los valles y por los montes, bajo el sol, bajo la tempestad, sin abrigo, sin país, sin sueño! ¡Oh Gad, Judá, Benjamín, Efraím! ¡Tenéis hambre, y ya no hay maná! ¡Tenéis sed, y ya no hay fuente! ¡Y andáis errantes, y ya no está para guiarlos la columna de humo en el día; ya no está la columna de luz en la noche! Señor, Señor, ¿puedes tú soportar la vergüenza en la que los has hundido? ¿Para qué ha servido sacarlos de la esclavitud, abrirles doce caminos en el mar, transformar el arenal en huerto y la roca en fuente, iluminar tu montaña y proclamar allí, a tu pueblo, tu Ley, para desaparecer tú mismo al hacerles desaparecer del mundo?»

Más, ante los ojos del profeta, he aquí que aparece un Templo inmenso llenando el espacio. Sus atrios eran de ónix y de berilio; sus puertas de jaspe y de sardónica; sus vigas de esmeralda; sus techos de topacio; sus columnas de ágata, crisólito y amatista; su altar de rubíes, carbunco y zafiro. Delante del Templo, el Mesías esperaba.

Y Moisés murmuró: «¿Es ése el Templo del cielo? ¿Es ése el Templo de la tierra?" -«Moisés, padre mío -respondió el Mesías-, este Templo que tú ves no es el de la tierra ni el del cielo; es el Templo del cielo que edificará la tierra».

Mientras hablaba, todos los mares se abrieron; y por todos los senderos de todos los mares, todos los pueblos, liberados del pecado, subieron hacia el Templo agitando palmas y cantando; detrás de todos los pueblos, todos los muertos de todos los tiempos, de todos los lugares, regresados del Gan Edén o del infierno, agitaban palmas y cantaban; delante de los pueblos caminaba Israel, cantando y agitando palmas.

Y el Mesías dijo al profeta: «Moisés, padre mío, ¿cómo entrarás tú al País de la Promesa? La región que buscabas, no sólo se encuentra más allá del Jordán; está más allá del amor, más allá de la esperanza. Mira: ésta es la Tierra entera del Hombre entero».

Y mientras hablaba, en el Templo inmenso se había preparado una inmensa mesa, sobre todos los montes y todas las llanuras, sobre todos los continentes y todos los océanos. Alrededor de la mesa, todos los pueblos estaban sentados para la última Pascua. Adán les servía el vino cosechado de todas las viñas, les repartía el pan del trigo cosechado en todos los campos. Y todos, celebrando la última Pascua, cantaban con Adán, con Israel y con el Mesías: «¡Hosanna, Hosanna! ¡Los días se han cumplido: Dios es Uno, el Hombre es Uno! ¡Paz al Hombre en los cielos, y sobre la tierra paz a Dios!»

Ahora bien, cuando, igual que los vapores de un ensueño que devora la noche, las imágenes del futuro iban siendo engullidas por el sol del mediodía, el Eterno dijo a Moisés: «Yo he decretado la muerte para todos los mortales. Sólo para Israel he decretado la vida, para que el Hombre viva y viva el Mesías. Si quieres, yo puedo cambiar mi decreto: tú no morirás, pero Israel morirá; tu tiempo se detendrá, serás

eterno, pero el Mesías no nacerá». Y Moisés respondió al Señor: «Tú eres un Dios de clemencia, Rey del mundo; que el Mesías venga y que el Hombre viva; que viva Israel y que yo perezca».

Cuando el Santo, bendito sea, vio que el profeta aceptaba la muerte, dijo a Gabriel: «Ve a recoger su alma». Pero el Arcángel respondió: «Él ha conducido a tu pueblo, con tu milagro en su puño y tu palabra en su boca; ha secado el mar y fulminado al becerro de oro; yo no daré muerte a ese justo». Entonces Dios dijo a Miguel: «Ve a recoger su alma». Pero el Arcángel respondió: «Solo él pronuncia tu Inefable Nombre; lo has hecho más que un ángel y casi un Dios. Yo no daré muerte a ese justo».

Ahora bien, desde hacía ciento veinte años Samael esperaba que le fuese entregado Moisés. Dijo al Eterno: «Yo iré a tomar su alma». El Eterno le respondió: «¿Te atreverás siquiera a acercarte a él? ¿Cuál es la parte de su cuerpo sagrado que con tus millones de ojos podrías siquiera mirar? ¿Su rostro? Él ha contemplado el mío cara a cara. ¿Su mano? Ella ha recibido de la mía la Tora. ¿Sus pies? Ellos han pisado el umbral de mi Esplendor. -«Aún así, iré» -replicó Samael.

Tomó su espada, se ciñó de crueldad, se vistió de cólera y se plantó delante de Moisés. Mas cuando lo vio, el profeta, de pie en la cima del monte, con sus dedos radiantes trazó en el aire los cuatro signos del Nombre impronunciado; y como un relámpago inmóvil en el espacio traslúcido, el Nombre se quedó suspendido. Aterrorizado, Samael quiso huir arrastrándose. Pero la rodilla de Moisés estaba sobre su garganta; estaba a punto de morir el ángel de la muerte cuando una voz gritó desde el cielo: «¡Moisés, hijo mío, no mates a la muerte; el mundo necesita de ella!»

Samael escapó; apareció el Eterno.

Y dijo al profeta: «¿Crees tú, hijo mío, que habría yo tolerado verte morir como a los demás mortales? Extiéndete. Cruza los pies uno sobre el otro. Cruza una sobre otra las manos». Moisés obedeció. «Cierra los ojos». Moisés obedeció.

Entonces Dios, llamando a sí el alma del profeta, murmuró: «Alma, hija mía, yo había decretado que habitaras el cuerpo de este hombre durante ciento veinte años; hoy has de abandonarlo, porque ha llegado la hora». Pero el alma replicó: «Rey del mundo, yo sé que tú eres el Dios de todos los espíritus, que sostienes en tu mano las almas de los vivientes y las almas de los muertos. Tú me has creado y tú rae has puesto en el cuerpo de este justo. ¿Hay en el mundo acaso un cuerpo tan puro como el suyo? Yo lo amo y no quiero abandonarlo». -«Hija mía-replicó el Eterno-, no dudes, obedéceme; yo te colocaré en el más alto de mis cielos; bajo el Trono de mi gloria, con mis Querubines y mis Serafines». -«Rey del mundo -dijo el alma-, tus mismos ángeles se corrompieron cuando Azza y Azael bajaron de tus alturas para unirse a los mortales, tenías que haberles atado entre la tierra y las nubes como castigo. Pero Moisés, desde el

instante en que le concediste contemplarte cara a cara, su carne ya no conoció la carne. Por eso quiero permanecer en él».

«¿Acaso tienes miedo de Samael?» -preguntó el profeta a su alma- «En absoluto; Dios no me entregará a Samael». — «¿Temes tener que llorar mi muerte, como la llorará Israel?» -«No; el Eterno ha liberado mis ojos de las lágrimas». -«¿Temes ser enviada a las mazmorras del infierno?» -«Ciertamente no; Dios me ha prometido las alegrías del cielo». -«Entonces ve, alma mía, a donde el Señor te invita; y ¡bendice conmigo su amor!»

El Eterno tomó el alma de la boca de Moisés, y el profeta murió en el beso de Dios.

En aquel mismo instante, un grito retumbó en el campamento de los Hebreos, exclamando: «¡Ay! ¡ay! ¡Se ha ido!» Y al día siguiente, el maná dejó de caer. Israel, que había llorado a Moisés treinta días antes de perderlo, hizo por él noventa días de lamentación. La tierra también sollozó, gimiendo: «¡El justo ha abandonado a los hombres!» El cielo también sollozó, gimiendo: «¡El cielo ha abandonado la tierra!» El Eterno clamó: «Moisés, hijo mío, tú has dicho de mí: 'No existe otro Dios en el cielo ni en la tierra'; yo a mi vez digo de ti: ¡No habrá otro Moisés en Israel!» Y Dios lloró.

Y mientras que todos lloraban al hijo de Amram, su madre Yokébed, no podía creer su muerte. Fue a preguntarle al Sinaí: «Sinaí, Sinaí, ¿has visto a mi hijo?» -«No lo he visto desde que hizo descender sobre mí la Tora». Fue a preguntar al desierto: «Desierto, desierto: ¿has visto tú a mi hijo?» -«Yo no lo he visto desde que hizo descender sobre mí el maná». El mar le respondió: «No lo he visto desde que convirtió mis olas en tierra». El Nilo le respondió: «No lo he visto desde que transformó mis aguas en sangre». Y Yokébed, de lugar en lugar, recorrió el mundo gritando: «¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?»

Sin embargo, el profeta subía hacía el Eterno. Cuando lo vio Adán, le dijo: «¿Por qué subes más alto que yo? ¿No he sido yo creado a imagen de Dios?» Pero una voz exclamó: «Él es más grande que tú; tú perdiste la gloria que recibiste de Dios, él conservó la que recibió». Noé le dijo: «¿Por qué subes más alto que yo? ¿No he escapado yo del diluvio?» La voz exclamó: «Él es más grande que tú. Tú te salvaste solo; él salvó a su pueblo». Abraham le dijo: «¿Por qué subes más alto que yo? ¿No he alimentado yo a los hombres que pasaban?» La voz exclamó: «Tú los alimentaste en lugares habitados, él los alimentó en el desierto». Isaac le dijo: «¿Por qué subes más alto que yo? ¿No he visto yo el Esplendor de Dios en la roca del Moría?» La voz exclamó: «Tú la has visto, tus ojos se han debilitado, él la ha visto, sus ojos aún ven». Jacob le dijo: «¿Por qué subes más alto que yo? ¿No he luchado yo con el ángel y lo he vencido?» Y la voz, exclamó: «Él es más grande que tú; tú has vencido al ángel en la tierra, él ha vencido a los ángeles en el cielo».

Entonces Moisés subió y se sentó bajo el Trono de gloria. Y sentado bajo el Trono de gloria, el profeta espera con Dios la hora del Mesías.